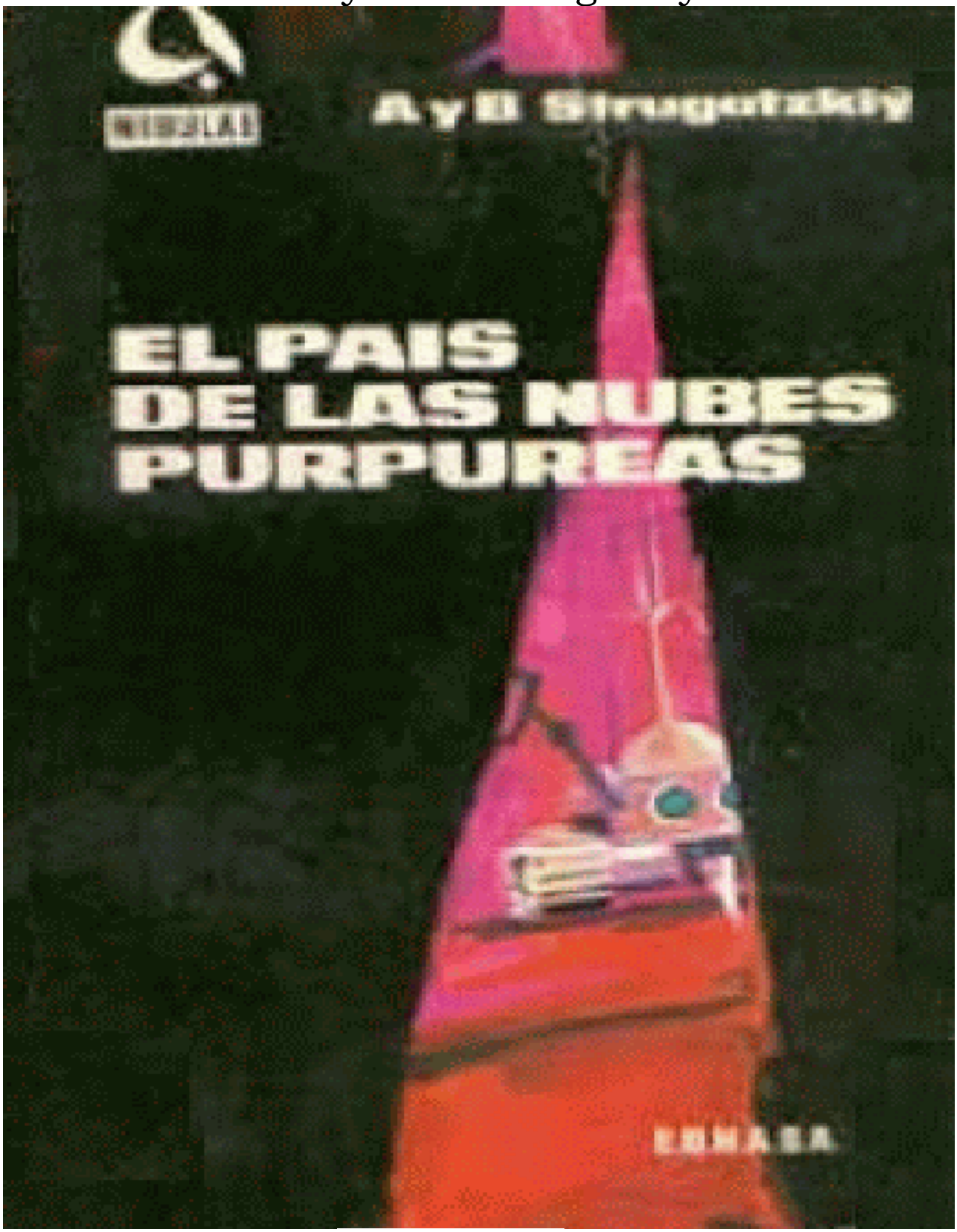
EL PAÍS DE LAS NUBES PURPÚREAS

Arkadi y Boris Strugatsky



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Primera parte - EL SÉPTIMO POLÍGONO

UNA CONVERSACIÓN SERIA

El secretario fijó en Bikov su único ojo:

-Documentos...

Con exigencia tendió su oscura mano parecida a una pinza con su desmesuradamente largo dedo índice; le faltaban tres dedos y media palma. Bikov puso en esta mano la orden de comisión de servicios y el carnet de identidad. Abriendo sin prisas la orden, el secretario leyó:

"El ingeniero mecánico de la base expedicionaria soviético-china de Gobi, Bikov Alexey Petrovich, se envía al Ministerio de Geología para tratar sobre su futuro empleo. Motivo demanda del CECIP de...".

Luego echó una ojeada al carnet de identidad, lo devolvió e indicó la puerta tapizada de negro:

-Pase. El camarada Krayujin le espera.

Bikov preguntó:

-¿Se queda la orden?

-Sí, la orden quedará aquí.

Bikov se alisó el cabello y arregló la cazadora de ante. Le pareció que el secretario tuerto le miraba no sabía si con curiosidad o con mofa. Se enfurruñó, abrió la puerta y entró en el gabinete.

En la amplia y oscura sala las ventanas estaban cubiertas por cortinas de bambú. Las desnudas paredes de plástico reflejaban una luz opaca. El suelo estaba cubierto por una suave alfombra roja. Bikov echó una mirada buscando al dueño del gabinete y, cerca de una amplia y desierta mesa escritorio, vio dos calvas. Una de ellas, pálida e incluso como grisácea, sobresalía, inmóvil, del respaldo del sillón de visitantes. La otra, de un color azafranado claro, estaba inclinada sobre las carpetas en el otro lado de la mesa y se balanceaba, como si su dueño olfateara con desconfianza las calcas y azules copias de los planos que tenía ante sí.

-Luego Bikov vio una tercera calva: ésta pertenecía a una deforme y gruesa figura vestida con un buzo gris echada en la alfombra, con su plomiza cabeza calva metida torpemente en el ángulo entre la caja de caudales y la pared. Desde su cuello salía una cuerda redonda hacia la mesa... Bikov, violento, cambiaba de un pie a otro, de nuevo tiró de la cremallera de la cazadora y con alarma volvió su vista a la puerta. En este instante la calva azafranada desapareció. Se oyó un resoplido y una voz apagada, resfriada, pronunció con satisfacción: "¡Aguanta magníficamente! ¡Soberbio!". Y detrás de la mesa poco a poco fue creciendo su voluminosa y encorvada figura enfundada en su buzo de trabajo de nylon.

Este hombre era de estatura enorme, extraordinariamente ancho de espaldas y, seguramente, de mucho peso. Su rostro, cubierto por una piel parda y basta parecía una máscara. Su boca de finos labios apretados formaba una línea recta y bajo su potente y prominente frente, sus ojos redondos sin pestañas se fijaron fría y atentamente en Bikov.

-¿Qué quiere usted? -preguntó con voz ronca.

-Tengo que ver al camarada Krayujin -dijo Bikov mirando de reojo con recelo la figura calva extendida en la alfombra.

-Yo soy Krayujin. -El hombre de los ojos redondos también miró de reojo a la figura y de nuevo a Bikov.

La calva del sillón continuaba inmóvil. Bikov vaciló un segundo, dio unos pasos adelante y se presentó. Krayujin escuchaba con la cabeza inclinada.

-Muy bien -dijo con reserva-. Yo le esperaba ayer, camarada Bikov. Siéntese -indicó con su enorme mano, como una pala, hacia el sillón-. Aquí, por favor. Hágase sitio y siéntese.

Sin comprender nada Bikov fue hacia la mesa, giró hacia el sillón y no pudo casi contener una risa nerviosa. En él había una extraña escafandra parecida a la de buzo con un traje gris de material elástico. La redonda escafandra plateada con cierres metálicos sobresalía por encima del sillón.

-Sáquelo, póngalo en el suelo -dijo Krayujin.

Bikov miró hacia el espantajo tirado en el ángulo cerca de la caja fuerte.

-Esto es también un traje espacial -articuló impaciente Krayujin-. ¡Siéntese ya!

Bikov desalojó rápidamente el sillón y se sentó sintiéndose un poco confundido. Krayujin le miraba sin parpadear.

-Bien... -Tamborileaba en la mesa con sus dedos pálidos-. Pues bien, camarada Bikov, llámeme Nikolay Zajarovich. Trabajará usted a mis órdenes. Si usted, claro está...

El timbre del teléfono le interrumpió. Cogió el receptor.

-Un minuto, camarada Bikov... Escucho. Sí, yo...

No dijo ni una palabra más, pero en la luz azulada de la pantalla del vistáfono vio Bikov cómo su cara de pronto enrojecía y en las desnudas sienes se le hinchaban los oscuros nudos de las venas. Por lo visto, la conversación era sobre asuntos muy serios. Por delicadeza Bikov bajó los ojos y se puso a examinar el traje espacial que estaba en la alfombra cerca de su sillón. A través del cuello abierto se podía ver el interior del casco. Le pareció que a través de él podía distinguir los gruesos nudos de la alfombra, a pesar de que el plateado globo era por fuera completamente opaco. Bikov se agachó para mirar mejor el casco, pero en este momento Krayujin dejó el receptor y se oyó el chasquido del conmutador.

-¡Llamar a Pokailov! -ordenó con voz ronca.

-¡Entendido! -contestó alguien invisible.

-Para dentro de una hora.

-¡Comprendido, para dentro de una hora!...

De nuevo chasqueó el conmutador y todo quedó en silencio. Bikov levantó los ojos y vio que Krayujin frotaba con fuerza su rostro con las dos manos.

-Bien -exclamó él tranquilo, notando que Bikov le observaba-. ¡Vaya con este torpe! Como si se lo dijeras a una pared... Le ruego me perdone camarada Bikov. Donde estábamos... Ah, sí... Otra vez le pido perdón. Pues bien, nuestra conversación será seria y tengo poco tiempo. No lo tengo en absoluto. Empecemos... Ante todo quería conocerle más de cerca. Cuénteme algo sobre usted.

-¿Qué? -preguntó Bikov.

-Empiece su biografía.

-¿Biografía? -El ingeniero se quedó pensando-. Mi biografía es muy sencilla. Nací en el año 19.. en una familia de marinos, cerca de Gorki. Mi padre murió pronto, yo no tenía aún tres años. Crecí y estudié en una escuela-internado hasta los quince años. Luego trabajé cuatro años de ayudante de motorista y motorista en los deslizadores anfibios rápidos reactivos en el Volga. Jugué en el equipo de hockey "Volga" y actué en dos Olimpíadas. Ingresé en la escuela técnica superior de transportes terrestres. Es la antigua escuela del ejército de tanques. ("¿Por qué hablaré tanto?" -

pensó, enojado consigo mismo). Terminé la sección de transportes nucleorreactores expedicionarios. Luego... fui enviado a las montañas, en la región del Tian-Chan... Luego a las arenas, en el desierto de Gobi... Allí serví. Ingresé en el partido. ¿Qué más? Esto es todo.

-Sí, una biografía sencilla -convino Krayujin-. ¿O sea que ahora tiene treinta y tres años?

-Dentro de un mes cumpliré los treinta y cuatro.

-¿Y no está casado, claro?

Este ataque por parte de su futuro jefe le pareció a Bikov falto de delicadeza. Al ingeniero no le gustaban las indirectas hacia su físico. Además, él sabía cuando menos de una mujer para la cual su cara quemada por el sol, su nariz en forma de zapato y su pelo rojo no jugaban un papel decisivo.

-Yo quería decir -continuó Krayujin-, que medio año atrás usted era aún soltero.

-Sí -contestó Bikov con sequedad-, y ahora continúo soltero. Hasta...

De pronto comprendió que Krayujin sabía de él mucho más de lo que daba a entender, y sus preguntas, más que por el interés de sus contestaciones, eran para formarse una "impresión personal", o con algún otro objetivo que ahora él no podía adivinar. Esto le era desagradable y Bikov se puso en guardia.

-Por ahora soy soltero -repitió.

-Por consiguiente -dijo Krayujin-, ¿no tiene parientes próximos?

-Por consiguiente, no.

-Y usted, por decirlo así, está completamente solo y libre...

-Sí, solo. Por ahora solo.

-¿Dónde dice usted que trabajó últimamente?

-En Gobi...

-¿Mucho tiempo?

-Tres años...

-¡Tres años! ¿Y siempre en el desierto?

-Sí. Desde luego, hubo unas pequeñas pausas. Comisiones de servicio, cursos... Pero principalmente en el desierto.

-¿No se le hizo pesado?

Bikov quedó pensativo.

-Primeramente se me hizo difícil -articuló con cautela-. Luego me acostumbré. Claro, trabajar allí no es fácil. -Recordó el ardiente cielo y los negros océanos de arena-. Pero se puede llegar a amar hasta el desierto...

-Vaya -dijo Krayujin-. ¿Amar al desierto? ¿Y a usted le gusta?

-Me he acostumbrado.

-¿Su último cargo?

-Jefe de una columna de transportes todo-terreno atómicos de la base expedicionaria de Gobi.

-¿Por supuesto, conoce bien las máquinas?

-Según cuáles...

-Por ejemplo, sus todo-terreno atómicos.

La pregunta le pareció a Bikov ociosa y se calló.

-¿Dígame, fue usted el que el año pasado dirigió el salvamento de la expedición Daugé?

-Sí, fui yo.

-¡Bravo! Lo hizo muy bien. Sin usted habrían perecido.

Bikov se encogió de hombros:

-Para nosotros fue una marcha vulgar, ni más ni menos.

Los ojos de Krayujin se fijaron en Bikov.

-Pero también entre su gente hubo víctimas, si mi memoria no me engaña.

Bikov enrojeció -con el color de su cara esto le hacía horrible-, y contestó con rabia:

-¡Había borrasca negra! Yo no me vanaglorio, camarada Krayujin. Las marchas con música sólo las hay en los desfiles. En los arenales es más difícil.

Estaba violento y enojado. Krayujin lo observaba con una risita vaga.

-Bien, bien... Más difícil... Tres años en el desierto, no es poco. Esto está bien. Dígame camarada Bikov, ¿usted además del trabajo tiene alguna afición?

-¿En qué sentido?

-¿Qué hace usted durante su tiempo libre?

-Hum... Leo, claro. Juego al ajedrez.

-Pero usted, creo, ha escrito algunos trabajos.

-Sí.

-¿Muchos?

-No, no muchos. Dos artículos en la revista "transporte oruga"

-¿Sobre que escribió?

-Reparación de los reactores a motor en campaña, mi experiencia práctica.

-Reparación de los reactores a motor... Muy interesante ¿le interesa otro deporte?

-El judo... Soy profesor.

-Esto está bien. Bueno. ¿Y la astronomía, no le ha interesado nunca?

-No, nunca me interesó.

-¡Lástima!

-Puede ser...

-El caso es, Alexey Petrovich, que su trabajo aquí estará relacionado hasta cierto punto con esta ciencia.

El ingeniero frunció el ceño:

-Perdone, pero no comprendo muy bien.

-¿Qué le dijeron cuando le comisionaron para venir aquí.

-Dijeron que me enviaban para conversar sobre mi posible participación en una expedición científica. Temporalmente...

-¿No le dijeron de qué expedición se trataba?

-En algún lugar del desierto en busca de minerales raros.

Krayujin hizo crujir sus pálidos dedos y puso las manos sobre la mesa.

-Sí, claro -musitó-. Es natural. Esto ellos no lo saben. Pues bien, Alexey Petrovich -dijo con un suspiro-. Ciertamente, la astronomía no tiene nada que ver. Más exacto: para usted no es necesaria. No tiene importancia el que usted no se haya interesado por la astronomía. Es improbable que a usted le haga falta. Y en ultimo término lea algo, que añadido a lo que se le contará, ya servirá. El caso es que usted no tendrá que trabajar aquí. Por decirlo mejor, será fuera de la Tierra.

Bikov pestañeó nervioso. De nuevo se sintió violento como media hora antes cuando traspasó el umbral del gabinete.

-Me temo, que... no le comprendo -pronunció titubeando-. ¿No en la Tierra? ¿En la Luna, acaso?

-No. Más allá de la Luna.

Esto parecía un extraño sueño. Krayujin, poniendo su mentón en los dedos entrecruzados de sus manos, dijo:

-¿De qué se asombra, Alexey Petrovich? La gente vuela a otros planetas desde hace ya treinta años. ¿Usted suponía que estos hombres eran especiales? Nada más lejos de la realidad. Hombres normales como usted. Gente de diversas especialidades. Yo, por ejemplo, estoy convencido de que usted sería un magnífico astronauta. A propósito, muchos de ellos vinieron a nosotros desde otros lugares, por ejemplo, de la aviación. Le comprendo, a usted, ingeniero de especialidad en sumo grado "terrestre", nunca le había pasado por la cabeza la posibilidad de participar en un asunto así. Pero ya ve, las circunstancias se han acumulado de manera que nosotros enviamos una expedición a Venus, y necesitamos una persona que conozca a la perfección las condiciones de trabajo en arenales. Es muy poco probable que los desiertos de allí sean muy distintos al de su amado Gobi. Sólo será un poco más difícil...

Bikov, de pronto recordó:

-¡La Golconda Uránica!

Krayujin rápido, fijó su mirada en él:

-Sí, la Golconda Uránica, ¿Lo ve?, casi lo sabe todo.

-Venus... -pronunció despacio Bikov-, la Golconda Uránica... -movió la cabeza y sonrió-. Yo... ¡Y de pronto en el cielo! ¡Increíble!

-Bueno, no tendrá tantos pecados. Y además nosotros no le enviamos precisamente al paraíso. Pero puede ser... -Krayujin se inclinó y bajó la voz-. ¿Tiene usted miedo?

Bikov se quedó pensativo.

-Claro, asusta un poco -confesó-. Pues yo... yo puedo no servir. Claro que si de mí se exige sólo lo que sé... ¿Entonces por qué no? -miró a Krayujin y sonrió abiertamente-. No, no tengo tanto miedo como para renunciar. Pero comprenda, todo es tan inesperado. Y bien, ¿por qué está tan convencido de que serviré?

-Yo estoy plenamente convencido de que servirá. Por supuesto que allá habrá dificultades, y muchas, peligros que seguramente ahora ni sospechamos... Pero usted los salvará.

-Usted sabrá, camarada Krayujin.

-Si yo creo que lo sé mejor. ¿Así que, camarada Bikov, consideraremos que ahora no saldrá disparado hacia su ministerio y no va a implorar que le liberen por su estado de salud o por asuntos de familia?

-¡Camarada Krayujin!

-¿Y usted qué cree? -el rostro de Krayujin se ensombreció-. Otros, al parecer más valientes que usted, han estado sentados en este mismo sillón y se han acobardado de manera vergonzosa -pasó su mano por la cara-. Hablando sinceramente, hace ya tiempo que me fijé en usted y me alegro de no haberme equivocado.

Bikov carraspeó confundido y se puso a mirar a un lado. Luego, recordando, preguntó:

-¿De qué me conoce usted, camarada Krayujin?

-De la marcha en ayuda a la expedición Daugé. Esta expedición era de nuestra incumbencia y desde entonces tomé nota de usted. Me informé de sus características y demás. Y he aquí que ha llegado la hora y le hemos invitado.

-Comprendido.

-Es costumbre dar un tiempo para pensarlo. Una semana, algunas veces, un mes. Pero ahora no podemos aguardar. Decida, Alexey Petrovich. Tengo

que advertirle: si no está bien seguro, mejor que renuncie ahora mismo. Por eso no vamos a enfadarnos.

Bikov se rió:

-No, camarada Krayujin, no voy a volverme atrás. Si usted cree que voy a servir, no voy a renunciar. Estoy de acuerdo. Es inesperado, claro, pero en fin, me acostumbraré. De acuerdo.

-Magnífico.

Krayujin asintió tranquilo y miró su reloj.

-Además tenga en cuenta que la expedición no durará mucho, no más de un mes y medio. ¿Le va bien?

-Vale...

-Ahora no le voy a explicar detalladamente en qué consistirá este trabajo. Luego lo sabrá. El tiempo es justo. Ruego que tenga en cuenta que mañana partimos.

-¿Mañana? ¿Hacia Venus?

-No, hacia Venus no tan pronto. De momento vamos a trabajar en la Tierra. Pero no en Moscú, sino en otro lugar. ¿A propósito, dónde tiene sus maletas?

-Abajo. No traigo muchas cosas, una maleta y el saco de campaña. Yo no creía...

-No tiene importancia. ¿Dónde quiere hospedarse? Yo le recomendaría el hotel "Praga". Es aquí al lado.

Bikov asintió:

-Lo sé. Es un buen hotel.

-Muy bueno. Ahora váyase y dentro de... -de nuevo consultó el reloj-, dentro de dos horas aproximadamente, exactamente a las cinco en punto, venga aquí de nuevo, camarada astronauta. Ya podrá enterarse de algo. ¿No ha almorzado? Por supuesto que no. El comedor está en el piso trece. Coma, descanse en la biblioteca o en el club que también está aquí, sin salir del edificio, y a las cinco en punto vuelva. Hasta luego. Yo ahora voy, como se dice, a "enjabonar" a alguien.

Bikov, aún un poco emocionado, se levantó e indeciso, preguntó lo que hacia rato le atormentaba:

-Camarada Krayujin, ¿cómo se llama esta institución? En la orden se escribe "CECIP", pero creo que lo he descifrado mal.

-CECIP es Comité Estatal de Comunicaciones Interplanetarias. Yo soy el vicepresidente del comité.

-Gracias -dijo Bikov.

"Comité de Comunicaciones Interplanetarias" -musitó, volviéndose hacia la puerta-. Claro... Yo creía que era Comité Estatal de Contactos Internacionales Politécnicos... La misma abreviación...

En la puerta Bikov se encontró con un tipo que entraba impetuoso al gabinete. Pudo tan sólo observar que éste llevaba unas grandes gafas de lujosa montura negra y su rostro era sumamente pálido. No se dio cuenta del visitante y, dándole un empujón, empezó desde la puerta:

-¡Nikolay Zajarovich!

-¿Dónde está el sexto reactor?

Bikov oyó la irritada voz de bajo de Krayujin.

-Pero permítame. Nikolay...

-Yo pregunto, ¿dónde está el sexto reactor?

El ingeniero cerró la puerta y se dirigió a la salida desde la sala de recepción. El secretario lo acompañó con la mirada de su único ojo y de nuevo se inclinó sobre la mesa.

LA TRIPULACIÓN DEL "JIUS"

“Venus es el segundo planeta desde el Sol hacia la Tierra. La distancia media que lo separa del Sol es de 0,723 unidades astronómicas = 108 millones de kilómetros... La duración de su revolución alrededor del Sol es de 224 días, 16 horas, 49 minutos y 8 segundos. La velocidad media de movimiento por la órbita es de 35 kilómetros por segundo. Venus es el planeta más cercano a nosotros. Cuando pasa entre la Tierra y el Sol su distancia mínima puede ser de 39 millones de kilómetros...

“Cuando Venus pasa tras el Sol, se encuentra alejado de la Tierra en su distancia máxima hasta 258 millones de kilómetros... El diámetro de Venus es de 12.400 km. y no se nota ningún achatamiento. Tomando las respectivas medidas de la Tierra como = 1, resulta que Venus tendrá: diámetro 0'973, superficie, 0'95, volumen 0'92, fuerza de gravedad en la superficie 0'85, densidad 0'88 (o 4'86 g. cm.3), masa 0'81... Período de rotación alrededor de su eje cerca de 57 horas... Venus está rodeado de una atmósfera extraordinariamente densa compuesta de ácido carbónico y óxido de carbono, en la cual flotan nubes de amoníaco cristalizado... Actualmente el estudio de Venus se lleva a cabo desde algunos satélites artificiales temporales y otros permanentes, dos de los cuales pertenecen a la RSSAN. Toda una serie de intentos de descender en Venus (Abrosimov, Nicidzima, Sokplovskiy, Chi Fen-iu, y otros) y emprender una investigación directa de su superficie no tuvieron éxito".

Bikov observó la fotografía en color de Venus -un fondo negro aterciopelado con un disco amarillento cubierto de sombras azules y anaranjadas-, y cerró bruscamente el pesado tomo. "Toda una serie de intentos de descender... y emprender una investigación directa... no tuvieron éxito..." Breve y claro. Sí, hubo intentos. Bikov empezó a recordar todo lo que sabía de los libros y periódicos, de las conferencias televisadas y de los cortos comunicados de la TAS.

Al final de la tercera década después de los primeros viajes a la Luna, casi todos los objetivos dentro de los límites de mil quinientos millones de kilómetros de la Tierra eran conocidos por el hombre. Surgieron nuevas ciencias: planetología y planetografía de la Luna, de Marte y Mercurio, de los grandes satélites de los planetas y de algunos asteroides. Los astronautas, sobre todo aquellos que tuvieron que trabajar meses e incluso años lejos de la Tierra, se habían acostumbrado a las inestables estratificaciones de polvo eterno en las planicies de la Luna, a los rojos desiertos y caquécticos bosquecillos de Marte, a los helados abismos y caldeadas mesetas montañosas de Mercurio, a extraños cielos con infinidad de lunas, al Sol, parecido a una luminosa estrella. Centenares de naves cruzaron el sistema solar en todas direcciones. Empezaba una nueva etapa de conquista del espacio por el hombre; el tiempo de la asimilación de los "difíciles" grandes planetas: Júpiter, Saturno, Neptuno y Venus.

Venus estaba entre los primeros objetivos de los exploradores terrestres. Su proximidad a la Tierra y el Sol, las conocidas similitudes de sus características físicas con las terrestres y al mismo tiempo, la ausencia

completa de cualquier información fidedigna sobre su estructura atraía a los astronautas.

Primeramente, como siempre sucede, fueron enviados ingenios sin piloto. Los resultados fueron desalentadores. La densa nubosidad no permitía ver nada. Centenares de kilómetros de película normal e infrarroja revelaban lo mismo: una blanca y homogénea cortina de inescrutable capa de niebla. La radióptica tampoco justificó las esperanzas puestas en ella. En la atmósfera de Venus las ondas de radio o eran absorbidas, o rechazadas por las capas superiores. Las pantallas de los radares se mantenían negras o se iluminaban con una luz regular sin ningún significado. De las tanquetas-laboratorio mecánicas y cibernéticas, que tan brillante papel llevaron a cabo en las exploraciones preliminares de la Luna y Marte, no se tuvo ninguna noticia. Se perdieron para siempre sin dejar rastro en algún lugar del fondo de este denso océano de masa nebulosa de color rosa-gris.

Entonces fueron los audaces quienes se dirigieron al asalto de Venus. Tres expediciones equipadas con la técnica más avanzada de aquel tiempo, con las mejores naves interplanetarias existentes, una tras otra se sumergieron en la atmósfera del enigmático planeta. La primera nave se quemó sin tener tiempo de dar tan siquiera ninguna noticia (los observadores se fijaron en una débil llamarada en el lugar preciso donde se sumergió la astronave). La segunda expedición comunicó que iba a descender y, veinte minutos después, que su nave era arrastrada por corrientes atmosféricas de fantástica fuerza. Luego calló para siempre. La tercera expedición pudo descender felizmente hasta la superficie del planeta. Por no sé que caprichos de la atmósfera de Venus, fue posible mantener comunicación desde la superficie durante algunos días. El jefe de la expedición dio noticias sobre tormentas de arena, torbellinos que arrancaban rocas enteras, sobre las tinieblas purpúreas que lo envolvían todo a su alrededor. Luego calló y, después de algunos días, alguien pronunció rápidamente: "Fiebre, fiebre, fiebre...". Y después de esto no se supo más de ellos.

¡La pérdida de estas tres expediciones en un espacio de tiempo tan corto era excesivo! Era evidente que el asalto a Venus había que llevarlo a cabo tan sólo después de una preparación minuciosa. Era necesaria una intensa, profunda y detallada exploración. El Congreso Internacional de Cosmogónicos elaboró un plan de estudio de Venus calculado para quince años. Para los trabajos de investigación la humanidad movilizó todo un riquísimo arsenal de ciencia y técnica. Fueron construidos varios satélites-observatorios artificiales equipados con centenares de instalaciones automáticas. Se utilizaron sondas exploradoras automovibles, óptica infrarroja y electrónica, instalaciones ionoscópicas y muchas otras. La información recibida era estudiada por los grandes centros de cálculo electrónico de todo el mundo. La estratósfera de Venus fue estudiada a fondo. Al fin se estableció con la exactitud necesaria, el período de rotación de Venus sobre su eje. Se midió su campo magnético. Los trabajos se llevaban a cabo metódicamente y hacia un objetivo determinado.

Un satélite artificial francés estableció los límites del campo de elevada ionización en Venus. Al poco tiempo este descubrimiento fue confirmado por los investigadores soviéticos, chinos y japoneses. Resultó que la región de superelevada ionización que ocupa aproximadamente una extensión de medio millón de kilómetros cuadrados, se fija periódicamente en determinado sector de la superficie del planeta, que no está relacionada con la espesa capa de nubes y, por consiguiente, se excluyen las probabilidades

de su procedencia atmosférica. Se tenía que admitir, pues, que el origen de la ionización estaba relacionado con la superficie sólida de Venus. Si la ionización era causada por irradiaciones radiactivas, entonces sus orígenes podrían ser sólo minerales radiactivos de inaudita concentración. La denominación de "Golconda Uránica" se imponía por sí misma.

Ahora el asunto tomó otro cariz. En relación con los elementos activos pesados la humanidad aún estaba en régimen de hambre. La tecnología de extracción de elementos dispersos se desarrollaba muy despacio; en todo caso, la demanda de actínicos superaba en mucho la producción de las empresas de enriquecimiento y su obtención artificial resultaba demasiado cara. Al puro interés científico hacia Venus se le adicionaban intereses de índole más práctico.

De nuevo surgieron toda una serie de expediciones. Sucumbió Sokolovskiy, vicepresidente del Congreso Internacional de Cosmogónicos. Inválido y ciego regresó a Nagoya el intrépido Nicidzima. Desapareció el mejor piloto de China Chi Fen-iu. Estaba claro que los viejos métodos de asalto no servían para este planeta. Éste parecía que se mofaba de los esfuerzos de los hombres. El análisis de los poquísimos datos sobre las causas de los desastres de todas estas expediciones revelaba que la condición primordial para un desembarco feliz en Venus podía ser sólo el renunciar a todas las formas anteriores y principios de la técnica de los vuelos interplanetarios. El Congreso Internacional pidió abstenerse temporalmente de hacer nuevos intentos con los viejos métodos y medios, y constituyó un premio para el estudio de un nuevo género de transporte interplanetario apto para superar el hirviente caparazón de la atmósfera de Venus. En la U.R.S.S. iban a marchas forzadas los trabajos para la creación de un cohete fotónico. Otras naciones también buscaban nuevos caminos.

Dos años antes del comienzo de nuestra narración, en los periódicos centrales se leyó un comunicado en el que se informaba que en el mayor satélite artificial de la Tierra -"Veidadi Yu-y" - "Gran Amistad"-, los maestros de fundición ingrávida soviéticos y chinos empezaron a fundir el cuerpo del primer cohete fotónico. Y puede ser que precisamente este cohete esté destinado a Bikov y sus camaradas para abrirse camino hacia los desiertos de Venus con sus arenales... que "es poco probable sean muy distintos de los de su amado Gobi".

Que sea el cohete fotónico o atómico, que sean distintos los arenales de Venus a los de la Tierra o no, lo qua está claro es que la expedición no se inicia sin esperar dificultades. Las travesías interplanetarias, y sobre todo, el trabajo en otros planetas, son cosas dificilísimas y complicadas. Para la conquista de Venus y las riquezas fabulosas de la Golconda Uránica son necesarios grandes conocimientos, una salud de hierro y una entereza extraordinaria. Es necesario ser un verdadero astronauta, o sea, uno de aquellos héroes que vemos cómo se recibe con flores en el cine, o... perecen en los sombríos abismos del espacio infinito. ¿Tendrá suficientes conocimientos, salud y entereza el sencillo ingeniero Bikov? Sin embargo...

Krayujin lo sabrá. Krayujin es vicepresidente del CECIP, Comité Estatal de Comunicaciones Interplanetarias. Y si Krayujin está convencido de que Bikov servirá, quiere decir que servirá. ¡Verdaderamente, los astronautas no son hombres especiales! Si ellos pueden, él también lo logrará.

Bikov se dio cuenta de que estaba mirando fijamente a los ojos a una guapa bibliotecaria de la mesa de enfrente. La joven frunció el ceño, luego no pudo contenerse y sonrió. Bikov se enfurruñó. Sí, habrá que enviar un

telegrama a Ashjabad, notificando que la comisión de servicios será de larga duración. Lástima que no podamos vernos antes de partir... ¿Pero de qué serviría? ¿Es que se puede en algunos minutos decir todo aquello que no se decidió a expresar durante algunos años? Lo dejaremos todo al destino. Cuando vuelva... (en su mente surgió la foto de una revista ilustrada: los héroes de los espacios cósmicos regresan de un difícil viaje, flores, sonrisas, saludos con las manos en alto...) cuando vuelva se tomará unas vacaciones e irá a Ashjabad. Se acercará a una casa, llamará a esta puerta, y entonces...

Bikov consultó su reloj. Hasta las cinco faltaban contados minutos. Se levantó, con una leve inclinación de cabeza devolvió a la sonriente muchacha el tomo de la enciclopedia y se fue a ver a Krayujin.

En la antesala el secretario tuerto le saludó como a un antiguo conocido. Bikov consultó otra vez su reloj (eran las cinco menos un minuto) arregló su cabello, puso en orden su cazadora y resueltamente abrió la puerta del gabinete.

De momento le pareció que había entrado en otra habitación. Las cortinas estaban levantadas y a través de las ventanas abiertas por completo penetraban alegres rayos de sol inundando las claras y aterciopeladas paredes de plástico. El sillón de la mesa estaba desplazado a un lado; en él aún se hallaba colgando del respaldo el casco plateado, el traje espacial parecido a una escafandra. La alfombra enrollada, estaba también puesta a lo largo de la pared. En mitad de la habitación, en el parquet reluciente, había un extraño objeto parecido a una enorme tortuga gris con cinco gordas patas como mojones. El enorme caparazón liso se elevaba sobre el suelo no menos de un metro. La tortuga estaba rodeada de algunas personas en cuclillas.

Cuando entró Bikov, uno de ellos, ancho de hombros y un poco encorvado, con enormes gafas negras que le tapaban la mitad de su rostro, elevó la cabeza de brillante calva amarilla y con la voz ronca de Krayujin pronunció:

-¡Helo aquí! Camaradas, les presento al sexto miembro de vuestra tripulación, el ingeniero Alexey Petrovich Bikov.

Todos se volvieron hacia él. Uno era alto, de hermosas facciones y con un ligero y elegante traje; el segundo, grueso, encarnado por el calor, con la cabeza afeitada; otro un muchacho moreno de negros cabellos que secaba sus manos con un trapo manchado de aceite, y... Daugé, el viejo amigo Grigoriy loannovich Daugé, igualmente flaco y mal formado como el año pasado en Gobi, sólo que sin sus anchos pantalones y pañoleta, sino en traje normal de ciudad. Daugé miraba a Bikov y le saludaba sonriendo amigablemente.

-Traben conocimiento -dijo Krayujin-. Vladimir Sergeievich Yurkovski, un excelente geólogo y experimentado viajero interplanetario.

El del elegante vestido le dio la mano floja, como si no quisiera a Bikov y se volvió con indiferencia. Bikov miró de reojo a Krayujin. Le pareció ver en los redondos ojos de éste una sonrisa irónica.

-...Bogdán Bogdánovich Spitzin, piloto, uno de los mejores astronautas del mundo. Tomó parte ya en las primeras expediciones en las zonas de asteroides.

Al joven de cabellos negros le brillaban sus espléndidos dientes. Su mano era cálida y dura como el hierro.

-...Mijail Antonovich Krutikov -continuó Krayujin-. Piloto observador. Orgullo de nuestra cosmogenia soviética.

-¡Oh, ya lo ha dicho, Nikolay Zajarovich! -musitó el gordete turbándose como un chiquillo mirando afectuoso a Bikov de pies a cabeza-. El camarada Bikov puede pensar que verdaderamente... Mucho gusto en conocerle, me es muy grato camarada Bikov...

-...Finalmente... Sin embargo, me parece que aquí no hace falta presentación.

Bikov y Daugé se abrazaron.

-¡Perfecto, Alexey, perfecto! -exclamó Daugé.

-¡No creo en mis ojos! ¿loannovich, eres tú?

-¡Yo, Alexey!

Krayujin tocó en el codo a Bikov:

-El comandante de la nave y jefe de la expedición...

Bikov se volvió. En la puerta había un hombre de mediana estatura, muy pálido y de cabello completamente gris, a pesar de que por su cara delgada, de correctas facciones, no se le podía dar más de treinta y cinco años. Por lo visto había entrado detrás de Bikov y se quedó parado, observando la poco difícil ceremonia de presentación.

-...Anatoliy Borisovich Ermakov.

Bikov, al oír el nombre que algunos meses antes había salido en las páginas de la prensa, se puso firme. Hay personas cuya absoluta superioridad se siente al instante. Una de ellas era, sin duda, Ermakov. Bikov sentía físicamente en él una enorme fuerza de voluntad, una inflexible, casi severa determinación, una vasta y ágil inteligencia. La firme boca de Ermakov estaba entreabierta en una cortés sonrisa, pero sus oscuros ojos envolvían el rostro del nuevo miembro de la expedición con mirada aguda y escrutadora.

Pasaron unos segundos insoportablemente largos. Por fin Ermakov pronunció suavemente:

-Mucho gusto, camarada Bikov.

El ingeniero apretó con precaución su estrecha mano y apresuradamente se apartó hacia donde estaba Daugé. Notó que la frente de éste estaba cubierta de sudor. Por lo demás, en el gabinete hacía bastante calor.

-Bien, camaradas... -empezó Krayujin-. Ahora, cuando estamos todos reunidos empezaremos nuestra conferencia, la última en Moscú.

Se acercó a la mesa y apretó uno de los botones en el pavés del vistáfono. Se oyó un zumbido apagado. Bikov se echó atrás sin querer, cuando la tortuga gris empezó a descender bajo el suelo y se cerró la ancha abertura en el parquet. Daugé y Spitzin pusieron la alfombra en su sitio, el gordo Krutikov acercó el sillón a la mesa.

-Siéntense por favor -invitó Krayujin. Todos se sentaron en las ligeras sillas de madera roja. Se hizo el silencio.

-Me satisface poder comunicarles, amigos míos -empezó Krayujin-, que la orden ha sido firmada. Ha sido firmada tan sólo dos horas atrás y en lo que se refiere, por así decirlo, a la composición personal de la expedición, ha sido aceptada sin condiciones. ¡Les felicito!

No se movió nadie, a excepción del hermoso Yurkovskiy que elevó la cabeza y fugazmente miró a Bikov.

-En lo referente á las tareas... -Krayujin calló y llevó ante sus ojos una hoja de papel-. Referente a las tareas, el comité ha creído necesario insertar algunas modificaciones. Mejor dicho, unos complementos.

-Ya empezamos... -con descontento, pero muy bajo refunfuñó Daugé.

Sonó el teléfono. Krayujin elevó el receptor y de nuevo lo bajó, conectó el interruptor y masculló:

-Tengo reunión.

-¡Entendido! -contestó alguien.

-Pues bien, camaradas. En general, diríamos, todo queda como estaba en el proyecto. El complejo de tareas se compone de la experimentación de la nueva técnica y la exploración geológica en Venus. Por cuanto entre nosotros hay un novato, que no está al corriente de nuestros asuntos, y recordando también que la repetición, diríamos, es la madre de la instrucción... y además, que no será en vano que conozcan el contenido de esta parte de la orden palabra por palabra, leo su extracto: "Parágrafo octavo. El objetivo de la expedición consiste, primero, en efectuar una prueba en todos los aspectos de las cualidades y defectos de explotación y técnicos del nuevo tipo de transporte interplanetario, el cohete fotónico "Jius". Segundo, descender a la superficie de Venus en la región de los yacimientos de minerales radiactivos "Golconda Uránica", descubiertos dos años atrás por la expedición Tajmasib-Ermakov...".

Bikov respiró ruidosamente. Daugé puso prudencialmente la mano en su rodilla.

-"...efectuar su exploración geológica. Parágrafo noveno. La tarea del grupo geológico de la expedición consiste en determinar los límites del yacimiento "Golconda Uránica", en la reunión de muestras y cálculo aproximado de las reservas de minerales radiactivos del lugar. De regreso, presentar al comité una consideración sobre el valor económico del yacimiento". Todo igual que antes. ¿Verdad? -preguntó Krayujin-. Pero he aquí un punto que no existía en el proyecto. Oigan: "Parágrafo décimo. Será también tarea de la expedición el buscar una pista para base de descenso a la superficie de Venus, no más lejos de 50 kilómetros de los límites del yacimiento "Golconda Uránica", utilizable para cualquier clase de transporte interplanetario, e instalación en esta pista de faros automáticos de onda ultracorta construcción Usmanov-Shvartz alimentados con recursos locales".

Krayujin dejó el papel y observó a los presentes. Todos callaron unos momentos. Luego Yurkovskiy, levantando con magnificencia su negra ceja, pronunció:

-¿Quién va a ocuparse de ésto?

-Extraña pregunta, Vladimir Sergeievich -sonrió Krayujin.

-Muy bien, muy bien, la pista la hallaremos -dijo rápidamente Daugé-. En último caso, la construiremos. Pero en cuanto a los faros... Verdaderamente, esto, por lo visto es cosa más delicada y se necesitan conocimientos especiales...

-Esto ya no es, caros amigos, de mi incumbencia. De esto debe preocuparse el jefe de la expedición. -Krayujin sacó de la mesa un cigarrillo y se puso a fumar-. ¿No es así, Anatoliy Borisovich?

Bikov se volvió con curiosidad hacia Ermakov. Aquél asintió con indiferencia.

-Creo -dijo despacio-, que nos arreglaremos. Tenemos a nuestra disposición por lo menos un mes y medio, si no me equivoco. En este tiempo podemos plenamente ponernos al corriente de las particularidades de construcción de los faros y llevar a cabo dos o tres pruebas de montaje. No creo que sea cosa tan "delicada"...

-Pero tenga en cuenta -le interrumpió Krayujin-, que no le voy a dar un mes y medio para esto. Ni un mes.

-Qué le vamos a hacer, entonces serán suficientes tres semanas. -Ermakov bajó la vista y se puso a mirar sus largos y delgados dedos-. Por supuesto, si usted nos garantiza esta posibilidad.

-No he entendido -sin aguardar la contestación de Krayujin, se entrometió Yurkovskiy-, ¿qué significa lo de "alimentados con recursos locales"?

-Esto significa, Vladimir Sergeievich, que la fuente de energía para el funcionamiento de los faros tendrán que buscarla allí, en el lugar -dijo Krayujin-. Sin embargo, yo creo que para nuestros técnicos esta cuestión está clara, ¿es así?

Krutikov asintió rápido con la cabeza, y Spitzin dijo sonriendo:

-Esto está comprendido... Radioelementos, si la Golconda es, como dicen, tan rica en materias activas, y aunque sea tan sólo la mitad, o termoelementos... Pero... ¡Bueno, para qué hablar! Órdenes son órdenes.

-Una cosa es ordenar y otra, cumplir -murmuró enfurruñado Yurkovskiy-. De todas maneras, hubiera sido necesario convenir previamente este punto con nosotros y luego dar la orden.

"¿Por qué Krayujin no cerrará el pico a este pájaro engreído?" -pensó enfadado Bikov.

Recta, como un corte de navaja, la boca de Krayujin se alargó en una sonrisa burlesca:

-¿A usted le parece, Vladimir Sergeievich, que no está dentro de las posibilidades de la expedición?

-No es este el caso...

-¡Claro que no! -dijo ásperamente Krayujin-. ¡Claro que no es esto! El caso es tan sólo que de ocho naves enviadas a Venus en los últimos veinte años, seis de ellas se estrellaron en los peñascos. El caso es que el "Jius" se envía no sólo para sus entusiasmos geológicos, Vladimir Sergeievich. Resulta que después de ustedes irán otros... decenas, centenares de otras naves. Y Venus... y su Golconda no se pueden quedar por más tiempo sin puntos de orientación. ¡No puede ser, que diablos! O allí habrán seguros faros automáticos, o enviaremos siempre a nuestros hombres a una muerte casi segura. ¿Es posible que esto, sea incomprensible para usted, Vladimir Sergeievich?

Comenzó a toser, tiró el cigarrillo y se secó la calva con el pañuelo. Yurkovskiy se puso instantáneamente rojo y miraba a un lado. Todos guardaban silencio. Daugé empujó con el codo a Bikov:

-He aquí cómo nos hacen bajar del pedestal.

-¡Espera, loannovich! -susurró Bikov con enfado-. Déjame oír.

El aún no comprendía del todo el proyecto y los medios de la expedición. Hasta ahora estaba claro que al menos una de las expediciones había logrado descender a Venus con éxito: la de Tajmasib-Ermakov. O sea que la Golconda Uránica no era un mito.

-...¿Supongo que no será necesario cambiar los cálculos de la travesía? -preguntó Ermakov.

-No, los cálculos no cambiarán. Mijail Antonovich debe orientarse en la salida del quince al dieciocho de agosto.

El piloto observador Krutikov sonrió asintiendo con la cabeza.

-Yo tengo aún una pregunta que hacer -dijo Yurkovskiy inesperadamente.

-Dígame, Vladimir Sergeievich.

-Para mí es completamente incomprensible el papel que representa el camarada... e-e... Bikov en nuestra expedición. Yo no dudo de sus... e-e... magníficas cualidades, tanto físicas como espirituales, pero querría además saber su especialidad y sus tareas.

Bikov retuvo el aliento.

-Usted sabe -empezó, despacio Krayujin-, que la expedición tendrá que trabajar en condiciones desérticas. Y el camarada Bikov conoce muy bien los desiertos.

-Jm... Yo pensaba que era un especialista en campos de aterrizaje. Pues también Daugé, como es de esperar, conoce los desiertos.

-¡Daugé conoce los desiertos mucho peor! -tomó la palabra enfadado el mismo Grigori loganich-. Considerablemente peor. El mencionado Daugé metió la pata en los más prosaicos montículos de arena de Gobi, y si no hubiera sido por Bikov... Tú no conoces a Bikov, Vladimir, así como tampoco conoces el desierto. No creas que todos son como aquel del Gran Sirte.

Krayujin esperó tranquilo que Daugé callara, y entonces terminó:

-Además Alexey Petrovich es un excelente ingeniero, químico-radiólogo y piloto.

Yurkovskiy se encogió de hombros:

-No me comprendan mal. No tengo nada contra el ingeniero Bikov. ¡Pero debo saber las obligaciones de mi compañero de expedición! Ahora ya lo sé: especialista en desiertos.

Bikov apretó los dientes y calló. Pero Krayujin, enfadado, miró fijamente a Yurkovskiy con sus redondos ojos y con voz ronca añadió:

-Corríjame si me equivoco, Vladimir Sergeievich. Creo que a usted, hace cinco años en Marte, se le soltaron las cintas orugas de su tanqueta. ¿No es verdad? Y usted, junto con Jlebnikov, tuvo que andar cincuenta kilómetros, debido a que ninguno de los dos supieron arreglarlas...

Yurkovskiy se levantó intentando objetar algo, pero Krayujin continuó:

-Al fin y al cabo, lo importante no es eso. El ingeniero Bikov se incluye entre el personal de la expedición, además de todo esto, por, diríamos, sus excelentes cualidades físicas y espirituales, sobre las cuales usted, según sus mismas palabras, no tiene ninguna duda. Este es un hombre en el cual usted, Vladimir Sergeievich, puede confiar en los momentos críticos. ¡Y habrá momentos difíciles, les aseguro!

-¡Capitula! -dijo Krutikov dando suaves golpecitos en la espalda de Yurkovskiy-. Tanto más que fue él quien salvó a tu querido Daugé...

-¡Déjame! -masculló entre dientes Yurkovskiy.

Bikov tomó aliento y arregló sus rebeldes cabellos en la coronilla.

-A propósito de las obligaciones -dijo Krayujin sacando de la mesa un papel doblado-. Todos lo saben, pero... lo voy a repetir otra vez. "Ermakov: jefe de la expedición, comandante de la nave, físico, biólogo y médico. Spitzin: piloto, radista, observador e ingeniero de a bordo. Krutikov: piloto observador, cibernético e ingeniero de a bordo. Yurkovskiy: geólogo, radista y biólogo. Daugé: geólogo y biólogo. Bikov: ingeniero mecánico, químico, conductor del transportador y radista".

-Especialista en desiertos... -susurró Daugé.

Bikov, irritado, se contrajo de hombros.

-Bueno, ahora una cosa más... -Krayujin levantóse y apoyó las manos en la mesa-. Algunas palabras sobre el "enigma de Tajmasib"...

-¡Oh, dios mío! -murmuró Krutikov lamentándose.

-¿Qué decía usted? -dijo Krayujin volviéndose hacia él.

-Nada, Nikolay Zajarovich.

-¿Usted, seguramente quería decir que le fastidia ya este mito sobre el enigma de Tajmasib?

-No... -Krutikov se movió violento en su silla y miró de reojo a Ermakov-, no es eso exactamente, claro...

-Pero algo así. Sin embargo vamos a ocuparnos del asunto. Alguien en la presidencia de la academia se interesa mucho por este asunto y pidió incluir este trabajo de descifrar el "enigma" en el plan de la expedición.

-Se comprende... -sonrió Krutikov.

-Yo me negué, pretextando nuestra gran sobrecarga. Pero, como de todas maneras van a trabajar en las inmediaciones de la Golconda, les ruego anoten todos los fenómenos por insignificantes que sean, y que recuerden aquello que se conoce después de la expedición Tajmasib-Ermakov. ¿De acuerdo?

Todos se callaron. Sólo Ermakov pronunció en voz baja:

-Es una lástima que la opinión de que el extraño acontecimiento sucedido con Tajmasib sea un mito se halle tan difundida. Pero su muerte no es un mito...

-Podía haber muerto por miles de causas -dijo Daugé.

-No está excluido. Pero no se puede tampoco excluir que el "círculo rojo", o sea lo que sea, exista realmente y fue una de las causas de su muerte.

-Abreviando, esto no es una orden, sino un ruego -dijo Krayujin-, a pesar de que me temo que el "enigma de Tajmasib" se dará a conocer, independientemente de que crean ustedes en él o no... Esto es todo lo que quería yo comunicarles. Ahora hablemos de asuntos cotidianos. Todos saben que mañana partimos. La reunión será aquí, a las doce. Vamos al aeródromo de Vnukov... ¡Alexey Petrovich!

-¡Sí!... -Bikov se puso de pie.

-Siéntese, siéntese. ¿Dónde pasará la noche? ¿En el "Praga"?

-En mi casa -dijo Daugé rápidamente.

-¡Muy bien! Bueno, camaradas, si no hay más preguntas pueden ir a prepararse. Usted, Ermakov, le ruego se quede cinco minutos.

Todos se levantaron y empezaron a despedirse. Al entrar en la antesala Daugé cogió del brazo a Bikov:

-Baja, Alexey, y espérame en el vestíbulo, yo voy a buscar el coche. Tenemos por delante toda la tarde. Hablaremos. Creo que tendrás un montón de preguntas. ¿Verdad?

-¡Qué perspicaz eres, Grigoriy loannovich, eres imposible! -refunfuñó Bikov.

EN EL UMBRAL

Bikov respiró libremente, se sentó en el diván apartando la manta. No podía dormir de ninguna manera. En el gabinete de Daugé estaba oscuro, sólo blanqueaban las sábanas caídas al suelo. Tras las amplias ventanas se reflejaba débilmente el resplandor nocturno de las luces de la ciudad.

Bikov extendió la mano en busca del reloj hacia una silla de al lado. El reloj resbaló de la mano y cayó en la alfombra. Saltó Bikov del diván y se puso a buscar por el suelo. No pudo encontrarlo. Entonces, blasfemando, se puso de pie y empezó a arreglar las sábanas. Era la tercera vez que hacía esto desde que Daugé, dándole las buenas noches, se marchó a su

dormitorio para escribir algunas cartas. Bikov se acostó pero no pudo dormirse. Daba vueltas, resoplaba, intentaba ponerse cómodo, contar hasta cien. Pero el sueño no venía.

"Demasiadas impresiones" -pensó Bikov sentándose de nuevo. Demasiadas impresiones y pensamientos. Demasiadas explicaciones le dio Daugé, después de las cuales se quedó con más dudas. Sería bueno fumar un cigarrillo, pero no. ¡No se puede! Es necesario dejarlo. Dejar de fumar y beber alcohol. Hoy loannovich, al oír sin ninguna muestra de entusiasmo como Bikov le comunicaba "-aquí, amigo, en esta maleta espera su turno una botella de excelente coñac armenio"-, le preguntó indiferente: "-¿De unos quince años de vejez?" -"¡Veinte!" -replicó solemnemente Bikov. "-Pues bien, tíralo", -propuso dulcemente Daugé. "-Tíralo a la basura ahora o regálalo a alguien mañana. Y piensa que en la nave no van a dejarte fumar. Este es el régimen. En la Tierra sólo vino de uva en dosis mínimas y durante la expedición, ¡ni una gota! Este es el régimen, camarada astronauta".

-M-monasterio -pronunció Bikov con tristeza, poniéndose lo más cómodo posible en la cama-. Es necesario dormir. Voy a probar otra vez.

Cerró los ojos y al instante se le representó el enorme vestíbulo vacío en donde esperó a Daugé después de la conferencia. Bogdán Spitzin y el regordete Krutikov pasaron por su lado y se detuvieron en el quiosco de libros. Por lo que se podía deducir hablaban de algún nuevo libro. Más exactamente, Spitzin callaba, iluminándose su rostro con una sonrisa, y Krutikov charlaba en voz alta, al mismo tiempo que echaba una mirada afable hacia el novato. Bikov notó que se le invitaba a unirse a la charla, pero aquí se presentó Daugé y Yurkovskiy. Daugé andaba precipitadamente mordiéndose el labio, la cara de Yurkovskiy estaba desfigurada por un espasmo. En su mano llevaba un periódico.

"Dangée ha perecido" -dijo Yurkovskiy al llegar cerca.

Bikov vio como del semblante de Spitzin se borraba la sonrisa.

"¡Ah, diablos!" -blasfemó.

Krutikov se echó adelante, sus labios temblaban:

"Dios mío... ¿Paul?"

"¡Encima de Júpiter! -exclamó con rabia Yurkovskiy-. Quedó frenado en la exosfera, perdió velocidad y no pudo volver...".

Abrió el periódico. Bikov vio el retrato con un remarco negro. Un delgado joven de ojos tristes...

"Júpiter... ¡Otra vez el maldito Jup! -exclamó Yurkovskiy cerrando los puños-. Peor que Venus, peor que todo en el mundo. Allí sí que yo... vaya...". -Se volvió rápido y marchó con paso elástico por el suelo mate-blanco del vestíbulo.

"Paul Dangle, Paul...". -repitió Krutikov moviendo la cabeza con tristeza.

"Ni tuve tiempo de contestar a su carta" -dijo con dificultad Daugé.

Todos se callaron, sólo se oía el crujido de la consistente cubierta del libro en los gordos y velludos dedos de Krutikov...

...Bikov abrió los ojos y se volvió cara arriba. Este suceso ensombreció toda la tarde. La charla con Ioannovich no cuajó. "Estos astronautas son gente endiabladamente intrépida" -pensó el ingeniero-. Y de asombrosa perseverancia. ¡Verdaderos héroes! ¡Cuántos han caído ya en Venus!" En los voluminosos cohetes de impulsión, con reservas limitadas de combustible fueron al asalto. Nada ni nadie les impulsaba, les retenían, les retiraban los vuelos... si volvían.

Ahora irá el "Jius" al asalto.

El cohete fotónico "Jius"... Al igual que cualquier ingeniero nuclear, Bikov conocía la teoría de la transmisión de la energía fotónica en los cohetes y seguía con interés todas las novedades que se publicaban en la prensa sobre este problema. La transmisión de la energía fotónica en los cohetes transforma el combustible en quantos de irradiación electromagnética, y de esta manera hace factible la máxima posible velocidad de empuje, igual a la velocidad de la luz, en los motores de los cohetes. Como fuentes de energía en la transmisión fotónica pueden servir a los procesos termonucleares (transmisión parcial del combustible en irradiación), o a los procesos de "aniquilación de las antimaterias" (transformación completa del combustible en irradiación).

Las ventajas del cohete fotónico sobre el atómico con combustible líquido son enormes e indiscutibles. Primero por el relativo poco peso del combustible; segundo, por la gran carga útil admisible; tercero, por la fantástica capacidad de maniobra para un cohete con combustible líquido; cuarto...

Así lo dice la teoría. Pero Bikov sabía también que hasta los últimos tiempos todos los intentos de utilizar la idea de la transmisión fotónica en los cohetes, habían terminado prácticamente en un fracaso. Uno de los problemas fundamentales de esta idea -la reflexión de las irradiaciones- no cedía a una solución práctica. Para la creación de la tracción fotónica es necesaria una intensidad de irradiación de millones de kilocalorías en cada centímetro de la superficie del reverbero por segundo, y ningún material resistía la acción incluso momentánea de las temperaturas de centenares de miles de grados que se originaban con esto. Los modelos sin piloto se quemaban sin dejar rastro, antes de tener tiempo de gastar ni una centésima parte del combustible. ¡Y a pesar de eso, el cohete fotónico había sido construido!

"Se ha logrado crear un espejo ideal -dijo Daugé-, un «reverbero absoluto». Una sustancia que rechaza todo género de radiación de energía de cualquier intensidad y toda clase de partículas elementales con energías de hasta ciento cincuenta millones de electronvoltios. Menos el neutrino, creo. Una sustancia mágica. Teóricamente fue elaborado por un instituto de Novosibirsk. La verdad es que ellos no pensaban en el cohete fotónico. Estaban experimentando la posibilidad de una defensa ideal contra las irradiaciones que se infiltraban del reactor nuclear. Pero Krayujin enseguida comprendió qué era lo que habían conseguido. -Daugé se rió-. Krayujin es un fanático del cohete fotónico. Es de él el célebre aforismo: «El cohete fotónico conquistará el espacio». Krayujin desde el primer instante se aferró al «reverbero absoluto», puso a dos terceras partes del laboratorio del comité a trabajar en él: ¡Y aquí está nuestro «Jius»!".

La creación del "reverbero absoluto" fue el primer éxito real de la nueva, casi fantástica ciencia química meso-atómica, la química de los átomos artificiales, cuyas envolturas electrónicas son sustituidas por mesones. Esto interesó tanto a Bikov que durante un rato se olvidó de todo -de la desgracia de Paul Dangée, de Venus, e incluso de la expedición-. Lástima que poco pudo contarle Daugé sobre el "reverbero absoluto". Sin embargo le contó mucho sobre el "Jius".

El "Jius" es una astronave combinada: cinco cohetes impulso-atómicos llevan un espejo parabólico de "reverbero absoluto". En el foco del espejo y a frecuencia determinada se inyecta plasma de hidrógeno-tritilo. La finalidad de los cohetes atómicos es doble: en primer lugar dan al "Jius" la posibilidad

de despegar y aterrizar en la Tierra. El reactor fotónico no sirve para esto, pues contagiaría la atmósfera como en una explosión de decenas de bombas de hidrógeno. En segundo lugar, los reactores de los cohetes alimentan potentes electroimanes, en el campo magnético de los cuales se opera la retención del plasma y se origina la síntesis termonuclear.

Muy sencillo e ingenioso: cinco cohetes y un espejo. A propósito, la monstruosa tortuga de cinco patas que vio Bikov en el gabinete de Krayujin, resulta que es la maqueta del "Jius". Hablando con franqueza, las formas exteriores del "Jius" no son muy elegantes...

El ingeniero se sentó de nuevo, encogido, apoyándose con su espalda desnuda en la fría pared.

"Nosotros despegaremos en el cohete fotónico "Jius-2". El "Jius-1" se quemó durante las pruebas hace dos años -dijo Daugé sin querer-. Nadie sabe por qué. El único hombre que pudo haber dicho algo sobre esto, era Ashot Petrosian, ¡que Dios le perdone! Se desintegró en polvo atómico junto con la masa de aleación de titanio del cual estaba fundido el cuerpo del primer "Jius". Una muerte ligera y honrosa...

"Nadie de nosotros teme la muerte -pensó Bikov-. Sólo no la queremos". ¿De quién son estas palabras? Bajó del diván. No había manera de dormir, estaba claro. "Reverbero absoluto". "Dangée", "Jius", "Petrosian"... "Probaremos el último recurso".

Salió al balcón, maquinalmente buscó en el bolsillo de la cazadora el paquete de cigarrillos.

Para poder dormir es necesario helarse. Bikov se apoyó en la baranda. Reinaba el silencio. La enorme ciudad dormía en la espectral media luz de la noche de julio; lejos, en el horizonte, se veía un resplandor centelleante y al norte, como una cegadora saeta blanca, se hundía en el cielo gris la punta del Palacio de los Soviets.

"Ya serán al menos las dos -pensó Bikov-. ¿Sin embargo, dónde estará mi reloj?... Asombroso calor. Una suave brisa templada... Y "Jius" en siberiano quiere decir viento invernal, del norte. El proyecto del cohete fotónico fue elaborado por ingenieros siberianos, y fueron ellos los que propusieron esta denominación como código. Luego este nombre pasó al cohete".

Extraños nombres. "Jius", en honor al frío siberiano, "Golconda Uránica", creo, en recuerdo de la antigua ciudad donde el rey Salomón guardó alguna vez sus diamantes... Y además, "el enigma de Tajmasib".

Tajmasib Mejti, un gran geólogo azerbaidzhano, el primer hombre que estuvo en la Golconda. Ermakov, Tajmasib y dos geólogos más llegaron felizmente a Venus a bordo de un cohete deportivo equipado especialmente. Fue una gran suerte y feliz ocasión. Todos lo creen así, aun el mismo Ermakov.

Se posaron en algún lugar a unos veinte kilómetros de los límites de la Golconda. Tajmasib dejó a Ermakov en el cohete y se fue con sus geólogos a explorar. No se sabe lo qué les sucedió. Tajmasib volvió al cohete cuatro días después, sólo, medio muerto de sed y horriblemente atormentado y corroído por las llagas de las irradiaciones. Trajo muestras de minerales de uranio, radio y transuranianos ("¡Riquísimos minerales, Alexey, extraordinarios!") y en un envase polvo radiactivo rosa-gris. Llegó casi sin conocimiento. Mostró el envase a Ermakov y empezó a hablar con gran excitación en azerbaidzhano. Ermakov no entendía esta lengua y le imploraba que hablara en ruso, pues estaba claro que se trataba de algo importante. Pero Tajmasib sólo pronunció en ruso: "¡Apártense del circulo rojo! ¡Aléjense del círculo

rojo!". Murió sin pronunciar una palabra más. Falleció al despegar y Ermakov pasó medio mes con el cadáver en el cohete.

El "círculo rojo" es el enigma de Tajmasib, el enigma de la muerte de tres geólogos, el enigma de la Golconda Uránica. Pero quizás no haya ningún enigma. Puede ser, como muchos creen, que Tajmasib enloqueciera al enfermar debido a las radiaciones o por la impresión de la muerte de sus camaradas. El polvo gris-rosa del envase resultó ser una complicada combinación orgánica de silicio conocida ya hace tiempo en la Tierra.

No se comprende el porqué trajo este envase Tajmasib... Y es incomprensible también, qué relación puede tener con el "círculo rojo".

Daugé contó todo esto hablando rápidamente, frunciendo el ceño, como si algo le molestara. Él no creía en el "enigma de Tajmasib". Por el contrario podía pasarse horas enteras hablando de las riquezas de la Golconda. ¿Pero cómo llegar hasta ella?...

Bikov se sentó en la baranda, el paquete de cigarrillos le estorbaba y lo puso a un lado. En las alturas, con un ligero susurro pasó un pequeño helicóptero. Bikov siguió con la mirada las luces de situación, roja y amarilla. Recordó la conversación con Daugé.

Tajmasib con sus camaradas fueron hacia la Golconda a pie. Pero nuestra expedición lleva consigo un transportador. Daugé dice que es una máquina excelente: el "Tms" excelente, el transportador excelente, Yurkovskiy excelente. Sólo sobre nuestro jefe se refirió de manera reservada. Resulta que Ermakov es hijo adoptivo de Krayujin. Uno de los mejores astronautas del mundo, pero con rarezas. Verdad es que, por lo visto, había tenido una vida muy difícil. Daugé se refería a él de manera muy vacilante:

"Yo casi no le conozco... Dicen... dicen que es un hombre muy atrevido, que sabe mucho y además muy cruel. Dicen que nunca se ríe...".

La esposa de Ermakov fue la primera persona que se posó en el satélite natural de Venus. Y allí sucedió no sé qué desgracia. Nadie sabe nada en concreto -una especie de choque o conflicto entre los componentes de la tripulación-. Desde entonces dejaron de llevar consigo a mujeres en los viajes interplanetarios lejanos, y Ermakov se ha dedicado por completo al asalto de Venus. Resulta que ha intentado cuatro veces llegar hasta la superficie de este planeta, y las cuatro sin éxito. La quinta vez voló con Tajmasib Mejti. Y ahora, con el "Jius", va hacia Venus por sexta vez.

Bikov se paseó por el balcón con las manos en la espalda. No, por lo visto tampoco podrá helarse. Hace demasiado calor, un calor sofocante. ¿Podría, a pesar de todo, fumar un cigarrillo? Bikov sintió que en él crecía la seguridad de que el mejor y más seguro recurso contra el insomnio es un cigarrillo. Buscó el paquete.

El mejor método de vencer la tentación, es dejarse llevar por ella. Sonrió. ¡Qué va! ¡Régimen! El paquete salió disparado a la calle desde la altura del piso undécimo. Bikov doblándose sobre la veranda miró hacia el oscuro abismo. Allí, de pronto, se encendieron las cegadoras luces de unos faros; veloces y silenciosos corrieron por el asfalto y desaparecieron.

"He ensuciado la calle en vano -pensó Bikov-. ¡Ah, debilidad humana! Es necesario dormir...". Entró a la habitación y a tientas llegó hasta el diván. Bajo su pie algo crujió. "Pobre reloj" -pensó, mientras intentaba orientarse en la oscuridad.

Respiró profundamente y se dejó caer en el mullido diván. "¡No, no vas a poder dormir hoy, camarada ingeniero especialista de desiertos! ¿Por qué el hermoso Yurkovskiy no me puede ver? Ahora se me pegará el apodo:

especialista en desiertos. ¡Y qué cara tenía Yurkovskiy cuando hablaba de Paul Dangée!... Sí, éste ya no sufre de insomnio antes del vuelo. Nosotros no tememos a la muerte, sólo que no la queremos... ¿Es así ingeniero? Y de pronto, en este mismo vestíbulo, dentro de medio año alguien comunica la noticia: ¿Han oído camaradas? El "Jius" sucumbió. Ermakov, Yurkovskiy y aquél... como se llamaba... especialista en desiertos... ¡Estás diciendo necedades Alexey! Esto es debido al insomnio y la inacción. Que pronto llegue la mañana, y al avión, al séptimo polígono, al cohetódromo tras el círculo polar, donde la expedición se preparará para la partida, y a esperar al "Jius" que ahora se encuentra en un vuelo de prueba. Hay que levantarse a las ocho y yo no puedo domarme, demonios...".

Aquí Bikov notó que la puerta del dormitorio estaba entreabierta y a través de ella se ve en la pared una débil lucecita Se levantó, de puntillas llegó hasta la puerta y miró por la rendija.

Sentado en la mesa, al lado de la cama deshecha, estaba Daugé con las manos cogidas en la cabeza. La mesa estaba casi vacía, en el suelo había una voluminosa mochila. En ella se veía el martillo geológico con su mango reluciente. Bikov tosió.

-Entra -dijo Daugé sin volverse.

-E-e... -empezó Bikov completamente turbado-. Yo, comprendes, me olvidé de preguntarte...

Daugé se volvió:

-Pasa, pasa... Siéntate. Bien, ¿qué es lo que te has olvidado de preguntarme?

-E-e. Sí, mira, comprendes... ¿Por qué poner en Venus estos radiofaros, si su atmósfera de todos modos no deja pasar las señales de radio?

Por el rostro de Daugé pasaba una sombra de la pantalla. Bikov se sentó en una ligera butaca y victorioso puso una pierna sobre la otra. Sentía un gran alivio al encontrarse en la habitación iluminada, en compañía de su fiel amigo.

-Sí -pronunció Daugé pensativo-, verdaderamente es una cuestión importantísima. Ahora comprendo por qué no has podido dormirte hasta ahora. Y yo pensaba. ¿Qué hace paseándose aún por la habitación? ¿Le dolerán las muelas? Y todo está en los faros...

-S-sí -pronunció Bikov indeciso, bajando la pierna. La sensación de alivio se había esfumado.

-¿Seguramente, tendrás algunas consideraciones sobre esto? -continuó Daugé en tono completamente serio-. Tu, claro está, habrás pensado algo durante... tu vigilia. Algo de utilidad general...

-Verás Ioannovich... -empezó Bikov poniendo cara de importancia pero sin tener la más ligera idea de cómo iba a terminar la frase empezada.

-Sí, sí, ya te comprendí -le interrumpió Daugé asintiendo con la cabeza-. ¡Y tienes completamente, ¿comprendes?, absolutamente razón! Precisamente éste es el caso. La atmósfera de Venus realmente no es capaz de dejar pasar las radioondas, pero con diapasón rigurosamente determinado nosotros creemos en la posibilidad de traspasar este radiobloqueo. Este diapasón ha sido determinado con datos puramente teóricos y también con datos de observación de los relativamente locales campos de ionización... ¿de dónde, ingeniero?...

-De Venus -pronunció Bikov sombrío.

-Precisamente ¡Venus! La atmósfera de este planeta deja pasar algunas veces ondas de otras longitudes, pero esto son fenómenos casuales, en ellos

no se puede calcular. Por esto la tarea consiste en determinar la zona de filtración, y una vez esto sabido, tirar los radiofaros a la superficie... ¿La superficie de qué?

-¡De Venus -repitió Bikov con odio.

-¡Estupendo! ¡Maravilloso! -exclamó Daugé-. No en balde has pasado la noche en vela. Sin embargo todos los intentos de lanzar a la superficie una estación de radio terminaron... ¿cómo terminaron, ingeniero?

-Ya basta -exclamó Bikov.

-Gm... Extraño. Ellos amigo mío, fracasaron. Lo más verosímil es que estos faros tanquetas se estrellaron en las rocas. O, cuando menos, se estropearon durante el descenso. Pero, aunque no se hubieran estropeado ¿qué provecho podríamos sacar de ellos? A nosotros no nos van a ayudar. En cambio nosotros tenemos... ¿qué tenemos nosotros?

-Paciencia ya no -dijo Bikov sombrío.

Daugé proclamó solemnemente:

-Tenemos al "Jius", y tenemos faros, y también se hallaron las zonas de infiltración en las cuales las señales de estos radiofaros traspasan la atmósfera. O sea, que lo tenemos todo menos paciencia, pero esto es cosa reparable. Se puede dormir tranquilo.

Alexey Petrovich suspiró entristecido y se puso de pie.

-Insomnio -pronunció. Daugé asintió con la cabeza:

-Sucede...

Bikov dio unos pasos por la habitación y se paró ante tres fotografías estereográficas en la pared. La de la izquierda representaba una vieja calle estrecha de alguna ciudad de la costa del Báltico, la de la derecha, una nave interplanetaria parecida a una bala de fusil de la época de la primera guerra mundial, aumentada hasta medidas colosales, con su punta hundida en el oscuro cielo. En la fotografía central Bikov vio el retrato de una mujer joven, triste, con un vestido azul que le tapaba hasta el cuello.

-¿Quién es, loannovich? ¿Tu esposa?

-S-sí... Propiamente, no -articuló Daugé sin ganas-. Es Masha Yurkovskaya, la hermana de Volodia. Nos separamos...

-Ah, perdona...

El ingeniero se mordió el labio, volvió a la butaca y se sentó.

Daugé hojeaba sin objeto las páginas de un libro que se hallaba ante él en la mesa.

-Exactamente, me dejó... ésta es la verdad...

Bikov callaba mientras observaba el rostro delgado y moreno de su amigo. En la luz de la lámpara azul parecía completamente negro.

-Yo tampoco puedo dormir, Alexey -dijo Daugé con sentimiento-. Lástima por Paul. Esta vez no voy con muchas ganas. Quiero mucho a la Tierra. ¡Mucho! Tú, seguramente crees que todos los astronautas son unos convencidos habitantes del cielo. No es verdad. Nosotros amamos mucho a la Tierra y sentimos nostalgia de su cielo azul. Esta es nuestra enfermedad, la nostalgia por el cielo azul. Estuve alguna vez en Pobos. El cielo es sin fondo, negro. Las estrellas, como agujas diamantinas, se clavan en los ojos. Las constelaciones parecen extrañas, desconocidas. Y todo a tu alrededor es artificial: el aire artificial, el calor artificial, incluso tu peso es también artificial.

Bikov escuchaba sin moverse.

-Tú de esto no sabes nada. Tú no duermes tan sólo porque sientes que estás en el umbral: un pie aquí, el otro allí. Sin embargo Yurkovskiy seguro

que estará ahora escribiendo versos sobre el cielo azul, las nieblas de los lagos, sobre las blancas nubes encima de los bosques. Versos malos. En la Tierra en cualquier redacción hay kilos de versos de esta clase, y él lo sabe perfectamente. Pero continúa escribiendo.

Daugé cerró el libro y se apoyó en el respaldo del sillón con la cabeza echada hacia atrás.

-Y el rechoncho Krutikov, nuestro piloto observador, estará corriendo por Moscú en su coche. Con su mujer. Ella conduce y él a su lado no deja de mirarla, y siente que no tenga aquí a los chiquillos. Sus hijos viven en Novosibirsk, en casa de la abuela. Un niño y una niña, muy buenos chicos... -Daugé de pronto se puso a decir-: En cambio el que duerme es Bogdán Spitzin, nuestro segundo piloto. Su casa es el cohete. "Yo, -dice-, en la Tierra me encuentro como en el tren: se quiere uno acostar y dormir para llegar más pronto". Bogdán es un verdadero habitante celeste. Los hay así, envenenados para toda la vida. Bogdán nació en Marte, en la pequeña ciudad científica en el "Gran Sirte". Vivió allí hasta los cinco años, luego su madre enfermó y los trajeron a la Tierra. Y cuentan que dejaron al pequeño Bogdán para que paseara por la hierba. Él anduvo, anduvo, cayó en un charco y se puso a gritar: "¡Quiero ir a casa! ¡A Marte!".

Bikov se rió con regocijo, sintiendo como se desvanecía, se aligeraba el peso de toda esta serie de sentimientos incomprensibles que embargaban su alma. Todo era muy sencillo, él. verdaderamente se encontraba en el umbral, un pie aquí y el otro "allí"...

-¿Bien, y qué hace nuestro comandante? -preguntó.

Daugé se encogió.

-No lo sé. Sencillamente no tengo idea... No sé.

-Seguramente también dormirá, como Bogdán habitante celeste...

Daugé movió la cabeza.

-No lo creo... ¿El cielo está despejado?

-No, está cubierto de nubes...

-En este caso no lo sé en absoluto -Daugé movió la cabeza-. Yo podría imaginarme que Anatoliy Ermakov está ahora mirando una estrella brillante en el horizonte. A Venus. Y sus manos... -Daugé hizo una pausa-. Sus manos están cerradas tan fuertemente que sus dedos son blancos...

-¡Tienes fantasía, loannovich!

-No, Alexey, eso no es fantasía. Para nosotros Venus es en resumidas cuentas un episodio. Hemos estado en la Luna, en Marte, ahora volamos a asimilar un nuevo planeta. Todos hacemos nuestro trabajo. Pero Ermakov... Ermakov tiene cuentas pendientes, viejas cuentas feroces. Te voy a decir por qué va allí: él va para vengar y conquistar, implacablemente y para siempre. Así me imagino yo eso... Él consagró a Venus la vida... y la muerte.

-¿Tú le conoces bien?

Daugé se encogió de hombros:

-No es éste el caso. Yo lo siento. Y luego -empezó a torcer sus dedos-, Nicidzima, el japonés -su amigo-; Sokolovskiy -su amigo íntimo-; Chi Fen-iu -su maestro-; Ekaterina Romanovna -su esposa-... Y a todos los ha engullido Venus. Krayujin, su segundo padre. Su último viaje Krayujin lo efectuó a Venus. Después de este raid los médicos le prohibieron volar...

Daugé se levantó y empezó a andar por la habitación.

-Domesticarlo y conquistarlo -repetía-, ¡implacablemente y para siempre! Para Ermakov, Venus es la personificación obstinada y maligna de todas las fuerzas de los elementos hostiles al hombre. Yo no estoy convencido de que

alguna vez nos sea dado a nosotros comprender este sentimiento. Y puede ser, que sea mejor. Para comprenderlo es necesario luchar como luchó Ermakov, y sufrir como él sufrió... Conquistar de una vez para siempre... -repitió Daugé pensativo.

Bikov contrajo sus hombros como si tuviera escalofríos.

-Por esto dije lo de los puños cerrados -terminó Daugé mirándole fijamente-. Pero como está nublado, yo no puedo sencillamente imaginar lo que hará ahora. Lo más probable y verosímil es que esté durmiendo.

Se callaron. Bikov pensó que con un jefe así seguramente no había trabajado nunca aún.

-¿Y cómo te van tus asuntos? -inesperadamente preguntó Daugé.

-¿Qué asuntos?

-Con tu maestra de Ashjabad.

Bikov enseguida puso mala cara y se entristeció.

-Así, así -dijo él-. Nos vemos...

-¡Ah, míralo! Os veis. Bueno, ¿y?

-Nada.

-¿Has hecho proposiciones?

-Las hice.

-¿Te rehusó?

-No. Dijo que lo pensaría.

-¿Hace mucho de esto?

-Medio año atrás.

-¿Y?

-¿Qué "y"? No hubo nada más.

-O sea que eres un tonto de capirote Alexey, perdona, por el amor de Dios.

Bikov suspiró. Daugé lo miraba con una sonrisa abierta.

-¡Extraordinario! -dijo éste-. Tiene treinta y pico de años. Ama a una mujer hermosa. Se encuentra con ella hace unos siete años...

-Cinco.

-Bien que sean cinco. Al quinto año se declara. Tengan en cuenta que ella ha esperado paciente cinco años, esta infeliz mujer...

-No digas más, Ioannovich -dijo Bikov frunciendo las cejas.

-¡Un minuto! Después, cuando ella por discreción o como pequeña venganza dice que lo pensará...

-¡Basta ya!

Daugé suspiró y levantó los brazos.

-¡Pero si tú mismo eres el culpable, Alexey! Tu manera de cortejarla parece más bien una burla. ¿Qué es lo que pensará de ti? ¡Un emplasto!

Bikov callaba abatido. Luego dijo con esperanza:

-Cuando regresemos...

Daugé echó una risita:

-¡Vaya conquistador!... ¡Qué digo, especialista en desiertos! "¡Cuando volvamos!" ¡Vete a dormir, no quiero ni verte!

Bikov se levantó y cogió de la mesita un libro.

"La description planétographique du Phobos", Paul Dangée leyó. En la hoja del título había escrito con lápiz rojo en ruso: "A mi querido Daugé de su fiel agradecido Paul Dangée".

Al amanecer Bikov se despertó. La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Daugé en calzoncillos, negro y desgreñado, estaba ante la mesa

escritorio y miraba la fotografía de la joven y triste mujer -Masha Yurkovskaya-. Luego arranco el retrato de la pared y lo metió en la mochila.

Bikov se volvió hacia el otro lado con cuidado y se durmió de nuevo.

DÍAS DE TRABAJO

La ciudad no era grande: algunos centenares de nuevos chalets, alineados en cuatro regulares calles paralelas a lo largo del valle entre dos cadenas de desnudas colinas planas. El rojo sol matinal iluminaba vagamente el mojado asfalto, los tejados de suave declive y los alegres arbolillos en las empalizadas. Tras las colinas se veían entre las rosadas brumas del amanecer enormes y ligeras construcciones conocidas por el cine y fotografías, instalaciones de despegue de las naves interplanetarias.

Alexey Bikov, envuelto en una bata blanca, estaba derecho ante una enorme ventana que ocupaba media pared de la habitación y esperaba que le llamaran al médico mientras miraba a la calle. La tripulación del "Jius" llegó a esta pequeña ciudad ayer al atardecer. En el avión Bikov dormía, pero, por lo visto, no durmió bastante ya que dormitaba también en el coche durante el camino desde el aeródromo. De las impresiones de ayer sobre la ciudad le quedaba sólo la de la calle bañada por el rosado sol del atardecer, el claro edificio de muchos pisos del hotel y las palabras del chico de servicio del piso: "He aquí su habitación, camarada, instálese...". A las siete lo había despertado Daugé comunicándole que se había ordenado a todos presentarse a revisión médica y de que a causa de tanto dormir se le podía llagar el cuerpo.

El edificio sanitario colindaba con el hotel. Aquí a los astronautas les mandaron quitarse toda la ropa, ponerse las batas y esperar.

Tras la ventana, en la calle, había poca gente. Cerca de la casa de enfrente paró impetuosamente un automóvil bajo con un ciervo plateado en el radiador. Pasaron dos hombres vestidos con ligeros monos de trabajo y enormes carpetas portaplanos bajo el brazo. Pesadamente se deslizó un potente electrocar semioruga con un furgón. A la empalizada salió un muchacho de unos doce años, miró el cielo, silbó poniéndose tres dedos en la boca y, saltando por encima del cerco, salió corriendo por la calle copiando de manera evidente el estilo de algún campeón.

Bikov se apartó de la ventana. Ermakov y Yurkovskiy ya no estaban en la habitación, los habían llamado al gabinete del médico. Los demás se desnudaban sin prisas colgando sus prendas en bonitos armarios de puertas semitransparentes. Alexey Petrovich se quedó admirando a Spitzin. El piloto tenía un cuerpo de gimnasta profesional. En sus anchísimos hombros, bajo la fina piel de color dorado, se deslizaban los bultos de los músculos. Daugé ya se había puesto la bata y, sonriendo malicioso, ataba con un nudo las mangas de la camisa de Yurkovskiy, agregando: "Así, y ahora así...". Terminado este útil trabajo, se acercó alegre a Bikov y se rió disimuladamente:

-¿Te gusta la ciudad, Alexey?

-Es bonita -respondió Bikov discreto-. ¿Y está lejos el cohetódromo?

-Allí, tras las colinas. ¿Ves los capiteles de despegue? Allí se encuentran el célebre Séptimo polígono, el primero y por ahora único en el mundo cohetódromo especial. Dará las pruebas, despegues y aterrizajes de los cohetes fotónicos. De aquí despegó el primer ingenio fotónico sin piloto, el

"Cometa Gorinich". Aquí aterrizaron el "Jius-1" y el "Jius-2". Al igual que lo harán seguramente el "Jius-3", "Jius-4"...

-¿Aterrizarán o despegarán?

-También despegarán. Pero primeramente aterrizarán no olvides que no se construyen en la Tierra.

-Ya... -Bikov recordó la fábrica fundición celeste en el satélite "Veydadi Yu-i".

Allí, a la altura de cinco mil kilómetros de la Tierra, en condiciones de imponderabilidad y vacío casi ideal eran fundidos los gigantescos cuerpos de los superpesados cohetes. Doscientos cincuenta hombres -científicos, ingenieros, técnicos y trabajadores- dirigían los hornos solares, las máquinas centrífugas, complicadísimas máquinas automáticas de fundición, convirtiendo las pesadas barras de titanio y volframio en los cuerpos de las naves interplanetarias. Por lo visto, allí mismo nacieron los "Jius"...

-¡Krutikov y Spitzin, por favor! -se oyó detrás la voz de Ermakov.

Los amigos se volvieron. Krutikov tiró el periódico y tras Spitzin entró al gabinete cerrando cuidadosamente la puerta tras sí.

-¡El Séptimo polígono es un lugar ideal! -dijo Daugé con entusiasmo. Su cara estaba dirigida hacia Bikov, pero sus ojos miraban a Yurkovskiy que había abierto su armario-. A su alrededor hay centenares de kilómetros de tundra y ni un solo punto habitado, ni una sola persona. Al norte... el océano...

Yurkovskiy cogió su camisa.

-...En línea recta hasta la costa hay doscientos kilómetros... -Daugé de pronto soltó una carcajada, pero al instante, conteniéndose, pronunció con solemnidad-: ¡Y entre la ciudad y el océano cinco millones de hectáreas de tundra de nuestro polígono!

Yurkovskiy pasó la cabeza a través del cuello de la camisa y ahora se encontraba en una posición forzada, con las mangas colgando, parecía un espantapájaros. Ermakov, ya vestido, pasó hacia el médico abrochándose cuidadosamente todos los botones de la bata.

-Desde aquí hacia el sur sale un ramal de ferrocarril y una carretera -continuó en voz alta Daugé-. A unos cuatrocientos kilómetros cerca de la estación geofísica...

-Sería interesante -preguntó Yurkovskiy pensativo-, ¿saber qué cretino ha hecho esto?

-M-m-m... cerca de la estación, decía, ésta da una vuelta y se une con la magistral transiberiana del norte en Yakutsk... Gm... ¿Vladimir, cómo va tu salud?

-Bien, muchas gracias -dijo Yurkovskiy. Se había sacado la camisa y ahora movía expresamente sus potentes músculos mirando a Daugé de reojo-. Estoy completamente sano. Pero voy a hacer los máximos esfuerzos a fin de que, amiguito, no pueda decir lo mismo de ti ni el veterinario más malo.

-¡Vladimir! -chilló Daugé-. Es una equivocación. No he sido yo.

-¿Pues quién?

-¡Él fue! -Daugé golpeó a Bikov en el velludo pecho-. ¡Es un bromista, Vladimir!...

Yurkovskiy miró fugazmente a Alexey y se volvió. Bikov, que había abierto la boca para tomar parte en el juego, sólo tosió y se calló. Yurkovskiy no quería juegos con él, estaba claro. Daugé también lo comprendió así y se sintió violento.

En este momento se abrió la puerta y Ermakov los llamó:

-Camaradas, vuestro turno.

Contento por este giro de las cosas, Bikov se dirigió rápido al gabinete.

Primero les examinó un médico, un ardiente moreno con una nariz descomunal. A Daugé lo dejó ir sin decir palabra, pero al examinar a Bikov metió su dedo en una larga cicatriz de su pecho y preguntó:

-¿Qué es esto?

-Una avería -contestó Bikov lacónicamente.

-¿Hace mucho? -no menos lacónico se informó el médico levantando su nariz.

-Seis años.

-¿Consecuencias?

-Sin consecuencias -contestó el ingeniero mirando demostrativo la enorme nariz del doctor.

Daugé sonrió sigilosamente.

El médico apuntó algo en un grueso libro en el cual figuraba: "Diario médico n° 4024. Bikov Alexey Petrovich", y llevó a los amigos a la habitación contigua. Allí vieron un gran armario blanco-mate. El doctor apuntó con su nariz a Daugé y le propuso entrar en el armario. La puertecita se cerró silenciosamente, el médico pulsó algunas teclas en la consola a la derecha del armario y al instante se oyó un zumbido apagado. En la consola se encendieron y apagaron alternativamente lamparitas de diversos colores, las saetas de los aparatos indicadores vacilaron. Esto duró de minuto a minuto y medio, después de lo cual el aparato hizo un sonoro chasquido y lanzó por algún lugar una hoja de papel blanco cubierta de líneas de letras y cifras. Las lamparitas se apagaron y el doctor abrió la puertecita. Daugé salió de espaldas frotándose el hombro.

El médico se volvió hacia Bikov y sonriente le indicó con la nariz:

-¡Adelante!

Alexey tosió y se adentró en el armario. Estaba oscuro. Unos fríos aros metálicos le cogieron por los hombros y cintura, lo apretaron a algo templado y blando, lo elevaron, lo bajaron. Se encendió una luz roja, luego otra de color verdoso, algo le punzó en el antebrazo y Bikov se sintió libertado. La puerta se abrió.

El médico, ronroneando una canción, examinaba con atención las hojas lanzadas por el armario. Eran "fórmulas" de salud, un informe completo sobre el estado del organismo, así como también un complejo individual de ejercicios gimnásticos obligatorios y la ración dietética para el período de preparación hasta el despegue. Apuntando algo en los "Diarios médicos" el doctor dio las hojas a Ermakov al mismo tiempo que comunicaba que estas revisiones se llevarían a cabo semanalmente.

Ermakov dio las gracias y salió.

-¿Qué es ese armario? -preguntó Bikov a Daugé mientras se estaban vistiendo-. ¿Un incubador para adultos o una variante electrónica de la arquilla de Pandora?

-Es un "ciberdoctor", una máquina electrónica para diagnosticar -dijo Daugé-. Todo está bien, pero da inyecciones. ¡Eso si que no lo aguanto!

Entraron en el ascensor y se elevaron hasta el quinto piso, al comedor. Era una sala enorme medio vacía inundada por la luz rosada del sol norteño. Casi todas las mesas estaban vacías. O no había empezado aún el desayuno, o había terminado ya.

-Allá están los nuestros -dijo Daugé.

La tripulación del "Jius" ocupaba dos mesas juntas muy cerca de la ventana. Sentados tras ellas estaban ya los dos pilotos y Ermakov. Bikov notó que el gordo Krutikov tenía un aspecto infeliz. El "orgullo de la astronáutica soviética" estaba sentado encorvado sobre un vaso de leche en el que desmenuzaba pan seco mientras con indescriptible tristeza miraba de vez en cuando hacia el plato de Spitzin. Este estaba desgarrando un humeante y jugoso bistec.

Por extraño que parezca, el desayuno fue ya servido según los nuevos racionamientos. Bikov algo perplejo, tuvo que comerse toda una ensaladera de fragantes hierbas, dejó limpio el plato de capillas de avena, se tragó dos pedazos de jamón superior y comenzó a tomar su jugo de manzana. A Daugé le dieron carne.

Mientras levantaba el tenedor y el cuchillo se informó:

-¿Qué es lo que te ha dicho el médico, Mijail Antonovich?

Krutikov enrojeció y bajó la cabeza hacia su vaso.

-Ya lo sé -declaró Yurkovskiy que acababa de llegar-. El "armario" seguramente, abrazó cariñosamente el pliegue de la barriga del Osito y le explicó que el sibaritismo en la comida nunca fue un ornamento para un astronauta.

Krutikov acabó de beber en silencio su vaso de leche y alargó la mano hacia un plato con pastas, pero Ermakov pronunció en voz baja "gm", y aquel retiró la mano rápidamente.

Después del desayuno Krayujin anunció que había llegado Usmanov, uno de los constructores del nuevo radiofaro. Usmanov había sido encargado del adiestramiento de la tripulación en el montaje de este "admirable logro de la técnica".

-Les doy dos semanas para esto -declaró Krayujin-. Luego cada cual empezará a trabajar en su especialidad. La primera lección empezó en la sala de deportes del hotel. Trabajadores con monos azules entraron sin ruido una gruesa barra de seis aristas y algunos objetos, la forma y material de los cuales era difícil de asociar a cualquier aparato de los que hasta ahora habían visto. La perplejidad y curiosidad estaban incluso en los ojos de Spitzin y Krutikov, y únicamente Ermakov examinaba los desconocidos aparatos con su habitual apariencia de fría indiferencia.

Entró Usmanov, alto y de pómulos salientes con su mono de trabajo, se presentó y enseguida fue al asunto. Poco a poco los ceñudos rostros de los astronautas se fueron iluminando. Cayeron las preguntas y se entabló una animada conversación. Muy pronto Bikov se unió también a la charla, ya que conocía en líneas generales, como cualquier ingeniero, los principios de la radiolocalización y la radioconducción.

Se trataba de la instalación destinada a dar impulsos dirigidos de ondas ultracortas muy potentes de una determinada longitud, capaces de traspasar las densas nubes de polvo y las zonas de alta ionización de la atmósfera. La duración de los impulsos eran de diez microsegundos, en un segundo se transmitían hasta cien impulsos. Aparatos especiales obligaban a este haz de impulsos a describir una espiral que recorría en algunos segundos toda la mitad superior de la esfera celeste desde el horizonte hasta el zenit y de nuevo al horizonte.

Esta instalación aseguraría la orientación de las astronaves sobre el planeta desconocido, cuya superficie era inaccesible a la observación visual y en donde los ordinarios medios de radar eran impotentes debido a las perturbaciones eléctricas y alta ionización. Se intentaba instalar estos faros

en las cumbres de las montañas o peñascos no lejos de las pistas o campos a propósito donde sea fácil el descenso, y de otros objetivos que sea conveniente señalar como puntos de orientación. En este caso concreto, en relación con la tarea principal de la expedición, sería necesario instalarlos en los alrededores del campo que tenían que buscar en la superficie de Venus, en los límites.

-¿Y su alimentación? -preguntó Yurkoyskiy.

Usmanov sacó de su cartera un paquetito.

-Radiobaterías de selenio y cerio -dijo él-. Doscientas celdillas en un centímetro cuadrado. Habríamos podido suministrarles además acumuladores neutrónicos, pero yo creo que sería superfluo. Son demasiado voluminosos. Las radiopilas de semiconductores son mucho más portátiles. En el "Jius" llevarán quinientos metros de este material, y ustedes sólo tendrán que extenderlo cerca de los faros... Si el suelo de la región de la Golconda diese en cada centímetro cuadrado de cincuenta a sesenta röentgen por hora -y según los cálculos aproximados dará mucho más-, la potencia de la batería alcanzará de dos a tres mil kilovatios. Para los faros esto es más que suficiente.

Bikov tocaba incrédulo la dura cinta elástica, en cuyo espesor semitransparente se divisaban confusamente unos granitos.

Los principios de montaje e instalación de los radiofaros resultaron muy sencillos.

-No hay ninguna necesidad de desmontar los mecanismos principales de la instalación -dijo Usmanov-. Es incluso indeseable, Anatoliy Borísovich. (Ermakov asintió con la cabeza). Como pueden ver éstos están sellados por la fábrica. De su trabajo responde nuestro laboratorio. Y lo demás no es complicado. Acérquense camaradas, ayúdenme... Así, muchas gracias.

Todos los anexos se ensartaban en la barra de seis aristas como aros en una pirámide infantil y se unían unos a otros por medio de resortes que se hundían en ranuras especiales. Bikov anotó para sí que en todo el aparato no había ni un solo tornillo, al menos, en el exterior.

-Ahora en este clavijero se enchufa el cable de las radiobaterías. El faro en este estado puede trabajar sin necesidad de ningún cuidado durante decenas de años.

-Muy buen faro, sencillo -dijo Krutikov acariciando la prominente cúspide reticular del faro, parecida a un gigantesco ojo de libélula-, ¿cuánto pesa?

-Tan sólo ciento ochenta kilos.

-No está mal -confirmó Yurkovskiy-. En pocas palabras, lo más complicado es la instalación del faro.

Para esto se preveían tres maneras. En la superficie dura de las peñas se podía utilizar una enorme ventosa en la parte inferior de la barra. En superficies menos firmes se debía perforar un agujero en el cual se instalaba la barra. El agujero luego se rellenaba con una disolución plástica. Finalmente, en el caso de que el suelo fuera movedizo, en el, por medio de corrientes de alta frecuencia se fundía una columna monolítica con seis pies que se hundía en el fondo hasta diez metros. La barra del faro se fundía en ella.

Las pruebas de montaje e instalación se llevaron a cabo fuera de la ciudad, aquel mismo día. Bikov observaba con admiración cómo la perforadora vibratoria dirigida por las hábiles manos de Yurkovskiy, taladró rápidamente en un bloque de granito un estrecho y profundo agujero. Usmanov declaró que el agujero era excelente, recto y vertical. En él

colocaron la barra y lo rellenaron con un líquido de un balón con manómetro, que por cierto apestaba asquerosamente. El líquido se endureció momentáneamente.

-¡Vamos a ver! -propuso Usmanov.

Bikov y Spitzin se miraron y se agarraron a la barra. A ellos se unió Daugé, luego Krutikov, pero no pudieron moverla.

-¡Ya lo ven! -dijo Usmanov orgulloso-. Y ahora realizaremos el montaje.

El sol pendía sobre las altas construcciones de despegue del cohetódromo cuando la tripulación del "Jius" volvió al hotel.

-En los días próximos -anunció Ermakov-, cada miembro de la tripulación deberá aprender a manejar la perforadora vibratoria tan diestramente como nuestros geólogos y montar y desmontar el faro con los ojos vendados. A esto nos dedicaremos.

Después de comer, Bikov se retiró a su habitación y se ocupó de escribir la carta a Ashjabad. Lleno con letra apretada siete páginas, las releyó, suspiró con desespero y se echó en el sofá.

La carta resultó de un sentimentalismo ridículo. Tenía unas ganas endiabladas de fumar. Bikov se echó boca abajo y se puso un lápiz en la boca. En primer lugar, podría acostarse y dormir hasta mañana. En segundo lugar, podría meterse en el baño... Diablo, qué ideas avinagradas venían a su mente: acostarse, dormir, meterse... Se levantó resueltamente y corrió a la biblioteca.

En el hotel del Séptimo polígono empezaba el atardecer. Batían las puertas. Por los largos corredores iban con prisa gentes elegantemente vestidas. Llegaban desde abajo sonidos de música. En los cuatro ascensores se amontonaba la gente y Bikov decidió llegar hasta la sala de lectura por la escalera. A su encuentro se movía un bullicioso torrente de jóvenes. Por lo visto, todos iban al club.

En la silenciosa sala de lectura Alexey Petrovich escogió tres libritos sobre Venus, uno de ellos trataba de la teoría de la transmisión de energía fotónica. Hojeó un número de la revista "Cosmonauta". Allí descubrió un artículo de M. A. Krutikov sobre la dirección automática de astronaves, intentó leerlo y comprobó confuso que no podía comprenderlo; demasiadas matemáticas.

-Funcional... -murmuró Bikov esforzándose por descifrar algo, al menos por deducciones-. ¡Vaya con el gordinflón!

"¿Y por qué no ir a ver a Daugé? -pensó de pronto-. ¿Y en general, en qué estará ocupada la tripulación del "Jius"? ¿También lee libritos sobre Venus? Lo dudo...".

Daugé no leía libritos. Estaba afeitándose. Su mandíbula estaba torcida en posición completamente anormal y el zumbido de la maquinilla eléctrica llenaba la habitación. Al ver a Bikov, Daugé farfulló algo incomprensible.

Alexey se dejó caer en el sillón y se puso a observar la espalda del amigo, las paredes de plástico azul, la pantalla del gran televisor, el alto techo mate.

Daugé terminó de afeitarse y preguntó:

-¿Has venido para algo?

-¿Y qué, es que estorbo?...

-No, no es que estorbes... Estoy esperando a Yurkovskiy, con el que tengo que hablar. Un asunto de negocios.

Se dirigió al baño, Se oyó el murmullo del agua y el resoplar dichoso del dueño. Luego se presentó secándose con la toalla.

-No te enfades, Alexey, pero...

-Nada, nada, me voy... -Bikov se levantó-. Yo vine sólo por pasar el tiempo, por aburrimiento.

-Un asunto de negocios -repitió Daugé-. Si estas aburrido, vete a buscar a los pilotos. Están, creo, en la sala de deportes. Bogdán le está sacando grasa al observador. ¡Vete a verlos, es un espectáculo divertido!

-¡Ah... bueno, quédate con Dios! -Bikov iba a salir pero se paró-. Pero dime, ¿por qué Yurkovskiy me mira como una bestia feroz?

-No le hagas caso, Alexey. En primer lugar él no es una persona suave. En segundo lugar, siempre se porta así con los novatos que no han tenido el gran honor de girar en las cámaras centrífugas y estar diez días con la máscara en la atmósfera nítrica, como hacen en el Instituto de preparación, y en tercer lugar... Pues verás, en tu lugar él había propuesto un piloto amigo íntimo suyo. Luego Krayujin decidió cogerte a ti. ¿Comprendes?... En una palabra, todo esto pasará, y regresaréis a la Tierra como los mejores amigos.

-Lo dudo -musitó Bikov y, enfadado, abrió la puerta y salió.

Al día siguiente empezaron los trabajos, pesados trabajos, con dolores y cansancios que no quitaban ni la ducha caliente ni el descanso de la siesta. Toda la tripulación estuvo practicando durante dos semanas en la instalación de los radiofaros.

Muy pronto aprendieron a montar el faro, ya que todos tenían en sus espaldas una rica experiencia en ingeniería. Pero la perforadora vibratoria resultó ser un instrumento bastante caprichoso y muchos agujeros torcidos y deformes adornaron las rocas de los alrededores de la ciudad, antes de que Ermakov anunciara que estaba más o menos satisfecho de la habilidad de los novatos perforadores. No menos inquietudes deparó a los miembros de la tripulación la dichosa ventosa.

-¡No lo comprendo! -dijo una vez Bikov enfadado dirigiéndose a Daugé.- ¿Por qué perder el tiempo con estos tráfagos de la perforación? Pues tú sabes ya perforar y Yurkovskiy también... ¿Es que esto no es suficiente?

Daugé le miro severo.

-Supongamos que Vladimir y yo no llegamos a la Golconda -dijo él simplemente.

A Krayujin lo vieron en aquellos días sólo durante el desayuno. Estaba todo el día ocupado en la preparación del equipo material de la expedición y pasaba los días y las noches en almacenes, empresas y organizaciones de abastecimiento del cohetódromo. Por lo visto, no todo iba bien. Corrían rumores de que había despedido a alguien, a otro le había prohibido dejarse ver hasta que no se hubieran eliminado los defectos. Contaban sobre su intervención en la reunión del activo del partido de la ciudad, sobre la horrible reprimenda que armó al jefe del polígono.

Bikov miraba de reojo a Ermakov. El jefe de la expedición y comandante de la nave estaba silencioso, reservado y nunca reía. En cambio, sonreía con una sonrisa terrible, sólo con los labios. Además, cuando así sonreía, sus ojos se hacían más fríos. Muy pronto Bikov se convenció de que la sonrisa de Ermakov no prometía nada bueno a la persona a quien iba dirigida.

En una ocasión durante la comida Daugé se levantó de la mesa dejando en el plato un gran pedazo de ternera que le habían servido como segundo plato según su ración dietética.

-Un minuto -le dijo Ermakov suavemente-. Le ruego se coma el segundo plato, Grigoriy loannovich.

-No puedo, Anatoliy Borisovich -dijo Daugé.

-De todas maneras, se lo ruego -dijo Ermakov con más suavidad aún.

Daugé, en silencio, se pasó la mano de canto por la garganta, dando a entender con este movimiento que estaba saciado.

Entonces Ermakov sonrió con su extraña sonrisa.

-No querría disgustarle, camarada Daugé -dijo con voz muy queda-, pero tengo fundados temores de que su actitud hacia el régimen de preparación obligará a la expedición a limitarse, al fin de cuentas, con un solo geólogo. No podemos permitirnos el lujo de dar a Venus ni una sola probabilidad contra nosotros. Ni incluso el pedazo de ternera que no se ha comido...

Daugé, con las orejas rojas, se sentó de nuevo y con exasperación clavó su tenedor en el maldito trozo. Nadie pronunció ni una palabra ni miró hacia su lado. La comida terminó en medio de un silencio sepulcral y Ermakov no levantó la vista de Daugé hasta que el infractor del régimen no recogió con una miga de pan los restos de la salsa.

Bikov notó con asombro que este incidente no había provocado en sus camaradas ni la más ligera sombra de protesta contra la rigurosidad de Ermakov. Muy al contrario, Yurkovskiy, aquella misma tarde, le recomendaba algo insistentemente a Daugé a media voz, después de lo cual éste suspiró culpable y levantó las manos en alto.

Al final de las dos semanas Usmanov se despidió de la tripulación y partió en avión. Al siguiente día, después del desayuno, Krayujin manifestó:

-Desde hoy cada uno se dedicará, diríamos, a sus asuntos. Camarada Ermakov, usted trabajará con Spitzin y Krutikov, tal y como quedamos. Pueden partir ahora mismo, los pases ya están preparados... Usted, Yurkovskiy, y usted, Daugé, les ruego que me esperen aquí. Yo me voy con nuestro especialista en desiertos y volveré... Vámonos, camarada Bikov.

En la puerta del hotel les esperaba un potente coche semioruga.

-Suba -invitó Krayujin.

Se sentaron juntos detrás del chofer. Cuando la ciudad quedó atrás, Krayujin se acercó a Bikov y le preguntó:

-¿Habló con Daugé?

-¿Sobre qué?

-De todo.

-Sí... hablé.

-¿Bien, y cómo ha ido?

Bikov se encogió de hombros. Krayujin no debía haber hablado en este tono. No es incumbencia del jefe meter la nariz en los asuntos personales de sus subordinados sin motivos especiales. Las personas serias prefieren guardar para sí sus sentimientos. Sin embargo, Krayujin hizo como si no hubiera notado que no le habían contestado.

-Ahora vamos a conocer su arsenal, ingeniero -dijo.

Unos minutos después el coche se paró ante un largo edificio sin ventanas, con puertas en toda una pared. Se acercó el ceñudo guarda y comprobó los pases.

-¡Llame al mecánico! -ordenó Krayujin.

Salieron del coche. A su alrededor se extendía una llanura con ligeros montículos cubierta de clara hierba rígida. Por el cielo se arrastraban desgreñadas nubes grises, lloviznaba. Bajo los pies chapoteaba el agua.

-La tundra -suspiró el chofer.

Las amplias puertas se separaron. Un alegre sujeto cubierto con un mono de trabajo se acercó tendiendo su sucia mano a Krayujin.

-Lo he traído -masculló Krayujin.

El hombre del mono miró hacia Bikov:

-¡Lo veo, lo veo! Bien, vamos.

En el interior del edificio estaba oscuro. Krayujin tropezó con algo y blasfemó entre dientes. El mecánico tosió sintiéndose culpable.

-No hemos tenido tiempo de instalar la luz, camarada Krayujin, pero mañana todo estará arreglado.

-¿Mañana? ¿Y ahora nuestro ingeniero va a hurgar en la oscuridad, no?

Poco a poco, los ojos de Bikov se acostumbraron a la semioscuridad y vio delante suyo una ancha masa gris que se reflejaba turbiamente. Veía ya los bordes de las orugas, la abierta escotilla y los redondos y ciegos ojos de los proyectores.

-¿Qué es esto? -preguntó.

-Es el "Chico" -contestó Krayujin-. Nuestro tanque de transporte. Es un poco distinto de las máquinas ordinarias de este tipo, pero usted se habituará a él muy pronto. Empiece ahora mismo... -se volvió hacia el mecánico-. ¡Dentro de media hora que haya luz aquí!

-¡Entendido! -respondió aquél con brío y se retiró rápidamente.

-¡Traiga consigo la descripción y los manuales de información! -gritó a sus espaldas Krayujin-. Bien, esto es todo. Quédese y trabaje. Para la comida vendrán a buscarle. -Se despidió y se fue hacia la salida.

Cuando después de veinte minutos se encendió en el techo una luminosa lámpara, Bikov lanzó un ¡ay! de admiración. Tenía ante sí la más perfecta máquina de todas las que hasta ahora se habían movido con orugas. Era enorme -no menor que el gigantesco tanque-batiscafo que vio Bikov algunos años atrás en la exposición industrial de la Unión Soviética-, pero al mismo tiempo daba la impresión de una ligereza extraordinaria, de esbeltez, e incluso, quizás, de gracia. Su largo cuerpo redondeado, ligeramente aplanado por la vertical, la estrecha popa levantada, las apenas trazadas prominencias de las escotillas y periscopios, su elevado puesto de mando... ¡Y ni una sola juntura! El talento de los constructores había unido en el "Chico" la enorme potencia de una máquina pesada del transporte y las nobles líneas de los rapidísimos automocares.

-¡Qué estupendo! -exclamó Bikov mientras daba la vuelta alrededor del transportador agachándose en algunos sitios-. ¿Y esto qué es?... El sistema de equilibrio... ¡Magnífico! ¿Y las palancas de apoyo se encogen?... ¡Inteligente!

Se paró en la parte trasera y puso la palma de la mano en el liso borde. Estaba templado.

-Está cargado -sonrió bondadoso el mecánico que le observaba desde el umbral del garaje-. Si quiere puede subir ahora mismo y partir.

-Es temprano aún... para subir -dijo él-. ¿Me ha traído los manuales?

-Aquí están. Tenga, por favor.

-Gracias.

Con inesperada ligereza Bikov se metió en la abierta escotilla. Las correderas de la tapa se cerraron sobre su cabeza.

-¡Eh, camarada! -gritó el mecánico-. ¿Necesita mi ayuda?

Golpeó en la escotilla y no obtuvo respuesta. El mecánico se encogió de hombros y marchó.

Tal y como señalaban los manuales descriptivos, el "Chico" era un tanque transporte de gran franqueabilidad destinado para desplazarse por terrenos duros, fangosos y movedizos y también por regiones de suelos muy quebrados, en ambientes gaseosos y líquidos con presiones de hasta veinte atmósferas y temperaturas de hasta mil grados, con capacidad para una tripulación de ocho personas y un peso útil de quince toneladas. Estaba dotado de turbinas con una potencia total de dos mil caballos de fuerza, alimentadas por un compacto reactor reproductor de uranio-plutonio. En él habían proyectores de rayos infrarrojos, un cañón de ultrasonidos, un par de brazos-manipuladores mecánicos extensibles (casi iguales a los que usan los conductores de automocares para recargar los reactores de sus coches en las bases de energía), dosímetros y radiómetros interiores y exteriores y decenas de otros mecanismos y aparatos, cuya función Bikov, por ahora, imaginaba vagamente. La tripulación, la carga, los mecanismos y aparatos iban cubiertos por una sólida coraza de duro plástico resistente al calor y a las radiaciones, y más sólido que el titanio.

El manejo del "Chico" se diferenciaba muy poco de los sistemas ya conocidos por Bikov. También la parte mecánica le era familiar, pero para su tranquilidad decidió desmontarla hasta el último tornillo. Llegaba a las comidas cansado, sucio y manchado con grasa de grafito, comía ávidamente cambiando cortas frases con sus camaradas y rápido volvía al garaje o se iba a dormir. Por la mañana y después de almorzar le aguardaba un coche en la puerta del hotel. Pero el régimen personal e higiénico del período de preparación no era infringido en nada. Ermakov cuidaba con atención la disciplina.

Al cuarto día, Bikov sacó el "Chico" al campo por primera vez. La enorme máquina, con ligereza inesperada y casi silenciosa, salió rodando del garaje. Bikov quedó admirado de cuan obediente y sensible reaccionaba al más mínimo movimiento de sus dedos en las teclas del tablero de mandos. El guarda, sonriendo, levantó el brazo en señal de despedida. Bikov movió la cabeza en contestación, cerró ante sí la escotilla y fue tomando velocidad. El "Chico" iba por la mojada tundra balanceándose ligeramente e inclinándose levemente en los montículos. Con chillidos de miedo se levantaban los pájaros de los arbustos, una liebre salió rápida de su escondite formando una bola gris. El camino hacia adelante estaba velado por una espesa niebla. Fue necesario conectar el proyector de infrarrojos. En la pantalla surgían y desaparecían los pálidos contornos de cantos redondos masivos y de árboles solitarios retorcidos de manera extravagante. Bikov daba al transportador la máxima velocidad, o bien, lo paraba de pronto, hacía virajes cerrados, lo hacía girar en un punto y entonces de las orugas salían torrentes de fango mohoso que caía en los lentes del periscopio. Enseguida cepillos automáticos lo limpiaban completamente.

Inesperadamente, cuando el "Chico" iba a la máxima velocidad, delante resplandeció una red de alambre espinoso. Las huellas del "Chico", que se veían perfectamente marcadas en el blando suelo pasaban a través de la cerca. En el enorme y rasgado agujero colgaban trozos de alambre con fragmentos de palos de madera.

-¡Sólo faltaba esto! -refunfuñó Bikov mirando alrededor-. ¿Dónde me he metido?

Le llamó la atención una obra en forma redonda de hormigón color claro que se veía a través de la niebla a unos veinte pasos.

-¡Eh! ¿Hay alguien aquí? -llamó no muy fuerte.

Nadie respondió. Se oía tan sólo el rumor de la lluvia al caer en la hierba y el suave y lastimero tintineo de la red de alambre espinoso. Bikov estuvo un minuto indeciso, luego se dirigió decidido hacia el redondo edificio. Le pareció extraordinario ya que en sus lisas y altas paredes no había ni ventanas ni respiraderos, y sólo en el mismo suelo se veía una puerta cuadrada completamente abierta. A un lado sobresalía de la hierba el extremo de un tubo de hormigón cubierto por una tapa redonda oxidada. Bikov llegó hasta la puerta y miró al interior. Sólo tuvo tiempo de notar que estaba oscuro y salía calor. Detrás de él rechinó un hierro. Bikov se volvió y vio algo parecido a un horrible sueño: la tapa estaba levantada y del tubo de hormigón salía un húmedo fantasma de cabeza redonda y plateada, sin ojos.

Antes de que pudiera recordar que ya había visto algo parecido en algún lugar, el fantasma se encogió y saltó sobre él. Había unos tres metros entre ellos y la aparición los había salvado de un solo salto. Pero Bikov ya se había repuesto de su instantánea turbación. Además, el fantasma no tenía la más leve idea de judo. Después de contados segundos de terrible lucha estaba ya tirado de espaldas, y Bikov, dándole algunas fuertes bofetadas en el sitio donde las personas normales tienen la cara, se levantó para tropezar con el segundo monstruo salido también de la misma escotilla.

Ahora el asunto tomó otro cariz. Ni el judo le ayudó. Al recibir una tremenda bofetada Alexey cayó de lado en la húmeda tierra, le sujetaron de los pies y con una rapidez que a él le pareció extraordinaria se lo llevaron. Es muy difícil oponer resistencia cuando le sujetan a uno de ambas piernas. Bikov comprendía esto y no se resistía, esperando ver lo que vendría después. La aparición se paró pero no le soltó los pies. Intentó levantarse apoyando los puños cubiertos de sangre en el suelo. Se oyeron pasos y apareció un tercero. Entonces notó que sus pies estaban libres. Al instante se volvió y se sentó girando con dificultad el cuello, que le dolía por el golpe recibido.

Mirando a su alrededor comprendió que se hallaba detrás del "Chico". Las apariciones estaban juntas y con prisa estaban haciendo algo con sus cabezas. Al fin los brillantes globos se levantaron y el sorprendido Bikov vio caras conocidas: la del alarmado Daugé, la del ceñudo Krayujin y la de Yurkovskiy blanco de rabia. Este se llevó la mano a la nariz, se sonó y extendió hacia Bikov la ensangrentada palma:

-¡Es usted un idiota! -manifestó con voz sonora-. ¡Imbécil! ¿Qué tiene encima de los hombros, la cabeza o un repollo?

-Sosiéguese, Vladimir Sergeievich... -se inmiscuyó Krayujin-. Comprenda, el hombre quedó atontado por lo inesperado del ataque.

-¿Ustedes? -tan sólo pudo exclamar Alexey.

-¡No, no somos nosotros! ¡Somos caballeros de la Orden de la Rosa! ¡Representantes del comité femenino!...

-¡Pero aguarde, Yurkovskiy!... Camarada Bikov, saque rápidamente su máquina de aquí... Daugé, cierre la escotilla y la puerta y diga allí que nos vamos.

-¡Entendido! -Daugé cubrió de nuevo su cabeza con la escafandra y salió de detrás del cuerpo del "Chico".

Bikov subió al transportador, Krayujin y Yurkovskiy que continuaba blasfemando, le siguieron.

-¡Salga fuera del cerco y párese allí! -ordenó Krayujin.

El "Chico" dio marcha atrás.

-¡Bastante! ¡Stop! Ahora esperaremos a Daugé.

Bikov miró de reojo a Yurkovskiy. Aquél palpaba con cuidado su hinchada nariz.

-¿Duele? -preguntó compadeciéndolo Krayujin.

Yurkovskiy hizo una mueca. Por la armadura golpearon las botas de Daugé y éste penetró por la escotilla.

-Cumplido, Nikolay Zarájovich -se reportó.

-Vámonos.

Bikov puso sus dedos en las teclas. Luego, reflexionando, apretó los conmutadores, puso en marcha el motor y se apartó de los mandos. El "Chico" se puso en marcha suavemente.

-¿Dónde vas? -preguntó Daugé atemorizado y extrañado-. ¿Quién va a guiar?

-El autoconductor -contestó Bikov en tono de culpabilidad-. Yo no recuerdo el camino. ¡Pero no se preocupen! Existe una instalación electrónica, el "Chico" irá por su brújula giroscópica.

Marcharon en silencio durante algún tiempo. La máquina efectuó todas las manipulaciones que había hecho media hora antes Bikov con exactitud, pero al revés.

-¿El dosímetro lo lleva consigo? -preguntó Krayujin a Daugé.

-Sí, Nikolay Zajárovich. Pero no será necesario. Me olvidé de decirles que cuando Bikov se acercó a la cámara, estaba ya cerrada. Así que todo terminó bien.

Krayujin suspiró con alivio.

-Por poco no nos da un gran disgusto, camarada Bikov -dijo secándose el sudor de la calva-. ¿Sabe usted dónde le atrapamos?

-No tengo ni idea... -Bikov se sentía muy infeliz.

-Tras el cerco de alambre se encuentra bajo tierra un potente reactor que elabora el tritio. Es el combustible para nuestro "Jius". La torre de hormigón en la cual usted tan imprudentemente miró, no es otra cosa que la cámara sepulcro para los desperdicios radiactivos de la purificación del uranio. Y precisamente hoy un completo de varillas de uranio pasó a la refundición. Si hubiera metido allí su nariz...

-¡Esto lo hubiera comprendido hasta un erizo! -exclamó punzante Yurkovskiy-. Si un lugar está rodeado de alambre de espino, quiere decir que allí está prohibida la entrada. ¡Pues no, él penetra con sus orugas a través de la alambrada! No puede ver con indiferencia un cerco y, audaz como un león, lo embiste con su pecho.

Esto era completamente injusto, pero Bikov sólo suspiraba afligido.

-Yurkovskiy se dio cuenta cuando usted se acercaba a la cámara y se lanzó para alejarle, pero era un poco tarde. A decir verdad nosotros ya creíamos que había sucedido una desgracia.

-Corrimos a toda prisa -dijo Daugé-. Creí que me saltaba el corazón...

Bikov se volvió hacia Yurkovskiy y musitó balbuceante:

-Yo... a mí me sabe muy mal, la verdad... yo no quería... -y desesperado renunció-: ¡El diablo sabe cómo sucedió! Comprenda, yo me asusté al verle...

Los labios de Yurkovskiy se torcieron en una sonrisa despectiva.

Daugé sonrió disimuladamente:

-¡Y cómo lo recibió! ¡Espléndidamente! ¡Oh, señor, eso sí que fue un combate!

-Sí, pega usted bien -se rió Krayujin-, pero en el futuro sea más precavido. En nuestro oficio no se puede tocar nada con las manos desnudas, sobre

todo sin preguntar. Y esto me recuerda que hoy mismo Daugé escogerá para usted un traje especial y le enseñará a utilizarlo.

-¡Dios mío, eso sí que era pelear! -repitió Daugé secándose los ojos.

Bikov, rápidamente cambió de asiento y desconectó el autoconductor. Delante, entre la leve niebla se entreveían los contornos del plano tejado del garaje.

-Y además -dijo Krayujin-, será necesario probarles a usted y al "Chico". ¿Está preparado?

-Aquí no se puede probar como es debido -masculló Bikov-, la tundra es llana como una mesa...

-¡No se preocupe, yo hallaré un lugar excelente, amiguito! -Los dientes de oro de Krayujin brillaron en la semioscuridad.

PRUEBA DE FUEGO

Después de despedir a Krayujin y a los geólogos -en busca de ellos vino un coche llamado especialmente de la ciudad-, Bikov se rascó la nuca preocupado y volvió al garaje. El "Chico" estaba a dos pasos de la entrada, el agua de la lluvia brillaba en sus inclinados costados.

-¡La prueba! -musitó Bikov-. Bien, quieren que haga la prueba, pues la haré.

Sacó del bolsillo el manual arrugado y manchado de grasa, lo hojeó, suspiró y trepó por la escotilla. Al igual que otras muchas personas, a Alexey Petrovich no le gustaban los exámenes, sea como sea la forma en que se lleven a cabo. Le parecía que era una gran injusticia, una situación en la que algo insignificante, una bagatela sin importancia en la cual nunca se había prestado atención por su completa e imposible adaptación en el trabajo práctico, se pone al mismo nivel de los conocimientos importantes y necesarios. Él mismo, cuando daba clases, procuraba usar otro sistema. "Aunque tuvieran ustedes siete palmos de frente -decía él a sus alumnos-, no podrían lograr recordar nunca todo lo que está escrito en los montones de libros y tablas. Pues en ellos hay lo más esencial, lo sencillamente importante y lo secundario y, finalmente, lo prácticamente inútil -aquello que o ha envejecido ya al nacer o ha perdido importancia para el presente-. Y yo, se comprende, no pienso exigir de ustedes que sepan todo lo que se escribe en ellos. Pero eso sí, camaradas, si alguien no sabe aquello que está obligado a saber en primer lugar, ruego que no se ofendan".

La autoridad de Bikov, el mejor especialista en mecanismos de transporte, salvaguardaba este sistema de los jefes más pedantes. Pero eso era allí, en Gobi. ¿Cómo sería aquí? Esta vez iba a ser él el examinado. Si bien es verdad que Krayujin no produce la impresión de ser un tragalibros y formalista. ¿Quién puede decir hacia dónde miran sus diminutos ojos escondidos tras las enormes gafas oscuras? Y Bikov hojeaba de nuevo el releído manual, sobre todo la parte que hacía referencia a toda clase de averías y reparación de las mismas en campaña. Luego se quitó la cazadora, se enfundó el mono de trabajo y bajó al compartimiento de motores.

Al hotel volvió tarde, cansado pero contento de sí mismo y casi tranquilo. En el comedor ya no había nadie. Después de cenar sólidamente, sin prisas, Bikov fue en busca de Daugé. En el segundo piso, en el corredor donde daban las puertas de las habitaciones de los astronautas, se paró. Una de

las puertas estaba entreabierta y se oía la sonora voz de Yurkovskiy que declamaba los versos de Bagritzkiy:

...Y el viento que aúlla,
Que sopla cerca, Que se enrolla empujando
Bajo el sonoro fondo,
Hasta que suenen los clavos,
Hasta que el palo chirríe:
"¡Buena cosa! ¡Bello asunto!...".

Bikov echó una ojeada a la habitación. Yurkovskiy, en pijama y zapatillas estaba recostado en el diván con las manos en la nuca y la cabeza girada hacia la ventana. A su lado estaban sentados. Krutikov, encorvado, chupando una pipa corta vacía. En la mesa, Bogdán Spitzin se balanceaba en la silla y sonreía abstraído en sus pensamientos. En la habitación no estaba Daugé, ni Krayujin y Ermakov.

...Pues golpea ya mis venas,
Tírate a los extremos, Juventud sin casa,
¡Furia mía! Para que broten estrellas
Sangre humana, Para salir disparado
Del universo al encuentro...

Eran unos versos maravillosos. Además, el "gallito" los leía admirablemente. Había algo inquieto y llamativo en su voz profunda, plena de discreta fuerza e inquietud, y Bikov involuntariamente pensó que este intrépido buen mozo seguramente era muy parecido a! autor de los versos que él ahora leía. Era inquieto y apasionado, presto a dar la vida sin pensar para grandes y extraordinarias causas. Lo mismo, seguramente, pensaba Krutikov. Éste, de pronto, sacó la pipa de la boca y miró a Yurkovskiy atentamente, como si quisiera convencerse de algo. Sólo Spit-Zlli continuaba balanceándose tranquilamente sonriendo con los ojos semicerrados.

...Y cantar jadeante,
En el inmenso espacio:
"¡Ay, Negro mar,
Buen mar!...".

Yurkovskiy se calló. Bikov se apartó de la puerta y siguió hacia adelante. La habitación de Daugé estaba vacía. En la cama estaba el traje especial que seguramente había escogido para su amigo. Los rojizos reflejos del atardecer se difuminaban en la pulida superficie de la esférica escafandra. Bikov quería salir cuando llamó su atención una fotografía que había en la mesa. La foto le era conocida; la hermosa mujer de rostro triste con el vestido azul cerrado hasta el cuello.

"Masha Yurkovskaya" -recordó Bikov. Suspiró.

¡Pobre loannovich! He aquí a lo que llegó tu amor... Incluso tú, alegre y bueno, que bromeas y ríes en los minutos más duros... no puedes olvidarte de ella ni ahora, unos días antes de tu partida hacia lo desconocido.

-¡Precisamente ahora, esto es lo que es más repugnante! -resonó de pronto tras la pared la voz de Yurkovskiy-. Enviarte una carta así precisamente

ahora... ¡Y no intentes apaciguarme, hermano m-misericordioso, mariquita! ¡Pero si es una mala persona!

-¡No te atrevas! (Bikov no comprendió de pronto, quién había pronunciado este agudo grito). ¡No te atrevas a hablar así de ella! ¡Al fin y al cabo, no es en absoluto cosa que te concierna!

-¡No, esto me atañe! Y no porque sea mi hermana. Esto nos atañe a todos, y Krayujin y cada uno de nuestros compañeros, incluso a tu cararrojizo especialista en desiertos. Allí donde nosotros vamos, la vida de todos depende de cada uno de nosotros. Debemos estar bien seguros unos de otros, y ahora yo me pregunto: ¿Tendrás en este estado bastante tenacidad y apego a la vida? ¿No nos vas a fallar, Grigoriy Daugé?

-¡Más despacio, Vladimir!

-Nada de despacio... ¿Es que aún no le has visto el paño a esta mi encantadora hermanita? ¡Pero si es un cuco! ¿Quítale su linda carita, y qué va a quedar de ella? ¿Es que no hay otras mujeres? Fieles, amantes, sensatas... ¿Por qué te agarras a ella?

Bikov se fue de puntillas a su habitación y cerró la puerta. No era probable que hoy Daugé estuviera de humor para ocuparse del traje especial y, además, el mismo Bikov no estaba ahora para esto. Era necesario pensar en muchos asuntos. Se desnudó, acostó y cerró los ojos. Lo mejor, seguro, será procurar dormir. Se levantó para correr la cortina y en aquel momento llamó Daugé. Era el mismo de siempre, quizá un poco más nervioso de lo normal, con la corbata torcida a un lado. Bikov se sentó y se quedó mirándole.

-¿Ya te habías acostado? -preguntó Daugé-. ¿Y el traje espacial? ¿Por qué me miras de esta manera, Alexey? ¿Llevo algo mal?

-No, no es nada... -pudo murmurar Bikov con dificultad-. Pensaba que ya era tarde...

-Nada de tarde. Vístete, vamos. Hoy es necesario que te familiarices con el traje; mañana quizá no tengamos tiempo. ¿Dónde te demoraste tanto?

-Estuve ocupado con el "Chico". Tengo miedo, loannovich... Voy a fracasar en estas pruebas.

-¿En qué pruebas?

-¿Cómo, en qué pruebas? En las de que habló hoy Krayujin. Recuerdas, cuando volvíamos...

-¡Ah-ah! Pero creo que no vas a fracasar, Alexey. Tú eres un buen conductor, eso lo sé.

-"Conductor"... En cuanto empiecen a profundizar...

Daugé se quedó mirándole extrañado:

-¿Y qué tienen que ver aquí las profundizaciones? Tú, Alexey, sin estas preguntas vas a profundizar tanto que saldrás mojado.

-No comprendo.

-Sin embargo, es sencillo. Habrá un recorrido de prueba. Mañana efectuarás una marcha por terrenos accidentados, con grandes obstáculos artificiales, como dicen los deportistas.

-¿Solo?

-Alguien vendrá contigo, no sé quién... ¿Preparado? Vamos.

En la habitación de Daugé, Bikov notó que ya no estaba la fotografía en la mesa. Daugé cogió el traje especial de encima de la cama y lo puso en el suelo.

-Siéntate Alexey, y escucha. Esta especie de saco se llama "TEK-6", o sea traje especial sistema Krayujin, modelo sexto. Está hecho con un material

muy fuerte y flexible con un nombre químico muy largo y complicado. Sin embargo en la denominación técnica popular se le llama siliket. Es una combinación polimérica silicio-orgánica. Su resistencia a la ruptura o desgarramiento es enorme. Además es en alto grado refractario y, asimismo, impenetrable para los gases y el agua.

-Comprendido -dijo Bikov. Estaba en cuclillas y arrugaba y planchaba con la mano lleno de interés la elástica manga del traje especial.

-Este traje, claro está, no se cose ni se pega. Para su confección se funde, y sale tal cual, con los agujeros y bolsillos para los instrumentos, alimentos y demás. La capa de siliket es doble y además, con la orientación de las moléculas de una capa perpendicular a las de la otra. ¿Está claro?

-Clarísimo. Para que sea más fuerte e impenetrable.

-Exactamente. Pasemos a la escafandra. Ves, está unida a la nuca, pero se puede echar atrás con facilidad. Así.

Bikov miró el interior de la escafandra. Brillante, como niquelada en el exterior, el casco resultaba completamente transparente si se miraba desde su interior.

-¿Qué demonios es esto?

-Es espectrolito, un plástico especial -dijo Daugé-. ¿No está mal pensado, verdad? Garantiza una visibilidad circular completa. -Se sentó en el suelo al lado de Bikov y golpeó con el dedo la escafandra-. Por supuesto, se hubiera podido construir también de otras materias transparentes, pero el espectrolito tiene algunas ventajas inestimables. En primer lugar, polariza la luz de manera determinada, y por ello en la oscuridad o en el crepúsculo se puede mirar a través de él cualquier fuerte luz desde cerca y verlo todo. La luz no ciega. Luego, el espectrolito deja pasar tan sólo los rayos visibles del espectro. Los rayos químicos y térmicos son absorbidos por él o reflejados por completo. También los rayos röentgen y gamma. Y en tercer lugar... bien, en general, Krayujin hizo una gran cosa.

-¿Y esto qué es? Ah, ya... una membrana.

-Esto es un arco con los auriculares. Sus membranas receptoras de radio son de gran sensibilidad, y el arco sirve de amortiguador... en caso de que caigas desde algún lugar cabeza abajo. Aquí también está el micrófono con el transmisor y alimentación por semiconductores.

-Entendido.

-Todo el traje es impenetrable a los ruidos. Para poder oír sonidos del exterior existe aquí un aparato. Se puede regular en concordancia con la densidad de la atmósfera que lo rodea. Ahora está regulado para nuestra presión atmosférica ordinaria.

-Claro.

-¡Perfectamente! Con la parte teórica parece que hemos terminado. Ahora póntelo, Alexey... Espera, no así. Entra en él por los pies a través del agujero del cuello. Y ahora ajusta la escafandra.

Obligó a Bikov a ponerse y sacarse varias veces el traje, fijar y sacar la escafandra, hacer toda clase de ejercicios gimnásticos con él. Finalmente, cuando Bikov estuvo cubierto de sudor, y a punto de pedir clemencia, Daugé se apiadó:

-Bien, ya es suficiente. Sácatelo. Presta atención a esto, Alexey: Aquí en el cinto hay unos bolsillos para termos con cacao, caldo o bebidas refrescantes. Desde ellos van tubos hasta la escafandra. Los aparatos de oxígeno y absorbentes de ácido carbónico se fijan en la espalda. Son estos. Pon atención en el termorregulador: en caso de frío se puede conectar la

calefacción. Aquí el dosímetro. Sí, y además... El traje va provisto de un aparato estupendo, un filtro de oxígeno. Si en la atmósfera más tóxica existe aunque sea sólo un cinco por ciento de oxígeno, el filtro deja pasar este oxígeno a la escafandra. Ningún otro gas va a pasar a través de él...

Bikov salió del traje y lo miró atentamente otra vez.

-¿Y las radiaciones? ¿Protege de las radiaciones o no?

-Claro está que sí. En este sentido el siliket es insustituible.

-¿Como el "reverbero absoluto" del reactor fotónico? -Se secó el sudor y se sentó al lado de Daugé.

Este manifestó:

-El "reverbero absoluto" es duro y quebradizo. Como material para un traje así no sirve. El siliket es suficientemente seguro. Por ejemplo, hoy por la mañana nosotros, Krayujin, Yurkovskiy y yo hemos estado toda una hora en el "sepulcro".

-¡Qué dices!

-En serio. La temperatura era de cerca de doscientos grados, con radiaciones alfa, gamma y todo lo demás. Y sin embargo aguantó perfectamente. Un poco caluroso, claro, pero...

Bikov estaba maravillado. Llamaron a la puerta. Entró Krayujin. Bikov le ofreció una butaca.

-No, no voy a sentarme -dijo Krayujin-. Es ya hora de ir a descansar. ¿Qué tal le va el traje, camarada Bikov? ¿Lo ha asimilado?

-Perfectamente.

-Lo ha asimilado plenamente -confirmó Daugé.

-Tendría que entrenarse con él, pero no hay tiempo, no hay tiempo...

Krayujin se preparaba a irse, pero se sentó de nuevo:

-Se me olvidaba lo más importante. Mañana, camarada Bikov, por la mañana vaya al garaje y vuelva aquí con el "Chico".

-Entendido -pronunció Bikov con voz ronca.

-Iremos al polígono. Nos enseñará de qué es capaz esta máquina.

-Entendido.

-Buenas noches...

Salió Krayujin. Bikov suspiró y también empezó a despedirse. Ya en la puerta, retuvo la mano de Daugé en la suya y dijo con voz queda:

-Yo... oí, que habías recibido una carta. Una carta mala.

Daugé callaba.

-Digo esto porque... bueno, si te soy necesario...

-Bien... -Daugé sonrió sin alegría y empujó a Alexey hacia la salida-. ¡Qué insistentes... consoladores, que os lleven los diablos!

-No te ofendas...

-No, no, no es nada. Vete. -Buenas noches.

-¿Aún estás dormitando, amigo mío? -exclamó por la mañana Daugé tirando de la manta de Bikov-. ¡Ya es hora, hermosura, despierta!

-¡No estorbes! -refunfuñó Bikov y se volvió hacia la pared chasqueando dulcemente con los labios y doblando las piernas hacia el pecho.

-¿Ayer por la noche, recuerdas? Había torbellinos de nieve... y ahora ya son las siete y te espera el coche abajo.

-No... ¿Qué? ¡Ah, diablos!

Daugé tuvo el tiempo justo de apartarse. Bikov saltó a la silla y cogió la ropa.

-¡Espera, Alexey! ¿Y la gimnasia?

Daugé corrió las cortinas:

-¡Estupendo! Ni una sola nube. Tienes suerte. Alexey. ¡Pero espera que Ermakov te va a dar una buena reprimenda!

-¿Por qué? -quiso enterarse Bikov, abrochándose la camisa.

-Porque te vas sin hacer gimnasia.

-Bueno, que me reprenda. Me voy corriendo.

-¿Y el desayuno?

-Luego, luego...

-¡Bebe al menos un poco de leche con pan, no seas extravagante! Ermakov te va a anular la prueba.

-Ah, diablo...

En el comedor Bikov engulló con prisa la leche, metió en el bolsillo algunas galletas y salió disparado hacia la salida.

-¡Buen viaje! -Daugé metió las manos en los bolsillos, miró desde el portal en pos del coche que se alejaba, bostezó y volvió al hotel.

Para asombro de Bikov, la presencia del enorme "Chico" en las calles de la ciudad no llamó la atención de sus habitantes. Los transeúntes miraban al transportador con bastante indiferencia, algunos se paraban para observarlo mejor, nada más. Por lo visto las novedades técnicas no eran raras aquí. Bikov paró el "Chico" ante el hotel y se dirigió a informar a Krayujin. En el corredor se tropezó con Ermakov.

-¿Ya ha llegado? Muy bien... -la firme mirada de ojos grises del jefe se posó en el ingeniero observándole de pies a cabeza-. No está bien que haya quebrantado el régimen.

-Yo...

-Con la mejor intención, comprendo. Pero dentro de un par de horas tendrá que realizar un gran esfuerzo, y la infracción puede resultarle cara. No sólo a usted.

Calló, luego añadió:

-Si no fuera por su maravillosa salud exigiría celebrar la prueba otro día.

-No va a repetirse -musitó Bikov.

-Así lo creo. El régimen de los astronautas está calculado por los mejores médicos del país, y cualquier persona con experiencia podría darle decenas de ejemplos de los tristes resultados sucedidos por las más pequeñas infracciones al régimen. Si usted hubiera sido piloto, éste sería su último día de permanencia aquí. Por suerte, no es piloto. Tome diez tabletas iónicas. Y ahora vamos, le esperan.

Arriba, en el gabinete de Krayujin se había reunido toda la tripulación del "Jius". Además había dos personas desconocidas para Bikov, el presidente del comité de la ciudad y el secretario del comité municipal del partido. Por el respeto con que se dirigían a Krayujin, se veía que en la ciudad el vicepresidente del CECIP gozaba de inmensa autoridad.

-No perdamos tiempo, camaradas -empezó Krayujin en cuanto Bikov acabó de saludar a todos y se sentó en un ángulo-. Alexey Petrovich, usted es hoy el ejecutor del papel principal. Por favor, venga aquí...

Bikov se acercó a la mesa y se puso al lado de Krayujin. El secretario y el presidente le sonrieron amigablemente. Daugé le guiñó el ojo. En la mesa había un mapa a gran escala.

-La prueba la efectuaremos en este cuadrado... -el dedo de Krayujin trazó un círculo en el ángulo nordeste del mapa-. ¿Qué distancia habrá desde aquí?

Bikov se inclinó:

-Unos cincuenta kilómetros.

-Correcto. ¿Cuánto tiempo necesitará el "Chico"...

-Unos treinta-cuarenta minutos...

-Perfectamente. En la región señalada hay actualmente infinidad de formaciones diversas de origen artificial, en el mapa ellas... gm... no están registradas. Su tarea: llevarnos a todos hasta esta altura, desde donde observaremos la carrera, luego traspasará esta región exactamente de sur a norte y de nuevo regresará a la altura a lo largo de este arroyo. ¿Ha comprendido la tarea?

-Sí.

-Le advierto: durante el recorrido puede encontrarse con toda clase de sorpresas. De una, al menos, puedo responder... ¿La gente ha sido enviada?, -preguntó dirigiéndose al presidente del comité de la ciudad.

Aquél asintió con la cabeza.

-En general la prueba es seria. Con usted irá el camarada Ermakov. Tenga cuidado. ¡Audacia y precaución! Sin ninguna, diríamos, prisa.

-Seguiré sus consejos.

-Yo he terminado. ¿Hay alguna pregunta?

-Ninguna.

-¿Su traje especial, dónde está?

-Ahora lo cogeré, Nikolay Zajárovich.

-Cójalo deprisa y salga. Mientras tanto nosotros ocuparemos nuestros sitios.

Un cuarto de hora después, el "Chico" pasaba por la cadena norte de colinas y Bikov vio por primera vez el cohetódromo. Aquello era la misma tundra uniforme, llana, con raras colinas erizadas. En algunos sitios había hendiduras redondas y en forma de estrella, en las cuales no crecía la hierba. Bikov dirigió al "Chico" hacia una de aquellas manchas. Durante algunos segundos el suave ruido de las orugas cambió en un sordo tronido como si un bidón de hierro se deslizara por un empedrado.

-Aquí aterrizaron naves -aclaró Daugé, que iba sentado tras de Alexey.

-¿Y aquello?

A la izquierda se extendían raíles oxidados con trozos de alambre espinoso y un poste inclinado en el cual se veía un cartel con los signos: "1 R". Tras el alambre Bikov vio algo parecido a un amplio agujero lleno de masa parduzca.

-Desde aquí cinco años atrás despegó el "Dragón Gorinich" -dijo Daugé-. El lugar ha sido rodeado de alambre ya que el suelo fue abrasado por la escoria radiactiva. "1 R" significa "un röentgen".

-Esto ya lo sé -farfulló Bikov.

El "Chico" corría por la tundra bordeando grandes cantos rodados de las épocas glaciales, pasando rápidamente a través de lagunas pantanosas poco profundas. Cuando el cuenta kilómetros señaló treinta, Ermakov pidió al conductor dejarle a él el sitio. Bikov pasó a la cabina. Todas las escotillas estaban completamente abiertas. El presidente del comité de la ciudad discutía no se qué con Krutikov, el secretario del comité municipal del partido los escuchaba sin gran interés. Krayujin dormitaba recostado en el blando tapizado de gomaespuma. Yurkovskiy y Spitzin estaban sentados en el exterior con las piernas colgando por las escotillas. Bikov echó un vistazo a la sección de motores, escuchó, luego se sentó al lado de Ermakov.

El rumor de los motores aumentó. El "Chico" disminuyendo ligeramente la marcha, empezó a subir por la abrupta pendiente.

-Hemos llegado -exclamó Krayujin. El transportador rugió con sus motores, se revolvió y paro. Todos salieron al exterior. Bikov salió el último. Se encontraban en la cima de un alto túmulo cubierto de rígida hierba gris. Una extraña vista se abrió ante Alexey cuando miró hacia abajo. La llanura terminaba. Más allá, hacia el norte, hasta el mismo horizonte se veía una salvaje acumulación de bloques de piedra y grandes capas de tierra levantadas y revueltas. Anchos embudos rodeados de rojos terraplenes. Una Pared dentada casi vertical de color rojizo se extendía a través de este caos, informes masas de granito y de nuevo embudos, paredes, terraplenes pedregosos...

Oyó tras de sí la voz de Krayujin:

-Me parece que este terreno, diríamos, será digno de su maestría, Alexey Petrovich, y de las magníficas cualidades de nuestro "Chico". ¿Qué le parece?

-¡Perfecto! -Bikov miró directamente a los cristales negros que ocultaban los ojos de Krayujin-. Esto me sirve. ¿Me permite empezar?

-Aquí manda Ermakov. Diríjase a él.

"Con esto tú no me amedrentas" -pensó Bikov mientras se dirigía a Ermakov que se encontraba apoyado en la oruga del "Chico" con los prismáticos en la mano.

-¿Me permite empezar, Anatoliy Borisovich?

Ermakov asintió con la cabeza.

-Póngase el traje especial -dijo y, bajando la voz, añadió-: Y no se inquiete, tranquilo...

Bikov se encogió de hombros y rápidamente penetró por la escotilla. Daugé dio unos pasos hacia él, pero se paró y lentamente, volvió hacia atrás. Yurkovskiy estaba a un lado silbando y mirando hacia abajo y hacia el transportador. Krayujin estaba en cuclillas platicando animadamente con los "padres de la ciudad" sobre el mapa extendido en la tierra. Krutikov y Spitzin estaban ocupados con un diminuto aparato de radio.

-Conecte el micrófono y baje la escafandra -dijo Ermakov sentándose al lado de Bikov.

Se ayudaron mutuamente a abrocharse las anchas bandas que los fijaban en los asientos y Bikov miró interrogativamente la plateada escafandra del jefe, que estaba inclinado sobre los aparatos.

-En marcha -oyó a través de los auriculares.

Alexey puso los dedos en el tablero de mandos y el "Chico" primero despacio, luego más y más rápido se lanzó por la pendiente. Abajo se levantó, pasó a través del primer montón de piedras y se sumergió en el embudo. La carrera empezaba.

Bikov no tenía tiempo de ocuparse en comparaciones, pero en su interior surgió la frase: "Como una rana en una pelota de fútbol", y él inconscientemente la repetía en un susurro. En el orificio cuadrado de la escotilla aparecían fugazmente el cielo azul, la negra tierra quemada, la cúspide de una roca de granito. El "Chico" iba bamboleándose de un lado a otro, las orugas rechinaban al resbalar en las rocas, pero el motor rugía regular y alegremente, sin fallos. "Con esto no me asustas", pensaba obstinado Bikov. El transportador con un rugido se precipitó en el profundo foso. Por un instante en la escotilla brilló, turbia, la inmóvil superficie marrón, sobre las rodillas el agua se precipitó como una cascada.

-¡Adelante! -gritó alegre Bikov.

Al otro lado del foso el "Chico" se paró. Algunos metros por delante se elevaba casi vertical una pared de arcilla rojiza. "Unos quince-veinte metros, calculó fugazmente Alexey. Probaremos". Con el rabillo del ojo notó que Ermakov se había agarrado con las manos al asiento. "Como una rana en una pelota de fútbol...".

Desde la cima de la colina el transportador parecía un pequeño escarabajo gris transitando por un campo labrado. De pronto el escarabajo se encaramó por la pared. Avanzó algunos metros de manera incomprensible. Luego se estremeció, cayó y volcó entre nubes de polvo rojo.

-¡Oh, demonios -murmuró el secretario del comité municipal- hubiera podido dar un rodeo! Daugé escupió nervioso.

-No se pueden dar rodeos -dijo tranquilo Krayujin-. No entra en las reglas. ¡Atención!

Algo sucedió bajo la pared rojiza. El escarabajo empezó a moverse. De su cuerpo, de pronto, salieron hacia los lados unas brillantes piernas acodadas, se encogieron despacio y de nuevo le volvieron de espaldas arriba. Un instante, otro... Apoyándose con tres palancas de acero, en la base de la pared y buscando con precaución apoyo para la cuarta, el "Chico" se estiró hasta la cima, se agarró con las orugas y empezó a subir recogiendo en marcha las palancas de apoyo hacia su interior.

-¡Bravo! ¡Qué valiente! -exclamó Yurkovskiy animándose-. ¡Es un verdadero maestro!

-¿Puede ser que, de todas maneras, cojamos en su lugar otro piloto? -objetó Krayujin subiendo los prismáticos hacia sus ojos.

Bikov estaba jubiloso. Todo iba a pedir de boca. El "Chico" pasaba un obstáculo tras otro. Se desmigajaban bajo sus orugas las piedras, se desparramaban en surtidores el claro fango de los profundos arroyos, con rugidos de cañón salían despedidos los cantos rodados de debajo de las orugas. Varias veces Ermakov, que seguía la ruta por el mapa y la brújula, indicó la dirección. Sin su ayuda, Bikov se hubiera desviado infaliblemente, a pesar de que procuraba llevar la máquina exactamente en línea recta.

-¿Cuánto hemos recorrido, Anatoliy Borisovich?

-Queda aproximadamente un kilómetro y medio...

Y en este instante, inesperadamente y sin ruido, surgieron delante unas columnas de llamas color carmesí. Bikov se echó atrás y paró la máquina.

-He aquí las sorpresas de Krayujin -murmuró.

El fuego se extendía rápidamente. Parecía que ardían las piedras. Negras nubes de humo, mezclándose con las rojas lenguas de fuego, tan pronto se extendían por la tierra como se elevaban hacia el cielo. Un viento caliente y seco elevaba nubes de polvo.

-¡Gasolina condensada! -exclamó Bikov, alarmado-. ¡Napalm! Vaya imaginación...

Ermakov estaba callado. Bikov sonrió, bajó en las escotillas las cortinillas electrolíticas y pulsó las teclas. El "Chico" se sumergió a toda marcha en la tempestad de fuego.

Cuando el horizonte fue envuelto por el turbio manto carmesí el secretario del comité municipal tosió, el presidente del comité de la ciudad se acercó al aparato de radio, y Krayujin dijo sin inmutarse:

-Yo ordené encender allí algunos bidones de gasolina. Unos setecientos noventa grados durante algunos minutos. Una bagatela. El "Chico" debe resistirlo bien. ¿Pero, van a resistir los nervios?...

El "Chico" resistió, y también los nervios. Por entre las nubes de grasiento hollín el transportador se deslizaba hacia el riachuelo que estaba indicado como el fin del recorrido y se paró. Las olas cubrieron los ennegrecidos costados de la máquina, matizados de un brillo lila, y la envolvieron en nubes de vapor. Se oyó un crepitar. Gradualmente fue enfriándose la coraza. Bikov sacudió en el hombro a Ermakov que colgaba impotente de sus tirantes. Pero Ermakov estaba consciente.

-Pasamos... -murmuró éste con voz débil-. Hemos pasado bien -repitió Ermakov-. Estoy contento por usted... y por mí.

Bikov carraspeó confuso.

Todo el camino de regreso a lo largo del arroyo lo hicieron en silencio. Y sólo al girar hacia el túmulo, en la cumbre del cual algunas figuras agitaban los brazos saludándoles, el ingeniero preguntó:

-Hay una cosa que no comprendo, Anatoliy Borisovich. ¿A qué se deben estas destrucciones aquí en la tundra?

Ermakov no contestaba, ocupado en deshacerse de los tirantes. Luego pronunció de mala gana:

-Sobre esta región explotó un cohete... un cohete fotónico, esto es todo.

-Ya lo había pensado...

Esto fue lo que pudo decir el conmovido y sorprendido Bikov.

Al final de la tardía comida (con una copita de coñac para celebrar el éxito de la prueba) Krayujin pidió atención y anunció:

-Ermakov y Bikov son pasados a una semana de régimen sanatorial. Nada de trabajo. Novelas de aventuras, paseos y dormir. Los restantes van a prepararse para recibir al "Jius". Se tienen noticias de que salió ya del "Tsiolkovskiy" y llegará aquí dentro de cinco-seis días.

REGRESA EL "JIUS"

Bikov soñó que Ermakov puso el "Chico" en el hangar. El transportador estaba al rojo vivo y el hangar ardía en frías llamas purpúreas. Bikov arrancó de la pared el extintor de incendios pero Ermakov se sonreía, lo empujaba del hombro y le gritaba al oído "tuteándole":

-¡Despierta, Alexey! ¡Despierta, te digo!

Aquí Bikov se dio cuenta de que Ermakov llevaba un brillante impermeable de clorovinilo y que aquél no era Ermakov, sino Daugé. Bikov se sentó en la cama y se restregó los ojos:

-¿Qué pasa?

-El "Jius" está llegando. Vamos a recibirlo, Alexey.

El reloj marcaba cerca de las dos de la madrugada. El cielo estaba densamente cerrado por pesadas nubes grises, sólo en el norte brillaban turbiamente algunas franjas rosadas. Llovía.

-¿Quién más va a recibirlo?

-Todos los nuestros. Y además la mitad de la ciudad.

Bikov se acercó a la ventana. Por la calle iba la gente apresuradamente; se deslizó un tractor arrastrando tras sí una extraña y voluminosa construcción sobre grandes ruedas. Lo avanzaron varios automóviles. Debajo se oyó un portazo y alguien que gritaba irritado:

-¿Por qué no me han llamado hasta ahora?

Ermakov y los demás astronautas estaban ya esperando en el vestíbulo. En la salida estaba Krayujin rodeado por un grupo de ingenieros cubiertos por impermeables y mojadas cazadoras de piel. Con voz seca, severa, como si clavara clavos, decía:

-La ciudad existe para equipar, recibir y despedir a las naves. Ustedes se han olvidado de esto. Creo que habrá necesidad de refrescarles la memoria. Pero esto después. Ahora hay que buscar inmediatamente todos los coches, enviar a toda la gente a la estación -se volvió hacia un rechoncho barbudo-. ¡De la estación usted me responde con su cabeza!

-Procuraremos arreglarlo -zumbó el barbudo.

-Todos los medios de desactivación y de seguridad contra incendios...

-Está todo preparado, Nikolay Zajárovich, en condiciones.

-Bien. Yo estaré en algún lugar de las cañoneras o allí cerca. Sí... -Krayujin señaló con el dedo el pecho de un joven con un capuchón de clorovinilo-. Que me informen inmediatamente sobre todos los radiogramas de la nave.

-Entendido, Nikolay Zajárovich.

-Pueden irse... Y usted, Zaychenco -ahora hablaba con desdén y como a disgusto- váyase y considérese bajo arresto. Y si sucede alguna desgracia, será juzgado.

Aquel a quien había llamado Zaychenco, puso sus manos en el pecho:

-¡Nikolay Zajárovich!

-¡Lo que he dicho!

-¡Pero permítame al menos ir a la estación, aunque sea por una hora! -pronunció Zaychenco suplicante-. Bien, soy culpable... bueno, juicio... ¡Pero ahora nadie lo hará mejor que yo!

Krayujin se quedó pensativo.

-Bien, de acuerdo... Vaya a la estación. Quedará bajo arresto después de llegar la nave.

-¡De acuerdo!

-¿Todos? -echó una mirada a los astronautas-. Vamos, camaradas.

La calle estaba mojada y hacía frío. El coche aguardaba impaciente. Los astronautas se sentaron y el coche arrancó velozmente adelantando toda una fila de camiones semioruga con las cajas cubiertas por lonas impermeables. Bikov se preguntó a media voz:

-¿Qué ha pasado? ¿De qué estación hablaba Krayujin?

-El radiofaro de orientación exacta... -Daugé miró de reojo la espalda de Krayujin-. Cuando una nave interplanetaria llega cerca de la Tierra, el piloto se orienta con tres faros principales de la base. Uno de ellos está aquí en la ciudad, los otros dos están situados en los ángulos del polígono a orillas del océano. Pero estos puntos de orientación son bastante lejanos y la nave puede aterrizar en la ciudad o cerca del océano, o en algún lugar al lado entre estos tres puntos. Pues bien, para la orientación exacta de la nave en el lugar de aterrizaje se utiliza este mismo radiofaro. Zaychenco es su jefe.

-¿Y qué ha sucedido?

-Ayer por la tarde durante una prueba se quemó no sé qué importante agregado, un transformador, o algo por el estilo. Resultó que no había recambio, no se había recibido, o se había perdido en algún almacén. ¡Un gran escándalo! En el momento de más responsabilidad la estación no trabaja. Tan sólo se puede confiar en la maestría de Liajov.

-¿Quién es?

-El piloto del "Jius".

-Y si...

-En el mejor de los casos puede descender en la tundra, a unos doscientos kilómetros de aquí. Esto no es nada. El polígono ya fue construido calculando eso. Puede descender en el mar. Pero si se sitúa sobre la ciudad...

-¡No descenderá sobre la ciudad! -exclamó Krutikov con certeza-. No lo asustes, Daugé. Liajov no es un novato, ya verá que la señal de orientación exacta no trabaja y tirará un poco hacia el norte. Aunque esto es escandaloso, claro...

-Hoy han trabajado toda la noche en la estación procurando arreglarlo. ¿Puede que aún lo reparen? -Daugé echó de nuevo una mirada a la espalda de Krayujin.

-Para Liajov esto no tiene importancia -dijo de pronto Bogdán Spitzin-. Liajov asentará la nave exactamente en el centro del polígono con sólo los faros básicos.

-¿Puede? -Krutikov entornó los ojos.

-Liajov aterrizará exactamente en el centro del polígono -repitió Spitzin y apretó los labios, queriendo mostrar que consideraba superfluo continuar la discusión sobre Yurkovskiy, tosiendo, dijo:

-Lástima por Zaychenco. En verdad a quien habría que castigar no es a él, sino a alguien más alto.

-¡Todos recibirán! -refunfuñó Krayujin sin volverse-. No se quedará nadie sin su merecido. Pero Zaychenco recibirá el primero.

-El jefe del polígono...

-Ya lo dije -Krayujin se volvió por fin y miró a Yurkovskiy-, recibirán todos... en las proporciones que se merezcan. Pero usted, se olvida de que Zaychenco tenía nuestra confianza.

Esto, por lo visto, era un argumento de peso, ya que Yurkovskiy no intentó ya replicar. Nadie dijo una palabra más.

El coche giró y corrió veloz por el amplio campo de hormigón hacia las construcciones de despegue. A la derecha se extendían, pegadas al pie de la colina, bajas y anchas construcciones sin paredes delanteras, encima de ellas se erguían palos de la línea de alta tensión que se perdía tras las colinas y unas torres grises en forma de cúpula.

-Refugios -murmuró Spitzin.

-¿Y nosotros dónde vamos, Bogdán?

-A las cañoneras. Vamos a contemplar el aterrizaje del "Jius".

Salieron a una carretera recta y estrecha. La lluvia aumentó, los cristales del coche eran inundados por torrentes de agua, blancuzcas burbujas saltaban por el asfalto. El coche frenó en seco. Se acercó una persona cubierta por un capote, se encogió para mirar; reconoció a Krayujin e hizo una señal con la mano. Krayujin entreabrió la portezuela:

-¿Hace mucho que llegaron los radistas?

-Una media hora, no menos, Nikolay Zajárovich.

-¡Tenga cuidado, no deje pasar a nadie!

Un cuarto de hora más tarde aparecieron unas cúpulas de acero ahondadas en la tierra parecidas a las campanas de observación de los viejos fortines.

-Cañoneras -comentó Spitzin.

Hace mucho tiempo, unos treinta años atrás, esta planicie servía de polígono para la prueba de cohetes cósmicos. Los observadores se

distribuían en trincheras y blindajes. Algunas veces enormes cohetes, altos como casas de varios pisos, a causa de alguna avería en el sistema de dirección, en lugar de volar hacia el cielo caían de lado y empezaban a arrojar fuego y saltar y deslizarse por la llanura. Primeramente esto sucedía sin víctimas, pero una vez, un monstruo de muchas toneladas se derrumbó directamente sobre las trincheras. Fue necesario construir cañoneras, una obra subterránea de cemento armado con cúpulas de observación que sobresalen de la superficie y que facilitan una visión circular. Las cañoneras eran seguros refugios calculados para resistir el alcance directo de los cohetes, y los observadores podían sentirse en ellos fuera de peligro.

El chofer dio una vuelta al coche y lo llevó hacia una profunda trinchera de hormigón con una pesada cubierta y paró.

-Vamos -dijo Krayujin.

Pasando por cortos corredores con paredes iluminadas los astronautas llegaron a un local en tinieblas a bajo techo abovedado. Bikov miró alrededor con interés. A la derecha y a la izquierda algunos peldaños llevaban a sendas plazoletas circulares cubiertas por cúpulas de acero. En estas plazoletas había instalados unos trípodes con potentes giroscopios de gran aumento. Ante sus objetivos, en las cúpulas de acero habían abiertas aspilleras rectangulares desde las cuales se veía el cielo llovizneante. Tres jóvenes con cazadoras de piel estaban junto a una instalación de radio. Cuando entró Krayujin, uno de ellos dio unos pasos hacia él y le informó de que la comunicación con los radiofaros y las estaciones de radar estaba ajustada.

-Pregunten si hay algo desde a bordo del "Jius" -ordenó Krayujin.

Spitzin subió a una de las plazoletas y se acercó a una aspillera. Los demás se sentaron en taburetes a lo largo de las paredes. El altavoz silbó y se oyó:

-El "Jius" está callado por ahora, Nikolay Zajárovich...

Krayujin, metiendo las manos en los bolsillos del impermeable empezó a pasearse por la habitación. Se paró a mirar con atención un antiguo cartel descolorido pegado en la pared: "Aumento del peso específico de la energética nuclear en el balance energético general de nuestro país desde el año 1960 hasta el 1980" y de nuevo empezó a dar pasos. Los radistas le miraban con simpatía. Yurkovskiy susurró a Daugé:

-El viejo está nervioso...

De nuevo chilló el altavoz:

-¡Atención, atención! ¡Nikolay Zajárovich!

-Si, escucho -respondió impaciente Krayujin.

-El “Jius” está encima del polígono. Doy sus coordenadas corrección de vuestra situación. Azimut geodésico ocho grados y... cuarenta... cuarenta y cuatro minutos... Altura sesenta grados. ("Aterrizará en el centro del polígono" -musitó Spitzin). Desciende a la velocidad de veinte centímetros por segundo...

-¿Con el fotorreactor?

-Hasta ahora con el fotorreactor.

-Transmita la orden: a la altura de sesenta kilómetros desconectar el fotorreactor y pasar a los cohetes de hidrógeno.

-Obedezco... -siguió una pausa, luego el altavoz bramó-: Cumplido, Nikolay Zajárovich, el "Jius" pide que preparen un coche sanitario y un médico...

Todos alarmados se volvieron hacia el altavoz.

-...A bordo traen a un ingeniero enfermo del satélite checoslovaco, Divishek. Está muy mal.

-Dé órdenes sobre el coche sanitario y que preparen un avión hacia Moscú. Mi avión. ¿Qué le pasa al ingeniero?

-Radiaciones...

Krayujin blasfemó a media voz.

-Sí, y además transmitan a Liajov que sea prudente. Recuérdenle que la estación de orientación exacta no trabaja.

-Ya se le ha transmitido.

-¿Y qué dice? -preguntó Spitzin.

-Se ríe...

El altavoz calló. Krayujin sacó del bolsillo las gafas negras, se las puso y exclamó:

-Vamos a los periscopios.

A través de los oculares se veía el cielo gris, la tundra también grisácea y asimismo la cobertura del punto de observación vecino. La lluvia se había interrumpido y un templado vientecito rizaba el agua de los charcos, de los cuales sobresalían arbustos de pequeña altura y menudas hierbecillas. Bikov miró su reloj. Eran cerca de las cinco.

Todos estaban silenciosos. Los minutos se hacían largos.

-¡Luz! -chilló Krutikov.

El cielo se iluminó con un tembloroso resplandor violeta. Inmediatamente desapareció el aparente tono gris uniforme del cielo y de la tundra. Se vio claramente preciso el fino dibujo de cada nube. Por la tierra corrieron caprichosamente dobladas deslumbrantes vetas blancas. La luz se hacía más intensa. Encima de la tundra apareció un extraño arco iris vuelto al revés. En los charcos empezaron a saltar reflejos blancos y lilas. Y, aumentando progresivamente, penetraba en los oídos un alto y fino silbido. A Bikov le dolían los dientes, se tapó los oídos y meneó la cabeza. La luz se hacía más y más viva, el sonido se elevó hasta lo irresistible y de pronto cesó casi de oírse.

-Liajov informa que dentro de dos minutos desconectará el rotorreactor -habló con voz de bajo el altavoz.

-Ya era hora -masculló Krayujin.

La luz se apagó, y como por arte de magia desaparecieron instantáneamente el arco iris y los alegres reflejos en los charcos. Sobre la tundra cayó el crepúsculo. Pero después de un minuto los ojos se acostumbraron de nuevo a la gris uniformidad. Y entonces el cielo se cubrió de un bajo y siniestro aullido. Las paredes trepidaron, empezó a tintinear lastimeramente la tapa de acero de las aspilleras. Parecía que innumerables escuadrillas de aviones reactores, una tras otra, pasaran sobre las cabezas.

-¡Mírenlo, allí está! -gritó Krutikov-. ¡Fíjense!

Bajo las nubes brillaron unas chispas rojizas. Una mancha redonda se reveló en la altura y, arrojando fuego, fue descendiendo lentamente. Crecía más y más. Un pesado estruendo estremeció el aire y cinco chorros de fuego, delgados y rectos como postes salieron de los bordes de la mancha y se precipitaron al suelo. Se levantaron nubes de vapor y salieron despedidos terrones de fango. El negro y pesado cuerpo quedó suspendido en el aire, balanceándose ligeramente sobre los cinco postes de fuego que le sostenían. Luego, más despacio que antes, fue sumergiéndose en los torbellinos de vapor y desapareció a la vista. La tierra se estremeció suavemente, el aullido cesó. Nadie pronunció una sola palabra, como si todos escucharan el ruido

en los oídos. Allí donde había aterrizado la astronave ahora se agitaba en remolinos una pesada nube de vapor blanco-sucio...

-¡El aterrizaje ha sido de una limpieza extraordinaria! -exclamó jadeante Spitzin.

-Así es -asintió Krayujin-. Un aterrizaje de maestro. Vamos, si no van a reventar todos de impaciencia.

El "Jius" había tomado tierra bastante más lejos de lo que a Bikov le había parecido. El chofer iba a la máxima velocidad que permitía la llanura sembrada de terrones. Y de todas maneras pasaron no menos de quince minutos antes de que los neumáticos empezaran a susurrar por la caliente, tostada y aún humeante tierra. La gigantesca cúpula del "Jius" tapaba medio cielo.

-¡Fíjense -exclamó alborozado Spitzin-, cómo ha tomado tierra, con la escotilla inferior dirigida hacia la ciudad! ¡Bravo!

Salieron todos del coche y levantaron las cabezas. Bikov miraba con asombro y desconfianza el monstruo nacido por voluntad del hombre en el negro vacío de los astilleros de "Vedadi Yu-i". Nunca había visto algo parecido en proporciones y forma. Aunque, verdaderamente, a primera vista el "Jius" tenía algún parecido a una tortuga, como su modelo en el gabinete de Krayujin en Moscú, pero de cerca, tal comparación era sencillamente imposible. Más que nada la astronave parecía un voluminoso pabellón o glorieta de cinco gruesas columnas inclinadas. Cada una de las enormes columnas sostenía el techo-cuerpo en forma de lente cóncavo-convexo. La superficie cóncava inferior del cuerpo era reluciente, y poniéndose bajo ella Bikov vio sobre su cabeza su imagen enormemente aumentada y deformada.

Espejo... La finísima capa de sustancia mágica que en la naturaleza, seguramente sólo existe en las entrañas de las estrellas más densas, con extraordinario ingenio incrustada en el pulido metal. A Bikov le pareció que sentía en su rostro una débil, casi imperceptible corriente de calor. Pero él sabía que el espejo se conservaba frío incluso durante el trabajo del fotorreactor. De este negro agujero en el centro de la superficie cóncava a la altura de diez-quince metros salía el chorro de candente plasma, y donde estaba ahora Bikov empezaba la endiablada reacción de la síntesis de los desnudos núcleos. Bikov contrajo nerviosamente los hombros y se apresuró a salir hacia el cielo abierto. Por primera vez en su vida comprendió verdaderamente qué enormes fuerzas había sometido y puesto a su servicio el hombre.

Algo empezó a chirriar arriba y Bikov vio un gran helicóptero con grandes cruces rojas en sus lados, flotando encima del "Jius".

-La efectividad en las operaciones ante todo -murmuró Yurkovskiy-. ¿Pero por qué no salen?

Como en respuesta a sus palabras se abrió inesperadamente una escotilla redonda en el borde del cuerpo entre dos anillos reactores (así se llamaban las columnas-torres), y en ella apareció una cara pálida, sonriente.

-¡Liajov! -exclamó Spitzin, saltando y agitando los brazos.

-¡Buenos días, Bogdán! ¡Buenos días, Nikolay Zajárovich! ¡Salud, camaradas!

-¡Pero salgan ya, vagabundos interplanetarios! -gritó con voz ronca Krayujin-. ¿Qué tráfagos se traen allí?

-Un minuto. ¿El coche sanitario está aquí?

-Míralo -Spitzin indicó con el brazo hacia donde acababa de aterrizar el helicóptero, del que corrían hacia ellos algunos hombres en batas blancas.

Desde la escotilla cayó con ruido metálico una escalera flexible.

-¡Cojan al enfermo! -gritó Liajov.

Con cuatro delgados cables transparentes bajaron con cuidado en una hamaca a un hombre envuelto en sábanas. Bikov lo cogió en brazos y con ayuda de los sanitarios lo pusieron en la camilla. Con asombro y lástima vio como por el rostro del enfermo se deslizaban unas lágrimas.

-¡Tierra! -susurró el enfermo-. Tierra, mar y cielo... azules...

-¡Sí-sí, camarada Divishek, Tierra! -Krayujin se inclinó sobre él-. Ahora todo se arreglará. Dentro de unas horas estará en Moscú, sanará y luego a casa, a descansar.

-Gracias, camarada...

-Transmita la orden -dijo Krayujin dirigiéndose al médico- de que el enfermo inmediatamente sea enviado a Moscú con mi avión.

-Se cumplirá, Nikolay Zajárovich.

Mientras tanto, Liajov y sus dos acompañantes descendieron a tierra. Después de un rápido saludo a los camaradas se acercaron a la camilla.

-¡Hasta pronto, Yan! -dijo Liajov-. ¡Cúrate y de nuevo al trabajo, amigo!

Una mujer delgada de cara redonda con un ancho mono de trabajo acarició al checoslovaco en la mejilla:

-Que se cure pronto, camarada Divisehk. Salude a su familia.

-Gracias, camarada... Gracias, gracias -susurraba Divishek apretando las manos con sus delgados dedos-. ¡Muchas gracias!

Todos en silencio acompañaron con la mirada al helicóptero que partía. Liajov echó una mirada hacia el cielo que iba aclarándose, a los difusos contornos de las lejanas colinas y sonrió emocionado.

-De nuevo en la Tierra -comentó-. De nuevo en casa... ¡Pero qué máquina, amigos míos! ¡Qué máquina!

-Esperen, camaradas... -Spitzin cogió a Liajin del brazo y lo llevó hacia la mujer de cara redonda-. Chokan, ponte a la izquierda de Vera, por favor...

El tercer miembro de la tripulación, un cosaco alto y silencioso frunció el ceño.

-¿Otra vez a fotografiarnos?

-Sí, sí...

Spiztín fue retrocediendo sin perderlos de vista, sacó del bolsillo un diminuto aparato de cine y, poniéndose en cuclillas, filmó varios metros de película.

-¡Basta ya! -chilló enfadado Krayujin-. ¡Todos enseguida al coche, a la ciudad, a descansar! ¡Sin conversaciones! Hablaremos por la tarde.

-Un minuto, Nikolay Zajárovich... -Liajov se dirigió a Bikov-: Si no me equivoco usted es el nuevo miembro de la tripulación.

-Sí, traben conocimiento -dijo Krayujin-. Bikov Petrovich, químico, ingeniero nuclear, chofer. Vasilio Semyonovich Liajov, piloto... Vera, venga aquí. Vera Nikolayevna Vasilievskaya, observador. Chokan Kunanbayev, ingeniero de a bordo.

Bikov y los otros intercambiaron apretones de manos.

-Bien -dijo Krayujin-. ¡Y ahora, a la ciudad!

-Nosotros, Anatoliy Borisovich, nos quedaremos una horita aquí -dijo Krayujin dirigiéndose a Ermakov-. Revisaremos el "Jius". Usted también, Bikov. A propósito, hablaremos con el jefe del grupo de servicios. Ahí viene... los demás están libres.

Por el campo hacia el "Jius" se arrastraba toda una hilera de coches, camiones semioruga, tractores y grúas.

-Dígales que presten atención al tercer reactor -dijo Chokan-. ¡Mucha atención! Algo del sistema de relés no trabaja bien... Bueno, es igual, mañana lo diré yo mismo.

Se marcharon, y Bikov con el corazón que le daba saltos de emoción subió tras Krayujin y Ermakov por la escalera flexible. En la cámara de forma cúbica donde se entraba por la escotilla, Krayujin dijo:

-Este es el cancel o cámara para la salida al espacio sin aire o a los ambientes con atmósfera tóxica. ¿Un poco estrecho, no?

-No... parece que no está mal -balbuceó Bikov con inseguridad.

-¡Estrecho, estrecho! -refunfuñó Krayujin-. Fue mucho lo que no calcularon cuando proyectaron. En cuanto empecemos a descargar y cargar, entonces lo verán. Será necesario pasar decenas y centenas de toneladas de carga a través de tres agujeros como éste -señaló con el dedo hacia la escotilla-. Y en la misma nave aún es peor. Los lugares de paso son estrechos, separados por tabiques con prominencias.

-Desde el punto de vista de la hermeticidad y seguridad contra los meteoritos tienen una gran ventaja -observó Ermakov.

Traspasaron la cámara y empezaron a subir por la ondulada pendiente de un corredor vivamente iluminado.

-El cohete termonuclear es una cosa nueva -dijo Krayujin-. Muchas de sus posibilidades y ventajas no fueron tomadas en cuenta, se proyectó como de costumbre, a la vieja manera, como en los cohetes antiguos. Es la rutina, nada se puede hacer... En cambio aquí ya empieza lo nuevo...

Krayujin empujó una pesada puerta de acero y se encontraron en un amplio local lleno de aparatos desconocidos para Bikov y de tableros de distribución.

-Aquí es el puesto de mando -dijo Krayujin-. Y allí -indicó hacia la pared enfrente de la entrada-, detrás de una pantalla de titanio se encuentra el corazón del "Jius", el fotorreactor. Una instalación especial crea una corriente de plasma, de desnudos tritones y núcleos de hidrógeno superpesado que en porciones mínimas, y por algunas miles de porciones por segundo se lanza hacia abajo. El potente campo electromagnético formado por cinco solenoides sobre los anillos reactores, frenan bruscamente las partículas de plasma, y como resultado de esto empieza en ellas la reacción termonuclear. El punto de frenado se encuentra en el foco del espejo parabólico en la superficie inferior del cuerpo del "Jius". La densa corriente de las oscilaciones electromagnéticas, neutrones, núcleos de helio y tritones no reaccionados pega en el espejo y crea una enorme fuerza de tracción... Claro está -añadió Krayujin-, si no existiera la capa del "reverbero absoluto", el cuerpo de la nave se quemaría instantáneamente. El primer "Jius" se quemó porque en algún lugar estaba rota esta capa protectora.

-Esto no se sabe -intervino Ermakov secamente. Él iba por la sala, miraba los aparatos y se anotaba algo en su libreta.

Krayujin se mordió los labios y calló.

-El cohete fotónico es una cosa nueva -dijo él-. Un enorme avance. El futuro de la humanidad... -Se sacó las gafas y se puso a limpiarlas mirando a Bikov con sus ojos redondos-. "La benévola naturaleza seguramente sabe por qué no quiere que nosotros convirtamos nuestro mundo terrestre en un modesto paraíso con el que tuviéramos suficiente, y por qué nos obliga a conquistar nuevos mundos, aquellos lejanos planetas cuyas llaves son los cohetes fotónicos". Esto es lo que dijo más de medio siglo atrás un alemán muy inteligente; entonces los cohetes fotónicos parecían un sueño de lejana

realización. Y ahora esta llave hacia los últimos y lejanos mundos la tenemos en nuestras manos. Pero aún no aprendimos a utilizarla como se debe. Muchas cosas, muchas, no están perfectas y comprendidas. Y hay mucha rutina. Mire, por ejemplo, estos cohetes atómicos en el "Jius". Con la transmisión de la energía fotónica, son como caballos medio muertos uncidos a un enorme automocar.

-Pero es que de otra manera el "Jius" no podría despegar de la Tierra -repuso tímidamente Bikov. Krayujin se puso de nuevo las gafas.

-En un futuro próximo seguramente renunciaremos en absoluto de los despegues desde la Tierra. Los "Jius" despegarán desde los satélites artificiales.

-Comprendido -dijo Bikov-. ¿Pero por ahora los "Jius" toman provisión de combustible ordinario para los cohetes?

-Muy poco. No llega a la quinta parte del peso de vuelo. Sólo para desprenderse de la Tierra, para salir de las capas densas de la atmósfera fácilmente influenciables a la contaminación radiactiva. Luego ya se conecta el motor fotónico. El "Jius" no sabe de los inconvenientes relacionados con la imponderabilidad. Él se mueve con una aceleración constante de diez metros por segundo en un segundo, al igual que la aceleración de la fuerza de gravedad en la superficie de la Tierra. De esta manera la tripulación del "Jius" está libre de la ingravidez y todas sus desagradables consecuencias. El "Jius", cuando menos en los vuelos interplanetarios, no conoce los largos y tristes trayectos por inercia que duran años. Él desarrolla gigantescas velocidades y cubre las distancias hasta los planetas en días y semanas, es, en verdad, la "Llave hacia los últimos y más lejanos mundos".

-El "Jius" es la llave hacia los grandes planetas -con voz extraña, ahogada, pronunció Ermakov.

Estaba inclinado sobre no sé qué aparato, y Bikov no vio su rostro.

Krayujin apretó los labios.

-Vamos, camarada Bikov -dijo frunciendo el ceño-. Le enseñaré los restantes locales.

Recorrieron toda la nave, dieron una ojeada a los camarotes, la sala de oficiales, las cámaras-depósitos. Todo era extremadamente sencillo, casi desnudo. En los camarotes, blancas paredes desnudas, camas movibles con anchas correas elásticas, armarios empotrados a la pared y sillones bajos muy blandos fijados al elástico suelo. En la sala de oficiales, una gran mesa redonda, sillas blandas, y en la pared un bufete y un guardalibros. En la mesa había un papel, por lo visto olvidado, con líneas desiguales de cálculos. Krayujin lo recogió. ("Chokan -dijo con una risita-. Es matemático...").

Cuando regresaron a la escotilla, el "Jius" estaba rodeado de máquinas y personas. Ermakov decía algo al jefe del grupo de servicios, éste asentía con la cabeza, preguntaba de nuevo y en la marcha daba órdenes a los trabajadores que se amontonaban a su alrededor, muchachos jóvenes, seguramente apenas salidos de las escuelas.

-Vamos a casa -dijo Krayujin-. Si mañana terminan la carga de los reactores, pasado mañana empezaremos con los materiales.

-¡Sí! -recordó de pronto Bikov, al sentarse en el coche-. Me había olvidado por completo. ¿Y el "Chico"? ¿Dónde lo van a cargar?

-Encima -respondió Krayujin-. El "Chico" viajará a través del espacio a caballo del "Jius". Así...

-M-m... -empezó Bikov, pero se interrumpió y no preguntó más.

"COMO LOS ARGONAUTAS EN LA ANTIGÜEDAD...".

El informe de Liajin fue escuchado al día siguiente. En el amplio gabinete del jefe del Séptimo polígono apenas cupieron, además de los astronautas, unas treinta personas: trabajadores del cohetódromo, ingenieros de los astilleros de "Veydadi Yu-i", representantes de organizaciones científico-experimentales y de proyectos relacionados con el Comité de Comunicaciones Interplanetarias. Liajov, pálido y sonriente, hablaba rápido, preciso, golpeando, para ser más convincente con el lápiz sobre la carpeta de piel.

De acuerdo con el plan de vuelo experimental el "Jius", después de veinte horas de haber despegado, tomó una posición inmóvil con relación al Sol y luego, con una aceleración constante de 9,7 metros por segundo, se dirigió hacia el punto de encuentro con Venus alrededor del Sol. Recorriendo exactamente la mitad de la distancia y alcanzando una velocidad de cuatro mil kilómetros por segundo (animación entre los oyentes), Liajov volvió la astronave con el espejo hacia el punto de encuentro y empezó el frenado. Después de ocho días y medio el Jius" alcanzó la órbita del "Tziolkovskiy", uno de los satélites artificiales soviéticos de Venus, y después de varias horas amarró en él. Después, siguiendo el programa de pruebas, Liajov maniobró alrededor de Venus cerca de un turbado. En el gabinete había un ruido continuo de voces y rumoreo de papeles.

Bikov acabó de ver cómo terminaban con el bigotudo representante y se volvió hacia Daugé. Este propuso:

-Vámonos a casa, Alexey. Que acaben de discutir sin nosotros. Me hace falta orientarme sobre los nuevos datos de Venus. Me los ha transmitido Majov, el jefe del "Tziolkovskiy".

Por la tarde los astronautas se reunieron en la sala de lectura del hotel.

Vera Nikolaievna, con los ojos relucientes decía:

-El hecho de despegar de la Tierra y estar en el espacio, no quiere decir que se haya conquistado el espacio. Los primeros globos de aire no hicieron al hombre dueño del océano aéreo. Esto lo hizo más tarde el avión. ¿No es así? Y sólo seremos dueños del espacio con el "Jius", independiente de las fuerzas de gravedad, libre del esclavizador sometimiento a estas fuerzas...

Bogdán Spitzin la miraba enamorado, y Liajov musitó sonriendo confuso, como si esta idea se le hubiese ocurrido de repente:

-¿Quién lo hubiera pensado? ¡Y nosotros fuimos los primeros!

Yurkovskiy sonrió:

-Pero de todas maneras, en casa, en la Tierra, se está mejor, ¿no es así?

-Por supuesto.

-"Por supuesto"... ¡Ay, Vasiliy, Vasiliy, no hay en ti ni una gota de poesía! ¡Hiciste un vuelo así!... No, tú eres completamente indigno de este honor.

Liajov frunció el ceño.

-Yo, sabes, no soy un deportista -dijo enfadado-, ¡yo soy un trabajador! Y no veo en esto nada malo.

-Nadie dice que sea malo... -Yurkovskiy elevó hacia el techo sus ojos lánguidos-. Pero admite, mi querido, que el camino lo abren generalmente... los deportistas, como tú los llamas.

-O sea, que dividir lo que hacen unos y otros no es necesario.

-¿Qué división es ésta? -preguntó extrañado Krutikov-. Deportistas, trabajadores...

-Siempre y en todo lugar -dijo con firmeza Yurkovskiy-, delante fueron los entusiastas-soñadores, los románticos individuales, ellos abrieron el camino a los administradores e ingenieros, y luego...

-Luego por encima de los huesos de estos mismos soñadores y románticos iba la codiciosa masa gris, la vil plebe... -con voz aguda dijo Daugé-. ¡Tú hablas por hablar, Vladimir, eso es! Entusiasta-soñador... húsar solitario!

Yurkovskiy se volvió impetuosamente hacia él, pero Krayujin levantó la mano.

-Un minuto -rechinó en tono burlón-. ¿O sea, Vladimir Sergeievich, que no hay administradores-entusiastas? ¿Ni ingenieros-soñadores? Jm... ¿Y qué es lo que ha dicho sobre la masa gris?

Bikov estaba sentado como sobre agujas. Nunca el "altivo" le había sido tan antipático. Miró a Liajov, pálido, con los labios temblorosos por la ofensa y se encolerizó aún más. Pero aún no tenía derecho a opinar.

-Nosotros todos somos soñadores, si le place, Vladimir Sergeievich -continuó Krayujin-. Y también entusiastas. Sólo que cada uno a su manera. He aquí, por ejemplo, que Vera Nikolaievna demuestra su alegría por el hecho de que el "Jius" le da posibilidad de volar por el espacio donde quiere y como quiere, esto regocija su espíritu alado. En esto, por lo visto, ve el verdadero ideal del "dueño del espacio".

-No era eso lo que quería decir... -musitó turbada Vera.

-Espero que no... Ya que tenga en cuenta que el Estado, nuestro pueblo y nuestro oficio esperan de nosotros no sólo... mejor dicho, no tanto los récords, como el uranio, torio y transuránidos. Nosotros todos somos soñadores. Pero yo sueño no en ser llevado por el espacio al igual que una pompa de jabón, sino en extraer de él todo lo que pueda ser útil... Lo que en primer lugar es necesario para mejorar la vida de las personas en la Tierra, para la fraternidad de todos los pueblos. ¡Arrastrarlo todo a casa, y no derrochar aquello que hay en casa! Este es nuestro ideal. Y nuestra poesía.

-Como las abejas -sentenció Krutikov.

-Exactamente, como abejas, y no como... mariposas. Además, me permito también dirigir vuestra atención hacia la circunstancia de que en nuestro tiempo los períodos transitorios pasan pronto. Y he aquí un ejemplo: en el próximo raid los pilotos del "Jius" cumplirán ya el modesto servicio de cocheros. El papel principal se da ya esta vez a otros. A él... -Krayujin señaló a Bikov. (Este parpadeó asustado)-. Y a Daugé, y a usted, Yurkovskiy. La humanidad necesita de las riquezas de Venus y no exaltados informes. Así. Y luego ustedes van a ceder el sitio a nuevos héroes productores, aquellos que van a construir fábricas y combinados a orillas de la Golconda Uránica. ¡Y todo esto es trabajo, amigo mío, trabajo inspirado y no deporte! Sólo que unos lo toman como posibilidad de efecto para lucirse bajo la cúpula del circo y arrancar aplausos, y otros como trabajo en comunidad. Y usted, diríamos, amigo mío, sólo quiere llegar como sea hasta el fondo de los secretos, allí donde están amontonados y enarbolar... ¡Vaya... deportistas!

Se hizo el silencio. Yurkovskiy se levantó y, sin mirar a nadie, salió.

-Es un buen chico -empezó de nuevo Krayujin-, audaz, inteligente... ¡Sólo que demasiado ambicioso!

Ermakov dijo sin sonreír:

-Mi padre me había contado que un tal Nikoiay Zajárovich Krayujin en su juventud...

-"Krayujin, Krayujin"... -Nikoiay Zajárovich empezó quejándose a frotar sus rodillas-. Aquello fue en la juventud... Y además, quizás sepas que el

susodicho Krayujin por esto mismo se dio de morros contra la mesa..., perdonen por la expresión..., en la conferencia del partido, sí. ¡Y fue precisamente tu papaíto, Anatoliy Borisovich! Así.

Krayujin carraspeó, tosió enojado y marchó.

Los últimos días antes de la salida pasaron imperceptiblemente. Todos estaban ocupados. Ermakov dirigía el trabajo del grupo de servicios que cargaba el "Jius" con todo lo necesario. La nave estaba enterrada bajo una masa de construcciones metálicas y envuelta en una telaraña de mangueras y cables. Bajo ella se paseaban decenas de camiones cisterna, gasodistribuidores, tractores, grúas y cadenas móviles. El trabajo seguía día y noche. Por gruesos tubos cubiertos de capas de hielo y escarcha se bombeaban los gases licuados, hidrógeno para los cohetes y oxígeno para la tripulación, por delgados tubos, agua y materiales de engrase. Las cadenas móviles y grúas lanzaban a las tres escotillas depósitos, sacos y cajones con productos, pertrechos y maquinaria. Decenas de personas con trajes especiales hormigueaban en los reactores de uranio. Especialistas venidos desde Novosibirsk controlaban micrón tras micrón la capa del "reverbero absoluto"; en esta capa blindaje de inverosímil finura y al mismo tiempo la más sólida del mundo podían encontrarse defectos microscópicos que podían llevar a la expedición a su destrucción instantánea por el fuego. El mismo Krayujin fue para observar como sacaban de la cúpula del "Jius" una gruesa plancha de titanio y bajaban cuidadosamente a las cámaras de carga del reactor fotónico balones-cápsula con mezcla de tritio y deuterio líquidos. Luego pusieron la plancha en su sitio y el mismo día elevaron y fijaron encima de ella un enorme container con el "Chico".

-Con este diablo de caja encima -dijo con disgusto Vera Nikolaievna-, el "Jius" tiene un aspecto antediluviano.

Liajov, junto con Spitzin y Krulikov, estuvieron durante aquellos días en la sala de mandos, donde estaba centralizada la maquinaria e instrumentos de gobierno de la astronave. Daugé y Yurkovskiy estuvieron estudiando los nuevos datos sobre Venus traídos por Liajov, discutían todo el tiempo, componían no sé qué radiogramas secretos, los llevaban a firmar a Krayujin y luego a la estación de radio.

En pleno apogeo de esta fiebre, Krayujin llamó a Bikov y fue con él a uno de los almacenes subterráneos en la parte sur de las afueras de la ciudad. En el seco y claro local-almacén Bikov vio cajas con armamento.

-¿Le son familiares estas cositas? -bromeó Krayujin.

Bikov le miró perplejo y se encogió de hombros.

-Son carabinas automáticas modelo del año setenta y cinco -dijo Bikov.

-¿Y aquéllas?

-Son pistolas reactivas...

-Bien, pues escoja.

Bikov comprendió:

-¿Para todos?

-Para todos... y coja también una pequeña reserva.

Bikov en silencio escogió ocho carabinas nuevecitas, algunas decenas de granadas de mano, pistolas de rayos y cuchillos finlandeses en fundas de piel claro-amarilla.

-¿Y la munición dónde está? ¿Y las cápsulas para las granadas?

-Hay balas, cápsulas y todo lo que usted quiera. Haga una nota para el jefe del almacén de todo lo que necesite. Descendieron un piso más.

-Esto es también para ustedes -dijo Krayujin señalando unos objetos cilíndricos que brillaban opacamente con sus superficies anodizadas.

-Minas atómicas... -murmuró Bikov.

-¿Las conoce?

-Cómo no voy a conocerlas.

-Coja diez completos. Tome también una docena de cohetes proyectores colgantes.

Dos horas después pasó a través de la ciudad hacia el polígono un camión cargado con pesadas cajas de plástico y diez fundas cilíndricas enrejadas. Unas horas más tarde estas cajas y fundas fueron embarcadas en el "Jius", con ayuda, y bajo la observación personal de Bikov.

Al fin todo estaba terminado. Durante una sola noche desaparecieron los ligeros armazones y los tubos, grúas y cadenas móviles que envolvían la astronave. Se marcharon los camiones y tractores, se fueron también las personas. En el suelo a su alrededor, pisoteado y revuelto, quedaron sólo bajo la llovizna trozos de hilos y de papel de embalar engrasado, cables, residuos de contrachapado y algunos maderos olvidados, todo esto empotrado en el fango.

Krayujin, acompañado de Ermakov y el jefe del grupo de servicios, recorrió todos los locales del "Jius", todo lo miró y retocó, con reparo y desconfianza prestó oído al potente ruido de los solenoides que estaban conectados para probarlos, hizo algunas vanas observaciones por futilezas, descendió a tierra, se secó las manos con un borde del impermeable y dijo:

-Creo que todo está en orden, Anatoly Borisovich, firme el acta.

Ermakov asintió bajando la cabeza. El jefe del grupo de servicios, aliviado, respiró profundamente, pisoteó sin moverse de su sitio, luego preguntó, tosiendo:

-¿Cuándo va a ser la salida, Nikolay Zajárovich? ¿Mañana?

Pero resultó que quedaban por hacer algunas formalidades. En la ciudad llamaron urgentemente a Krayujin desde la estación de radio, y, al volver de allí, secamente, al menos así le pareció a Bikov, comunicó que la salida se aplazaba hasta el amanecer de pasado mañana y dijo que tenía que llegar una comisión.

-Y por la tarde... habrá una comida de despedida. Se podrá ir sin frac.

Yurkovskiy movía los labios, Ermakov bostezó indiferente y Krutikov se encogió de hombros y de nuevo se enfrascó en la lectura de no sé qué libro.

-Vamos a pasear -propuso Daugé a Bikov. Salieron del hotel y sin prisas se dirigieron a lo largo de la calle en dirección al polígono.

-Brindis, discursos grandilocuentes -dijo Daugé cansado-. ¡Esto no lo soporto!

-Bueno, tú sabes... -Bikov le miró con desagrado-. Un acontecimiento así, de todas maneras...

-¿Pero qué "así" ni demonios? La gente hace lo que tiene que hacer. ¿Qué hay de extraordinario? ¡Nunca se designa una comisión especial para celebrar la partida de una expedición geológica!

-Quizás que algunas veces se celebre.

-Y en vano.

Siguieron algún tiempo sin decir nada. Bikov preguntó:

-¿Bien, entonces por qué se hace?

-El diablo sabe por qué. Pienso que se ordenó así desde tiempos pasados, cuando era necesario "hinchar" a las personas, infundirles ánimos para el cumplimiento de un trabajo ordinario, elemental... Y así está ordenado desde

entonces y no pueden renunciar a esta tonta costumbre. ¡Pues quién mejor que nosotros puede comprender la importancia de la expedición del Jius"! Es ridículo en nuestro tiempo pronunciar discursos ardientes sobre perogrulladas... ¿Y para qué? ¿Para inculcarnos por milésima vez lo que mamamos con la leche de nuestra madre?

Volvieron atrás hacia el hotel. A la entrada del comedor Daugé se paró, retrocedió y empujó con el codo a Bikov:

-¡Silencio!...

El comedor estaba iluminado por el apagado sol del atardecer. En el diván, inclinados uno hacia otro, estaban sentados Bogdán Spitzin y Vera Nikolaievna. Estaban callados mirando a la ventana y sus rostros eran tan serios y extraordinariamente tristes que a Bikov se le contrajo el corazón. El enorme brazo blanco de Bogdán abrazaba los estrechos, frágiles hombros de la mujer. Daugé tiró de la manga a Alexey, y de puntillas subieron al segundo piso.

-Ya ves, Alexey, lo que acostumbra a suceder... -articuló Daugé-. Están juntos sólo una semana, dos a lo sumo, y de nuevo hacia diferentes lados. Ella es cinco años mayor que él... Amor, nada se puede hacer. Un amor verdadero, grande...

Se quedó pensativo. Bikov preguntó con prudencia:

-¿Y por qué no se casan?

-¿Qué? ¿Por qué no se casan? -respondió Daugé-. ¿Y qué tiene que ver eso? Sólo se encuentran una o dos veces al año, ¿comprendes?

-Comprendo -murmuró Bikov, pero luego dijo resueltamente-: ¡No, no comprendo nada! Si se casaran vivirían juntos, y volarían...

-Juntos... no pueden, Alexey. Se encuentran una o dos veces al año. No pueden volar juntos, ya que Bogdán va a expediciones en las cuales no está permitido ir a las mujeres. ¿Qué familia sería ésta?

-No -dijo Bikov resueltamente-, podrían arreglarlo de alguna manera si ellos quisieran.

-Puede ser, claro. ¿Puede ser que ellos hayan inventado sencillamente este amor?

-Mira por dónde sales tú ahora...

-Yo, Alexey... -la voz de Daugé tembló-, ¡yo daría la vida por la mujer amada! Yo, amigo mío, soy un hombre débil.

Al día siguiente llegaron los invitados de Moscú. Para admiración y satisfacción de Bikov, la cena resultó alegre. Hubo discursos, y no malos, y brindis (sólo champaña), y buenos deseos. Krayujin contó algunos episodios cómicos sobre los primeros períodos de comunicaciones interplanetarias, y Yurkovskiy de pronto empezó a recitar versos de Bagritzkiy. Recitó su predilecto: "Contrabandistas" y, cuando cesaron los aplausos dijo con tristeza:

-Ya ven... cuántos buenos versos se han hecho sobre el mar y los marinos, y sobre nosotros no hay ni uno. Continuamente "vuela, vuela mi cohete".

-Los poetas conocen el mar desde hace miles de años -observó Vera Nikolaievna- en cambio el espacio no lo conocen en absoluto. Ten paciencia, Vladimir, se harán versos excelentes sobre nosotros.

Yurkovskiy besó su mano:

-Espero. Y mientras sólo nos queda:

"Al igual que los argonautas en la antigüedad,

Abandonando la casa paterna,
Navegamos nosotros. Tiram-tam-tam,
A por el vellocino de oro".

Cuando los invitados se fueron, Krutikov suspiró y exclamó:

-Gracias a Dios, la velada fue buena. Sólo...

-Sí -asintió Daugé-. En nuestro círculo la comida de despedida habría sido mejor.

Krayujin se levantó echando la silla atrás con gran ruido.

-Pido atención, amigos míos -dijo él-. Un minuto de atención. Ahora estamos en nuestro círculo, y quisiera decirles algunas palabras. Alexey Petrovich, ponga a todos un poco de vino, por favor... Unas gotas, Anatoliy, no te preocupes... Así, gracias. ¡Amigos! Yo soy aquí el más viejo astronauta... sí. ¡Es terrible recordar en qué ataúdes empezamos nosotros esto! En comparación con el "Jius" eran carretones, para no decir peor. Pero yo no soy como los tontos presumidos. Pues yo sé lo difícil que es vuestra tarea. La tarea siempre se determina por los recursos, y si son potentes vuestros recursos actuales, también lo es en dificultades vuestra tarea. A vosotros no os será más fácil que a nosotros... sino más bien más difícil, pues sobre vosotros pesan más responsabilidades. ¡Amigos, si llegáis a pasar momentos difíciles, de insoportables dificultades, yo os ruego que recordéis para quién y en nombre de qué hacéis esto! Yo os conozco a todos lo suficientemente bien para estar convencido: si recordáis esto, tendréis más fuerza. Bueno... y esto es todo. ¡Por vosotros!

Levantó su copa, bebió y rápidamente salió de la habitación. Durante algunos momentos todos quedaron silenciosos. Luego se levantó Yurkovskiy y dijo en voz baja:

-¡Pues qué, argonautas... por el viejo!

Aquella noche Bikov tardó mucho en dormirse.

Se levantó, encendió la luz y se sentó tras la mesa mirando fijamente la lámpara, y así estuvo largo tiempo. Su mirada cayó en el periódico que aún no había tenido tiempo de leer.

"Introducir más audazmente el método de arado de alta frecuencia", artículo de fondo. "Los escolares islandeses pasan las vacaciones en Crimea", "Los sovjoses del Lejano Oriente darán al país 30 millones de toneladas de plancton sobre el plan", "Puesta en marcha de una nueva CTNE con una potencia de un millón y medio de kilovatios en Verjoyansk", "Carreras de microhelicópteros. Vencedor: el escolar de 15 años Vasia Ptitziii", "En la pista de carreras patinadores de 100 años".

"Festival de films estereofónicos de los países de la América Latina", "Construcción de un observatorio astrofísico Anglo-Chino-Soviético en la Luna", "Desde Marte nos comunican...".

Bikov dio un repaso al periódico, se quedó pensativo y, doblándolo, lo metió en el bolsillo de la cazadora. Era necesario llevarlo, un hálito de la Tierra, el potente pulso del planeta querido que se quiere sentir también en el lejano raid. Un símbolo... Alexey suspiró y apagó la luz.

La mañana de la salida era de cielo despejado. A las cinco de la madrugada ya nadie dormía, todos se reunieron en la sala. Estaban sentados o iban de un lado a otro. En el desayuno se comió poco y sin ganas, y Ermakov hacía como que no lo veía. Krayujin y los invitados platicaban a media voz. Llegaron los coches. A pesar de la hora temprana las

calles estaban llenas de gentes. Nadie voceaba consignas ni saludos, nadie se acercaba a ellos con flores, la gente estaba sencillamente parada mirando, pero miraba como se miran a familiares o íntimos cuando parten hacia un lejano y peligroso viaje. Los coches salieron de la ciudad.

Y aquí le sucedió a Bikov lo que después durante mucho tiempo recordaría con embarazo y vergüenza. Una extraña sensación de pasmo lo embargó. Como si se hubiera desdoblado, se observaba a sí mismo con indiferencia y curiosidad sin poder concentrarse. Fragmentos de sus pensamientos se agitaban en su cabeza, pero no podía concentrarse en ninguno de ellos.

En las cañoneras todos empezaron a despedirse. Bikov maquinalmente apretaba las manos de gentes desconocidas sintiendo que su rostro se había congelado en una estúpida sonrisa que no tenía fuerzas para cambiar. Krayujin le dijo algo, se abrazaron y besaron, Alexey movía la cabeza con buena voluntad cuando dirigiéndose a él le dijo algo con ardor y el presidente del comité municipal de la ciudad dándole palmadas en la espalda. Luego se apartó hacia un lado y estuvo observando como Spitzin abrazaba a Vera Nikolaievna y ella acariciaba su rostro. Daugé cogió a Bikov de la mano y lo arrastró al coche.

Cuando Bikov elevó los ojos, encima suyo ya tenía la voluminosa mate-brillante superficie prominente del aro del reactor. Al fin comprendió lo que le estorbaba. En su cerebro inconscientemente luchaba una misma idea: "Por última vez. Por última vez". No podía recordar exactamente cuándo llegaron por primera vez a su cabeza, pero ahora le era imposible deshacerse de estas palabras.

-¡Cada uno a su sitio! -gritó Ermakov con voz afectadamente estridente.

Bikov volvió la cabeza. Los coches que les habían llevado al "Jius" ya se habían marchado. Alrededor se extendía la plana y desierta tundra.

-¡Alexey Petrovich! ¡No se demore!

"Los últimos pasos por la Tierra", pensó con extraña curiosidad llegando a la escalera metálica. "El último sorbo de aire terrestre", pensó cogiéndose del borde de la escotilla. Alguien, posiblemente Yurkovskiy, lo empujó enojado y le pidió que tuviera más cuidado. "La última mirada al cielo azul...". La escotilla se cerró bruscamente. Entonces comprendió que tenía miedo. Sencilla y llanamente, estaba acobardado. Enseguida se tranquilizó y fue tras Daugé a la sala de oficiales. Se sentaron en las butacas, Bikov, Daugé y Yurkovskiy, y en silencio se abrocharon las anchas correas elásticas. Ermakov, Spitzin y Krutikov estaban seguramente en la sala de mandos. Bikov miró a Yurkovskiy. Estaba sombrío, enojado y en su nariz se veía una mancha amarillenta. "Le di bien, a pesar de todo, yo entonces..." -pensó Bikov con un pasajero arrepentimiento.

-¡Prepárense! -resonó desde un invisible altavoz la sonora voz de Ermakov.

Se hizo un silencio sepulcral. Bikov sintió mareo y debilidad durante un momento. Con enorme fuerza de voluntad ahogó la repugnante sensación de impotencia y miró de reojo a Daugé. Aquél miraba fijamente un punto ante sí.

-¡En marcha!

Un ruido atronador llegó desde abajo. De pronto todo se movió. Los asientos de las butacas se cargaron blandamente en los cuerpos. Bikov cerró los ojos con fuerza y vio círculos de diferentes colores. El ruido se hacía más intenso, luego fue disminuyendo y finalmente cesó. Se hizo de nuevo el silencio. Bikov se volvió con cuidado hacia Daugé.

-No habrá más dolores -exclamó éste con voz clara y alegre-. Estamos en marcha.

Yurkovskiy de pronto se dio una palmada en la frente.

-¿Qué te pasa? -preguntó Daugé alarmado.

-¡Por todos los diablos!... ¡Creo que he olvidado la máquina de afeitar eléctrica en el hotel y, parece, que no la desconecté!

Bikov se sentó con alguna dificultad, se frotó enérgicamente las sienes con la palma de la mano y suspiró aliviado.

Segunda parte - EL ESPACIO Y LOS HOMBRES

KRAYUJIN

Por la tarde el tiempo empeoró. Desde el océano vino un helado viento, sobre la tundra se movía pesadamente densas olas de niebla gris. El cielo se cubrió de bajas nubes.

En el gabinete del jefe de la estación de radio Central del Séptimo polígono había una temperatura agradable y luz suficiente. Cerca de la mesa, en un sillón bajo, estaba dormitando Krayujin con el mentón hundido en el pecho. Sus pies calzados con botas cubiertas de barro estaban estirados en posición torpe, y sus grandes manos nudosas estaban caídas pesadamente sobre los brazos del sillón. Detrás de la puerta chasqueaba regularmente el reloj contando los minutos. A cada chasquido Krayujin levantaba un instante sus párpados azulados. En un extremo de la mesa se enfriaba una taza de té que no había sido aún tocado. A través de la puerta entreabierta echó una ojeada el que estaba de servicio, estuvo un momento parado indeciso, luego se acercó de puntillas y puso ante él un paquete de radiogramas.

-¿Qué hay de nuevo? -pronunció Krayujin con voz ronca.

El hombre se estremeció.

-E-e... nada. Hace trece minutos el "Jius" comunicó que todo iba bien.

-¿Ha sido ajustada la comunicación por televisión?

-No, Nikolay Zajárovich, aún no ha sido posible.

Krayujin callaba (el de servicio estuvo un rato indeciso apoyándose en un pie u en otro y tosió), luego dijo:

-¿Así que dices que no hay nada de nuevo?

-No, por ahora nada.

-Bueno...

Miró de reojo los radiogramas y cerró de nuevo los ojos. En el corazón sentía una opresión, un dolor prolongado, le dolía el hombro izquierdo. Las piernas se le habían hinchado pero no tenía ganas de moverlas. A pesar de todo hizo un esfuerzo y tomó la taza de té. Le resultó empalagoso hasta darle náuseas. "Son los nervios -se dijo para sí-. Nervios y vejez". Hasta ahora no había sabido lo que eran nervios. Los médicos le habían dicho que le iba mal emocionarse. Él se reía de ellos. Le parecía que nunca se emocionaba... Hasta hoy...

Hoy, 18 de Agosto del año 19..., exactamente a las 5.00, hora de Moscú, empezó aquello para lo que había estado preparándose durante quince años. El despegue del primer cohete fotónico señalaba el principio de una nueva era en la historia de las comunicaciones interplanetarias. Y con este despegue se acabaron para él, Krayujin, las posibilidades de influir directamente en la futura marcha de los acontecimientos. Quince años de

búsquedas, luchas y enorme tensión... Y he ahí en qué había terminado todo: sentado, escuchando los tristes ruidos otoñales, el ruido monótono y uniforme de las gotas de lluvia en los cristales de la ventana, el glú-glú de los chorros de agua que caen del tejado y el fino aullido del viento. Seis hombres escogidos, a bordo del más perfecto navío del mundo, le tomaron el relevo y siguieron adelante, hacia la realización de su sueño ferviente. Y él se ha quedado de pronto debilitado y encorvado. Y espera... espera... espera...

Por un instante sintió una gran lástima de sí mismo y envidia por ellos, jóvenes, pero enseguida se olvidó de eso pues el sentimiento principal, que apartaba a un segundo plano los otros sentimientos e ideas, era el miedo por estos hombres. Bien, supongamos... El trayecto de prueba del "Jius" dio buenos resultados. Parece que están estudiados minuciosamente los procesos dentro de la coraza de titanio del fotorreactor. El ingeniero puede indicar con exactitud absoluta lo que allí sucede en cualquier diezmillonésima de segundo y prever lo que va a pasar en la siguiente. Todo se ha tenido en cuenta: las monstruosas temperaturas, las enormes velocidades, inmensas presiones y tensiones. ¡Pero bueno, no fue por un hado maligno que explotó el infeliz Petrosyan!

Krayujin tomó con dificultad algunas cucharadas de té. Tenía la garganta seca, los ojos le dolían. Su cuerpo estaba preso por horribles escalofríos. Por los cristales de la ventana chorreaba el agua.

-¡Qué tiempo infame! -murmuró encogiendo su cabeza en los hombros.

El fracaso de la expedición sería una catástrofe del trabajo de toda su vida... Precisamente ahora, cuando aún muchos no creen en el "Jius", cuando aún no se apagó el ruido levantado por los "prudentes" alrededor de la explosión repentina del primer "Jius". Entonces pareció que la idea de la transmisión de la energía fotónica estaba desacreditada para mucho tiempo... quizá para siempre. Sólo la intervención de la comisión estatal obligó a callar a los incrédulos que se habían introducido en la gran causa.

No, no puede quejarse. Él exigió enormes medios y se los dieron, incluso más de lo que él podía esperar, exigió quitar de en medio a funcionarios que creyó perjudiciales o superfluos, y a pesar de que entre ellos los había con grandes méritos en el pasado, fueron retirados. Él experimentaba impertérrito, y se le creía. Probablemente, había en él una enorme fuerza, un inquebrantable convencimiento. Sin embargo, lo importante era también que todo le salió bien. Krayujin, el primer explorador de dos grandes planetas y diversas lunas, constructor de cinco grandiosos satélites artificiales, educador e ídolo de tres generaciones de los más intrépidos astronautas... Y ahora, de hecho, Krayujin está al frente de la flota interplanetaria más potente. Fueron éxitos no fáciles, difíciles victorias. Detrás quedan los camaradas desaparecidos, el dolor de pérdidas irreparables... triunfos, momentos de enorme felicidad, de orgullo deslumbrante... Pero no se podía mirar atrás. Era necesario apresurarse. Un gran pueblo le había confiado sus mejores hijos y una técnica de primera fila, y por esta confianza exigía vencer el espacio con todos sus tesoros y riquezas y secretos. ¿Tenía él fuerzas suficientes, le era posible dar a su pueblo esta victoria? Sí, si el "Jius" vuelve habiendo logrado sus tareas, entonces nadie jamás osará subir la voz contra el cohete fotónico. Pero si...

Krayujin se levantó y, desentumeciendo sus piernas, se paseó por la habitación de un ángulo a otro.

-Esto no está bien -dijo en voz alta-, estoy haciendo conjeturas como una vieja cualquiera. "Si esto, si aquello"...

En realidad, él sabía perfectamente que nadie ni nada en el mundo podía ya frenar el impetuoso desarrollo de la técnica fotónica. Desde el instante en que fueron obtenidos los primeros granitos del "reverbero absoluto", la suerte de los viejos cohetes de impulsión estaba decidida. Ahora el espacio tendrá que retroceder. Mostrando los dientes, arrebatando nuevas víctimas... pero retrocediendo. Al principio quitará sus mojones del sistema solar y luego (quién sabe... puede ser que suceda aún en vida de Krayujin) también de los desiertos interestelares.

¡Pero qué fuerte es la inercia del pensamiento! Como todo lo nuevo, el nuevo principio de transporte interplanetario encontró desde los primeros minutos no pocos contrarios, aquellos que se dormían en los viejos laureles y no querían ir más allá, los que habían consagrado toda su vida a demostrar la imposibilidad de la realización práctica de la transmisión de la energía fotónica, los que al principio, de golpe, difamaron la innovación y luego no encontraron la audacia de reconocer su equivocación, y por fin, aquellos que sinceramente no querían el enorme peligro que suponía en personas y recursos estatales... Estos eran muchos, muchos más de lo que hubiera querido Krayujin y sus colaboradores, y él siempre vencía a la oposición. Ellos gritaban: "¡Es una fantasía sin base!". "¡Esto es cosa de un lejano futuro!". Exigían que él les rindiera cuentas de decenas de modelos que se habían quemado, y él elevó por encima de la atmósfera, alrededor de la Tierra, el cohete sin piloto "Dragón Gorinich". Luego intentaron utilizar contra él la pérdida del primer "Jius", pero eso tampoco les dio resultado. El segundo "Jius" había salido. ¿Quizás Krayujin se había equivocado dando al "Jius" una tarea tan complicada? ¿Quizás hubiera sido necesario utilizar al cohete fotónico en raid normales para empezar, acostumbrarse a él y convertirlo en un modo de transporte divulgado y seguro? Quizás... Pero ¿cuánto tiempo se hubiera perdido? Y los tesoros de la Golconda esperan. Y sólo el "Jius" puede dar al hombre la posibilidad de poseerlos.

Krayujin se dejó caer de nuevo en el sillón y se quedó inmóvil con los brazos cruzados. Sentía escalofríos y pensó que se sentía enfermo debido al estado en que se encontraba, desacostumbrado en él, de espera y preocupación. Hubiera sido cien veces mejor si él mismo hubiera llevado esta expedición. Pero, claro, no le hubieran dejado. ¿Y además, qué habría hecho él allí, en el planeta más terrible del sistema solar, con sus pulmones quemados, su estómago artificial y su gastado corazón? Pero hubiera podido ayudar con su enorme experiencia, su sangré fría y prudencia. Con su habilidad para retroceder... La juventud actual se olvida de este saber, y éste vale más que otro cualquiera. Este sexteto son jóvenes, impacientes y fogosos. Son audaces y no poseen el valioso don de la precaución. No van a detenerse aunque pierdan sus vidas, olvidando o no comprendiendo el enorme daño que causarán con su gloriosa muerte a la gran tarea de la conquista del espacio. Ninguna Golconda podrá compensar este daño. Nadie sabrá lo que sucedió bajo el blanco manto que tapa la faz de este planeta inaccesible, toda la culpa se dará a supuestas imperfecciones del "Jius", los proyectos y cálculos quedarán cubiertos por el polvo en los archivos, y para muchos años volverá la época de los viejos cohetes de impulsión.

Mejor no pensar en esto. Además, no hay fundamentos para no creer en este sexteto.

Ermakov... Es inteligente, imperturbable y siempre tranquilo. Anatoliy Ermakov es posible que sea el que más cerca esté de comprender la verdadera situación. En todo caso, es lo suficientemente experimentado para

valorar la importancia del cohete termonuclear en las comunicaciones interplanetarias. Y no es extraño. Toda su vida ha estado bajo la dirección y vigilancia de Krayujin. Fue con él en su primer raid. A él confió sus ideas que a veces parecían fantásticas por su envergadura y audacia. Imitó a Krayujin en su odio a la rutina y estancamiento, de él aprendió a comprender a la gente, en él veía el ejemplo de servicio sin reserva a la patria. Y a pesar de todo... Él va hacia Venus como un soldado ya al asalto, y sin pensarlo caerá de pecho contra las dificultades para vengarse de todo, de la muerte terrible y absurda de su mujer, de la ardiente muerte de sus camaradas.

Pero incluso él no ve en la conquista de Venus la conquista del Universo...

Y para Daugé, capaz radiactivista-geólogo, lo más seductor representan las riquezas fabulosas de la Golconda Uránica. Seguramente se siente en la situación de un cazador apasionado que ha tenido que contentarse largo tiempo con las exiguas limosnas de la naturaleza suburbana y que de pronto ha recibido la invitación para ir a cazar en un vedado lleno de caza. En verdad que aún le queda su Masha Yurkovskaya... Pero él es geólogo hasta la médula de los huesos y por eso no puede permitirse el sufrir demasiado vivamente las desdichas familiares.

Para Yurkovskiy, afortunado geólogo-explorador, el vuelo significa ante todo un nuevo récord y nuevas impresiones. A él no le seducen mucho la celebridad y los honores, se mofaba abiertamente de algunos pilotos embriagados por las atenciones y cuidados con que les rodeaba el país agradecido. Él tomó parte en las más arriesgadas expediciones, pero su retrato salía muy raras veces en los periódicos y pantallas de televisión. Ama el peligro por la elevada sensación de poder sobre él mismo. Se deleita con el peligro, como un "gourmet" con el aroma de un plato refinado. Verdad es que disimula modestamente esta pequeña flaqueza que Krayujin alguna vez denominó "supervivencia de una montecristada del peor sentido". Romántico... Lástima que él no toma en consideración a Bikov, no lo aprecia, y en ataques de orgullo de casta lo acusa de torpeza, mediocridad y falta de imaginación. Todo el mal está precisamente en el exceso de imaginación de Yurkovskiy...

Bogdán Spitzin... Él no comprende sinceramente cómo pueden interesarse por algo que no sea la conducción de naves interplanetarias. Ahora, cuando se han roto los anteriores principios de cosmonavegación que antes le cerraban el camino, se siente un verdadero dueño del espacio. ¡Un muchacho gracioso! Además del espacio y el tablero de mandos, para él existe sólo Vera, su querida, cariñosa Vera, la única mujer en el mundo y, según él, única persona que le comprende completamente. Y aquí también es fiel consigo mismo. Quizá se parece a un caballero andante cuando lleva la nave y piensa que hace esto en honor a su dama...

Y Mijail Antonovich Krutikov es sencillamente el mejor piloto observador del país, esto es todo. Bondadoso, suave, amante de fiestas entre amigos y reuniones solemnes a las cuales se presenta con toda su familia, esposa y dos chicos, un extraordinario matemático que ha propuesto varios nuevos métodos, en principio, de solución acelerada de complicadísimos problemas de cosmonavegación. Posa con igual placer ante los objetivos de los corresponsales como juega días enteros con sus chicos. Nunca se negó al trabajo más pequeño, insignificante, ni a la proposición inesperada de partir al raid más inverosímil. Si no fuera por Krayujin, al débil y concesivo Krutikov siempre lo mandarían a los raids peligrosos y al mismo tiempo

tristes de la zona de asteroides. En cambio ahora ocupa su lugar acostumbrado al lado de su antiguo amigo Spitzin y, bonachón, está entusiasmado con esto.

Y Alexey Bikov... Krayujin sonrió recordando la cara rojiza de éste, los pequeños ojos demasiado unidos, el chichón pelado de su nariz, su pelo erizado erguido hacia adelante sobre la hundida frente. No es hermoso, no es un Yurkovskiy, claro... Y en poesía no está muy fuerte... Pero es un excelente ingeniero-práctico. ¡Y que rápidas reacciones! Recordemos sólo lo sucedido en la valla de alambre espinoso, la carrera de prueba... Para Bikov la expedición a Venus es solamente una extraña e inesperada comisión de servicios que le ha arrancado, temporalmente claro, de su trabajo habitual en los lejanos arenales asiáticos. Una agradable posibilidad de mostrar con toda brillantez su maestría de conductor de primera clase e ingeniero nuclear, así como la probabilidad de que él, un sencillo buen hombre, pueda en alguna ocasión vanagloriarse de haber tomado parte en una expedición interplanetaria. Por otra parte es completamente comprensible y oportuno en una persona sin experiencia al miedo ante los terribles y grandiosos secretos del cosmos. Está muy bien que forme parte de la expedición.

Todo el sexteto en conjunto es un excelente "equipo". Sus rasgos humanos están cementados en un fondo general para todos: son gente de honor y de acción. Y las debilidades y defectos... qué se le va a hacer; sin embargo las cualidades de los seis se complementan perfectamente, y él, Krayujin, se enorgullece con razón de su habilidad en escoger las personas.

Y, cerrando los ojos, Krayujin de nuevo excita en sus recuerdos las caras y la conducta de Ermakov, pilotos, geólogos, y del "especialista en desiertos". ¡Pero... si no estorbaran estos incrédulos! Aunque en verdad su escepticismo no causaba sólo daño. En su lucha con lo viejo lo nuevo se fortalece. Hace falta reconocer que esta lucha ha añadido potencia y ha hecho invulnerable al "Jius". Aunque también le hizo mucho daño. En esta lucha se han dilapidado un montón de energías en balde, pero además, en muchos casos, los contrarios debilitaron en los creadores del "Jius" sus creencias en la grandiosidad de la idea.

Así entre los contrarios se hallaron también en muchos casos aquellos que habían sido amigos íntimos y ayudantes de Krayujin, aquellos en los cuales tantas esperanzas él había depositado...

Cuando el de servicio entró de nuevo en el gabinete, Krayujin le miró con tal cólera que el joven se quedó clavado y parpadeó desconcertado. Pero Krayujin volvió en sí.

-¿Qué trae aquí? -preguntó.

-Un radiograma del comité, Nikolay Zajárovich.

-¿Bien?

-Preguntan sobre el "Jius".

-Comunique que todo... que por ahora todo va bien.

-Entendido. Pero...

-¿Qué?

-Su firma...

-Venga.

Krayujin firmó rápidamente y tiró la pluma.

-¿La comunicación por televisión?

El de servicio abrió los brazos en señal de impotencia.

-Bueno, váyase.

Recordó su discurso en la comida de despedida. Sí, seguramente no había dicho precisamente lo que él quería. Pero, claro, no podía dispararles a boca jarro: "Si ustedes fracasan se pierde todo...", o algo por el estilo. ¿Pero quizás hubiera sido necesario decirlo?

Tambaleándose, se levantó. Estaba claro, había enfermado. Tenía mucho calor y al mismo tiempo sentía escalofríos. Le iría bien pedir algo caliente... Alargó la mano hacia el vistáfono. En ese preciso momento se oyeron pasos apresurados, se abrió la puerta y el chico de servicio penetró con cara alegre, sonriente, y gritó:

-¡Nikolay Zajárovich! ¡Hay comunicación! ¡Ermakov pide que vaya a la pantalla!

-Voy -dijo Krayujin, pero estuvo aún un minuto parado apoyándose en la mesa y mirando fijamente algún punto por encima de la cabeza del chico. "Tengo que advertir a Ermakov -le daba vueltas esta idea en su mente-. A Ermakov hay que advertirlo sin falta. ¿Pero podré?".

El chico de servicio le miró alarmado, interrogante, y de pronto se recobró.

-Vamos.

En la gran sala de comunicaciones por televisión unos blancos tubos iluminaban con luz viva algunos silloncitos ante un alto estante con una redonda pantalla plateada. Krayujin entornó los ojos, sacó sus gafas oscuras.

-Conecten -dijo, y se acercó a la pantalla.

El de servicio se fue al tablero de mandos. En la pantalla empezaron a centellear sombras grises y pronto apareció en la superficie verdosa la cara seria de Ermakov. Krayujin pensó fugazmente que las ondas necesitarían ya algunos segundos para traer esta imagen a la Tierra.

-¡Buenos días, zagal! -dijo-. ¿Cómo me ves?

-Perfectamente, Nikolay Zajárovich.

-¿Todo va bien?

-Hace media hora que nos hemos puesto en el rumbo directo. Pero fue necesario trabajar mucho antes de poder acotar la trayectoria de la primera etapa. Efectivamente será necesario perfeccionar las máquinas electrónicas calculadoras del rumbo. Krutikov acaba de echarse y duerme como un muerto. Velocidad, cincuenta kilómetros por segundo; el fotorreactor trabaja bien, temperatura del espejo, cero; radiación, fondo normal.

-¿Y la tripulación?

-Perfectamente.

-¿Bikov?

-Aguanta bien. Un poco abatido porque no tiene posibilidad de mirar la Tierra.

-Déjale que la vea.

-Está bien.

-¿Cómo fue el despegue?

-Magníficamente. Yurkovskiy está decepcionado. Dice que un despegue así no hubiera despertado ni siquiera a un bebé.

-De esto debes dar las gracias a Bogdán. Es todo un maestro.

-Claro, Nikolay Zajárovich.

Se callaron y siguieron mirándose uno a otro a través de los millones de kilómetros que les separaban.

-Bien..., ¿y tú?

-Por mí no se preocupe, Nikolay Zajárovich. -Ermakov respondió rápido. Demasiado rápido, como si estuviera esperando esta pregunta. Krayujin frunció el ceño.

-¡Oiga! -llamó al de servicio.

-A su disposición.

-Salga de la sala durante diez minutos. -El de servicio se retiró apresuradamente cerrando la puerta tras sí.

-No se inquiete -repitió Ermakov.

-Yo no me inquieto -pronunció Krayujin-. Lo que tengo es miedo.

Los ojos de Ermakov se redujeron:

-¿Tiene miedo? ¿Ha sucedido algo? ¿Cómo explicarle?

Krayujin se quitó las gafas y, entornando los ojos, se puso a limpiarlas con el pañuelo.

-En general, te ruego, ten cuidado... Sobre todo allí, en Venus. Ya no eres un chico y debes comprender. Si encontráis muchas dificultades o peligros, retrocede. Ahora no es la Golconda lo que decide todo.

Hablaba y presentía que Ermakov no comprendía. Pero no podía decirle abiertamente: "Reduce el peligro al mínimo. Lo principal ahora es regresar felizmente. Si algo os sucede deberemos renunciar para mucho tiempo a los cohetes fotónicos". Él siempre creyó que a los astronautas era necesario tenerlos lo más apartados posible de la lucha de opiniones en el comité. A él le parecía que esto podía minar su confianza hacia sus dirigentes.

-Al prudente Dios lo guarda -continuó, sintiendo con horror que hablaba con incoherencia, poco convincente-. No te arriesgues sin necesidad...

-¿Si se hace difícil o si hay peligro?

Este era Ermakov, que con la leche de su madre había absorbido el desprecio hacia los rodeos y reticencias. Sentía vergüenza por Krayujin y le daba lástima. Y estaba alarmado. Él se encogió hacia la pantalla mirando fijamente la cara de Krayujin. Aquél se apartó atrás rápidamente. Algunos segundos se prolongó la embarazosa pausa.

-Bien pues -dijo Krayujin intentando vencer la terrible debilidad-, escucha lo que te dicen, camarada Ermakov. Yo no estoy dispuesto a competir contigo en agudeza de espíritu. Así...

-Entendido -respondió en voz baja Ermakov-. No voy a arriesgarme. Voy a tener presente que la tarea principal de esta expedición es la de conservar la nave y los hombres. Yo voy a conservar la nave. Pero a ellos no sé si podré retenerlos...

-Tú eres el jefe.

-Sí, yo soy el jefe. Pero cada uno de ellos tiene su cabeza y su corazón. Ellos no me comprenderán, y yo no sé si podré obligarles a retroceder. Yo no tengo su autoridad.

-Tú no me has comprendido...

-Le he comprendido, Nikolay Zajárovich. Y según su orden estoy decidido a renunciar a todo, incluso a mi honor. Pero ¿van a renunciar ellos?

Los claros ojos de Ermakov miraban a Krayujin directamente al cerebro. Ellos comprendían. Ellos lo comprendían todo.

-Tan sólo puedo adivinar lo que usted tiene en la mente...

Krayujin bajó su pesada cabeza y dijo con voz ronca:

-Está bien, procede como sabes. Por lo visto nada se puede hacer. Todas mis esperanzas las pongo en tu buen juicio. Y ahora perdona, me voy. Me parece que estoy un poco enfermo...

-Debe descansar, Nikolay Zajárovich.

-Es necesario... Comprueba la radioautomatización. Exactamente, según el horario, cada media hora debemos recibir las señales del "Jius". Y cada dos horas, tu informe personal. ¡Que no se retrasen ni un solo segundo!

-Entendido.

-Bien, adiós. Me voy.

Se levantó y con paso vacilante se dirigió a la salida. El suelo oscilaba a sus pies, se encabritaba. "Si al menos pudiera llegar..." -pensó y cayó de bruces, hacia el negro fondo de un precipicio...

Krayujin despertó en la templada cama de su habitación del hotel. Alumbraba el sol. La mesita de noche estaba cubierta de frascos y cajitas de plástico de diferentes colores. El doctor y Vera, los dos con bata blanca, estaban sentados al lado y le miraban.

-¿Hora? -preguntó moviendo la lengua con dificultad.

-Los doce y cinco -respondió apresuradamente Vera.

-¿Día?

-Veinte.

-El tercer... día...

Vera asintió con la cabeza. Él se alarmó, intentó levantarse.

-¿"Jius"?

-Todo va bien, Nikolay Zajárovich. -El doctor le sujetó suavemente de los hombros-: Estese quieto.

-Hace un momento que llamaron de la estación de radio -dijo Vera-, sin novedad.

-Bien -murmuró Krayujin-. Muy bien.

El doctor apoyó uno de los frascos a su antebrazo. Se oyó un silbido y el medicamento penetró bajo la piel. Krayujin cerró los ojos. Luego dijo claramente:

-Transmitan a Ermakov que no tenga en cuenta todo lo que le dije. Era pánico. Enfermedad...

-Delira -susurró Vera.

Él quiso decir que no era delirio, pero se durmió.

Se despertó por la noche y enseguida notó que estaba mejor. Vera lo alimentó con caldo y tostadas, y le dio de beber una caliente infusión de hierbas de la India.

-Conecten los radiogramas -exigió.

-Es necesario que descanse -objetó Vera.

-¡Y yo digo que conecten!

Illa, obediente, conectó el magnetofón. Escuchó distraído mirando el blanco y limpio techo, y pensando que el "Jius" seguramente había empezado ya el frenaje. Imperceptiblemente se durmió de nuevo.

Los días siguientes pasaron tranquilos. Krayujin se reponía rápidamente. El doctor permitió poner cerca de la cama el vistáfono, el televisor y dejar pasar a las visitas. Hasta últimas horas de la noche llegaban desde la estación de radio cintas con las señales del "Jius" y los informes de Ermakov. Entraban y salían ingenieros, maestros, jefes de servicios. Después de la cena Krayujin hojeaba los periódicos, conectó el programa de televisión estereoscópica desde Moscú, habló con Vera y Liajov y cansado, y debido a esto completamente tranquilizado se echó a dormir.

Por la mañana entró en la habitación Vera, pálida, despeinada, y con voz demasiado fuerte, al menos así a él le pareció, gritó:

-¡El "Jius" no da señales! Por la noche se calló... se calló... y... y... hace ya cinco horas que no dice nada...

Se puso las manos en el rostro y de pronto rompió a llorar desesperadamente.

ATAQUE CÓSMICO

"...O mentían los novelistas y reporteros, o es que nuestro vuelo no es típico. En él no hay nada de "interplanetario". Todo es prosaico y habitual. Y sin embargo... Pero este "sin embargo" tiene relación con los dominios de los sufrimientos y sentimientos. Si ponemos atención sólo en los hechos, resulta difícil hacerse a la idea de que te encuentras a bordo de una nave interplanetaria y que nuestra astronave se dirige hacia el Sol a enorme velocidad. Ahora, cuando estoy escribiendo estas líneas, Yurkovskiy y Daugé están en la sala de oficiales trabajando sobre un mapa de los hemisferios de Venus, así llaman ellos a dos círculos en una hoja de papel, en los cuales están marcados toda una cadena de circulitos rojos y azules además de unas pequeñas manchas rayadas con lápiz verde. Yurkovskiy explicó que los rojos son las cordilleras de montañas conocidas con certeza; los azules, las hipotéticas o vistas tan sólo dos o tres veces; y las manchas verdes indican los lugares donde fueron registradas potentes anomalías magnéticas. Y una gran mancha negra significa la Golconda. Esto es todo. ¡Un planeta enigmático en verdad! Sobre este mapa nuestros astrogeólogos se pasan las horas comprobando algo con sus anotaciones y blasfemando en voz baja, hasta que Ermakov viene de la sala de mandos a comer y los manda retirarse de la mesa. Krutikov está ahora de guardia, Spitzin en la habitación contigua lee enrollado como un gusano echado en la cama plegable. No se ha olvidado de abrocharse el cinturón de seguridad, por lo visto, es la costumbre. En lo que se refiere a Ermakov, se ha encerrado en su camarote hace ya dos horas y no sale. Pero bueno, sobre él ya hablaremos...

"...Así, que en los días que han pasado no ha sucedido nada. Los pilotos y las máquinas calculadoras electrónicas tuvieron que trabajar mucho antes de que fuera posible dirigir la astronave hacia el así llamado rumbo directo, hacia el punto de encuentro. Para esto Ermakov y Krutikov aún en la Tierra calcularon no sé qué "curva diabólica", una espiral tridimensional, siguiendo la cual la astronave apagaba la inercia del movimiento orbital y giratorio de la Tierra y salía en el plano de la órbita de Venus. Nosotros, Yurkovskiy, Daugé y yo, estábamos sentados en la sala de oficiales, atentos a los ligeros golpes. Pero los artefactos de amortiguamiento de las butacas eran magníficos, y mis sufrimientos no fueron más allá de una ligera sensación de náuseas. Luego yo preparé la comida. Tenemos suficientes reservas de comidas preparadas en termoconservas, pero también hay carne "fresca" en depósitos de plástico esterilizados con rayos gamma, y cantidades considerables de verduras y frutas. Yo decidí darme a conocer. Y todos me alabaron. Pero Yurkovskiy dijo: "Menos mal que cuando menos tenemos un buen cocinero" y yo me encolericé. Ermakov, sin embargo, contestó a Yurkovskiy:

"Por el contrario hacia vuestros guisos, Vladimir Sergeievich, sólo hay una manera de llegar, desde el lado que sopla el viento".

"¿Los ha probado?" -preguntó con curiosidad Daugé.

"Krayujin ya me avisó".

"En pocas palabras, tendré que hacer de cocinero hasta el final del vuelo. ¡Y con satisfacción! Pero el "gallito" sonríe de manera ultrajante. Pero es mejor no hacerle caso.

"Sin embargo todo esto son menudeces. Existen tres circunstancias inquietantes: primera, el encuentro con algún meteorito; segunda, la vista al espacio; y tercera -la más importante- la conversación con Ermakov. Lo relataré todo por orden.

"Nosotros no tuvimos tanta suerte como Liajov durante el vuelo de prueba. Muy pronto después del despegue el "Jius" se encontró con un meteorito. Claro, si no hubiese sido por Ermakov, nadie hubiera notado esto. Sucedió sencillamente que de pronto el suelo se hundió bajo nuestros pies y nuestros corazones dejaron de latir, al igual que al bajar en un rápido ascensor. El espacio alrededor del "Jius" es continuamente sondeado por un radar de onda ultracorta. Si se presenta algún meteorito a distancia peligrosa el ingenio cálculo-decisivo determina automáticamente por los impulsos reflejados su trayectoria y velocidad, confronta estos datos con la velocidad y dirección de la astronave y da las señales pertinentes a los mandos. De modo completamente automático la astronave aumenta o disminuye su velocidad y deja pasar el meteorito o lo adelanta. El encuentro con un meteorito no es un acontecimiento poco frecuente, y es muy peligroso además. El ingenio contra los meteoritos de que va provisto el "Jius" nos libra por ahora de ellos...

"...A pesar de la tranquilidad de mis camaradas y el ambiente normal en que todos trabajan, descansan, leen o discuten, yo siento una vaga inquietud. Me ha dicho Daugé que este estado no es raro en los novatos, que es la "reacción instintiva en el espacio", algo parecido al mareo en el mar cuando no se está acostumbrado. ¡No estoy de acuerdo! ¿Qué "reacción en el espacio" puede tener una persona que no ha visto este espacio? Pues en el "Jius" no hay portillas y el único aparato de observación se encuentra en la sala de mandos, donde está terminantemente prohibido entrar a los no pilotos. Pero mientras estaba pensando sobre este asunto, fue hecha una excepción para mí, y además en unas circunstancias que aumentaron mi inquietud. Sucedió así:

"Unas horas atrás, la estación de radio del Séptimo polígono estableció comunicación por televisión con nosotros. Krayujin llamó a Ermakov para conversar con él. De qué hablaron nadie lo sabía, ya que éste hizo salir inmediatamente de la sala a Spitzin que entonces se encontraba de guardia, cerrando la puerta tras él. La conversación no fue muy larga. Ermakov salió muy pronto y bajó silencioso a su camarote. Daugé y Yurkovskiy empezaron a hacer alegres conjeturas, pero Bogdán los hizo callar con brusquedad. Dos horas después llegó el turno de guardia de Ermakov. Al pasar hacia la sala de mandos me ordenó que me presentara a él. El asombro fue general, todos me miraron con extrañeza. Era lógico. Efectivamente, a todos les podía parecer que la conversación de Ermakov con Krayujin había girado sobre mi persona. Yo mismo lo pensé; lo confieso, me alarmó. En la sala de mandos hacía mucho calor, a través de la coraza de titanio se oía el ruido del fotorreactor. Ermakov sin mirarme a la cara preguntó si quería ver la Tierra.

"Creo que usted tenía esta ilusión, ¿no es así Alexey Petrovich?".

"De pronto mi corazón se estremeció de manera repugnante y mis labios se quedaron secos al instante. Sin añadir una sola palabra Ermakov me llevó hacia un aparato parecido a un gran refrigerador con dos oculares en su parte superior. Me propuso que mirara a través de ellos. Ante mis ojos se

abrió un redondo y negro abismo bordeado por débiles destellos color lila. En la insondable profundidad se veían miríadas de puntos brillantes y opacos; en el centro se veía precisa una cruz luminosa y a la derecha y más arriba de ella vi una bolita de un tono verdoso con una estrellita reluciente a su lado. Eran la Tierra y la Luna...

"Ahora tiene ante sí el hemisferio inferior de la esfera celeste -pronunció Ermakov-. La iluminación de los lados es el reflejo de las explosiones termonucleares en el foco del espejo de «reverbero absoluto»".

"Como era natural, enseguida me tranquilicé: era absurdo pensar que me iban a «desembarcar» de la nave y me llevarían de vuelta a la Tierra.

"Nada encontré de grandioso en el espectáculo que acababa de ver. Casi lo mismo se podía ver en el planetario de Ashjabad, y así se lo dije a Ermakov. Él asintió con un gesto afirmativo de la cabeza.

"Claro está, pues esto es sólo la imagen electrónica. Sirve para controlar la exactitud del cálculo del rumbo. La cruz luminosa del centro indica el punto de intersección del eje de nuestro movimiento con la esfera celeste.

"Yo pregunté a qué distancia de la Tierra se encontraba ahora el "Jius". "Cerca de treinta millones de kilómetros... ¿Quiere ver hacia delante?".

"Dio una vuelta al interruptor y en el campo visual se encendió un luminoso disco amarillo. La cruz lo cortaba por el centro y a su alrededor en el negro vacío parpadeaban las estrellas.

"El Sol -aclaró Ermakov-. Y a la derecha de él, ¿ve? es Venus. En el momento en que el "Jius" llegue a su órbita, ella también llegará al punto de encuentro.

"Desconectó el aparato y me propuso sentarme mientras daba un vistazo a los tableros de aparatos cubiertos por entero de infinidad de grandes y pequeñas esferas, lamparitas de diferentes colores y manecillas. Después de esto empezó la conversación. Procuraré transmitirla, palabra por palabra.

"El rostro de Ermakov era, como siempre, tranquilo, pero los oscuros círculos bajo los ojos y la sombría arruga en la frente indicaban que algo había sucedido de anormal.

"¿Dígame, Alexey Petrovich -empezó mirándome fijamente-, cómo ve usted su situación en la expedición?

"¿En qué sentido?" -me alarmé de nuevo.

"En el sentido de subordinación... dependencia, por ejemplo.

"Yo pensé y contesté que estaba acostumbrado en mi trabajo a cumplir las órdenes de aquel a quien me encuentro subordinado directamente.

"¿O sea?

"En el caso actual yo soy su subordinado, Anatoliy Borisovich.

"Él, después de un momento de silencio preguntó:

"¿Y si usted tiene dos órdenes que se contradicen?

"Cumplo la que se me haya dado en último lugar.

"Yo procuraba hablar con tranquilidad pero, a decir verdad, se me ponía la piel de gallina con esta conversación, y me puse a hacer las más torpes conjeturas y preparar un plan de acción en el caso de que Ermakov se propusiera elevar la bandera negra y empezara a piratear en la comunicaciones interplanetarias.

"Y continuaba indagando:

"O sea, que si mis órdenes son contrarias a las órdenes del presidente del Comité Estatal, ¿usted me obedecerá?

"Sí... -Aquí, parece que con cara de idiota, me lamí los labios y continué-: No nos encontramos en el ejército, pero a pesar de todo cumpliré cualquier

orden suya mientras ésta no sea contradictoria a los intereses de nuestro Estado... y partido, claro. Soy comunista.

"Él se echó a reír.

"No se imagine que soy un conspirador. Ni piense que dudo de su buena voluntad en cumplir mis órdenes. Sencillamente quería saber qué línea de conducta seguiría si las circunstancias nos obligasen a infringir las órdenes del comité. Estoy muy contento de haber hallado en usted a un hombre disciplinado y que conoce bien el servicio.

"Yo también estaba contento, palabra de honor, me hubiera bastado con saber comprender su mirada segura y dura como el acero.

"A pesar de todo me gustaría saber... -me arriesgue a preguntar.

"Le explicaré... Mejor dicho, le insinuaré, usted comprenderá. El caso es que casi todo depende no tanto del cumplimiento de las tareas de la expedición, sino del feliz retorno del "Jius". Y es posible que no tengamos derecho a correr grandes riesgos en la búsqueda e investigación de la Golconda, ni para el cumplimiento directo de la orden del comité.

"Me hizo un movimiento con la cabeza y me acompañó a la salida. Verdaderamente había en qué pensar. ¡Oído atento, Alexey Bikov! No comprendía nada. Sin embargo, Krayujin y Ermakov no son hombres que se arredren por cualquier cosa... les es necesaria mucha valentía para la retirada... ¿Qué sucederá?

Poniendo punto final y guardando el cuaderno en su bolsa de campaña, Bikov se dirigió a la sala de oficiales. Allí estaban ya Yurkovskiy, Daugé y Spitzin. Daugé recorría con el dedo el mapa de Venus y Yurkovskiy sostenía con Spitzin una encarnizada polémica, cuyo sentido Bikov tardó en comprender. Le pareció que e! diálogo era sobre materias inaccesibles a su entendimiento, ya que operaban con formulaciones del arsenal de cálculo de tensores, y así se arremetían uno a otro con citas de clásicos, lo que, a pesar de todo, no daba gran claridad a la discusión. Pero algunas observaciones eran de gran interés, extraordinarias. Así, después de varios minutos, Bikov estaba ya sentado en la butaca cerca del armario para los libros y escuchaba con avidez, olvidándose casi por completo de sus inquietudes.

-Tú con esta concepción caerás inevitablemente en el pantano del neutonianismo, amigo -dijo Yurkovskiy-. Ya que esto es igual que afirmar que el espacio es absoluto. ¡Qué es lo que te enseñaron!

-Las conclusiones de Lorentz...

-¡Y tantas pruebas, tantas pruebas! ¡Y tú tienes valor para rechazar esto! ¡Y cuándo! Casi cien años después de la creación de la teoría de la relatividad...

-Las conclusiones de Lorentz no voy a discutirlas -dijo Bogdán-. Y no te imagines ser el único continuador y conservador de las ideas del viejo Einstein. Yo quiero decir que...

-¡Escuchemos, escuchemos!

-Pues esto: que con el estado actual de la técnica nosotros estamos aún muy lejos de chocar prácticamente con las consecuencias de la teoría de la relatividad... en nuestro trabajo, claro está.

-¡Ah, así estamos!

-Sí.

-¿Lejos?

-Lejos. El espacio para el cosmonauta es espacio. Un vacío homogéneo.

-Si no se cuentan los meteoritos -añadió Daugé sin levantar la cabeza.

-¡Sí, vacío! Yo he volado ya durante diez años y ni una sola vez me fue necesario hacer correcciones en mis cálculos por la teoría de la relatividad.

Se callaron mirándose uno a otro como gallitos antes de la lucha.

-Y dime, por favor -preguntó insinuante Yurkovskiy-, ¿has oído algo del informe de la expedición a Veiyan?

-¿Dónde?

-A Veiyan... ¿No has oído nada? ¿Por primera vez oyes este nombre? ¡Me das lástima, Bogdán!

-¿Y qué es esto en realidad? -preguntó Daugé.

-Veiyan es un minúsculo planeta, cuya órbita se encuentra dentro de la de Mercurio. La distancia media del Sol es aproximadamente de diez millones de kilómetros. Fue descubierto hace tres años por los camaradas chinos y lo llamaron Veiyan, que quiere decir "Guardia del Sol" o algo por el estilo. Debido a su proximidad con el Sol se está evaporando con gran rapidez, y todo hace pensar que dentro de cien años desaparecerá por completo... ¿Así que verdaderamente no has oído nada sobre él? -de nuevo se dirigió Yurkovskiy a Spitzin. Este movió la cabeza en sentido negativo.

-Entonces escucha lo que nos contó el año pasado Fedya. ¡Y te avergonzarás, prepárate! Porque Fedya, que tomó parte en esta expedición, dijo: "A aquella distancia del Sol no se podían despreciar toda clase de dificultades aún desconocidas que podía provocar su potente campo de atracción". Y las dificultades existieron, y tales que casi le costaron la vida a la expedición. Así fue...

-Bien, cuenta.

-Escucha. Lu Shi-er no pudo llegar cerca de este planeta, pero la órbita la calculó bastante exacta. Y he aquí la primera sorpresa: los nuestros descubrieron el planeta en un lugar completamente diferente del que le pertenecía, según los cálculos de Lu Shi-er.

-Lu se equivocó -murmuró Bogdán.

-Supongámoslo. Para no asarse, el comandante giró la nave. Al empezar todo iba bien. Hallaron el planeta y quisieron ponerse a su sombra. Este es muy pequeño, un bloque en forma de huevo de hierro cristalizado de algunas decenas de kilómetros en su diámetro. Gira muy rápido y no tiene tiempo de enfriarse, pero los nuestros tenían la esperanza de poder hacer observaciones cubriéndose del Sol tras él. ¡Pero qué va!... -Yurkovskiy hizo una pausa de efecto y miró triunfalmente a Spitzin-. Cuanto más se acercaba la astronave al Sol, tanto más fuertes se notaban los efectos de nuevos y extraños fenómenos. El Sol cambiaba de color, se oscurecía y se tornaba rojo, su tamaño visible aumentaba mucho más rápido de lo que debía según las leyes de la perspectiva. Finalmente... -nueva mirada triunfal a Spitzin-. ¡El Sol empezó a calentar e iluminar simultáneamente por los dos lados! No había sombra. Fedya dijo que era espantoso. La astronave casi tocaba la recalentada superficie de Veiyan. ¡Pero no había sombra! El Sol, enorme, esparciendo su insoportable calor, parecía que rodeaba la nave por todos lados. Allí donde él no debía estar, en el lado contrario también iluminaba y calentaba como una mancha purpúrea que tapaba todo el cielo...

-Espejismo -conjeturó indeciso Spitzin.

-¡Espejismo en el vacío! ¡Un espejismo que quema y emana torrentes de protones! Bien, supongamos que es así. ¿Y el que todos los aparatos giroscópicos de la astronave se estropearan, es también espejismo? ¿Y el que todos los cronómetros, incluidos los relojes de pulsera, se retrasan

exactamente veintitrés minutos cada uno, como se pudo comprobar a la vuelta, también fue espejismo?

Bogdán callaba.

-¿Y qué explicación tiene todo esto? -preguntó Bikov, sin poderse aguantar.

-Sin duda es debido a que el campo de atracción a tan poca distancia del Sol deformó, alteró, los "absolutos" del espacio y del tiempo. Te queda sólo un consuelo -Yurkovskiy tendió teatralmente la mano a Bogdán-. Todos estos fenómenos no pueden ser explicados ni con la teoría einsteiniana. El hecho es indudable: el espacio no es "sencillamente el espacio" sobre el cual tú tan frívolamente divagabas ante nosotros media hora atrás. Y la prueba está en los cabellos blancos de Feyda, el cual pudo apartar la nave de Veiyan sólo después del quinto o sexto intento.

Yurkovskiy se calló y se puso a pasear, silbando, por la sala de oficiales. Bikov pensaba intensamente qué podían significar las palabras "la atracción alteró el tiempo y el espacio". Pero en el momento que intentaba hacer una pregunta, Daugé, que hacía ya cosa de un minuto que miraba irónicamente a Yurkovskiy, puso fin a la discusión:

-¡Vladimir, basta de divagaciones! Arregla la mesa y llama a Anatoliy Borisovich.

Después de cenar se quedaron todos de sobremesa menos Krutikov que estaba de guardia. Ermakov, un poco soñoliento, pero como siempre, bien peinado y ordenado, tenía delante una pequeña tacita de fina porcelana y con placer degustaba el caliente café. Bogdán y Yurkovskiy, como siempre, reían uno con otro recordando algunos graciosos incidentes de su vida estudiantil. Daugé, serio y concentrado, componía no sé que fantástica bebida con a! menos una docena de diversos zumos de frutas. Una luz suave iluminaba la sala. Todo era estable, acogedor, tranquilo y Bikov por centésima vez pensaba que no "pegaba" aquel ambiente con la idea del cajón metálico que con velocidad fabulosa se tragaba millones de kilómetros del negro vacío.

-¿Qué estás pensando, Alexey? -preguntó Daugé. Bikov sonrió:

-¡Nada... divagaciones...! Estamos aquí sentados saboreando el té... Yo me había figurado algo completamente distinto.

-¿Pero cómo podías habértelo figurado? -dijo Daugé asombrado con cara cómica-. ¿Ah, por los libros? ¿Por los relatos en los periódicos?

-Aunque fuera así... -Yurkovskiy sentenció enfático:

-Los heroicos astronautas superan intrépidamente todas las dificultades del peligroso vuelo, avanzando con valentía al encuentro de los peligros...

-Sí... algo parecido. Y además esperaba la imponderabilidad y toda clase de nuevas impresiones.

-Pero hombre...

-No, no, ya sé que en una nave que se mueve con aceleración continua no puede haber imponderabilidad, pero a pesar de todo, fue una desilusión.

Bogdán y Daugé explotaron en carcajadas.

-Créame, Alexey Petrovich -dijo Yurkovskiy seriamente-, sin ingravidez es mucho más cómodo. Usted ha tenido suerte. Recuerdo hace unos seis años cuando efectuamos un vuelo a la Luna. Con nosotros venía -también en su primer vuelo- un cierto especialista. Pero no era en desiertos, sino en selenografía. Había escrito mucho sobre la Luna, la había estudiado, había

discutido sobre la Luna, pero aún no había estado en ella. Tenía miedo de volar. Bueno... así está organizada nuestra vida...

-¿Hablas de Gluzkin? -preguntó Daugé.

-Del mismo -sonrió Yurkovskiy-. Pues bien, despegamos. Desconectamos el reactor, libramos a los pasajeros de los cajones amortiguadores. Todo era para ellos interesantísimo, la ingravidez, comprende usted, las nuevas impresiones y demás. Este Gluzkin también estaba alegre, aunque un poco pálido. Pasadas dos horas se acercó a mí y preguntó: "¿Dónde está aquí el lavabo, camarada?" Y yo, comprenden, me olvidé de que era novato. "Vaya -le dije-, por el corredor, la última puerta a la derecha". Y no le di más explicaciones. El pobre se fue como pudo.

Ahora todos se sonríen: Daugé, Spitzin, e incluso Ermakov. Bikov escuchaba frunciendo las cejas.

-Bueno, se encerró allí, como es costumbre -continuó Yurkovskiy-. Pasan cinco, diez minutos, un cuarto de hora, ¡no vuelve! Luego se presenta... todo mojado de pies a cabeza. Blasfema, alrededor de él vuelan toda una nube de burbujas de agua... Nos escondimos donde pudimos. Conectamos a plena potencia los aspiradores y a duras penas pudimos limpiar el corredor. El selenógrafo blasfemaba. ¡No había manera de tranquilizarlo! Hasta ahora enrojezco cuando lo recuerdo. Y había mujeres con nosotros. ¡Ya ve lo que puede ocasionar la ingravidez, Alexey Petrovich! -terminó Yurkovskiy.

-Sí, en general la ingravidez no es un gran placer que digamos -confirmó Daugé, cuando acabaron de reír-. Hasta que se aprende cómo se debe actuar, el martirio es considerable...

-Recuerdo -dijo Spifzin-, cómo un camarada...

-Esperen un momento -interrumpió Ermakov.

Un débil sonido casi imperceptible se oía desde arriba, disminuyendo o aumentando de manera oscilante, como e! zumbido de un mosquito en una tienda de campaña. Y Bikov vio que desaparecía poco a poco el color del rostro estupefacto de Ermakov, la palidez azulada de Daugé, los ojos estupefactos de Spitzin y los bultos que aparecieron en los pómulos de Yurkovskiy. Todos miraban a algún lugar por encima de sus cabezas. Él se volvió. Bajo el mismo techo, en los pliegues de la piel del tapizado acolchado, se encendía en pulsaciones un fueguecito rojizo. Alguien blasfemó y se levantó bruscamente. Con un golpe seco cayó un vaso, por el mantel se extendió una mancha roja. Y en aquel mismo instante un sonido ensordecedor llenó la sala de oficiales. El techo, las caras, las manos, el blanco mantel, todo se iluminó con un siniestro resplandor carmesí.

-¡Irradiaciones! -bramó un su mismo oído una voz desconocida.

Bikov miraba como encantado la roja lamparita indicadora que se encendía convulsivamente, semejante a un dedo rojo que sobresalía de la pared. "¡Dsing, dssing, dsssing!" sonaba el timbre de señales. La puerta se abrió, en el umbral apareció Krutikov.

-¡Irradiaciones! -gritó.

Su rostro demacrado estaba cubierto de sudor. Ermakov pronunció tranquilo, sin casi abrir sus blancos labios:

-Vemos y oímos.

-¿Por qué, de dónde? -farfulló Bogdán. Yurkovskiy se encogió de hombros:

-¡Inútil pregunta!

-¡No es inútil, no es inútil! -dijo rápido Daugé con voz ahogada-. Quizá aún sea posible protegernos.

-¿Los trajes especiales?

-¡Y por qué no los trajes especiales!

-Tontería -dijo Bogdán con convencimiento-. Ha traspasado la cubierta y la capa protectora... "Dsing, dssing, dsssing...".

-No hay manera de protegerse -murmuró Krutikov.

Daugé sonrió con una mueca.

-Bueno -dijo-. Qué le vamos a hacer, esperaremos.

Krutikov, con una especie de afectada ceremoniosidad, levantó el vaso caído y se sentó entre Ermakov y Bikov.

-Unos cien röentgen, no menos -indicó Yurkovskiy.

-Más -respondió Bogdán.

-Ciento cincuenta. ¿Quién da más? -Daugé cogió de la mesa una cucharilla y se puso a torcerla con sus dedos temblorosos-. ¡Palabra de honor, siento cómo penetran en mí los protones!

-¿Es interesante, va a durar mucho esto? -murmuró Yurkovskiy mirando la lámpara indicadora.

-Sí dura más de cinco minutos estamos listos...

-Han pasado dos minutos -observó Ermakov.

Krutikov se arregló el cuello del mono de trabajo, cerró la cremallera del pecho y puso la mano en el bolsillo para sacar la pipa.

"Dsing, dssing, dsssing...".

-Estaban bajo la lluvia mortal y escuchaban su encantadora música -dijo Yurkovskiy-. Oigan. ¿No se podría desconectar este terrible timbre? No estoy acostumbrado a morir en estas condiciones.

"Dsing, dssing, dsssing...".

Daugé por fin rompió la cucharilla y la tiró con rabia sobre la mesa. Todos se quedaron mirándole.

-La primera víctima del ataque de rayos -dijo Yurkovskiy-. loannovich, sé bueno, ponte las manos en los bolsillos...

Bikov se enfurruñó. ¿Cinco minutos y el fin? Y lo peor es que nada se podía hacer, nada...

Y de pronto el sonido cesó. La roja lamparita del indicador se apagó. Silencio. Estuvieron un rato sin que nadie dijera nada, sin moverse, demasiado aturdidos para alegrarse. Al fin Ermakov pronunció dirigiéndose a Yurkovskiy:

-De todas maneras es usted un pedante, Vladimir Sergeievich. Un posturitas...

Daugé empezó a reír nerviosamente. A Krutikov le vino hipo, y él, con la cara contraída se estiró para alcanzar el sifón.

-¡Soy culpable, Anatoliy Borisovich! Me arrepiento -dijo Yurkovskiy-. En mi juventud brillé en los clubs de aficionados... -Se estiró, hizo crujir sus dedos-. Esperemos que todo pase sin consecuencias. Sin contar éstos ya tengo un montón de röentgen.

Bikov atontado daba vueltas con la cabeza.

-¿Es verdad que sólo pasaron dos minutos? -preguntó.

-Bien, camaradas -dijo con voz opaca Ermakov, levantándose-. Consideremos que el incidente se ha solventado. ¡Ahora a controlar inmediatamente la defensa interior!

-¡Y tenía que suceder! Pero si esto ocurre tan sólo una vez cada diez años! -Exclamó Krutikov con voz de bajo-. A propósito, ¿cuál ha sido la causa, según usted?

-Está claro como la luz del día: rayos cósmicos -respondió Yurkovskiy.

-Muy bien, si es así. Yo tonto de mí, había pensado que se había agrietado la coraza del fotorreactor.

Bogdán consultó su reloj:

-Ya es mi guardia, Anatoliy Borisovich. Y es tiempo de transmitir las señales a la Tierra. ¿Vamos a comunicarles el incidente?

-¡No! -cortó secamente Ermakov-. No es necesario inquietar en balde a la gente. Transmita como de costumbre "todo va bien". Y además: ahora pido a todos que vayan pasando uno a uno por la enfermería para inyectarles y desactivarles. Daugé el primero. Luego a controlar las defensas.

-¡Pero mientras tanto podríamos tomar una taza de café! -exclamó Krutikov alegremente-. E-e, si está completamente frío. Alexey, sé bueno, conecta...

-Y a pesar de todo, los heroicos astronautas deben superar intrépidamente las dificultades -dijo Bikov mirando a Yurkovskiy.

Éste sonrió con despreocupación:

-No son dificultades, querido Alexey Petrovich, sino nada más que terror a la muerte. Las dificultades vendrán más adelante. Esto se lo garantizo, como dijo Krayujin.

SEÑAL DE SOCORRO

El enigma del ataque cósmico fue aclarado después de unas horas. En contestación a la información pedida de manera velada por Ermakov, fue recibido un extracto del parte del observatorio actinográfico de Crimea, y por este extracto se deducía que precisamente durante aquellos minutos, mientras la tripulación del "Jius" se preparaba para la muerte por irradiación, en el Sol se había observado una potente erupción de gases caldeados, un fenómeno que no es completamente raro y estudiado en infinidad de casos. Un denso chorro de núcleos de átomos de hidrógeno -protones- se había precipitado al espacio con enorme velocidad y había "envuelto" a la astronave que se encontraba en su camino.

Tan sólo una parte de los protones había traspasado la coraza de aleación de titanio reforzada con una película de "reverbero absoluto", pero ellos formaron en su espesor infinidad de focos de gran fortaleza de irradiaciones gamma, para las que no existe prácticamente ningún obstáculo. Las radiaciones gamma fueron las que actuaron sobre los indicadores y toda la red de señalización, y por poco no eliminaron a la expedición en sus comienzos.

Esto era mucho más peligroso que el encuentro con un meteorito. De prolongarse el bombardeo de protones unos quince minutos, en el "Jius" no hubiera quedado ni un hombre vivo. Incluso la irradiación menos prolongada de rayos gamma de tal intensidad podía traer a la tripulación muchos y serios trastornos: algunos de los viejos cosmonautas que habían estado expuestos en tiempos pasados a irradiaciones habían enfermado. Por suerte Ermakov disponía de novísimos preparados ofrecidos al comité por uno de los institutos biofísicos científico-experimentales. Estos preparados eran introducidos en el organismo y liquidaban totalmente, o casi por completo, las consecuencias no demasiado graves de las lesiones ocasionadas por la radiactividad.

-Algo oí sobre estas historias -indicó Bogdán cuando Ermakov acabó de leer el radiograma-. Parece que así murió hace unos quince años un

cosmonauta alemán. Pero, si estas explosiones en el Sol no son raras, ¿por qué nos encontramos tan pocas veces con estos chorros de protones?

-Muy sencillo -contestó Yurkovskiy-. Yo diría que es bastante extraño el hecho de que en general topemos con ellos. Estos chorros de protones se propagan en haces bastante estrechos y las posibilidades de chocar con ellos son ínfimas.

-Sencillamente, que tuvimos suerte -suspiró Daugé-. Asquerosa situación ésta, cuando te matan así, sin cumplidos, y tú nada puedes hacer. Y además... yo en general no aguanto los pinchazos y con estos además me duele mucho la cintura.

-¿Incluso los trajes especiales no podían haber ayudado? -se interesó Bikov.

-¡Que trajes especiales ni nada!... -Daugé agitó el brazo-. De esto, Alexey, ningún traje te salva. ¡Una energía de miles de millones de electronvoltios! Pero por suerte nuestra, todo ha pasado...

-No todo, por ahora -dijo Ermakov.

-¿Qué quiere decir con esto?

-En la sala de mandos siguen centelleando los indicadores.

Yurkovskiy se volvió rápidamente hacia él:

-¿Centellean?

Ermakov asintió con la cabeza.

-Continúan parpadeando, que el diablo los lleve -asintió Bogdán.

-¿Muy fuerte?

-No, así como una centésima de röentgen. Pero a pesar de ello siguen luciendo...

-O sea que la erupción aún no ha cesado... Y nosotros volamos precisamente cerca del eje del foco de protones... -Daugé, preocupado, se quedó pensativo.

-¡No puede ser! -exclamó Yurkovskiy-. El Sol gira, y el lugar de la erupción hace mucho que se ha movido hacia un lado. No, aquí hay algo más...

-Radiación aportada -dijo Ermakov.

-¡Claro! -exclamó con alegría Daugé-. Esto es lo que había que esperar. Bajo la acción del bombardeo de protones, parte de los átomos en el espesor de las paredes del "Jius" se han vuelto radiactivos, eso es todo...

-¡Pues no es nada!

-El trabajo que nos va a dar...

-No creo -replicó Spitzin-. Ya que la radiación no es muy fuerte, no sobrepasa la dosis tolerable.

-Menos mal que arriba nos ha cubierto el "Chico" -se atrevió a decir Bikov.

-Sí, el "Chico"... -Ermakov se quedó pensativo-. Pero el "Chico" puede estar contagiado. Esto sería desagradable.

-Salgamos a controlarlo -propuso Yurkovskiy.

-Sólo después de girar con el espejo hacia el Sol. Aproximadamente dentro de un día.

-Quién podía haberlo pensado -pronunció Daugé, que por lo visto estaba aún bajo los efectos de lo acontecido-, ¡si esta porquería hubiera durado unos minutos más, todo habría terminado! ¡El "Jius" con la tripulación muerta!

-Y dentro de cincuenta horas nos hubiéramos empotrado en el Sol... como una candente nube.

-Una astronave muerta con su tripulación muerta... -Bogdán miró a Ermakov-. ¿Ya ha sucedido así, no es verdad Anatoliy Borisovich.

-Los cosmonautas del "Holandeses Voladores..."

-¿Qué es lo que les sucedió? -preguntó Bikov con curiosidad.

-Las causas pueden ser diversas... Enfermedades traídas de otros planetas, explosiones como ésta en el Sol... Es prácticamente imposible saberlo exactamente.

Con esto se terminó la conversación.

La vida en la astronave seguía su curso. Ermakov hacía observaciones sobre el trabajo de la técnica fotónica y estudiaba conjuntamente con el observador un problema de neocosmonavegación; los geólogos revisaban por centésima vez el programa de trabajos de investigación en la Golconda; Bikov leía libros de astronomía; Bogdán Spitzin ocupaba todo su tiempo libre con los aparatos de radio.

En una ocasión Bogdán llamó a todos a la sala de mandos.

-¡Escuchen! -dijo sonriendo satisfecho-. Habla Marte, desde la Bahía arenosa. Esto es para nosotros.

"...Muy pronto -se oía una alegre voz de mujer- en el valle cerrado de las frías borrascas por los contrafuertes de la Cordillera Central hemos descubierto lagos poco profundos y espaciosos prados, como en los cuentos. ¡Ay, camaradas, si ustedes pudieran ver cuánta belleza! Si nos elevamos hasta la cumbre de la colina vemos la superficie lisa del lago inmóvil como un espejo, la extraordinaria alfombra de altas hierbas anaranjadas y enormes flores de color verde-vivo, y sobre todo esto el cielo violeta oscuro. Dan ganas de quitarse la escafandra..."

Bikov vio como en los rostros de sus camaradas el entusiasmo y la alegría luchaban contra la incredulidad. Los labios se abrían con una sonrisa feliz, los ojos se iluminaban con suaves fueguecillos.

-¡Esto es Marte! -susurró Daugé-. ¡Quién lo creería, Marte, el planeta muerto!

"...Hemos bautizado este valle con el nombre de "Valle del Jius", en vuestro honor. No podemos traerles agua de sus lagos, flores de sus campos, no podemos aun sintiéndolo mucho, ni mostrárselas. ¡Pero al menos que lleve el nombre de vuestra nave, audaces amigos nuestros! Bien... Un minuto... Tenemos que terminar. Hasta la vista, deseamos a todos suerte, a ti, Anatoliy Ermakov, a ti, Vladimir Yurkovskiy, a ti, Mijail Krutikov, a ti, Bogdán Spitzin; a ti, Grigoriy Daugé y a ti Alexey Bikov..."

Este día durante la comida, Yurkovskiy, Daugé y Spitzin hablaron mucho, interrumpiéndose uno a otro, de sus correrías en el planeta Marte.

Pasaron las cincuenta y cinco horas de vuelo y Ermakov anunció que había llegado la hora de volver el "Jius" con el espejo hacia el Sol y empezar el frenaje. La velocidad de la astronave en este momento llegaba a mil dos cientos kilómetros por segundo. Durante las siguientes cuarenta horas el "Jius" debía volar con aceleración negativa en relación al Sol, para llegar al punto de encuentro con Venus a la velocidad cero.

Todo esto lo explicaba Daugé a Bikov deprisa, mientras preparaban la sala de oficiales para dar la vuelta: cerraban bien el armario de los libros y el bufete, quitaban todo lo que podía caer o moverse de sitio. Luego a la orden recibida desde la sala de mandos se sentaron todos en sus sillones y se abrocharon las correas.

Bikov esperaba sensaciones parecidas a aquellas que tuvo que experimentar durante el recorrido de prueba del "Chico", pero todo sucedió

mucho más fácil. Gracias a la extraordinaria habilidad de Spitzin la astronave giró suave y rápidamente. Los segundos que estuvieron ingrávidos pasaron casi imperceptibles. Los que estaban sentados en la sala de oficiales sólo notaron que el suelo bajo ellos se iba hacia un lado, un instante se quedó en posición vertical y de nuevo, suavemente, se colocaba en su sitio.

El "Jius" volaba hacia el Sol con los aros reactores por delante, el reactor fotónico actuaba como antes, dándole una continua aceleración de 10 metros por segundo en un segundo, pero ahora la velocidad de la astronave en relación con el Sol disminuía continuamente. Después de comer Bikov recordó a Ermakov de la necesidad de controlar la radiactividad en el "Chico".

-Además -añadió-, a pesar de que no podemos dudar de la solidez de las fijaciones del conteiner al cuerpo del "Jius", no estará de más dar un vistazo, no sea que algo se haya aflojado durante el giro. Hay que ir a comprobarlo.

-¿Ir a comprobarlo? -Ermakov entornó los ojos-. No creo que sea tan fácil...

-Pero si nosotros... yo he salido muchas veces al exterior durante otros vuelos -interrumpió Yurkovskiy.

-Durante otros vuelos, quizás. Pero ahora se trata de salir de la astronave que vuela con velocidad acelerada.

-Mm... -Yuskovskiy se mordió los labios, reflexionando.

-¿Considera lo que sucedería con usted si se cayera? -continuó Ermakov.

-El "Jius" se alejará y tú caerás casi directamente en el foco donde explota el plasma -dijo Daugé. Bikov dio un paso adelante con decisión.

-Anatoliy Borisovich, déjeme a mí -exclamó-. El "Chico" es de mi incumbencia y respondo de él.

-Artículo dieciocho de las "Instrucciones del piloto interplanetario: "Se prohíbe dejar salir fuera de la nave a los viajeros durante el vuelo" -pronunció rápidamente Yurkovskiy.

-Eso es. Así es la ley -asintió Daugé.

-¡Yo no soy un pasajero! -objetó Bikov mirándole indignado.

-Un minuto -dijo Ermakov-. Alexey Petrovich, efectivamente no puedo dejarle salir fuera. No tiene práctica y tampoco experiencia... Y además, incluso si la tuviera no le dejaría: en caso de accidente nadie podría sustituirle en el "Chico".

-Y en el peligro de perder un cocinero así... -suspiró Yurkovskiy cínicamente.

Bikov le miró fríamente pero no contestó y de nuevo se dirigió Ermakov:

-El fotorreactor puede desconectarse, así que no habrá ningún peligro -continuó éste. (La cara de Yurkovskiy se alargó)-. Y en lo que se refiere a la responsabilidad aquí en la nave, de todo, de la tripulación y de la carga, respondo yo. Así que la razón no es ésta. Spitzin está de guardia ahora. Krutikov tiene que descansar. Además, a éste es dudoso que valga la pena enviarle. Es demasiado... pesado para una cosa así.

-¿Entonces yo? -dijo Yurkovskiy con una sonrisa.

-Vladimir Sergeievich efectivamente ha pasado por una escuela especial y ha practicado durante los vuelos -concluyó Ermakov-. Así que yo o Yurkovskiy...

-Artículo dieciséis -al instante dijo Daugé-: "Al comandante de la nave se le prohíbe salir al exterior durante el vuelo".

-¡Esta es la suya -exclamó riendo Yurkovskiy. Bikov bajó la cabeza, sombrío y se fue a un lado.

-¡No te disgustes, Alexey! -Daugé le golpeó en el hombro-. Debes saber que en esto no hace falta ser valiente, sino tener habilidad.

-No es tan difícil la cosa.

-Muy bien. ¿Pero tienes idea de lo que es la vacuo-escafandra?

-¿Qué?

-La vacuo-escafandra. Un traje para el trabajo en el espacio sin aire.

-¿Pero es que no se puede ir con el traje especial?

-¡Que va, Alexey! En él te ibas a hinchar como un globo, no podrías mover ni brazos ni pies. ¿No viste el traje especial hinchado en el gabinete de Krayujin?

Bikov suspiró.

-Por lo visto no tengo suerte... Tanto que me hubiera gustado ver a este vuestro "espacio" al natural.

-¡No sea impaciente, Alexey Petrovich! -Ermakov inesperadamente le miró con simpatía-. El espacio al natural aún tendrá tiempo de verlo.

Volvió Yurkovskiy encogido por el peso de dos voluminosos paquetes.

-¿Quizás no sea necesario desconectar el fotorreactor? -preguntó, mientras desempaquetaba un cilindro transparente, dos balones juntos y otros utensilios.

-Tenemos que pararlo obligatoriamente. A propósito, Alexey Petrovich, ahora va a trabar conocimiento con el mundo sin peso. Le recomiendo que no deje esta sala y no haga movimientos bruscos.

-No comprendo...

-En cuanto desconecten el fotorreactor desaparecerá la aceleración, la astronave irá con movimiento uniforme, y ya que no habrá aceleración, no habrá tampoco gravedad.

-¡Vaya, entonces es esto! -la cara de Bikov se iluminó y se frotó las manos-. Muy interesante... Si no, sabe, era una lástima: haber estado en un vuelo interplanetario y no experimentarlo...

-¡Preparado! -avisó Yurkovskiy.

Estaba en la entrada cubierto desde los pies hasta el cuello con una extraña coraza formada por aros metálicos flexibles y parecía un monstruo artrópodo con cabeza humana. Sostenía bajo el brazo un cilíndrico casco-escafandra transparente. Bikov había visto escafandras interplanetarias en fotografías y en el cine, pero no pudo menos de curiosear dando vueltas en torno a Yurkovskiy.

-Vamos -ordenó breve Ermakov.

Bikov se sentó en el sillón y en silencio siguió con la vista a sus camaradas.

El ruido de pasos en el corredor cesó, se oyó el débil sonido de una puerta que se cerraba. Daugé gritó: "¿Dónde hay que atar el cable, Anatoliy Borisovich?". Luego se hizo el silencio.

-¡Atención! -se oyó en el altavoz la voz de Spitzin.

En un minuto Bikov sintió que lo elevaban suavemente al aire. Se agarró convulsivamente de los brazos del sillón. Algo silbó, por la astronave pasó un viento fresco. Bikov suspiró ruidosamente. Parecía que no había pasado nada alarmante. Entonces abrió las manos con cuidado y se elevó.

Cuando un cuarto de hora más tarde Daugé, Krutikov y Yurkovskiy cubierto de blanca escarcha volvieron a la sala de oficiales sujetándose de unas manecillas especiales en las paredes, Bikov, rojo, sudado y agitado flotaba en el aire con la cabeza hacia abajo encima del sillón e inútilmente intentaba llegar a él con la punta de los dedos.

Al ver esto Yurkovskiy dio un salto, se dio un golpe con la cabeza al techo y de nuevo salió volando hacia el corredor. Daugé y Krutikov se morían de risa y llegaron hasta el sonriente conductor del "Chico" y volvieron a ponerlo en posición normal.

-¿Cómo... te ha gustado... el mundo sin gravedad? -preguntó Daugé llorando de risa-. ¿Lo experi... mentaste?

-Sí, lo experimenté -respondió dócilmente Bikov.

-¡Atención! -rugió el altavoz.

Cuando de nuevo fue conectado el fotorreactor y todo quedó en orden, Yurkovskiy relató el resultado de su salida al espacio. El conteiner con el "Chico" despide irradiaciones pero no muy fuertes, casi insignificantes. La fijación no ha sufrido daño alguno, al menos exteriormente, lo que al fin y al cabo era lo más importante.

-La hoz de Venus se ve a simple vista. ¡Alrededor del Sol se ve una corona como una nube de perlas! Bien, díganme, ¿por qué no soy un poeta? - Yurkovskiy tomó la pose y empezó-: "El abismo negro...".

-El abismo ardiente -añadió serio Bogdán Spitzin, que estaba de guardia y había entrado un momento a tomarse un sorbo de café.

Yurkovskiy le miró con expresión indiferente y empezó de nuevo:

"El abismo negro abrió sus alas,
Las estrellas: gotas de brillantes lágrimas...".

-...E-e-e ¿Qué más puede seguir?

-Devolvió -propuso Daugé.

-Cállate despreciable...

-Bueno, pues envolvió...

-Espera... un momento... Abismos negros, abismos extraños, Estrellas: gotas de brillantes lágrimas... Donde las extensiones son vacíos helados...

-Y donde humean las locomotoras -terminó Bogdán.

Y nadie dijo nada sobre la desgraciada aventura de Bikov en el mundo de la ingravidez. En la astronave reinaba de nuevo la tranquilidad, el silencio y la vida ordinaria casi como en la Tierra.

Bikov y Daugé estaban en la sala de oficiales jugando al ajedrez cuando entró Krutikov preocupado.

-¿Han oído las novedades, muchachos? -Bikov le miró interrogante y Daugé, mordiéndose las uñas, preguntó distraído:

-¿Qué es lo que ha sucedido?

-No hay comunicación.

-¿Con quién?

-Con nadie. Ni con la Tierra ni con el "Tziolkovskiy".

-¿Por qué?

Krutikov se encogió de hombros, alargó el brazo hasta el bufete y tomó una galleta.

-¿Y hace mucho que no hay comunicación?

-Más de una hora -Krutikov con un crujido mordió la galleta-. Ermakov y Bogdán han probado todo. Han buscado en todas las ondas. Todo vacío. Y lo que es más extraño, generalmente siempre se tropieza con alguna conversación. Y ahora en todo el diapasón hay un silencio de muerte, como en el fondo del mar. Ni un solo sonido, ni una descarga.

-¿Puede ser que los aparatos se hayan estropeado? -conjeturó Daugé.

-¿Los tres completos a un tiempo? No lo creo.

-¿O las antenas no estarán en buen estado?

El observador volvió a encogerse de hombros. Daugé murmuró: "Otra vez tenemos dificultades", y dio un manotazo a las figuras.

-¿Dónde está Yurkovskiy?

-En su camarote seguramente...

Bikov tocó a Mijail Antonovich de la manga:

-¿Puede ser que se haya estropeado sólo la recepción y ellos nos oigan?

-Todo puede ser. Pero en general es muy raro. De pronto sin más ni más fallan todos los aparatos de radio a un tiempo. Esto no había sucedido nunca. Aunque en verdad, Liajov ya lo advirtió... Pero... esto, comprendes, es alarmante... incómodo se podría decir...

Bikov miró con simpatía su cara redonda, bondadosa, con pequeños ojos tristes.

-Sí... comprendo, Mijail Antonovich.

Verdaderamente, la situación se hizo incómoda. Un vago presentimiento aciago se apoderó de Bikov. Porque cualquier contrariedad, incluso mínima en la nave interplanetaria representaba para él una gran desgracia. Pero también Krutikov experimentaba algo parecido, y de él no se podía sospechar que tuviera las aprensiones de un novato.

-¡No se apuren, amigos! -exclamó Daugé con forzada alegría-. Por ahora no ha sucedido nada terrible, ¿no es verdad? Bueno, temporalmente estamos incomunicados. Pero los motores van bien, el "Jius" sigue su curso...

Krutikov suspiró. Bikov le comprendió. Para ellos, hijos de la Tierra, la comunicación era el único hilo vivo perceptible que los unía con el lejano planeta natal. Y la rotura de éste, aunque sólo temporalmente, actuaba en ellos de manera deprimente. Bikov sintió en cada gota de su sangre la sorda, increíble soledad del "Jius". Millones de kilómetros de helado vacío... Estos inconcebibles abismos de ninguna manera eran "la nada". No, ellos viven con su especial e incomprensible vida, con sus inescrutables leyes, complicadas, pérfidas...

Bikov miró a Daugé que movía distraídamente las figuras de ajedrez y se avergonzó de sus pensamientos. Ya era bastante el haberse acobardado antes del despegue. Pero si lo más terrible que podía suceder... ¿Pero por qué debía suceder obligatoriamente algo?

-Nuevas travesuras de nuestro querido espacio -dijo Yurkovskiy al entrar-. ¿Qué les parece esto?

-No me gusta nada -masculló Daugé-. ¡Termina de hacer el payaso! Estoy harto... En la Tierra Krayujin se volverá loco.

-¡Bueno, del viejo no hay por qué preocuparse! Su cabeza es más fuerte que la tuya y la mía. Yo creo que la comunicación se ha roto debido a que la región que atravesamos es impenetrable por alguna causa a las ondas de radio. No lo podría explicar, pero... De todas maneras no se debe culpar a los aparatos, esto está claro. Y menos aún a las antenas.

-¡Fantástico! -suspiró Krutikov-. ¿Dónde has visto tú que el vacío no transmita las ondas de radio?

-Nunca hasta hoy. Pero Liajov lo vio. Y yo también lo veo ahora, respetable escéptico. Incluso con hechos no te convences.

-¿Ves?

-Veo.

-¡Tú no ves nada, Vladimir Sergeievich!

-¿Que no veo nada? -preguntó Yurkovskiy con exagerada cortesía.

-Eso es, no ves nada.

Yurkovskiy giró sobre sus tacones y se fue de la sala. En la puerta se paró:

-Recomiendo a todos los presentes subir a la entrada de la sala de mandos. Puede que tengan la suerte de oír algo interesante.

Krutikov arrugó el ceño con enojo y de nuevo fue al bufete a por galletas.

-Es un "fantaseador", un "fantaseador" -murmuró.

Pero Daugé no dijo nada, y Bikov sentía en su interior que a pesar de todo Yurkovskiy tenía razón. Subieron hasta la abierta puerta de la sala de mandos y se unieron a Yurkovskiy que estaba sentado en un peldaño.

Desde la sala llegaba la voz monótona de Bogdán:

-Tierra, Tierra... ¿Uve-dieciséis, por qué no contestan? Tierra, Tierra... Aquí "Jius" ¿Uve-dieciséis, por qué no contestan? Doy sintonización: uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Silencio. Daugé y Bikov se miraron. Yurkovskiy, pensativo, acariciaba su mentón. Se oyeron los chasquidos de los conmutadores. Bogdán dijo con un suspiro:

-Nada, Anatoliy Borisovich, silencio de tumba.

-Pruebe de nuevo con las ondas largas.

-Sigo su consejo.

Después de un minuto de pausa Spitzin habló de nuevo:

-Está bien, supongamos que algo no está en orden en las antenas. Pero una estación de radio como la del Séptimo polígono se puede recibir directamente con el cuerpo. Y además, ¿qué podría haber sucedido con las antenas? ¡No comprendo nada! Ni un ruido, ni el más leve susurro... Claro, Liajov tenía razón. Todo es debido a nuestra velocidad... ¡Tierra! ¡Tierra! ¿Uve-dieciséis, por qué callan? Aquí "Jius". Doy sintonización: uno, dos, tres...

-¿Puede ser que tenga razón Yurkovskiv y nosotros efectivamente hayamos caído en una bolsa? -dijo Ermakov.

Yurkovskiy tosió con fuerza. Ermakov se acercó a la puerta:

-¿Todos están aquí?

-Sí, Anatoliy Borisovich, esperamos.

-¿Qué piensan de ésto?

-Yo ya dije lo que pensaba... -Yurkovskiy se encogió de hombros.

-Puede ser, puede ser... Pero todos estos curvamientos de los espacios mucho me huelen a mística matemática.

-Como quiera -dijo tranquilamente Yurkovskiy-. Yo creo que es fácil persuadirse de que es verdadera realidad objetiva que nos dan nuestros sentidos.

Ermakov calló.

-¿Dónde está Krutikov?

-En la sala de oficiales tragando galletas.

-Será necesario...

El grito de alegría de Bogdán interrumpió a Ermakov:

-¡Responden! ¡Responden!

Todos se pusieron de pie de un salto. Una Voz seca, rota pronunció con cansancio:

-Aquí Uve-dieciséis. Aquí Uve-dieciséis. "Jius", "Jius", responda. "Jius", responda. Aquí Uve-dieciséis. Doy sintonización: uno, dos, tres, cuatro. Tres, dos, uno, "Jius", responda...

-Este es Zaychenko -murmuró Yurkovskiy. Bogdán se puso a hablar apresuradamente:

-Uve-dieciséis, le oigo bien. Uve-dieciséis, aquí "Jius", le oigo bien. ¿Por qué no contestaba durante tanto tiempo?

-Aquí Uve-dieciséis, aquí Uve-dieciséis -sin prestar ninguna atención, por lo visto, a la contestación de Bogdán, continuaba Zaychenko-. ¿"Jius", por qué no contestan? ¿Por qué han callado? "Jius", respondan. Aquí Uve-dieciséis...

-Nosotros les oímos y ellos a nosotros no -dijo Daugé-. La cosa no mejora. A ver...

-Aquí "Jius", oigo bien -con voz apagada repitió Bogdán-. Aquí "Jius", les oigo bien. Uve-dieciséis, aquí "Jius"...

-Aquí Uve-dieciséis, aquí Uve-dieciséis, "Jius", responda...

Pasó una hora. Se oían tan sólo las voces monótonas llenas de espera sin esperanza. El Séptimo polígono llamaba al "Jius". Con la misma voz cansada y monótona respondía Bogdán. El Séptimo polígono no le oía. El espacio traía hasta el "Jius" las señales de radio de la Tierra, pero no dejaba pasar las suyas. Ermakov incansable se paseaba por la sala. Yurkovskiy estaba sentado con los ojos cerrados. Daugé tamborileaba su rodilla con sus dedos nudosos. Bikov suspiraba y acariciaba sus rodillas. Llegó Krutikov chupando su pipa vacía.

-Aquí Uve-dieciséis, "Jius" responda... -Algo susurró y chasqueó en el éter. Una nueva voz se oyó en la astronave, una voz ahogada y ronca:

-¡Jilfe! ¡Jilfe! ¡Seiv aua souls! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Tek aua pelengs!

Yurkovskiy se levantó rápido. Ermakov se quedó parado. Daugé cogió la mano de Bikov.

-¡Jilfe! ¡Jilfe! -gritaba el desconocido-. In tu-tri auas vi ar dan... Ballonen... ¡Socorro! Se acaba... -La voz se perdió en un frenético maremagnum de crujidos y silbidos.

-¿Qué es esto? -murmuró Bikov.

-Alguien sucumbe, pide ayuda... -susurró Daugé.

-...Coordinaten... tsvay un tsvantsig... veintidós. Nos asfixiamos... Tsum alies...".

-¡Spitzin, al localizador goniométrico, rápido! -ordenó Ermakov.

-¡Enseguida!

-Aua pelengs... teyk aua pelengs... Unseren pelengen...

-¡Vayamos rápidamente hacia él! -gritó Yurkovskiy.

-Se pregunta, ¿hacia dónde?

-Spitzin, ¿qué hay allí?

Después de una corta pausa se oyó la voz desfigurada de Spitzin:

-¡No se coge la localización goniométrica!

-¿Cómo que no se coge?

-No se coge, Anatoliy Borisovich -gimió Spitzin con voz trémula-. Véalo usted mismo...

Sin decir nada, sin mirarse uno a otro, Yurkovskiy, Daugé y Bikov penetraron en la sala. Bikov miró por encima del hombro de Ermakov. Una saeta larga y delgada giraba despacio por el cuadrante sin parar, con ligeros estremecimientos en su marcha. Yurkovskiy blasfemó.

-¡Jilfe! ¡Jilfe... ¡Socorro... Tasukete Kure! Nuestra localización goniométrica...

Todos se miraban desconcertados. Bogdán giraba las manecillas de regulación del aparato. No había manera de localizarlo.

-Un lugar embrujado -murmuró Bogdán secándose el sudor.

-Es una vergüenza para nosotros -dijo Daugé en voz baja-, esta gente se está muriendo...

Ermakov se dirigió a él impetuosamente:

-¿Por qué está usted aquí? ¿Quién le ha dado permiso? Váyanse enseguida, ustedes, los tres...

En los escalones Yurkovskiy se sentó en cuclillas y hundió su mentón entre las manos. Bikov y Daugé se sentaron a su lado.

-¡Socorro! ¡Socorro! -se esforzaba la ronca voz-. ¡Evribodi ju jiars as, jelp!

Bikov escuchaba sin respirar. No sabía quién era el que pedía socorro, no sabía lo que había sucedido allí, él sólo sentía con todo su ser, la horrible desesperación que se transmitía en cada sonido de esta voz.

-¡Si al menos pudiéramos saber dónde están!... -susurró Yurkovskiy.

-¡Diablo! -gritó con rabia Daugé-. ¿Será posible que nadie más les oiga?

-Por mis referencias, además de nosotros hay en vuelo lo menos siete naves más. De ellas sólo dos, una china y otra inglesa, tienen algunas reservas de vuelo. Pero es igual, mientras calculen la nueva trayectoria pasará no menos de una hora... Lo extraño es que no les oigamos...

-¿A quién?

-A aquellos... los otros...

-Sólo el "Jius" podría volar sin ningún cálculo, directamente al lugar -dijo Daugé.

-Si tuviéramos la localización goniométrica...

Se presentó Ermakov, pálido, con los ojos brillantes, como de cristal.

-¡Bajen a sus camarotes, camaradas! -ordenó-. Échense en sus camas y sujétense bien a ellas. Probaremos de salir de este endemoniado saco. La aceleración sobrepasará la normal en más de cuatro veces, ténganlo en cuenta. Daugé, enseñe a Bikov cómo portarse durante la sobrecarga.

-¡A la orden!

Yurkovskiy se levantó y bajó el primero. Y de pronto en la sala se oyeron nuevas voces. Una voz estridente y firme preguntaba en un inglés muy malo:

-¿Ju toks? ¿Jir mi? ¿Ju toks? Ay teykn oir pelengs...

Aquel que pedía socorro respondió emocionado:

-¡Ay jiar yu olí rayt!

¿Spik chaynis?

-Ño...

-¿Spik rashn?

-Sí-sí, hablo y comprendo... ¿Es usted ruso?

-No. Habla con usted el comandante de la astronave de la RPCH "Yantzi" Lu Shi-er ("¡El viejo Lu!" -susurró Yurkovskiy)-. Hace mucho que les oímos, pero nosotros sólo tenemos transmisor dirigido, y vuestra localización goniométrica hemos podido captarla sólo unos minutos atrás. ¿Con quién hablo?

-Profesor... universidad de Cambridge... Robert Lloyd. A bordo de la nave "Star"... Terrible avería... -Volvieron a hablar en inglés.

-Vamos hacia ustedes -comunicó Lu.

-Gracias, muchas gracias... ¿Dónde están ustedes?

-Hace media hora que salimos de la base internacional de Phobos.

Un doloroso grito se oyó como contestación:

-¡No van a llegar a tiempo!... ¡No-no! ¡No van a llegar! Estamos condenados...

-Vamos a hacer lo posible. Tras de nosotros vendrán los cosmotanques. Les sacaremos...

-No hay tiempo -la voz del inglés sonaba ahora casi tranquila-. No hay tiempo... Nos queda oxígeno sólo... para dos horas.

-Pero, ¿dónde están ustedes? ¿Coordenadas?

-Coordenadas heliocéntricas...

El profesor pronunció algunas cifras incomprensibles para Bikov. Se hizo el silencio. Se oía cómo Ermakov y Bogdán garabateaban algo en un papel, luego empezó a funcionar la máquina electrónica de cálculo.

-Es en la zona de asteroides. Un tercio de unidad astronómica de Marte -comunicó finalmente Krutikov.

-Cincuenta millones de kilómetros -lúgubremente pronunció Yurkovskiy-. Ni el "Jius" aunque se encontrara en Marte llegaría a tiempo.

-Está todo claro -se oyó la voz de Lu-. ¿No hay ninguna posibilidad de resistir aunque fueran unas diez horas? Piénselo...

-No... Los anestesiadores de glicerina están destruidos... El aire escapa continuamente, por lo visto hay grietas microscópicas en el cuerpo de la nave...

Después de una corta pausa el profesor añadió:

-Sólo quedamos dos... y uno de ellos ha perdido el conocimiento.

-¡Anímese, profesor!

-Yo estoy tranquilo -se oyó una risa nerviosa-. ¡Oh, estoy completamente tranquilo!... ¡Mister Lu!

-Le escucho profesor.

-Usted es el último que escucha mi voz.

-Profesor, lo más seguro es que le escuchen centenares de personas...

-Es igual, usted es el último hombre con quien hablo. Después de algún tiempo encontrarán nuestra nave y nuestros cuerpos. Le ruego e imploro que transmita todos los materiales recogidos por nosotros en este viaje al Congreso Internacional de Cosmonavegantes. ¿Me lo promete?

-¡Se lo prometo, Robert Lloyd!

-Todos los que nos escuchan serán testigos... Los materiales los pongo en la cartera. Estará en la mesa de la sala de mandos. ¿Me oye?

-Le oigo, profesor.

-Bien, así. Agradecido de antemano, mister Lu. Ahora tengo que pedirle una cosa más. En la Tierra, cuando usted vuelva... vuelva... -siguió una pausa, se oía la respiración sollozante de Lloyd-. Perdone, mister Lu... Cuando regrese le visitará seguramente mi mujer... y mi hijo. Transmítales mi último recuerdo... dígales que estuve en mi puesto hasta el fin. ¿Me oye usted, mister Lu?

-Le oigo, profesor.

-Esto es todo... ¡Adiós mister Lu! ¡Adiós todos los que me escuchan! ¡Les deseo a todos felicidad y éxitos!

-Adiós, profesor. Admiro su entereza.

-No son necesarias estas palabras... ¡Mister Lu!

-Le escucho.

-El localizador seguirá funcionando.

-Muy bien.

-Las escotillas las encontrarán abiertas. -Siguió una pausa.

-Muy bien, profesor.

-Bien, parece que esto es todo. ¡Uans mo, gud bay! -Se hizo el silencio.

-¿Nosotros... no llegaríamos a tiempo? -preguntó Bikov moviendo con dificultad los labios cerrados.

Nadie contestó. En silencio descendieron a la sala de oficiales, se sentaron esparcidos por los ángulos procurando no encontrarse con la mirada. Muy pronto se unieron a ellos Ermakov y Krutikov. Bikov apenas sabía lo que sucedía a su alrededor. Sus pensamientos estaban fijos en el cuadro que le ofrecía su imaginación: ahogándose, en los estertores de la agonía, un hombre de cabeza cana se arrastraba por el corredor abriendo una tras otras las pesadas compuertas de acero. Ante la última -la escotilla exterior- se para y mira hacia atrás con ojos enturbiados. Al final del corredor se ve un ángulo de la mesa y en ella la cartera de piel. El hombre se pasa la mano temblorosa por la frente y por última vez aspira profundamente el aire enrarecido.

-¡Alexey Petrovich!

Bikov se estremeció y miró a su alrededor. Ermakov se inclinó preocupado hacia él:

-¡Vaya a su camarote y procure dormir!.

-Vete, Alexey, vete. Estás desfigurado -dijo Daugé.

Bikov se levantó obediente y se fue. Al pasar cerca de la escalera que llevaba a la sala de mandos oyó la voz monótona de Bogdán:

-Uve-dieciséis, Uve-dieciséis, aquí "Jius", Uve-dieciséis, aquí "Jius". Doy sintonía...

En la sala de oficiales, Ermakov dijo con un suspiro:

-Conocí a Robert Lloyd. No hace mucho. Un buen astronauta. Un científico poco común...

-¡Que Dios lo acoja en su seno! Se ha portado bien -pronunció en un susurro Yurkovskiy.

-Que Dios lo tenga en buen recuerdo...

Después de un corto silencio Daugé de pronto se puso de pie:

-¡El diablo sabe lo que pasa! Parece que estamos parados. Que hemos caído en un pozo y estamos enterrados...

-No siembre el pánico, Daugé -sonrió con cansancio Ermakov.

Nadie quiso comer y muy pronto Ermakov se levantó para irse a su camarote. Krutikov puso la mano en el hombro de Yurkovskiy y dijo en tono de disculpa:

-Parece que tú tenías razón, Vladimir.

-No tiene importancia -pronunció-. Pero he aquí otro enigma.

Todos se quedaron mirándole con expresión interrogante.

-¿Qué pasa ahora?

-Lu dijo que sólo tenía un transmisor dirigido. ¿No es así?

-Así es.

-¿Entonces cómo hemos podido oírle nosotros? -Mijail Antonovich abrió la boca y miró desconcertado a Ermakov.

-¿Y por qué no? -preguntó Daugé.

-Pues porque, amigo, el "Jius" se encuentra con relación a Lu en una dirección completamente opuesta de la nave de Lloyd. Los rayos dirigidos de la radio de Lu no debían haber llegado a nosotros.

Daugé se cogió la cabeza:

-¡Basta de enigmas! ¡Esto es ya insoportable! -Pero Ermakov y Krutikov se dirigieron inmediatamente a la sala de mandos llevándose consigo a Yurkovskiy.

VENUS A VISTA DE PÁJARO

Las comunicaciones se normalizaron al cabo de un día, y tan inesperadamente como se habían interrumpido. Por lo visto, el "Jius" había salido del "lugar embrujado", la extraña región del espacio que poseía cualidades aún desconocidas en relación con las ondas de radio. Se discutió mucho sobre este fenómeno, se habían presentado algunas hipótesis, entre las cuales algunas eran completamente absurdas (Daugé declaró que los componentes de la tripulación eran víctimas de una psicosis general), y Yurkovskiy empezó a desarrollar una hipótesis de no sé qué reflejos cuatri-dimensionales, intentando con ayuda del mejor matemático de a bordo, Mijail Antonovich Krutikov, introducir unas "nociones físicas correctas de puntos en el espacio", a través de las cuales las vibraciones electromagnéticas pasaron sólo en una dirección. En lo que se refiere a Bikov, al primer tiempo se sentía ofendido por la indiferencia de los camaradas hacia la muerte de Lloyd. Le parecía casi un sacrilegio hablar de teorías y fórmulas dos horas después de lo que habían sido testigos. La catástrofe del "Star" produjo en él una enorme impresión. Aturdido y abatido se paseaba por la astronave y con dificultad respondía a las preguntas y realizaba los pequeños encargos que le daba Ermakov.

Hasta el encuentro con Venus faltaban tan sólo unos quince-veinte millones de kilómetros. El vuelo se aproximaba a su fin. Llegaba el momento más crítico de la expedición, el descenso a la superficie de Venus. Con raras excepciones, esto no había sido posible ni a los mejores astronautas del mundo. Y no merecían censura, sino admiración, aquellos que con el esfuerzo de su bien entrenada fuerza de voluntad se obligaban a sí mismos a olvidar los sufrimientos en las pruebas del pasado, y concentrar toda su atención en los intereses presentes. Ésto al principio no lo comprendía Bikov. Pero ahora los veía como soldados que iban al ataque habiendo dejado atrás a los muertos, vendadas a la ligera sus heridas frescas, y preparándose para el último, decisivo encuentro, en busca de la victoria... o de la muerte. Y nadie, incluso Yurkovskiy, pronunciaba frases altisonantes ni tomaba poses de efecto. Todos estaban tranquilos y activos. Y sus intentos para comprender la naturaleza del "lugar embrujado" eran tan sólo pruebas de natural preocupación para aquellos que irían detrás de ellos.

El respeto y admiración de Bikov hacia ellos se manifestó sirviéndoles un extraordinario arroz, y Mijail Antonovich dos veces fue a la cocina después de la cena, la segunda estando de guardia, por lo que fue amonestado por Ermakov.

En cuanto las comunicaciones con la Tierra se normalizaron Ermakov transmitió un radiograma relatando el extraordinario suceso con la última conversación de Lu con el profesor Lloyd.

-¡Vaya mal rato que nos hicieron pasar! -dijo Zaychenko tartamudeando por la emoción-. Vera Nikolaievna por poco se vuelve loca. Y del "Star"... -su voz se hizo apagada y seria-, ya lo sabemos. Todo el mundo lo sabe. Lu llegó hasta la nave inglesa y sacó de ella los cuerpos de las victimas y los papeles.

-¿Qué es lo que allí sucedió?

-No se sabe con exactitud, pero suponen que explotó el reactor. El motor de la nave está desecho. Lu retransmitió una foto por televisión.

-¿Cuántos perecieron?

-Lu encontró a dos. Los ingleses dicen que partieron ocho personas.

Hubo un silencio.

-¿Qué es lo que piensa sobre las causas de la interrupción de las comunicaciones, Anatoliy Borisovich?

-Por ahora no tengo una idea concreta.

-Sí, claro... pocas pruebas. ¿Puede ser que en esto tenga que ver la velocidad con que se mueve el "Jius"? Pues parece que Liajov ya habló de esto...

-Puede ser...

-¿O es que penetraron en una densa nube de polvo metálico?

-Esto no explica nada. Dejaremos la solución en manos de los especialistas. Y Krayujin, ¿cómo está?

-Se ha repuesto. Quería venir a la estación, pero los médicos no le han dejado. Aquí hay grandes lluvias.

-Salúdelo cálidamente en nombre de todos y en el mío particularmente.

-¡Recibido, Anatoliy Borisovich! Sí... me olvidaba con la charla. Aquí hay una nota suya, la trajeron hace dos días.

-¿Por qué se calla? ¡Léala!

-Enseguida. Así... "Anatoliy, todo lo que entonces dije olvídalo. Por lo visto me hago viejo y débil. K".

-¿Qué?

-"K". La letra inicial. Como firma.

-Comprendido. "Todo lo que entonces dije, olvídalo".

-Sí, "olvídalo".

Ermakov miró de reojo a Spitzin que estaba sentado en la consola de mandos de espaldas a él.

-Comprendido. Tuvimos una pequeña discusión... ¿Esto es todo?

-Todo, Anatoliy Borisovich. ¿El gráfico de comunicaciones igual que antes?

-El mismo. Adiós.

-Ya es hora -dijo durante la comida Spitzin-, de empezar a coger la localización goniométrica a Majov.

-¿No será temprano aún? -respondió Ermakov-. Tenemos aún unas diez horas de tiempo.

-Si me lo permite, será mejor empezar antes. Es una maniobra nueva y será mejor tener datos suficientes.

Bikov preguntó a media voz de qué se trataba.

-El "Jius" está llegando a Venus -aclaró Daugé-, tenemos que calcular el trayecto hacia el "Tziolkovskiy".

-¿Hacia el "Tziolkovskiy? ¿El satélite artificial de Venus? ¿Y para qué?

-¿En qué sentido para qué? Para acercarse a él, se entiende.

-Yo había entendido que sólo nos comunicaríamos con él.

-Qué rápido eres... Es necesario ponernos de acuerdo detalladamente con el jefe del "Tziolkovskiy", Majov, sobre las acciones conjuntas.

-¿Y estaremos allí mucho tiempo?

-No lo sé... Anatoliy Borisovich, ¿cuánto tiempo estaremos en él?

-Unas cinco o seis horas, no más. Les daremos el correo, libros, frutas, celebraremos una reunión y partiremos.

-Comprendido. A propósito, Alexey, allí podrás probar la imponderabilidad completa. Vamos a reírnos...

Bikov recordó su primera experiencia y bajó la cabeza hacia el plato.

El acercamiento del "Jius" al "Tziolkovskiy" costó más de tres horas y dio a la tripulación mucho trabajo. Para los pilotos la complicación consistió en que el plano de la órbita del "Tziolkovskiy", que giraba alrededor de Venus a

una distancia de algunos miles de kilómetros, era casi perpendicular al plano del movimiento orbital de Venus, así que Krutikov y Spitzin tuvieron que ajustarse a él. Sin embargo el problema fue solucionado y la astronave fue acercándose en espiral hacia el lugar donde a la hora fijada debía llegar el "Tziolkovskiy". Los "pasajeros" pasaron este tiempo en la sala de oficiales sujetos a sus sillones, y se sentían alternativamente ligeros como globos de aire, o pesados como trozos de plomo. A Bikov le parecía que se balanceaba en un fantástico columpio; tan pronto se agarraba de los brazos del sillón temiendo subir hasta el techo, abría la boca sin poder respirar y sintiendo cómo las costillas se le hundían en los pulmones. Sin embargo todo tiene su fin. Las aceleraciones cesaron y en uno de los instantes no muy agradables por cierto, en que el columpio debía empezar la nueva subida, cayó precipitadamente hacia abajo, hacia el insondable abismo.

-¡Todo en orden! -se oyó por fin a Spitzin a través del altavoz-. Pueden desabrocharse. El "Tziolkovskiy" está a cien kilómetros de nosotros, Venus, a tres mil.

-Espera, Alexey, no te desabroches -previno Daugé a Bikov, mientras se apresuraba a librarse de las correas.

Junto con Yurkovskiy, agarrándose hábilmente en las paredes y muebles, tendió varios hilos de nylon por la habitación. Iguales cordones fueron tendidos por el corredor, en la sala de mandos y en cada camarote.

-Bien, ahora puedes salir…

Bikov se levantó con cuidado, inesperadamente revoloteó y flotó en el aire agarrado del respaldo del sillón. Su rostro se puso morado. Sonriendo con una mueca, sin mirar a nadie, se cogió del cordón y moviendo los pies con torpeza de nuevo pudo ponerse de pie en el suelo.

-Es absurdo... -murmuró enfadado.

-Bien, Alexey Petrovich -dijo Krutikov mostrándose en la puerta-, no estaría mal preparar una buena cena para invitar a los chicos del "Tziolkovskiy"…

-Ahora -pronunció Bikov un poco azarado.

-¡Oh, no, Alexey! -Krutikov se puso a reír-. Tus manos son cortas... Será necesario tenerlas quietas durante un tiempo.

-¿Por qué?

-¿Pero es que puedes cocinar en estas condiciones? Cuando el agua no mana, sino que vuela formando burbujas, cuando las chuletas saltan de la sartén como ranas enloquecidas…

Un fuerte golpe le interrumpió. Se oyó un ruido rechinante en el exterior. La sala se balanceó.

-¿Qué sucede ahora? -murmuró Daugé.

Los ojos de Bikov se encontraron con la mirada fija de Krutikov. En la frente del observador brillaron pequeñas gotas de sudor.

-¡Reciba a los invitados, Mijail Antonovich! -chilló alegré Bogdán desde el corredor-. ¡Torpes demonios!

Daugé sopló ruidosamente, y Krutikov sacó con mano trémula el pañuelo del bolsillo.

-En verdad que son demonios -dijo con voz ronca respirando con dificultad-. De esta manera se puede hacer de una persona un inútil para toda la vida... se puede quedar tartamudo.

Daugé musitó con disgusto:

-Siempre sucede lo mismo, y cada vez me quedo helado.

-¿Pero qué ha sucedido?

-Ha amarrado un cohete del "Tziolkovskiy". Un taxi interplanetario. Vamos a verlo. Son atrevidos... Seguramente se ha presentado Majov para darnos la bienvenida... ¿Espera, adónde vas? No te muevas...

Bikov hizo un movimiento y voló por entre los cordones, se golpeó en el techo y, abriendo los brazos se precipitó hacia abajo. Daugé lo agarró de los pies y con habilidad lo volvió a la posición vertical.

-Tranquilízate, ángel celeste, no te impacientes...

Bikov se sentó de nuevo en su sillón salvador con la firme intención de no dejarlo hasta que no terminara la maldita ingravidez. En aquel instante se oyeron voces en el corredor, alegres exclamaciones, fuertes choques de manos.

-¡Salud amigos! ¡Hola paisanos terrestres! -retumbaba una voz de bajo-. ¡Buenos días mi querido Krutikov! ¿Continúas adelgazando, pobrecito?

-¡Buenos días diablos! Déjame que te bese; te voy a multar por la infracción de las reglas de circulación cósmica...

-¡A-ah Bogdán! No blasfemes al menos ahora, en un momento de tanta alegría... ¡Anatoliy Borisovich, me alegro de volverlo a ver! Traben conocimiento: mi suplente el ingeniero Shtirner. Trabajará con ustedes.

-Perfectamente...

-Mucho gusto de conocerle. -La voz de Shtirner era seca, estridente.

-Pasen a la sala de oficiales -invitó Ermakov.

-No, caros míos, recogeremos el correo y vengan todos a "casa". Les esperamos con impaciencia.

-Perdone, camarada Majov, pero esta vez nos limitaremos a conversar aquí, a bordo del "Jius". Les visitaremos a la vuelta.

Se hizo una extraña pausa.

-En balde ha dicho esto -susurró Daugé mirando fijamente a la puerta-. Esto es palabra por palabra la frase de Tajmasib...

Bikov se sintió molesto.

-¡Si ya sé lo que ustedes piensan! -manifestó Ermakov-. No se debe ser supersticioso. Es necesario apresurarse.

Dijo esto y sonrió un poco.

-Como quiera Anatoliy Borisovich -respondió turbado Majov-. ¿Dónde ordena?

-Por aquí. Por favor...

Los invitados pasaron primero, el alto y pesadote Majov y Shtirner que parecía un adolescente, los dos en sus suaves y raídos buzos con las transparentes escafandras echadas hacia atrás. Shtirner llevaba bajo el brazo una carpeta.

-¡Buenos días, camarada Daugé! -exclamó Majov con voz de trueno-. ¿Y éste, claro, es el camarada Bikov? ¿No es así?

Sin dejar de sujetarse en el cordón con la mano izquierda, Bikov apretó su mano, luego saludó a Shtirner. Se acomodaron tras la mesa.

-Bien -dijo Ermakov-, desembuche todo lo que tenga.

Majov tosió ruidosamente. Shtirner abrió la carpeta y empezó la reunión. Habló poco y con exactitud, más en fórmulas y términos matemáticos, siguiendo con el dedo los planos y cálculos traídos por Shtirner. La conversación giró en torno a cómo poder asegurar la máxima exactitud en el descenso del "Jius" en los límites de la Golconda Uránica, y de cómo sostener la comunicación después. Majov con Shtirner y sus camaradas en otros dos satélites artificiales habían elaborado minuciosamente un sistema de dirección por radio, utilizado el cual se pensaba llevar al "Jius" hasta un

lugar situado no más lejos da cincuenta-cien kilómetros de los límites de la Golconda. Aunque en verdad este sistema no había sido probado prácticamente, pero los entrenamientos daban derecho a confiar en su pleno éxito.

-De nosotros se exigirá la máxima exactitud -dijo Shtirner dando ligeros golpes con el dedo en el piano-, y de ustedes, atención y capacidad de maniobra. Por lo que sé, el "Jius" no es tan limitado en sus evoluciones como los cohetes de impulso ordinarios, y en todos los casos puede ir exactamente por la localización goniométrica. Pero repito. ¡Ante todo atención! Si el "Jius" se despega lo más mínimo del foco de la radio se arriesgan a descender a miles de kilómetros del lugar necesario.

Así que el "Jius" tenía que descender siguiendo el cruce de tres rayos de radio que lo llevarían al punto más ventajoso según el parecer de los especialistas. A la altura de diez-quince kilómetros sobre la superficie de Venus los impulsos de los localizadores goniométricos desaparecen: son absorbidos o son reflejados hacia arriba, a la estratosfera de Venus. Desde esta altura la astronave deberá descender verticalmente. No estaban excluidas serias complicaciones: la pérfida atmósfera del planeta puede engañar deformando las señales. Para este caso actuarán los aparatos de control paralelos. Spitzin y Ermakov se anotaron algunas cifras, comprobaron sus cálculos con el esquema de Shtirner y declararon que no tenían más preguntas. Majov pasó al segundo tema. Por cuanto la comunicación por radio desde la superficie de Venus era imposible de establecerse, (por lo menos una comunicación segura), era necesario ponerse de acuerdo sobre un sistema de señales ópticas. Al parecer de Majov eran necesarias sólo dos señales: la primera "alimentos y agua", la segunda, "piezas de recambio y suministros energéticos". La lista de piezas de recambio y aparatos ya estaba hecha de antemano.

-Les hemos traído un aparato portátil lanza-cohetes con carga atómica. Si sucede... (tocó madera)... si sucede algo desagradable y es necesaria nuestra ayuda, ustedes lanzarán uno de los cohetes hacia arriba verticalmente. Éste explotará a la altura de doscientos kilómetros aproximadamente. Claro, hay que disparar en el momento oportuno. He aquí una tabla para el cálculo de tiempo. En los minutos indicados, nuestros observadores estarán alerta sobre la región de vuestro descenso.

-Bien ¿y qué? -preguntó Ermakov.

-N... nada. Sabremos que tienen dificultades y procuraremos tomar medidas.

-¿Cuáles?

-Les mandaremos cohetes automáticos con las piezas más necesarias. Los cohetes irán exactamente al lugar en que ustedes se encuentren.

-¡Perfectamente! -asintió Ermakov-. ¿Y para qué sirve el segundo cohete?

-Si disparan dos cohetes seguidos, sabremos que el descenso ha sido malo y la nave está seriamente averiada. -Hubo un silencio.

-Es posible que entonces nadie los pueda disparar -indicó Daugé haciendo una mueca.

-Mi pesimismo no va tan lejos -respondió suavemente Majov.

Después de la reunión Daugé propuso a Bikov:

-Vamos a admirar la hermosísima Venus. Ermakov ha dado permiso para que salgas.

Diez minutos después, cubiertos con las pesadas corazas de los trajes especiales estaban en la cámara estanque, Daugé cerró herméticamente la

puerta, conectó la bomba y se volvió hacia el manómetro. La aguja fue bajando a golpes desiguales. Cuando se paró Daugé elevó en la escotilla una ancha barra de acero y la gruesa tapa giró suavemente sobre sus goznes.

Bikov esperaba ver lo que cientos de veces había leído en los reportajes y novelas: un abismo negro-violeta cubierto por los cegadores puntos luminosos de las estrellas.

En lugar de esto el agujero de la escotilla se iluminó con una luz turbia rosa-amarilla. La astronave flotaba sobre una enorme cúpula de niebla débilmente iluminada. Sombras grisáceas se arrastraban por la masa de color anaranjado, se unían formando anillos y se descomponían en manchas difuminadas. En los bordes la cúpula era de colores más oscuros, pero sus límites eran difusos, mezclándose poco a poco con tonos liliáceos que iban pasando gradualmente hasta una completa y tenebrosa oscuridad. Y en el centro, delgadísimas cintas humeantes rosas y amarillas se entrelazaban tan pronto claras y precisas como formando una uniforme columna de humo...

¡He aquí como es Venus!, "el más pavoroso planeta de todo el sistema Solar". Bikov comprendió que el movimiento de las sombras de colores, tan insignificantes a la distancia de algunos miles de kilómetros, no eran otra cosa que variaciones atmosféricas de potencia y velocidades monstruosas, borrascas, huracanes y torbellinos de fuerza nunca vista en la Tierra.

Allí, bajo el velo de turbulentas nubes se hallaba oculto un enorme mundo con montañas, desiertos... quizá también con mares y océanos. Allí en algún lugar habían ocultos tesoros que tenía que explorar la tripulación del "Jius", allí se encontraban fragmentos de aparatos teledirigidos, astronaves destrozadas y las tumbas de los atrevidos... Un vago presentimiento, algo parecido a un miedo supersticioso penetró en el alma de Bikov. Pensó en la fiereza con que este planeta rechazaba los intentos de conquistarlo. Pero el hombre es más fuerte e inteligente que la naturaleza. Es audaz y obstinado, e incluso si la tripulación del "Jius" estuviera predestinada al fracaso, su pérdida no retendría ni un sólo minuto a los que irán detrás.

Por la izquierda se acercaba velozmente a la cúpula una negra sombra irregular, con profundas cavidades y protuberancias.

-Salimos hacia el lado nocturno -se oyó en la escafandra la voz de Daugé.

El "Jius" se sumergió en el cono de la sombra de Venus. Se hizo la oscuridad; sólo una difusa banda circular de niebla luminosa marcaba los bordes del planeta. Pero pronto en el negro fondo empezaron a filtrarse débiles reflejos rosados.

-¿Qué es esto? -preguntó Bikov.

Daugé movió la escafandra para mirar. Luego Bikov oyó su voz:

-Probablemente son volcanes. He oído algo sobre una región de volcanes en continua actividad. Hasta ahora nadie lo sabe concretamente. Suposiciones...

Dejaron su puesto de observación cuando a la izquierda de nuevo apuntó la luz viva y se dibujó una enorme hoz amarilla.

-Sí... -recordó Bikov-. ¿Y dónde está el "Tziolkovskiy"? Me gustaría ver este satélite artificial.

-Desde la escotilla no se ve, Alexey, ya que nosotros nos encontramos con las escotillas giradas hacia abajo, en dirección a Venus, y el satélite se encuentra sobre nosotros. Por la armadura del "Jius" no puedes subir aún, es temprano. Tendrás que dejarlo para otra vez. Lo verás cuando regresemos.

Bikov recordó la observación hecha por Daugé unos minutos antes, suspiró, pero no dijo nada.

Ya les esperaban. Ermakov había invitado a todos a una comida. Era la primera que se hacía en condiciones de ingravidez y Bikov deseó interiormente que fuera la última. Los cosmonautas llevaban diligentes a sus labios, sin interrumpir la conversación, unos biberones elásticos conectados por un tubo a unos recipientes de plástico. Los pedazos de pan y otras cosas sólidas los cogían de unas cajitas enrejilladas sin olvidar de cerrarlas cuidadosamente. En una palabra, el conductor del "Chico" se habría quedado hambriento a no ser por la ayuda de Krutikov que lo sentaron a su lado especialmente para esto.

Durante la comida se habló de cómo iban las cosas en el satélite artificial, de los planes de creación de verdaderas armadas de "Jius", de la necesidad de transmisiones-consulta para los estudiantes que trabajaban en los satélites. Majov se quejó de la estupidez de la red de abastecimiento que había mandado al satélite todo un cajón de microfilms sobre la técnica del deporte de esquí. Shtirner explicó riendo como alguien trajo al "Tziolkovskiy" ratones. "Ahora pedimos que nos manden un gato. Será una atracción emocionante la caza de los ratones por el gato en condiciones de ingravidez". Se bromeó, se rió. No se dijo ni una palabra sobre lo que muy pronto debía afrontar la tripulación.

Ermakov consulto su reloj y Majov se levantó apresuradamente.

-Ya es hora, camaradas.

Todos se levantaron enseguida y empezaron a despedirse. Majov apretó con sus manazas uno tras otro los hombros de cada astronauta, y Bikov observó con inquietud como repentinamente se le hundieron las mejillas y palideció su rostro. En Shtirner los síntomas de agitación no eran tan visibles.

-No se olviden -dijo Ermakov-, apártense de nosotros no menos de cincuenta kilómetros, de otro modo podemos quemarles.

-Está bien, no se preocupen por nosotros -masculló Majov-. ¡Bueno, adi... hasta la vista, amigos! ¡Suerte!

Se volvió y rápido, cogiéndose con las manos por el cordón, salió al corredor. Shtirner saludó con la mano, y salió tras él. Con gran ruido se cerró la escotilla de entrada.

-Y no les hemos dicho nada sobre el ataque cósmico -recordó de pronto Yurkovskiy. Ermakov le miró distraídamente.

-No se lo hemos contado... Sin embargo no importa. Prepárense... Spitzin, vamos.

Bikov preguntó al oído a Daugé:

-¿Es que Mijail Antonovich se quedará aquí?

-Sí. En la sala de mandos ahora no tiene nada que hacer... -Daugé sacudió la cabeza como si quisiera ahuyentar sus pensamientos y dijo-: Cada cual a su sitio. ¿Vamos?

Mijail Antonovich y Yurkovskiy ya estaban sentados en sus sillones y empezaban a sujetarse las correas. Daugé ayudó a Bikov a abrocharse, retiró los cordones y se paró indeciso.

-¿Bien? ¿Qué esperas? -gritó irritado Yurkovskiy.

-Quedan diez minutos -se oyó la voz de Ermakov.

Daugé ocupó su sitio apresuradamente.

Y de nuevo silencio. Bikov cerró los ojos y se puso a recordar. Negra noche en el Asia Central, un vestido que se blanquea vagamente, un fresco olor de

perfume... y un rostro querido. ¡Cuan lejano estaba esto! Sentía una opresión en la garganta, fue necesario engullir enérgicamente dos o tres veces.

-¡Empezó el descenso! -graznó roncamente el altavoz.

El suelo tembló bajo los pies, el respaldo del sillón presionaba enormemente la espalda. El acrecentado ruido de los reactores golpeó en los oídos llenándolo todo con su rugir.

Majov y Shtirner apretados contra el redondo portillo de su cohete, vieron como de debajo de la astronave que parecía una negra medusa en el fondo del enorme disco color naranja, resplandeció una llama no muy brillante.

Enseguida estalló un cegador sol liliáceo. Cuando de nuevo abrieron los ojos el "Jius" ya no se veía. Sólo una ligera nubécula brumosa se difuminaba en e! lugar donde hacía un momento se encontraba.

"NUESTRA VIDA ESTA LLENA DE SORPRESAS"

Nadie en el "Jius" se hacía ilusiones con esperanzas de un rápido y fácil descenso. En su tiempo, en el informe de la expedición Tajmasib-Ermakov, ya se había descrito cuan difícil era dirigir el cohete en la atmósfera de Venus, de cómo les daba vueltas en sus remolinos, y que tensión inhumana era necesaria para aguantar el cohete en posición vertical. Se describieron los feroces vientos y torbellinos de hielo sobre el suelo candente. En estas condiciones eran inservibles e incluso peligrosos los ingenios giroscópicos más perfectos...

Al "Jius" sólo le quedaba confiar en la orientación muy inexacta, y con la posibilidad de que además se interrumpiera en cualquier momento, dada desde los satélites artificiales. El radar y los ingenios contra meteoritos no podían actuar en los campos eléctricos de la atmósfera de Venus, y la astronave estaba expuesta a cada instante a desplomarse con toda su mole en cualquier escarpada cima. Las borrascas y torbellinos debían llevar al "Jius" con más facilidad que los cohetes ordinarios, pues su forma, que por otra parte facilitaba algo su descenso con el "fondo hacia abajo", no era ni mucho menos aerodinámica.

A pesar de todo, sólo el "Jius podía con un alto grado de probabilidades efectuar un descenso con éxito. Él era capaz de descender muy despacio, centímetro a centímetro, podía elevarse de nuevo e intentar el descenso en otro lugar, lo que nunca llegaría a poder hacer el más perfecto cohete impulsado atómico con sus limitadas reservas de marcha libre. Ermakov declaró al "Jius" "señor de los planetas con atmósfera", y ahora se presentaba la ocasión de probarlo.

-Una bagatela, todo esto es una bagatela -murmuraba Krutikov, comprobando por décima vez la solidez de las correas que le ataban al sillón-. Es una tontería, y todo irá magníficamente, os lo aseguro. Nos sacudirá un poquito, puede ser... ¡En compensación piensen en la revolución en la historia de la conquista del espacio que comienza con este raid!

-Este pensamiento me consuela "muy mucho" en previsión de las pruebas que nos esperan-, pronunció Yurkovskiy.

-Con tal de que podamos descender... -musitó entre dientes Daugé.

Krutikov sacó un tubo vacío y empezó a chuparlo pensativo.

-¡Rápido al menos! -dijo-. Todo esto no se parece en nada a los vuelos anteriores. ¿No es verdad camaradas?

-Sí -respondió Daugé-. Una verdad como un templo. En los descensos a otros planetas sin atmósfera se siente uno completamente tranquilo.

-¿Por-r qué? -preguntó Bikov con dificultad pensando en si los otros sentían como él náuseas y vértigo.

-Pues porque con pilotos como Ermakov y Spitzin se puede dormir, leer o jugar al ajedrez durante el despegue o aterrizaje... Pero, por lo visto, no aquí en Venus.

-Sí -suspiró Krutikov-, no en Venus...

-¡Ya me estáis hastiando con vuestra agriada verborrea! -se enfadó Yurkovskiy-. ¿De qué os lamentáis? Guardad vuestros sentimientos para vosotros. Tomad ejemplo de Bikov, se ha puesto verde... pero aguanta, se calla. ¡Vamos a cantar, hermanos!

En este momento se oyó a través del altavoz la tensa voz de Ermakov:

-¡Atención!

Y en el mismo instante el suelo se tambaleó y fue inclinándose despacio.

De lo que sucedió en las siguientes tres-cuatro horas, Bikov conserva sólo algunos recuerdos confusos e incompletos. Más tarde no pudo de ningún modo restablecer la consecuencia lógica de los acontecimientos. Parece que Yurkovskiy se arrastró con el balón de oxígeno hacia Daugé, antes que éste dejara caer la cabeza sobre su pecho. La voz terrible de Spitzin, mudada hasta no reconocerla, cuando avisó de que Ermakov tenía la cabeza abierta, se oyó después de la sacudida que había roto la correa que sujetaba a Bikov en el sillón. Lo que sucedió después él no lo recordaba. Fuerzas monstruosas arrastraban al "Jius", y a pesar de esto la vieja expresión "como una rana en una pelota de fútbol" le volvió a la cabeza sólo cuando apretando en la mano el trozo de correa voló a través de la sala y se golpeó la espalda con fuerza a la pared. El elástico tapizado lo rechazó hacia atrás y parece que perdió el conocimiento por algún tiempo, ya que de pronto descubrió que de nuevo estaba fuertemente atado al sillón. Bikov tampoco recordaba de qué manera había ido a parar entre sus rodillas un ligero balón con ozono activado... cómo y cuándo sucedió que Yurkovskiy se quedó colgado en su sillón con la cara cubierta de sangre... Luego Krutikov le zarandeó a él, Bikov, de los hombros y le gritó algo al oído... Todo esto pasó fugazmente por su cerebro a través de una bruma verde-amarilla, entre desvanecimientos y vómitos. El techo se encontraba a un lado, luego repentinamente volvía a su sitio, el suelo se hundía y de nuevo con fuerza indescriptible presionaba contra los pies. Hubo un momento de calma; entonces Bikov echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y respiró profundamente. Pero de pronto la astronave fue lanzada a un lado y todo empezó de nuevo. El absoluto silencio era interrumpido por ensordecedores bramidos. Únicamente se oía regularmente el apagado rumor de los reactores que no apagaba los quejidos, ni... ¡las bromas! Sí, los lobos del espacio se sentían con fuerzas suficientes para bromear. Pero Bikov no pudo recordar ni una sola broma. Estaba completamente absorbido por sus impresiones que derivaban de la seguridad de que el siguiente golpe le arrancaría definitivamente el aliento. Había momentos en que pensaba en los pilotos allí en la sala de mandos, y se los representaba mutilados, los aparatos destrozados hechos añicos y la nave cayendo desde gran altura sobre las altas y escarpadas peñas. Seguramente que el "Jius" al disminuir su velocidad había caído en una potente corriente atmosférica que lo llevaba fuera de su objetivo, y Ermakov

y Spitzin tuvieron que hacer esfuerzos inauditos para retenerlo en las señales dadas por radiogoniómetro. Como después dijo Spitzin, ni una sola vez en su vida había tenido que asentar una nave en condiciones tan horribles.

Y de pronto se quedó todo tranquilo. Una quietud completa y evidente, no quebrantada por la más mínima vibración, por el menor ruido. Este silencio absoluto cayó sobre los entorpecidos viajeros como un trueno, a Bikov le pareció que se había parado hasta el tiempo. Ante sus ojos aún flotaban manchas multicolores, por su cuerpo corría el sudor, las manos y piernas le temblaban. Luego les invadió una extraña apatía, un deseo infinito de estirar las piernas y dormir, dormir, dormir... A través de las bajadas pestañas vio cómo empezó a moverse Yurkovskiy y cómo después se levantó, dio algunos pasos inseguros, se pasó las manos por el rostro y se las miró con extrañeza manchadas de sangre.

-¿Qué te pasa? -preguntó Daugé en voz baja.

-N... nada... -Yurkovskiy frunció el ceño y movió la cabeza-. Parece que es de la nariz... Me duelen los ojos...

-¡Fffuj! -resopló Krutikov-. ¡Esto sí que fue un buen meneo, ya lo creo!

Yurkovskiy alzó los brazos, hizo algunos movimientos gimnásticos y de pronto se quedó helado.

-¡Camaradas! -gritó-. ¡Estamos ya en Venus... y vivos! ¡El "Jius" no se ha roto, diablos! ¡Daugé! ¡Levántate! ¿Comprendes? Estamos en Venus.

-Espera a alegrarte -le interrumpió Daugé-. Parece que a Ermakov le ha sucedido algo...

-Sí, yo también oí la voz de Spitzin -confirmó Krutikov.

-¿Vamos?

Se dirigían a la sala de mandos, pero la puerta se abrió y en el umbral apareció Ermakov, pálido, mojado por el sudor y con la cabeza vendada.

-¿Todos vivos? -con una rápida ojeada abarcó a los camaradas.

-Todos -respondió Daugé.

-¡Les felicito por el feliz descenso! -Se acercó a cada uno y les dio un fuerte apretón de manos.

-¿Y Bogdán? --preguntó Krutikov.

-Duerme.

-Gm...

-Estaba tan cansado que cayó como muerto.

-No es de extrañar -sonrió Krutikov-. Tres horas y media de esta... de esto... Casi no me sostienen las piernas.

-¿Es interesante, cómo está el "Chico"? ¿No cayó? -preguntó Bikov.

-Hagamos una salida -propuso Yurkovskiy no muy entusiasmado.

-No. -Ermakov otra vez los miró a todos y repitió-: No. De ninguna manera. Arréglense y descansen. De salir hablaremos dentro de unas cuatro horas, cuando recibamos todos los datos del laboratorio exterior. ¡Conecten los ionizadores, lávense... y a dormir!

"Y una copita de coñac", pensó Bikov.

-No iría mal comer un poco... -exclamó preocupado Krutikov.

-Como usted quiera. Yo particularmente me voy al baño y a la cama... Alexey Petrovich, ayúdeme a llevar a Bogdán a su camarote, ¿quiere?

-Voy, Anatoliy Borisovich.

No, todo era diferente a como supuso Bikov. Mucho más sencillo y mejor. Cuando a la media hora salió del baño más encarnado aún que de

costumbre y se metió bajo las sábanas de nuevo recordó la casita de Ashjabad... Sonrió feliz y se durmió.

Como siempre tuvo que despertarle Daugé. El rostro enjuto de éste parecía aún más delgado y sus negros ojos eran más hondos y brillaban febrilmente.

-Vístete, Alexey. Ponte el traje especial y ven a la sala de oficiales -pronunció con voz ronca-. Vamos a salir.

¡La primera salida! La idea de que él se encontraba en el planeta que había eliminado a tantos magníficos y audaces hombres se le clavó instantáneamente en el cerebro. Ahora debía empezar lo principal, para lo cual habían llegado hasta aquí...

Bikov se vistió precipitadamente, sacó de debajo del armario el traje especial y se lo enfundó. Todos estaban ya reunidos en la sala alrededor de la mesa con las escafandras espectrolíticas echadas hacia atrás mirándose unos a otros en silencio. Los ojos de Ermakov estaban muy abiertos, y parece que se le iluminaban como a los gatos. Krutikov continuaba chupando el tubo vacío.

-¿Café? -propuso Bikov sin dirigirse a nadie en concreto.

-Mejor después -dijo- Yurkovskiy-. No lo aplacemos más, hay que ir. ¡Lo nunca visto: cinco horas después del descenso y aún no hemos abierto las escotillas!

-Vamos -invitó sencillamente Ermakov.

-¿Armas? -Bikov miró al comandante.

Aquél asintió con la cabeza y encogiéndose salió hacia el corredor. Tras él siguieron los demás. Bikov corrió hacia arriba. Después de un minuto se unió a los demás con el automático en el pecho y dos granadas en el cinto.

-¡Alexey el conquistador! -bromeó Spitzin, Yurkovskiy frunció el ceño.

Se agruparon en la cámara estanque ante la escotilla exterior. Bogdán cerró herméticamente la puerta tras sí.

-¡Ponerse las escafandras! -ordenó Ermakov.

Ahora Bikov no veía las caras de sus camaradas y era desagradable. Empezó a trabajar la bomba, saltó la manecilla del manómetro. Ermakov cogió la palanca de la escotilla. Salió hacia un lado la barra de acero. La tapa vaciló y... un repugnante líquido grasiento gris amarillento se precipitó sobre los pies con un jugoso chapoteo. Era espeso y viscoso pero manaba libremente, y la luz del pro-vector hacía relucir con brillos de oro su superficie. Ésto fue tan inesperado que en los primeros segundos nadie se atrevió a moverse. Luego Yurkovskiy se echó adelante con un grito ahogado. Pero Bikov se le adelantó. Se agarró del borde de la tapa de la escotilla y tiró hacia sí con todas sus fuerzas. Los pies resbalaban en el fango y cayó de rodillas. Pero llegaron a tiempo Yurkovskiy y Daugé. Con un débil chapoteo la tapa fue cediendo hasta llegar a cerrar y Ermakov se apresuró a pulsar el botón del cerrojo.

Bajo los pies estaba derramado un turbio lodo del que se desprendía vapor. Bikov elevó el automático, pasó la manga por la culata y comprobó el interior del cañón. Luego limpió cuidadosamente sus rodillas llenas de barro.

-Por lo poco que entiendo -se oyó en los auriculares la voz de Daugé-, esto no es arena.

-Sí, poco se parece a un desierto -corroboró Yurkovskiy-. Puedo asegurarlo a pesar de que no soy especialista.

Ermakov se puso de cuclillas y examinó el charco de barro.

-Dejando las bufonadas para mejor ocasión -dijo-, me inclino a pensar que el "Jius" se posó en un pantano.

-Hasta las mismas orejas -convino Yurkovskiy-. ¿Pero dónde está el desierto?

-Nuestra vida está llena de sorpresas -suspiró Krutikov.

-¡Vaya servicio nos ha prestado Shtirner con su localización!

-¿Qué tiene que ver Shtirner con esto?

-Si el "Jius" se hubiese hundido del todo en este terreno pantanoso... -empezó Bogdán. Yurkovskiy impaciente propuso:

-¡Hay fácil solución! Vayamos a la escotilla superior y miremos.

Abandonaron la cámara y, dejando en el linóleum unas huellas de herrumbre aceitosa, subieron a la estrecha cámara de la escotilla de carga.

-¡Pantanos en Venus, hay que verlo para creerlo! -murmuró Krutikov-. ¡Vaya sorpresa!

La escotilla superior fue abierta con grandes precauciones, alertas a cerrarla de nuevo si era necesario. Pero nada extraordinario sucedió. Se oyó un débil silbido de la atmósfera exterior que penetraba en la cámara, y todo quedó en silencio.

-¡Hurra! -gritó Yurkovskiy-. Todo en orden. Abran.

La tapa se abrió con ruido. Ermakov que estaba delante se apoyó con el pecho en el borde. A su espalda, impacientes, movían los pies Yurkovskiy y Krutikov. Daugé, que se había metido entre ellos, se retiró hacia atrás mascullando algo entre dientes.

-Sssí -alguien pronunció-. M-muy interesante...

No vieron nada, el "Jius" estaba envuelto por una densa niebla amarillenta completamente inescrutable. Abajo a metro y medio brillaba turbiamente la superficie del pantano. En el silencio se oían sonidos extraños parecidos a una tos ahogada y un glú-glú desconcertante. Los astronautas estuvieron mucho tiempo observando las turbias blancuzcas oleadas de emanaciones. Algunas veces parecía que delante se vislumbraban algunas sombras, que aparecían unas monstruosas formas grises, pero sobrevenían nuevas y nuevas oleadas de niebla y todo desaparecía.

-Suficiente -dijo al fin Ermakov-. Y se me oscurece la vista. Será necesario hacer servir la técnica de los infrarrojos. -Se enderezó y echó una ojeada hacia arriba-. ¡Aja, el "Chico" parece que no se ha movido!

-Nos hemos empotrado bien... -Spitzin, echado sobre el borde de la escotilla, giraba la cabeza de un lado a otro con inquietud-. Los aros reactores están empotrados hasta su base.

-No es nada, observaremos un poco e intentaremos elevarnos.

-¿Y si el cuerpo se hunde aún más?

La técnica de los infrarrojos no aclaró nada.

En la pantalla se veían remolinos de sombras, el suelo de un mismo lugar a veces parecía movedizo, otras compacto, y otras poroso...

-Salgamos ya -propuso Yurkovskiy-. Allí veremos lo que es necesario hacer.

Se preparó para saltar. Bikov le sujetó del brazo.

-¿Qué pasa? -preguntó el geólogo algo irritado.

-Nuestra vida está llena de sorpresas -pronunció Bikov-. Yo iré primero.

-¿Y por qué?

Bikov señaló el automático en silencio.

-¡Deje ya de representar a lord Rokston! -exclamó Yurkovskiy mientras empujaba a Bikov.

-Alexey Petrovich tiene razón -dijo Ermakov-. Déjeme pasar a mí, Vladimir Sergeievich, por favor.

-No comprendo...

-Déjeme pasar a mí y a Bikov. Volveremos dentro de tres minutos...

Todos sabían que según las reglas el comandante no debía abandonar la nave el primero en un lugar desconocido. Pero... comprendían a Ermakov. Y Yurkovskiy en silencio dio un paso a un lado. Bikov con un movimiento rápido puso el automático en el seguro y saltó detrás de Ermakov. Sus piernas se hundieron hasta las rodillas en la masa líquida.

Tercera parte - EN LOS LÍMITES DE LA GOLCONDA URÁNICA

EN LOS PANTANOS

Pantanos en Venus. Esto les parecía absurdo a los astronautas. Más absurdo que los bosques de palmeras en la Luna o un rebaño de vacas en las desiertas cimas de los asteroides. La blancuzca niebla en lugar del ardiente cielo y el líquido limo en lugar de la seca y caliente arena. Esto rompía la creencia establecida desde mucho tiempo y representaba en sí un descubrimiento de gran importancia. Pero al mismo tiempo complicaba la situación ya que era inesperado. Y precisamente nada estropea tanto un asunto serio como las sorpresas. Incluso el intrépido conductor de los todo terreno en los desiertos de Gobi, que no había estudiado las teorías reinantes en la ciencia sobre Venus, y que no tenía ninguna idea sobre este planeta, se sentía bastante desanimado: lo poco que había visto a través de la abierta escotilla no concordaba en absoluto con el papel de guía-especialista en desiertos, para el cual se había preparado.

En lo que se refiere a los demás miembros de la tripulación, y por cuanto sus juiciosos puntos de vista eran naturalmente más amplios, la sorpresa provocó en ellos temores más serios. No era que los pilotos y geólogos no estuvieran preparados a toda clase de complicaciones. Todos sabían, por ejemplo, que con la velocidad del "Jius" el lugar de descenso podía resultar a muchos miles de kilómetros de la Golconda; el "Jius" podía asentarse en las montañas, volcar e incluso destrozarse en las escarpadas cimas. Pero todo esto eran complicaciones y fallos más o menos previstos y por esto no espantosos, incluso si de ellos dependían sus propias vidas. "En una gran empresa siempre hay peligro -le gustaba decir a Krayujin-, y aquellos que temen a la muerte no van por nuestro camino". ¡Pero pantanos en Venus!...

Con todo su dominio de sí mismo y enorme experiencia cada astronauta podía únicamente disimular con grandes esfuerzos su preocupación. Su profesión les había enseñado a ser reservados en estos casos. Y sin embargo cada uno de ellos comprendía que el éxito de la expedición y sus mismas vidas dependían ahora de toda una serie de circunstancias imprevistas. En la mente de todos ellos surgían nuevos interrogantes. ¿Hasta dónde llegan los pantanos? ¿Qué representan en realidad? ¿Podrá transitar por ellos el "Chico"? ¿No hay peligro de que el "Jius" se hunda aún más o se vuelque y se sumerja? ¿Se puede arriesgar a elevar de nuevo la astronave para intentar asentarla en algún otro lugar?

Poco antes del despegue Daugé había dicho a Krayujin: "¡Con tal de que podamos descender felizmente! Porque una vez allí, si es necesario, pasaremos aunque sea a través del infierno". Todos sabían que era posible

que tuviesen que pasar "a través del infierno", pero quién podía suponer que este infierno sería así, turbio, hirviente e incomprensible?...

Como ya se dijo, Bikov por su poca información tenía preocupaciones de distinta índole. No le inquietaba la suerte de la expedición ya que creía en las maravillosas cualidades y posibilidades del "Jius", en las de sus camaradas, y principalmente en Ermakov, en la voz del cual no se notaba ni la más mínima sombra de desconcierto. Para Bikov las sorpresas eran únicamente aventura. Y él se sintió muy halagado cuando Ermakov se puso de su lado en la pequeña discusión con Yurkovskiy en la escotilla.

Arrancando con dificultad los pies del pegajoso fango, Bikov dio algunos pasos tras Ermakov. Aquél se paró para escuchar. Una espesa semioscuridad amarillenta les envolvía. Veían sólo una pequeña parcela del grasiento pantano, pero se oían muchos ruidos. Por lo visto era el pantano el que emitía estos extraños sonidos. Suspiraba roncamente, tosía, expectoraba. Unos sordos gemidos llegaban de lejos con bramidos y prolongados silbidos. Era casi seguro que estos sonidos también los producía el terreno pantanoso, pero Bikov pensó de pronto en bestias fantásticas que podían esconderse en la niebla y palpó las granadas en el cinto. "¡Sí les cuento esto a los amigos de las expediciones por los desiertos de Gobi -pensó-, no van a creerme!". Una desagradable sensación de soledad le invadió. Echó una mirada hacia atrás, a la oscura mole del "Jius", cogió el automático en sus manos y avanzó hacia Ermakov.

Tic... tic-tic... -empezó a golpear el dosímetro casi imperceptible. "No es mucho, no más de una milésima de röentgen", se tranquilizó a sí mismo y enseguida se olvidó de esto al notar bajo sus pies algo duro. Se encogió y buscó con su mano libre. A través del humo de las evaporaciones sobresalían de la mohosa superficie aceitosa unos angulosos bloques de piedra cubiertos de légamo.

-¿Cómo le va, Alexey Petrovich? -oyó la voz de Ermakov.

-Por ahora nada... extraordinario -respondió Bikov-, todo va bien. Muy fangoso. Bajo los pies tengo algo, no sé si piedras o restos...

Resbalando y tropezando pasó por entre unos bloques o terrones de extraña configuración. Chapoteaba con los pies, el fango chupaba...

-¿Succiona mucho? -preguntó Ermakov.

-No -respondió Bikov y se hundió hasta la cintura.

"No vaya a hundirme por casualidad..." -pasó por su mente. Pero en este momento el cañón del automático tropezó con algo duro. Bikov se quedó mirando con extrañeza. Le cerraba el camino una rugosa superficie de color gris brillante en el borde.

-¡Anatoliy Borisovich! -llamó.

-¿Sí?

-Más allá el pantano está asfaltado.

-No le comprendo. Ahora voy.

-Le digo que más allá el pantano está cubierto de asfalto.

-¿Estás delirando, Alexey? -se oyó la voz alarmada de Daugé. Éste, junto con los demás componentes de la expedición, estaba en la abierta escotilla y escuchaba cada palabra de los exploradores.

--¡Es verdad, auténtico asfalto! O algo parecido. -Bikov empujó el automático hacia la espalda y se apoyó con las manos. La masa pantanosa le retenía, al fin logró apoyar las rodillas, se arrastró del borde y se puso de pie. Tic... tic-tic... tic...-. ¡Verdadero y fuerte asfalto, Anatoliy Borisovich, estoy en él!

-¿Puede que sea la orilla? -con una secreta esperanza en la voz preguntó Ermakov mientras se acercaba.

-No sé... no, no es orilla. Es como una costra encima del pantano.

Ermakov se agachó.

-Tiene un espesor de unos treinta centímetros aproximadamente -dijo-.

-Ya sé lo que es esto -dijo Krutikov-. El "Jius" descendió con el fotorreactor...

-¡Ah demonio! -Se oyó como Yurkovskiy se daba con la palma de la mano sonoramente en la escafandra-. Pero si esto es...

-Fango recocido, indudablemente -confirmó Ermakov-. El fotorreactor evaporó el agua y se ha formado una costra. Y el "Jius" al posarse en ella la rompió.

-Algo así será -acordó Bikov. Iba por el borde de la costra mirando con interés-. Es ancha como la Plaza Roja; y llana, se podría bailar. Pero está cubierta de grietas.

-¿El "Chico" pasará? -preguntó Ermakov. Bikov respondió con despreocupación:

-El "Chico" pasa por todos los sitios. -Tic-tic... tic... tic-tic...

-Bien, camaradas... Yo regreso. Creo que la tripulación puede salir. Yurkovskiy y Spitzin, vayan con Bikov.

-¡A la orden!

-¡"Adelante conquistadores celestes"! -cantó Yurkovskiy bromeando mientras salía por la escotilla. ¡Eh, Bogdán, apártate!

-¿Y yo? -preguntó Daugé ofendido.

-Usted y yo nos ocuparemos del análisis de las muestras del fondo y de la atmósfera y además miraremos algo más.

-Bien, Anatoliy Borisovich.

-Mijail Antonovich -dispuso Ermakov llegando a la cámara-, vaya a la sala de mandos e intente sondear los alrededores con el radar... Camarada Bikov, ahora vendrán Yurkovskiy con Spitzin. Usted es el jefe. Prueben de llegar hasta el borde exterior de la plazoleta. No vayan más allá.

-Obedezco.

"Correcto -pensó Bikov-. Sería una tontería arrastrarse a tontas y a locas en este terreno pantanoso cuanto tenemos al "Chico". Aunque aún hay que bajarlo...".

No muy lejos se oía blasfemar a Yurkovskiy a media voz. La voz ahogada de Spitzin pronunció:

-Más a la derecha, a la derecha, Vladimir...

A los pocos minutos tras unos chapoteos salieron de la niebla dos grises figuras.

-¿Dónde estás, Alexey? Diablo..., no se ve nada... ¿Qué, aún no te engulleron los monstruos del país?

-Dios me perdonó -masculló Bikov mientras les ayudaba a subir.

Yurkovskiy dio unos saltos para probar la fortaleza de la costra. Bogdán se frotaba con la mano la parte delantera de la escafandra manchada de fango mientras exclamaba:

-En vano, les digo...

-¿Qué?

-Que en vano han llamado a esto Venus.

-¿A quién? Ah-ha... -Bikov se encogió de hombros-. El nombre, sabes, no es lo que importa.

Yurkovskiy se echó a reír.

Siguieron adelante sin prisas saltando a través de anchas grietas en las que humeaba la líquida masa de légamo.

-¡Bogdán! -pronunció Bikov bajando la voz-. El pantano irradia... ¿Oyes?... Tic... tic-tic-tic.

-Sí. Esto no es nada. Nuestros contadores son muy sensibles.

-Todo lo que cae bajo el fotorreactor debe irradiar -sentenció Yurkovskiy en tono instructivo-. Esto lo sabe el más...

-Esperen... -Bogdán levantó la mano. Se pararon. Las voces de Ermakov y Daugé casi no se oían entre los pequeños parásitos de los auriculares.

-¿Cuánto creen que nos hemos alejado del "Jius"? -preguntó Spitzin.

-Unos setenta-ochenta metros -respondió rápido Bikov.

-Bien. Entonces esto quiere decir que nuestros radioteléfonos sirven sólo para esta distancia.

-Poquito -indicó Yurkovskiy-. ¿Será por la ionización?

-Sí.

Tic... tic-tic... tic-tic...

Siguieron alejándose. El rugido, el glú-glú y el aullido se hacían más intensos. A lo lejos hacia la derecha se oyó un fuerte rugido.

-¡Míralo! ¡Allí está!

El borde exterior de la enorme torta quemada en la superficie del pantano por las llamas del fotorreactor era redondeada y con suave pendiente se perdía en el líquido. Enseguida, muy cerca de ella, se veían a través de la niebla unas caprichosas siluetas gris-pálidas de extraños vegetales. Estaban al alcance de la mano, a no más de unos diez pasos, pero las blanquecinas olas de vapores tergiversaban sus siluetas, abriendo detalles al mismo tiempo que envolvía en la bruma impenetrable a otros y era imposible verlos detalladamente.

-Un bosque de Venus -susurró Yurkovskiy con tal extraña expresión que Bikov le miró de reojo.

-Sí... de Venus. Para mí que es una porquería -dijo Bogdán tosiendo.

-¡Calla Bogdán! No digas tonterías... ¡Pero si esto es vida! ¡Nuevas formas de vida! ¡Y nosotros, nosotros las hemos descubierto...!

-Miren, me parece que allí viene una nueva forma de vida -murmuró Bikov mirando intranquilo hacia una gran mancha oscura que se había revelado de pronto en el borde de la costra no muy lejos de ellos.

-¿Dónde? -se volvió rápido Yurkovskiy. La mancha desapareció.

-Me ha parecido... -empezó Bikov, pero un apagado gruñido le interrumpió-. ¿Lo oyen?

-Esto es aquí, muy cerca... -Spitzin señaló a la derecha.

-Sí, sí, no muy lejos. Esto significa que verdaderamente lo vi...

Bikov sacó despacio una granada del cinto mientras escudriñaba alerta los alrededores.

-¿Muy grande? -preguntó Spitzin.

-Grande...

De nuevo se oyó el gruñido, ahora muy cerca. Ni un animal terrestre podía exhalar tales sonidos mecánicos, parecidos al bramido de una sirena de vapor, y al mismo tiempo lleno de amenaza.

Bikov se estremeció.

-Brama... -dijo en voz baja.

-Sí... ¿Vamos a ver? -propuso Yurkovskiy. Tic... tic-tic... tic-tic...

-No, no debemos ir -dijo Spitzin-. Sería una temeridad...

Bikov no dijo nada.

-¿Tenéis miedo? Voy a ir solo... -Yurkovskiy dio unos pasos adelante.

Todo sucedió muy rápido. Bikov se volvió hacia Spitzin, y en este momento algo cayó sobre la plazoleta como si hubieran dejado caer en el asfalto un paquete de ropa mojada. Una oscura masa redonda del tamaño de una vaca se acercó hacia ellos entre la niebla. Yurkovskiy dio un paso atrás. Durante un segundo a Bikov le pareció que a su alrededor había un silencio mortal. Luego el apagado "tic-tic" del dosímetro le volvió a la realidad.

-¡Échate! -chilló.

Spitzin cayó boca abajo y vio como Bikov dio un salto atrás y agitó el brazo derecho una y otra vez. Dos sordas explosiones lo dejaron aturdido. La niebla se iluminó con dos cortas llamaradas color naranja, y por dos veces surgió e inmediatamente desapareció en la oscuridad el húmedo cuerpo reluciente, un enorme saco de piel cubierto de profundos pliegues. Con un silbido pasaron rápidos los cascos, luego quedó todo silencioso.

-Finita la comedia -pronunció Spitzin maquinalmente mientras se levantaba.

-¿Dónde está Yurkovskiy? -gritó Bikov jadeante.

-Aquí... Denme la mano...

Lo subieron al "asfalto" embarrado de pies a cabeza. El "gallito" sin decir nada salió corriendo hacia el lugar donde tres minutos antes se encontraba el monstruo.

-Nada -dijo desilusionado.

Efectivamente, el monstruo había desaparecido.

-¡Pero si estaba aquí! -Yurkovskiy iba por el borde de la plazoleta, se paraba, se agachaba apoyando las manos en las rodillas, observaba atentamente entre los difusos contornos de las ramas entrecruzadas y troncos a través de la niebla formada por las evaporaciones.

-Estaba...

-El... aquello... huyó.

-Como si se hubiera disuelto -dijo Spitzin pensativo.

-¿Quizá no acertó? -preguntó ingenuamente Yurkovskiy parándose ante Bikov, que preocupado examinaba el automático.

Bikov dio un soplido despectivo.

-Bien, se marchó, y gracias a Alá -dijo Spitzin-. ¿Es interesante, qué querría? ¿Puede que quisiera almorzar?

-¡Absurdo! -pronunció expresivo Yurkovskiy-. ¡Asombrosamente absurdo! ¡Y de dónde habrán sacado esta tonta idea sobre los monstruos caníbales de otros planetas! ¡Bueno, se comprende en los novelistas y escritores, pero tú, tú que eres un viejo cosmonauta, Bogdán!...

Regresaron en silencio. Las voces de Ermakov y Daugé no se oían: seguramente ya habían vuelto al interior del "Jius". Antes de penetrar en el humeante légamo de nuevo Yurkovskiy dijo pensativo:

-Sea como sea, hay seres vivos en Venus. ¡Muy interesante! Sólo que... ¿está seguro, Alexey Petrovich, de que no falló?

Esto era ya demasiado. Bikov resopló furioso y apretó el paso. Tic... tic-tic-tic... tic-tic...

Bikov se retrasó para limpiar el arma y al entrar en la sala de oficiales se encontró con la discusión en pleno ardor. Yurkovskiy y Daugé, separados por la mesa, se chillaban el uno al otro enardecidos, y Krutikov con Spitzin les escuchaban con una sonrisa irónica, insertando de vez en cuando alguna réplica mordaz. Ermakov no estaba allí.

-¿Entonces, cómo explicas esto? -preguntaba Daugé con porfía y por lo visto no por primera vez.

-Yo ya te he...

-Esto ya lo sé. Yo quiero saber: ¿por qué en este caso se abalanzó hacia vosotros?

-¿Pero quién te dijo que se abalanzó hacia nosotros?

-Bogdán lo dijo y tú mismo lo confirmaste.

-No es verdad. Sencillamente se topó con nosotros. Es más: ¡yo estoy seguro de que hasta que el bravo Bikov no le propinó sus bombas, ni tan siquiera sospechaba nuestra existencia!

-Particularmente -dijo Spitzin-, en tales casos yo siempre me inclino a pensar en lo peor, y estoy muy agradecido a Alexey Petrovich.

-Pues yo -dijo Bikov mirando a Yurkovskiy de reojo-, no tenía derecho a actuar de otra manera. ¡Y en adelante así actuaré, ruego que lo tengan en cuenta!

Yurkovskiy torció los labios con menosprecio.

-Nos hemos alejado de lo esencial del asunto -dijo dirigiéndose a Daugé-. Así que...

-Así que -cogió el hilo de la frase Spitzin-, tú Vladimir, aseguras que seres de diferentes mundos, diferentes planetas, no pueden experimentar fácil comprensión al verse uno a otro. Diferente organización, diferente evolución y todo esto. ¿No es así?

-Primitivo, pero es así -acordó Yurkovskiy.

-No sé... puede que tengas razón, aunque... ¿Recuerdas a Valia Besujov del grupo de servicios? Tú debes recordarla. Ella tenía un perro... así, una mezcla de baset y bulldog, un can extraordinariamente estúpido. Cuando Voronov trajo de Calisto un lagarto blanco, el híbrido -me refiero al can- penetró en la jaula y en un instante se zampó las patas del lagarto, nadie tuvo tiempo de hacer nada. La verdad es que el perro sufrió enormemente toda una semana del estómago...

-Lo ves... -dijo con incertidumbre Yurkovskiy. Krutikov y Bikov soltaron la carcajada.

-Así de triste terminó el encuentro de dos seres de diferentes mundos -resumió seriamente Spitzin-: Un perro del planeta Tierra y un lagarto del satélite de Júpiter.

-Pero si esto se comprende... -Yurkovskiy se quedó pensativo y renunció exclamando-: ¡Hombre de las cavernas!

Entró Ermakov como siempre tranquilo, sólo que un poco más pálido de lo normal. Se sentó ante la mesa, abrió el cuaderno de notas e inclinó su vendada cabeza sobre el mismo. Todos se callaron. Bikov se sentó lo más cómodo que pudo y se preparó a escuchar.

-Ruego que presten atención, camaradas -dijo Ermakov-. Es necesario discutir el plan de nuestra actuación en el futuro.

Se hizo un silencio sepulcral, se oía el zumbido del refrigerador.

-No tengo aún información del grupo de Bikov... -Ermakov cerró el cuaderno y se apoyó en el respaldo del sillón-. Alexey Petrovich, informe de los resultados de la exploración.

Bikov se levantó.

-Terreno pantanoso -empezó-, muy cenagoso. A diez pasos del "Jius"...

Relató todo lentamente, procurando no omitir ningún detalle. Ermakov escuchaba con atención, asentía mientras anotaba algo en el cuaderno. A Bikov le extrañó un tanto que el comandante al escuchar el relato de la

aparición del animal desconocido, no manifestara ningún interés y sólo sonriera cuando Yurkovskiy se removió impaciente, protestando por lo visto contra la descripción detallada que hacía de su comportamiento en el momento de la "batalla" contra el monstruo de Venus.

-Eso es todo -suspiró Bikov.

-O sea, con los pies al aire... -repitió Ermakov-. Gracias, camarada Bikov. Siéntese.

Daugé le guiñó el ojo e hizo un movimiento con la cabeza en dirección del enfurruñado "gallito". Bikov retuvo la sonrisa y se volvió.

-Bien pues... -Ermakov se levantó, tocó su vendaje, se encogió de dolor-. Resumiendo todo lo que conocemos, el "Jius" inesperadamente se ha asentado en un pantano. Según mis cálculos nos encontramos a no más de cien kilómetros al sur de la Golconda. No más de cien... La distancia como ven no es mucha. En otras circunstancias nos bastaría un día para cubrir esta distancia. Pero...

-Es precisamente la cuestión -pronunció a media voz Spitzin.

-...estamos en terreno pantanoso. Más aún, por los datos recibidos por medio del radar, no muy seguros, es verdad, el pantano se encuentra rodeado por una cordillera de montañas, encerrado en un círculo rocoso, y en este círculo no ha sido posible sondear ningún paso.

-¿Un volcán? -preguntó Daugé.

-Es posible que nos encontremos en el cráter de un gigantesco volcán de barro. Y debe ser un volcán sumamente extraordinario, ya que el análisis del agua legamosa muestra... -Ermakov abrió el cuaderno-: Una mezcla aproximada en las mismas proporciones de agua pesada y extrapesada.

Yurkovskiy dio un salto:

-¿Agua de tritio?

-T^2 O -asintió Ermakov.

-Pero...

-Sí. El período de desintegración del tritio es sólo de alrededor de doce años. Esto significa...

-Significa -añadió Daugé-, que o nuestro volcán se ha formado no hace mucho, o existe cualquier fuente natural que suple la merma de tritio.

Bikov no tenía idea de cómo debía ser la fuente natural del hidrógeno superpesado, el isótopo que en la Tierra se produce en reactores especiales. Pero callaba y continuaba escuchando.

-Y aún no es todo -dijo Ermakov-. El cráter, si esto es un cráter, será un abismo sin fondo. En todo caso nuestros ecoscopios han fracasado en este intento.

-¿Cuál es el diámetro del cráter? -rápido preguntó Yurkovskiy.

-El cráter por lo visto es casi redondo y su diámetro tiene alrededor de cincuenta kilómetros. El "Jius" se encuentra cerca del borde nordeste: por este lado nos separan unos ocho kilómetros de la cordillera. Esta es nuestra situación, camaradas.

Yurkovskiy se levantó, se arregló los cabellos:

-En pocas palabras, debajo de nosotros tenemos centenares de metros de terreno pantanoso. De nuestro objetivo nos separan cien kilómetros, de los cuales diez son de pantanos, y la barrera de montañas. ¿No es así?

-Así es -asintió Ermakov.

-El pantano está compuesto por la mitad de agua de tritio. Me permito recordarles que el tritio se descompone con la emanación de neutrones, y la

irradiación neutrónica -me refiero a una larga irradiación- no es ni mucho menos una bagatela, incluso teniendo los trajes especiales.

-Completamente de acuerdo.

-Bien... Bikov nos asegura que el "Chico" pasará a través del pantano. Pero ¿y las peñas?

-Gmrn... Y a pesar de todo preferiría que antes de partir con el "Chico", dejáramos al "Jius" en situación menos peligrosa. Tengan en cuenta...

Yurkovskiy se sentó.

-No creo que sea necesario volar las peñas -empezó Daugé-, la cordillera no puede ser completamente cerrada, habrá alguna salida que tendremos que buscar, y nosotros la hallaremos.

-Y otra cosa quiero que tengan presente -dijo Spitzin-, y es que el "Jius" no es apto para el vuelo horizontal. Muy fácilmente podemos equivocarnos y dar un salto de miles de kilómetros. Todos nosotros sabemos cuáles pueden ser las corrientes atmosféricas de este "querido" planeta. Y al fin y al cabo es mejor estar asentado en el pantano que tendido en las rocas...

Yurkovskiy se encogió de hombros.

-Por lo que veo -se decidió a hablar el hasta entonces silencioso Krutikov-, se trata de saber qué es más peligroso: dejarlo todo tal como está o intentar abandonar el pantano. ¿No es eso?

-¿Su opinión? -preguntó Ermakov.

-Si Alexey Petrovich responde del "Chico" y los geólogos responden del "Jius", debemos dejarlo todo como está.

-¿Qué significa "responden" del "Jius"? -preguntó Yurkovskiy.

-O sea, si demuestran que el "Jius" no se hundirá ni se volcará. -El observador se metió en la boca la pipa vacía.

Ermakov se levantó.

-Entonces, el "Jius" quedará aquí -dijo con voz firme-. Daugé y yo efectuamos las mediciones necesarias y a mí me parece que la astronave tiene suficiente estabilidad. De cualquier modo, el peligro de hundirse en el pantano no es mayor que el de caer y destrozarse en los escarpados en el intento de desplazarlo a otro lugar. Así que quedará aquí.

Bikov miró de reojo a Yurkovskiy. Aquél no hizo ningún movimiento.

-Sigamos... No podemos dejar al "Jius" sin vigilancia. Por lo tanto con el "Chico" saldrán cinco personas. Uno de los pilotos debe quedarse.

Spitzin se estremeció y miró con ansiedad a Ermakov. Krutikov se sacó la pipa de la boca.

-Dejo a Krutikov como guarda permanente del "Jius". ¿No hay objeciones? Me refiero, se comprende, a objeciones vitales...

Por el ancho y bondadoso rostro del observador se veía que tenía motivos para objetar, pero desgraciadamente no eran de peso.

-Magnífico. No vamos a perder el tiempo, camaradas. Tenemos que partir durante las próximas veinticuatro horas. Aunque ahora según el tiempo de Venus es de noche, no creo que la oscuridad nos estorbe mucho más de lo que ahora la niebla. Comamos algo...

-...lo que Dios nos traiga -suspiró Krutikov.

-...y vayamos a por el "Chico". ¿Alguna pregunta?

La reunión se terminó. Bikov observó que todos se esforzaban en expresar su simpatía hacia Krutikov, que verdaderamente tenía un aspecto muy infeliz. Yurkovskiy le sirvió un vaso de cacao y Spitzin abrió especialmente para él un pote de embutido sin grasa.

-A propósito -exclamó Yurkovskiy clavando su tenedor en el frío pollo hervido- tenemos suerte de que haya tan sólo unos metros desde la cúpula del "Jius" hasta la superficie del pantano. No tendremos tantos tráfagos con el sistema de poleas del que con sinceridad, no entiendo nada.

-Es sencillo -declaró Daugé-, no es tan complicado, y además tendrás ocasión de aprender cuando tengamos que volver a subirlo. Pero ahora, claro, es nuestra suerte... ¿Qué dices, Alexey?

-En un instante -masculló Bikov con la boca llena.

Y verdaderamente, el "Chico" fue bajado en un instante. Sacaron la pared anterior del conteiner y Bikov con tono de suficiencia rogó a los camaradas que volvieran a la cámara del "Jius".

-Así será... (tosió) menos peligroso -dijo en forma evasiva e indefinida.

Los astronautas le obedecieron extrañados. Bikov abrió las escotillas del transportador, se sentó ante el tablero de mandos y puso sus dedos en el teclado. El "Chico" empezó a gruñir y movió las orugas despacio. "Y ahora... -pensó Bikov-, ahora los vamos a asombrar". El motor bramó de modo ensordecedor y el "Chico" saltó. Los cosmonautas vieron cómo una masa oscura apareció por un instante y con ruido sordo y rechinar metálico se sumergió en la niebla. El "Jius" se balanceó. El pantano se estremeció por el fuerte golpe. Rechinando con las orugas por los fragmentos de la costra de "asfalto", el transportador salió con dificultad de la masa semilíquida, con inesperada ligereza flotó y se deslizó, esparciendo a su alrededor surtidores de limo, describió un pequeño círculo y se paró ante la escotilla de la astronave. La viva luz del proyector iluminó los remolinos de la niebla de vapores.

-¡Todo un maestro! -exclamó Yurkovskiy.

Krutikov aplaudió entusiasmado. Una larga e informe figura apareció ante la escotilla, se puso firme y con voz de madera se oyó en los auriculares:

-Camarada comandante, el "Chico" está preparado para la marcha.

-De todas maneras, Alexey Petrovich, hubiera tenido que avisarnos.

-Esto es imposible -rió Spitzin-. El verdadero maestro siempre tiene un poco de prestidigitador. ¡Debe recibir alguna satisfacción por su maestría!

Empezó la carga de las cámaras del "Chico". Los astronautas trabajaron varias horas transportando las cajas con víveres y equipo, las bolsas de nylon con agua acidificada vitaminada desde las cámaras-almacén a la cámara-estanque y de la misma a las escotillas del transportador. Sobre el pantano descendió la noche, una oscuridad impenetrable envolvió todo alrededor. De la negra niebla llegaban sonidos apagados. Casi imperceptibles pero incesantes sonaban los contadores dosímetros: tic... tic-tic... tic...

Al fin todo estaba listo. Bikov y Ermakov examinaron por última vez el transportador desde los periscopios hasta las orugas, escudriñaron en el compartimento de máquinas, comprobaron la solidez de fijación de la carga que llenaba casi todo el espacio libre en el departamento de viajeros, y salieron al exterior. Todos les esperaban ya, y el húmedo material de silicato de los trajes resplandecía a la luz de los proyectores.

Bikov cerró herméticamente las escotillas. Ermakov ordenó:

-¡Ahora a dormir todos! Dentro de un cuarto de hora voy a comprobar si han obedecido.

Cansados pero contentos, subieron al "Jius" bromeando entre ellos.

Pero no fue posible dormir. Cuando después de despojarse de los trajes especiales se reunieron en la sala de oficiales para tomar algo para cenar,

Krutikov, que tenía prisa e iba el primero, de pronto resbaló y quedó sentado en el suelo.

-¡Aquí tenéis el fruto de tantas prisas! -exclamó Yurkovskiy.

-¡Demonio! -el obeso observador se puso de pie y olfateó la mano-. ¿Qué... quien derramó esta porquería aquí?

-¿Qué porquería?

-Esperen camaradas... -dijo Ermakov alarmado-. ¿Qué es esto?

El suelo de la sala estaba cubierto por una delgada película de mucosidad transparente de color rojizo. Y sólo entonces Bikov notó un olor fuerte y desagradable parecido a la fetidez de frutos podridos. Le picaba la garganta. Yurkovskiy aspiró con la nariz, resopló y estornudó.

-¿De dónde sale este mal olor? -pronunció él mirando alrededor.

Ermakov se inclinó y tomó con precaución un poco de mucosa en el dedo del guante. Los cosmonautas se miraron unos a otros con perplejidad.

-¿Qué es lo que realmente ha sucedido? -preguntó Daugé inquieto.

-¡Vean, miren! -Krutikov señaló el bufete-. ¡Y también allí! ¡Y allí!

Por entre las ranuras de las puertecillas del bufete caían tiras de unos hilos rojizos. Una gran mancha se veía en el ángulo cerca del refrigerador. Un plato olvidado en la mesa estaba lleno de una herrumbrosa y peluda telaraña.

-¿Parece moho?

Ermakov se frotaba el dedo con repugnancia mientras movía la cabeza.

-Nos olvidamos de esto... -murmuró.

-¡Ah! -Yurkovskiy cogió el plato de la mesa, lo inclinó y soltó con aversión-. Ya comprendo.

Se acercó al bufete, luego se inclinó sobre la mancha cerca del refrigerador. Bikov le observaba con alarma y extrañeza.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó de nuevo Daugé.

-Ya se lo han dicho -respondió Yurkovskiy-: No hemos vigilado. Hemos dejado penetrar al enemigo en nuestra fortaleza.

-¿Qué enemigo?

-Moho... hongos... -como para sí, pronunció Ermakov-. Hemos traído al "Jius" esporas de la fauna de Venus, y he aquí el resultado... ¿Cómo pude olvidarme de esto? -Se frotó enérgicamente el rostro-. Miren, camaradas, dejemos el sueño y la cena. Hay que revisar la nave y desinfectar minuciosamente todos los locales con ultrasonidos. Esperemos que nada peligroso haya sucedido... pero por si acaso ordeno a todos que tomen una ducha inmediatamente y se froten con alcohol.

-¿Quizá después? -preguntó Yurkovskiy.

-Después también. Pero ahora sin falta. ¡Al trabajo, al trabajo!

Aturdidos por esta nueva sorpresa, alarmados por el tono desconocido en la voz del comandante, los astronautas comenzaron el examen. El tapizado de piel en algunos camarotes estaba cubierto de blancuzcas ampollas del tamaño de la cabeza de una aguja. Los tapizados poliméricos no habían sufrido. Los objetos que contenían humedad se habían cubierto de moho filiforme. En las alfombras, toallas y sábanas se formaron verdaderas montañas de mohosas telarañas. Krutikov descubrió con espanto que todos los alimentos no conservados que se encontraban en el bufete, entre ellos el trozo de jamón por él preferido, se habían convertido en informes bolas color marrón que exhalaban un fuerte y desagradable olor. Era un verdadero desastre, y fue necesario pasar el tubo con ultrasonidos por todos los rincones.

-Por lo visto el agua ligera es para la microfauna de aquí mucho más favorable que el agua pesada -observó.

-Si... desgraciadamente... -respondió Ermakov secamente.

Bikov por si acaso roció con líquido desinfectante todos los automáticos y granadas y bajó para ayudar a Daugé que examinaba los paquetes de pan "eterno" envueltos en fundas de polietileno. De momento el pan no había sufrido ningún daño.

-¿No sabes por qué Ermakov se ha alarmado tanto? -preguntó.

-No lo sé. Pero evidentemente, hubiera sido mucho mejor si esto no hubiera sucedido... Sólo puedo decirte que Ermakov no es una persona que se inquiete por cualquier cosa.

Esto Bikov lo comprendía. Sin embargo, Ermakov satisfizo su curiosidad cuando después de tres horas de trabajo los miembros de la tripulación se reunieron por fin en la sala de oficiales para cenar "lo que Dios nos envíe", como se expresó Krutikov con amargo sarcasmo (caldo de carne y chocolate), y el comandante dijo sin mirar a nadie:

-Cinco años atrás la tripulación de la nave "Astra-12", que había descendido en Calisto, murió de una enfermedad desconocida que duró quince horas. Creo que no sucederá algo parecido con nosotros. Pero... estén alertas. Comuníquenme inmediatamente el más mínimo síntoma de indisposición.

Se calló, repiqueteó con los dedos en la mesa, y añadió:

-Después de cenar nos lavaremos, frotaremos con alcohol y a dormir. Tienen aún siete horas para reposar. Usted, camarada Krutikov, le ruego venga conmigo.

-Ahora me tomaría con gusto una copita de coñac -susurró Bikov.

Daugé exhaló un cortó suspiro.

ROJO Y NEGRO

A la derecha y a la izquierda se arrastran negros peñascos verticales lisos y relucientes como antracita. Delante todo está sumergido en una rojiza oscuridad, parece que las paredes interminables de este corredor se unen allí. El fondo de la hendidura, removido y sinuoso, está cubierto por una espesa capa de oscuro y pesado polvo. Tras el transportador el polvo forma elevados remolinos que rápidamente van posándose cubriendo las huellas de las orugas. Y arriba se extiende una estrecha faja dentada de cielo rojo-anaranjado, y por ella se deslizan a enorme velocidad nubes con manchas purpúreas. Da escalofríos pasar por este sobrecogedor paso recto y estrecho como un corte de cuchillo entre las paredes de negro basalto. Seguramente por un camino así llevó Virgilio al infierno al autor de la "Divina Comedia". La lisura de sus paredes nos lleva a pensar en la extraordinaria... quizás incluso racional, exactitud de las fuerzas que lo crearon. Es un enigma más de Venus, demasiado complicado para desentrañarlo de paso.

Sin embargo, Daugé y Yurkoyskiy no perdieron la ocasión para erigir algunas hipótesis. Balanceándose y dando saltos, golpeándose con las cabezas en el tapizado del bajo techo, divagaban sobre movimientos sinclinales y epirogénicos, se acusaban uno a otro de no saber las verdades elementales y para confirmarlo buscaban apoyo en Ermakov y Spitzin. Cansado ya, el comandante se puso la escafandra y desconectó los auriculares y Bogdán, en contestación a la pregunta de pura retórica sobre

cuál era su parecer en relación a las posibilidades del metamorfismo de las capas superiores bajo la acción de las penetraciones graníticas en Venus, dijo seriamente:

-Creo que la rectificación del alelo influye en el fenotipo únicamente cuando el fenotipo es homozoico...

Esta respuesta provocó la indignación de los litigantes, pero terminó con la discusión. Bikov, que no entendía de tectónica ni de genética formal, se alegró de que la discusión cesara: la incomprensible habladuría de los geólogos inoportuna ante la realidad del rudo y salvaje mundo envuelto en tinieblas rojo-negras que reinaba al otro lado de la escotilla mirilla.

Ayer, cuando cubierto de viscoso barro y arrastrando tras sí largos mimbres de blancuzcos vegetales, el transportador escapó por fin del terreno pantanoso y de la niebla en la rocosa base de la cordillera, fue necesario ir durante mucho tiempo atrás y adelante en busca de algo parecido a un paso. Las rocas, cubiertas por una tupida vegetación afelpada dura como el hierro, parecían inabordables. Entonces Ermakov tuvo la idea de utilizar el radar para la búsqueda, y en unos minutos fue hallada esta garganta oculta tras una turbulenta maleza de troncos desnudos con púas de medio metro. Rugiendo y rechinando el transportador se adentró en estas junglas de hierro y, ayudándose con las "piernas" retráctiles, rompiendo y curvando los elásticos troncos, penetró en el paso. Salieron al exterior y observaron en silencio las paredes, la cinta de cielo ensangrentado... Luego Daugé exclamó:

-¡Pero si la tierra tiembla bajo los pies...!

Bikov no sintió nada, pero Ermakov contestó en voz baja:

-Esto es la Golconda... -y, volviéndose a Bikov le preguntó-: ¿Pasaremos?

-Probaremos, Anatoliy Borisovich -dijo Alexey animado-. Y si encontramos que está obstruido o cerrado, buscaremos otro paso. O lo volaremos.

El "Chico" siguió adelante. Las horas pasaban, recorrían kilómetro tras kilómetro y no se veía nada parecido al final o a una obstrucción, y Bikov iba tranquilizándose.

Los motores zumban regularmente, crujen y rechinan las cajas y las correas que las atan. Todos se han dormido, incluso el turbulento Yurkovskiy. En el espejo, sobre la pantalla del proyector de infrarrojos, Bikov ve el interior de la cabina. Bogdán duerme con la cabeza caída encima de la radio, mientras que Yurkovskiy está recostado en los bultos. Arrimado a él duerme Daugé y hace muecas con su picara cara de buen chico. A su lado dormita moviendo la plateada escafandra Ermakov. Y cerca de la escotilla mirilla, balanceándose e inclinándose, corren las negras paredes, a la derecha pared y a la izquierda también pared. La luz de los faros danza por la superficie removida de las inmóviles dunas de negras cenizas. Más allá las tinieblas, la oscuridad. En algún lugar más adelante, las paredes se abrirán y el "Chico" saldrá al desierto. Si hay salida.

...Se inclinan las negras paredes. A través de la mirilla se ve el candente cielo. El transportador sale de un profundo barranco y de nuevo las manchas de luz nadan por las olas del negro polvo prensado. Otro bache, otra grieta, y otra...

Han pasado veinte kilómetros de pantano y casi otros tantos por el desfiladero. Bikov lleva ya cinco horas conduciendo. Tiene las piernas entumecidas, le duele la nuca debido a la tensión, la combinación de rojo y negro desacostumbrada, le hace lagrimar los ojos. Pero no puede dejar conducir a otro por este camino. Con el transportador, claro está, no pasaría nada, pero la velocidad... El mismo Bikov no puede darse el lujo de dar más

de seis u ocho kilómetros por hora. ¡Si al menos se terminaran pronto estas malditas rocas!

Ermakov se enderezó y echó la escafandra hacia atrás.

-¿Cómo está el camino, Alexey Petrovich?

-Sin cambios.

-¿Está cansado?

Bikov se encogió de hombros.

-¿Quiere que conduzca yo mientras descansa un poco?

-El camino es muy complicado.

-Sí, el camino es malísimo. Bueno, pronto saldremos al desierto.

-No ira mal...

Yurkovskiy se levantó y se sentó frotándose la cara con las manos:

-¡Uf, qué bien he dormido! ¡Daugé!

-M-m...

-Levántate.

-¿Qué ha sucedido? ¡Uf... Qué sueño he tenido...!

Ioannovich empezó a contar su sueño con voz ronca pero Bikov no le escuchaba. Algo sucedía en el exterior. Se hizo todo mucho más oscuro. El cielo tomó un tono marrón sucio y de pronto en los rayos de los faros empezaron a revolotear posándose en el fondo de la garganta miríadas de negros puntitos. El polvo negro caía desde arriba, espeso como nieve durante una fuerte nevada y muy pronto no se vio ni el camino ni las rocas. Las lámparas de los dosímetros exteriores empezaron a parpadear y se iluminaron con luz carmesí, las saetas de los cuadrantes del radiómetro alfa-beta empezaron a saltar. Bikov frenó en seco. El transportador se deslizó con la oruga derecha en un bache, dio media vuelta y quedó de través. La opaca luz de los faros, debilitada por el polvo de la cargada atmósfera, chocó en la lisa superficie de basalto.

-¿Qué sucede? -preguntó Ermakov. Bikov en silencio abrió ante él la escotilla mirilla. Ermakov calló durante un minuto mientras observaba el exterior, luego dijo:

-Borrasca negra. Ya he visto esto.

-¿Qué es lo que-sucede allí? -preguntó alarmado Daugé. Spitzin refunfuñó mirando tras la espalda de Bikov.

-Carnaval de deshollinadores.

-¿Qué es esto, Anatoliy Borisovich?

-Borrasca negra. Es un testimonio más de que no estamos lejos de la Golconda. Desconecte el motor, Alexey Petrovich.

El conductor obedeció, pero el "Chico" continuó trepidando con un leve y desagradable temblor. Tintineaba regularmente algo metálico mal fijado.

-¿Salimos? -propuso Yurkovskiy.

-¿Para qué? El polvo es radiactivo, ¿es que no lo ve? Luego tendremos que malgastar mucho tiempo en la desactivación.

-Estaría bien coger una prueba de esta porquería...

-Podemos cogerla con los manipuladores -propuso Daugé-. ¿Permite, Anatoliy Borisovich? -se volvió hacia Daugé-: Tira un *conteiner.*

Yurkovskiy y Daugé desaparecieron a la cámara estanque que daba en la escotilla superior y después de un minuto rodaba ante el "Chico" entre el negro polvo un cilindro de plomo con una tapa roscada. Bikov puso las manos en las palancas del manipulador. Las largas "manos" acodadas salieron de debajo del transportador, despacio, como con temor, rebuscaron en el aire y descendieron donde estaba el cilindro. Bikov elevó de manera

extraña el brazo derecho, hizo un movimiento brusco con los codos. Las pinzas de los manipuladores se agarraron al conteiner.

-¡Ya, ya! -exclamó alegre Spitzin.

-No hables cerca de las manos -musitó entre dientes Bikov.

Los ganchos destornillaron la tapa, sostuvieron el abierto conteiner bajo la negra nevada, de nuevo lo cerraron y con exactos movimientos llevaron el cilindro hacia la escotilla superior.

-¡Ya está! -gritó desde la cámara estanque Daugé. Bikov contrajo los manipuladores y se secó el sudor de la frente.

-Dos veces he tenido que ver la borrasca negra. Antes de esto cada vez habían fuertes sacudidas subterráneas.

-Pero ahora, sin embargo, creo que no hubo ninguna sacudida -indicó Bikov.

-Durante la marcha pudimos no notarlo.

-Pero el suelo tiembla cada vez con más fuerza... -Spitzin escuchaba atento-. En la embocadura del desfiladero era casi imperceptible el temblor, pero ahora...

-Más cerca de la Golconda...

Yurkovskiy y Daugé regresaron de la cámara estanque, cambiando impresiones animadamente y Ermakov ordenó seguir adelante. Bikov conectó el proyector infrarrojo. De nuevo volvieron a flotar, balanceándose, las paredes de la garganta. A la media hora de reemprendida la marcha la negra nevada cesó y la cinta del cielo tomó el color rojo anaranjado de antes. Manipulando con tensión las teclas de dirección Bikov escuchaba las conversaciones que se sostenían a su espalda.

De la discusión bastante animada sostenida por Daugé y Yurkovskiy se puso en claro, primero: que la "nieve negra" era sin lugar a dudas ceniza volcánica; segundo: que sólo puede hablar seriamente sobre cenizas volcánicas radiactivas la persona "incapaz de hallar una integral sencillamente por el contorno" (una tal característica de debilidad científica le pareció a Bikov un tanto nebulosa, pero estaba claro que en todo caso los dos geólogos no podían hablar seriamente sobre la ceniza volcánica radiactiva); tercero: que la aparición de las "borrascas negras", seguramente estaba relacionada con la actividad de la Golconda; y cuarto: que nada en concreto sobre esto se podía decir por ahora.

A pesar de la situación incierta, los cosmonautas desayunaron alegremente. Bikov disminuyó la marcha y engulló con prisa dos trozos de jamón con pan y bebió todo un termo de chocolate. Después del ágape, Ermakov, Daugé y Yurkovskiy estudiaron las indicaciones del exprés-laboratorio. Con el alejamiento de los pantanos, la humedad de la atmósfera bajó bruscamente hasta casi cero. Aumentó la cantidad de isótopos de gases inertes radiactivos, óxidos de carbono y oxígeno. La temperatura oscilaba entre setenta y cinco y cien grados. Con asombro general y entusiasmo de Yurkovskiy el exprés-laboratorio señaló en la atmósfera huellas visibles de protoplasma vivo, unos microorganismos, bacterias o virus vivían incluso en este seco y caldeado aire. Resultado inmediato de este descubrimiento fue la orden de Ermakov de duplicar las precauciones durante las salidas del transportador y la promesa de que en el primer momento oportuno se daría a toda la tripulación una inyección compleja de potentes antibióticos.

Daugé suspiró y anunció que esperaba poder llegar a vivir hasta el tiempo en que Venus se convirtiera en un jardín floreciente en el que se pudiera

pasear sin trajes especiales y sin peligro de agarrar cualquier enfermedad inmunda.

-En general, la misión del hombre -añadió después de pensar- es la de convertir cualquier lugar donde pone su pie en jardín florido. Y si nosotros no vivimos lo suficiente para ver los jardines de Venus, al menos nuestros hijos los verán sin ninguna duda.

Luego siguió una larga discusión con Yurkovskiy relativa a las posibilidades de transformación de la naturaleza, en primer lugar la atmósfera y el clima a escala de todo un planeta. Los dos estuvieron de acuerdo de que en un principio no era esto imposible, pero en cuanto a los métodos prácticos divergieron muy mucho y por poco no riñeron.

El desfiladero terminó de súbito. Las rocosas paredes se apartaron de pronto, la luz de los faros se oscureció en el resplandor rojizo del cielo abierto. Bikov aumentó la velocidad. El "Chico" se inclinó, penetró en el último hoyo, retumbó con sus orugas en las piedras y se abrió ante los ojos de los astronautas la infinita llanura negra, plana y lisa.

-¡Desierto! -comunicó Bikov con alegría.

-¡Para, Alexey! -con voz temblorosa por la emoción pidió Daugé.

El "Chico" se paró. Cerrando rápidamente sus cascos escafandra, los cosmonautas se abalanzaron hacia la escotilla. Bikov salió el último.

Sí, las montañas han terminado. La cadena de negras escarpadas montañas que iba hasta el horizonte había quedado atrás. Quedaba también detrás el estrecho y rectísimo paso. Pero aquello que en un principio pareció un desierto de nuevo fue una sorpresa. En todo caso para Spitzin que nunca había visto desiertos. No podía imaginarse un desierto sin dunas. Ante el "Chico" se extendía una superficie plana como una mesa, por la cual corrían veloces chorros de niebla de finísimo polvo negro. Lejos, en el horizonte, cubiertas por un humillo rojizo se movían lentamente unas sombras finas que se doblaban graciosamente, como gigantescas serpientes enderezadas. Y sobre todo esto, la cúpula rojo-anaranjada del cielo, cubierto por una masa en desorden de oscuro-purpúreas nubes que, con frenética velocidad, se deslizaban al encuentro del "Chico".

-¿Qué tal este camino? -oyó Bikov la voz de Ermakov.

-Desierto... -respondió éste tranquilamente.

-Ciertamente. Un paisaje familiar para usted. Aunque aquí no hay "sacsaul", pero sin embargo esto es un verdadero Gobi, arenales negros.

-Negros sí que lo son... -Bikov quedó cortado-. Bueno, el camino no es malo. Ancho, recto... Ahora volvamos.

-¡Hurra! -gritó Daugé, juguetón-. ¡Vamos a celebrar un banquete en el amplio espacio!

Bromeando y sonriendo los cosmonautas volvieron al transportador. Se notaba en ellos una elevación de la moral. Sólo Spitzin se había quedado en la escotilla, miró alrededor una y otra vez y exclamó con un suspiro:

-Esto es igual que en los libros de Stendhal.

-¿Qué quieres decir? -no comprendió Bikov.

-Todo es rojo y negro. Comprendes, a mí nunca me gustó Stendhal...

Bikov ocupó de nuevo su puesto de conductor. El "Chico" se estremeció y, cogiendo velocidad, corrió hacia adelante, balanceándose ligeramente.

El viento recogió y esparció el polvo que salía despedido de las orugas. A su encuentro venía el negro desierto, el viento hacía correr por él, bandas de niebla y candente polvo de tierra. En el fondo rojo del horizonte danzaban flexibles columnas alargadas hasta las pesadas nubes. Se elevó un pequeño

montículo, se estiró hacia arriba girando en forma de embudo, se mezcló con las nubes y otra negra columna esparció por el desierto su vendaval.

-Torbellinos -pronunció Bikov-. ¡Cuántos hay aquí...!

-Es mejor no caer en uno de sus embudos -comentó Daugé.

-Sí, es mejor no caer -murmuró Bikov recordando cómo en una ocasión un torbellino mucho menor que aquellos que se pasean por Venus, aunque también enorme, convirtió ante sus ojos un campamento de geólogos en el centro del desierto de Gobi, en una duna de arena.

El viento aumentaba su fuerza. Casi imperceptible al pie de la pared de basalto, ahora pegaba contra la coraza delantera del transportador y silbaba en las antenas. El camino subía, se notaba cada vez más. En algunos lugares la arena había sido arrancada por el viento y entonces las olas repiqueteaban con gran rumor por las blancas y agrietadas losas.

Spitzin, conectando en su escafandra un puñado de hilos de diferentes colores estaba inclinado sobre la radio intentando comunicarse con el "Jius". Daugé y Yurkovskiy empezaron a discutir el plan de exploración, pasando de cuando en cuando a la lengua de los gestos, pues sus gritos estorbaban a los demás.

Bikov traspasó los mandos a Ermakov, le dio algunas recomendaciones y se tumbó en los fardos intentando dormir la hora y media o dos horas, que, según palabras de Ermakov, quedaban para llegar a la Golconda. Pero no fue posible dormir.

De pronto Spitzin elevó la mano en señal de silencio.

Yurkovskiy preguntó regocijándose:

-¿Qué? ¿Hay comunicación?

-No... Pero... Esperen un momento. -Empezó a girar precipitadamente las manecillas, luego esperó un instante escuchando atentamente.

-Localización goniométrica.

-¿De quién? ¿Del "Jius"?

-Escuchen.

Daugé y Yurkovskiy se apoyaron en su espalda. Ermakov dejó los mandos y también se volvió hacia la radio. Daugé dio un largo silbido:

-¿Resulta que hay alguien aquí?

-Así parece.

-A la derecha, según nuestra dirección... ¡Interesante! -Ermakov se volvió hacia Bikov-: Alexey Petrovich, tome los mandos un minuto.

-A sus órdenes...

Ermakov se sentó al lado de Spitzin y tomó de él los auriculares. En su rostro se veía inquietud.

-Tres puntos, raya, punto. ¿Quién puede ser?

Se sacó los auriculares y se levantó.

-En los últimos diez años han sido dirigidas seis expediciones a la región de la Golconda, sin contar con no menos de una docena de diferentes artefactos sin piloto.

-Así que quizás... -los ojos de Daugé se ensancharon-, ¿Puede ser que allí haya personas? ¿Gentes que han padecido averías y piden ayuda?

-Es dudoso -Yurkovskiy meneó la cabeza-. ¿Qué piensa usted, Anatoliy Borisovich?

-Krivitskiy aguantó en Marte tres meses dentro de su cohete. Pero él encontró agua...

-Sí, agua...

-Así que lo más seguro es que sea un localizador goniométrico automático.

Bikov, que impaciente esperaba en su asiento, preguntó:

-¿Bien, vamos a virar?

-Venga...

Ermakov estaba indeciso. Por primera vez vio Bikov que el comandante vacilaba. Aunque las razones eran de importancia, y esto todos los sabían.

-Agua -pronunció Ermakov.

-Agua -repitió Yurkovskiy como en un eco-.

-¿Es posible que no esté lejos? -dijo Daugé implorante.

Ermakov se decidió:

-¡Bien! Hasta los límites de dos horas de camino, de acuerdo. Alexey Petrovich, dé la vuelta. Guíese por el girocompás -de nuevo se inclinó hacia la radio-, aproximadamente sesenta grados. Así. Y apriete la marcha todo lo que pueda.

El "Chico" corría rápido, cortando las corrientes de polvo que venían del norte. El viento chocaba contra el lado izquierdo y sus ráfagas algunas veces tenían tanta fuerza que Bikov, con el "sexto sentido" de conductor sentía la inestabilidad de la máquina. Entonces decidió cambiar un poco la dirección procurando poner la coraza frontal bajo los golpes de las densas oleadas de gas con arena, o estiraba la barra retráctil de apoyo derecha. Bogdán estaba atento a la radio y a media voz corregía la dirección. Volaban los minutos, volaban las nubes purpúreas... Una vez, Yurkovskiy se agachó y gritó algo incomprensible señalando hacia adelante. Bikov tuvo tiempo de distinguir a través del polvo una especie de calva en el terreno, unas decenas de metros de diámetro de suelo desnudo de aspecto cristalino, en el centro del cual había una enorme hendidura con sus bordes rotos, luego se oyó el estruendo de las orugas al pisar el duro suelo. Se giró interrogante hacia Daugé, pero aquél por lo visto no se había dado cuenta de nada y le respondió con una mirada perpleja. "Hay tantos enigmas en Venus -pensó Bikov-. ¡Adelante, adelante!". La trémula saeta del cuentakilómetros se movía entre los 100 y 120. El enigmático mundo rojo y negro pasaba volando a derecha e izquierda.

-¡Deprisa, Alexey, deprisa! -susurraba Daugé. Bikov entornó los ojos y movió la cabeza. En este instante, Yurkovskiy gritó:

-¡A la izquierda, a la izquierda! ¡Está allí!

-¡Una astronave! -de un aliento susurró Daugé.

Sí, era una astronave. Incluso un inexperto como Bikov, con una mirada tuvo bastante para comprender la catástrofe que había tenido la desdicha de sufrir este enorme cono metálico. Por lo visto había sido lanzado contra la cima de este montículo de basalto y allí había quedado entre estos bloques ciclópeos de piedras revueltas. Las anchas aletas del estabilizador estaban dobladas y rotas como trozos de hojalata, y a lo largo de toda la popa pasaba una sinuosa grieta cubierta de arena negra. Abajo, en el mismo suelo, se veía la escotilla abierta de par en par.

-Sí, la localización goniométrica es automática... -dijo con voz sorda Yurkovskiy.

Bikov miró a sus camaradas. Daugé se mordía el labio. El hermoso rostro de Yurkovskiy estaba inmóvil. Spitzin movía la cabeza. Ermakov miraba ceñudo a través de la escotilla mirilla.

-Acércate más, Alexey Petrovich -pronunció-, es necesario mirar...

Cuando el "Chico" se paró ante la abierta escotilla después de deslizarse a través de montones de piedras, todos empezaron a ajustarse precipitadamente las escafandras. Pero Ermakov los paró:

-No hace falta que vayamos todos. Van a venir Bikov y Spitzin.

En la más completa oscuridad, alumbrándose con linternas eléctricas se arrastraron a gatas por el volcado corredor hasta la torcida puerta de acero. Bikov oyó cómo crujía el silicato en las rodillas y la sangre le golpeaba en las sienes.

-D-demonio... -soltó Ermakov, ahogándose-. No tengo bastante fuerza. Pruebe usted, Alexey Petrovich.

Bikov se apoyó en la puerta, apretó. Con un agudo rechinar ésta cedió.

-Pasen, camaradas...

Se encontraron en un local cerrado vacío, seguramente la cámara estanque. En los focos de las linternas relucieron restos de aparatos rotos. Ermakov se encogió, recogió un traje metálico cubierto de escamas y lo examinó atentamente.

-Los balones de oxígeno están vacíos -murmuró-, todo está claro.

-¡Mire! -gritó Spitzin con voz ahogada.

Bikov echó una mirada y dio un paso atrás. Algo rechinó bajo los pies. Detrás se veía una estrecha franja de luz.

-La entrada -dijo Ermakov-. Vamos.

Traspasaron una sala iluminada pasando con cuidado a través de los muebles rotos y trapos carbonizados cubiertos de manchas parduzcas y penetraron en la sala de mandos.

-Aquí...

En la pared, que en su tiempo había sido techo, ardían pequeñas lámparas en plafones semiesféricos. El tablero de mandos, roto por la mitad, viéndose todos sus cables, estaba fuera de su lugar y por debajo salían cables eléctricos quemados. Pero el radiotransmisor trabajaba, con luz vacilante se encendían y apagaban luces verdes y azules tras los rotos cristales. Y ante él, con la melenuda cabeza caída, enrollada con vendas grises, estaba sentado un hombre muerto.

-Te saludo pandit Bidjan Bondepadjay, intrépido hombre de Calcuta -pronunció Ermakov en voz baja y se enderezó poniendo sus manos en el respaldo del sillón-. El destino ha querido que tuviera que encontrarte aquí... Tú has muerto en tu puesto, como un verdadero Hombre...

Se calló intentando superar la emoción. Luego elevó el puño y pronunció con precisión:

-¡Que descanses en paz!

Cogieron el cuerpo del cosmonauta y con cuidado lo pusieron en el suelo.

-¡Qué se le va ha hacer, de todas maneras mejor panteón que esta astronave no se podía idear para él -Ermakov bajó la cabeza-. Lo dejaremos aquí.

Bikov miraba el delgado, mutilado cuerpo vendado por mano inexperta con sábanas y trozos de ropa, y pensaba que este hombre, combatiente de la ciencia, seguramente no tuvo miedo de morir solo, a millones de kilómetros de la Tierra. Estos no pierden el ánimo, no retroceden. Ellos hacen que la humanidad sea fuerte.

Spitzin se alejó del radiotransmisor.

-Él mismo reparó el aparato -comunicó a media voz-. ¿Pero cómo quedó vivo después de este golpe? No puedo comprenderlo.

Bikov se estremeció afectado por su nuevo pensamiento:

-¿Y dónde están los demás?

-¿Quién?

-Bueno... sus acompañantes.

Ermakov respondió:

-Bondepadjay voló a Venus solo.

Después de recoger el diario de a bordo, las películas de los laboratorios automáticos y los diarios, cerraron cuidadosamente la puerta y se dirigieron a la salida. Al salir de la escotilla Ermakov dijo bajando la voz:

-Allí, en el "Chico" comenten lo menos posible los detalles de lo que hemos visto. Spitzin, haga unas cuantas fotos de la nave y vámonos.

En la cabina del "Chico", sentado tras el tablero de mandos, Ermakov explicó breve y sucintamente a los geólogos la muerte de Bondepadjay.

Daugé preguntó únicamente:

-¿Es el mismo Bidjan Bondepadjay que fundó en la Luna un observatorio? ¿El de Calcuta?

Nadie le contestó y, sólo pasados algunos minutos, Ermakov, sin dejar de mirar por la escotilla, pronunció:

-Este planeta es un monstruo... ¡Pero nosotros lo reduciremos! ¡Lo domaremos!

Ermakov no se sacó la escafandra y Bikov no vio su rostro pero notó que tenía los puños cerrados cuando puso las manos en el tablero de mandos, y sabía que bajo la tela de silicato, los apretados dedos eran blancos y fríos como el mármol.

El "Chico" iba con seguridad hacia el norte bordeando los torbellinos. De pronto, delante, apagando la roja aureola del cielo se inflamó un resplandor azul deslumbrante de inverosímil belleza. Teniendo como fondo este resplandor surgió con claridad toda una cadena de lejanos montículos ondulados color lila. El resplandor vaciló tornasolándose con olas blanco-azuladas durante algunos minutos. Luego fue oscureciendo y desapareció.

-La Golconda nos sonríe con falsa sonrisa -dijo Ermakov-. Viene la borrasca negra. Alexey Petrovich, coja los mandos. Ahora seguramente le hará falta toda su destreza.

VENUS ENSEÑA LOS DIENTES

Más tarde Bikov nunca pudo restablecer en su memoria desde el comienzo hasta el fin todo lo que sucedió unos minutos después de haberle dicho esto el comandante. Menos aún podrían contarlo los demás, que no tuvieron tiempo o no quisieron amarrarse bien a sus asientos. La borrasca negra no viene ni se acerca sino que choca como un huracán, surge instantáneamente, como un reflejo en el espejo, de pronto, desde la derecha y desde la izquierda, desde atrás y delante, desde abajo y arriba. Mirando a través de la infrapantalla Bikov pudo ver únicamente una gigantesca y negrísima pared a un centenar de metros del "Chico" y se hizo la oscuridad. Aquí terminaron las impresiones y empezaron las sensaciones.

El transportador fue lanzado hacia atrás a la velocidad de un tren expreso y Bikov con el impulso se golpeó con la escafandra contra la pared delantera. Exhaló un sordo quejido de dolor y de pronto notó que el "Chico" se levantaba encabritándose. Las correas se hundieron en su cuerpo, crujieron, pero aguantaron. Alrededor, en la más completa oscuridad, todo silbaba y retumbaba; sujeto al tablero de mandos, sordo, ciego, y ahogándose por el tremendo esfuerzo, Bikov dio marcha adelante, a toda potencia y extendió al mismo tiempo las cuatro palancas de apoyo. La trasera de la derecha se rompió enseguida. Las tinieblas empezaron a girar en espantoso carrusel. El

"Chico" cayó de lado, se deslizó unas decenas de metros adelante por la arena y volcó con las orugas hacia arriba. Las palancas que habían quedado enteras lo elevaron y la borrasca hizo lo demás, el transportador de nuevo se posó sobre las orugas.

Como siempre en los minutos de peligro mortal, el cerebro trabajaba rápido, fríamente con exactitud. Bikov se resistía fundido con la extraordinaria máquina, poniendo en tensión todos sus músculos mientras observaba con los ojos desorbitados cómo en la pantalla aparecían en las insondables tinieblas unas temblorosas pelotas azules. "¡Aguantar, aguantar!...". En la pantalla danzaban diabólicamente los azules globos, explotaban sin ruido salpicando fuego; en el estrépito y aullido de la borrasca las orugas de la pesada máquina giraban a fabulosa velocidad, las durísimas barras de titanio penetraban en el suelo, pero el "Chico" retrocedía. La borrasca lo volcó de nuevo, lo arrastró. "¡Aguantar, aguantar!...". Uau-u, uau-u... aullaba, rugía y retumbaba hiriendo los tímpanos. En los labios sintió una humedad viscosa... ¿Sangre? ¡A-aj! Bikov quedó colgando de las correas cabeza abajo, inconscientemente apretó las teclas... Y en la pantalla galopaban los vellosos círculos de fuego... ¿Relámpagos esferoidales? ¡A-aj!... "Aguantar, pase lo que...". Y de nuevo tiró al "Chico" panza abajo.

Luego todo terminó repentinamente como había empezado. Bikov desconectó el motor y con dificultad sacó las manos del tablero de mandos. En la escotilla mirilla de nuevo fluía la luz rojiza que ahora parecía maravillosa. En el súbito silencio empezaron a chisporrotear apresuradamente los contadores de radiación. Bikov echó una mirada a su alrededor. Ermakov con dedos trémulos intentaba deshacerse de sus correas. Spitzin sin escafandra estaba sentado en el suelo cerca del aparato de radio, dando vueltas, medio atontado. Su cara estaba manchada de negro y Bikov se alarmó, era difícil reconocer al piloto-radista. Ermakov se desató al fin y se levantó. Sus piernas no le sostenían.

-Bueno, saben lo que les digo, que para vivir así... -pronunció Spitzin. Sus blancos dientes brillaron en una tranquila sonrisa-. ¿Es posible que la Tierra en su juventud fuera también tan intranquila?

De detrás de la mesa cerca de la pared, se deslizó Daugé, se puso a cuatro patas, intentó levantarse pero luego por lo visto se arrepintió, blasfemó en lituano, se sentó de nuevo apoyándose en los fardos y se sacó la escafandra. Le daban vahídos. Se tardó mucho en encontrar a Yurkovskiy bajo el montón de cajas volcadas. Había perdido el conocimiento, pero enseguida se recobró, y al abrir los ojos preguntó:

-¿Dónde estoy?

Bikov sonrió aliviado y Bogdán dijo seriamente:

-En el "Chico". El "Chico" es un transportador...

-¡Al diablo con los detalles! ¿En qué planeta?

-¡Sorprendente facultad -con malicia exclamó Daugé-, la de citar en cualquier ocasión anécdotas, barbudos! -él estaba sentado en la misma pose repicando con los dedos la escafandra que tenía en las rodillas.

Yurkovskiy se levantó enseguida y se quedó mirándole:

-¡Cher Daugé! ¿Sabes de qué color eres?

-Supongo que amarillo.

-¡Purpúreo, amigo, oscuro-purpúreo! Te vas adaptando al planeta, mimetismo...

Inesperadamente les interrumpió la voz estridente de Ermakov:

-¡Camaradas! ¡Pónganse inmediatamente las escafandras! ¡Peligro!

Bikov que iba a sacarse la escafandra se volvió extrañado.

-¡Polvo! ¡Hollín radiactivo! -Ermakov se inclinó hacia la pared con esfuerzo.

-¡Pónganse las escafandras!. ¡Spitzin, lávese inmediatamente! ¡Prepárense para la desactivación!

Bikov comprendió. Las paredes, el suelo, las cajas y fardos, los aparatos, los trajes, el rostro de Spitzin, todo estaba cubierto por una pátina de finísimo polvo negro que había penetrado debido a la terrible presión de la borrasca a través de los microscópicos, casi capilares resquicios de las cerradas escotillas. La empolvada pantalla del indicador centelleaba con luz verde y enseguida oyeron todos el chisporrotear de los radiómetros. Bogdán se precipitó hacia el lavabo. Daugé vaciló un instante, pero la mirada fija del comandante le decidió a enfundarse la escafandra.

-Alexey Petrovich, examine el "Chico" exteriormente -ordenó Ermakov brevemente y también se puso la plateada escafandra.

En el exterior reinaba una asombrosa calma. El viento había cesado. Habían desaparecido también los gigantescos torbellinos que media hora antes se removían en el horizonte. Bikov saltó desde el estribo del "Chico" y se hundió hasta las rodillas en el blando polvo negro. El suelo temblaba tan fuertemente que a Bikov le golpeaban los dientes. En los auriculares sentía sordos estampidos.

-¡Golconda! -Bikov clavó la mirada en los montículos del horizonte.

En el purpúreo espejismo se formaba y de nuevo desaparecía una lejana cordillera de montañas que oscilaban en las corrientes ascendentes de los candentes gases. Bu-bu-bu-bu -tronaba desde allí.

El "Chico" estaba encabritado y ligeramente inclinado hacia el lado derecho, parecía una enorme araña mutilada. Debajo de él se había formado un blando montículo, los ejes acodados habían penetrado profundamente en el polvo.

La barra trasera de apoyo estaba colgando. La fuerza de la borrasca había dislocado el "hueso" de titanio en la articulación y yacía sin fuerzas cubierto a medias por las negras cenizas. Esto se podía arreglar, pero ya no sería tan sólido. Bikov suspiró y empezó a trabajar.

La reparación llegaba a su fin cuando Bikov, que se hallaba absorto en su trabajo, oyó cerca de su oído la voz de Ermakov:

-¿Cómo va esto? Nosotros ya hemos terminado...

-Hemos salido bien de ésta.

-Veo que usted también está terminando.

-¡S-sí!... -pronunció Bikov jadeante.

Se puso de rodillas y examinó críticamente el resultado de su trabajo.

-Servirá para los paseos de recreo... Mal, Anatoliy Borisovich, ya lo ve... -Suspiró y empezó a recoger los instrumentos-. Mejor hubiera sido ceder. Todo estaría intacto...

El comandante sonrió.

-¿Sabe cuánto tiempo duró el huracán? -preguntó.

-Bueno... unos veinte minutos... Es difícil de decir, no me fijé en el reloj.

-Pues yo me fijé: tres minutos y medio.

-¿C-cómo?

-Tres minutos y medio, Alexey Petrovich. Y en este corto espacio de tiempo hemos sido arrastrados unos mil metros. Si usted hubiera cedido, el "Chico" se encontraría ahora a cien kilómetros de aquí... Y además hecho pedazos. ¡No tiene usted idea de lo bien que lo hizo, Alexey! -acarició la palanca de

acero-. ¡Y ahora, adelante! El camino está abierto, la Golconda está al lado. ¿Oye? Unos cincuenta kilómetros. Desde aquí ya se ve: mire aquellas manchas negras... No ésto no son montañas, es la Golconda que se eleva...

Antes de seguir al comandante hacia la escotilla, Bikov dio una mirada alrededor. Vio cómo entre la extraña neblina que cerraba el horizonte surgían y se difuminaban unas anchas franjas lilas. Veía confusamente. Bikov cerró los ojos y sacudió la cabeza. Las franjas desaparecieron.

-¡Sólo faltaba esto! -murmuró para sí mientras trepaba por la coraza del transportador-. Alucinaciones...

Las cabinas interiores del "Chico" habían sido limpiadas escrupulosamente y brillaban los metales y plásticos. La carga había sido cuidadosamente amontonada y atada. Desgreñado, con los cabellos aún mojados después de lavárselos, estaba Bogdán cerca de la radio intentando comunicarse. Los geólogos estaban sentados en su rincón tras la mesa plegable. Yurkovskiy hojeaba un manual y silbaba una tonada. Tranquilidad, paz, ambiente acogedor... A Bikov enseguida le dominó el sueño. Los ojos se le cerraban.

-Anatoliy Borisovich...

-¡A dormir, a dormir! -le interrumpió Ermakov-. A dormir inmediatamente.

-¡Le obedezco! -dijo Bikov regocijándose y se sentó en los fardos mientras se sacaba la escafandra.

Daugé lo miraba con sonrisa amistosa. Pero cuando elevo la escafandra, Daugé se puso de pie de un salto y exhaló un extraño sonido que asombró a Bikov y obligó a todos a mirarle.

-¿Qué sucede? -preguntó Bikov desconcertado mirándose a sí mismo.

-Espera, espera, Alexey. ¿Qué es esto? -pronunció Daugé tartamudeando.

-¡Pero qué es lo que sucede!

-Tiene toda la cara llena de sangre -dijo Ermakov-. Seguramente se golpeó en la frente.

-Me golpeé una vez -murmuró el conductor, tocándose la nariz.

-No se lo toque con las manos... Ahora le lavaré la herida... ¡Pero no se toque con las manos le digo!... Vladimir Sergeievich, dele el espejo.

-No es nada peligroso -Ermakov lavaba las heridas con mano diestra-. De mucho efecto pero sin importancia... ¿Pero cómo ha podido no notarlo ni sentirlo?

-Bueno, dolía un poco... ¿Pero quién iba a creer?...

-Yo, particularmente, no me extraño de esto -dijo Daugé.

-¿De qué?

-De que no sintieras nada. Yo, por ejemplo, únicamente noté que estaba todo el tiempo con las piernas hacia arriba y aguantaba el estómago con la lengua...

-No pudiste estar todo el tiempo con las piernas arriba... Muchas gracias, Anatoliy Borisovich. Todo en orden.

Bikov colgó la escafandra de un gancho, y suspirando satisfecho, se echó en los fardos.

Yurkovskiy le dijo algo pero Bikov no contestó: ya dormía. Una gran nave blanca lo llevaba meciéndose dulcemente por un ancho río azul. El sol iluminaba esplendorosamente, lejos, muy lejos, se veían oscurecer las riberas tras un azulado humillo, y sobre el agua volaba impetuosamente un ave de un blanco deslumbrante. El balanceo se hizo más y más fuerte, la cubierta se hundía bajo los pies. Alguien chilló: "¡Bu-bu-bu! ¡Vaya camino!". Bikov salió despedido, meneó las piernas y se despertó. El transportador era

zarandeado de un lado a otro. Ermakov conducía la máquina y los demás, sosteniéndose unos a otros, se habían agrupado a su espalda observando la pantalla.

-Como si fueran colmillos -observó Spitzin-. Ha envejecido la diosa de la hermosura y nosotros nos encontramos entre sus dientes.

Bikov bajó de su duro palco y, acercándose a sus camaradas, se metió entre Bogdán y Daugé. El desierto había terminado. Dando un rodeo para salvar una acumulación de piedras grises, el "Chico" iba a través de un bosque de troncos lisos y rectos. Encima de los montones de piedras se erguían, elevándose muchos metros, negras rocas terminadas en punta, centenares de ellas se veían a lo lejos. El suelo estaba removido y cubierto de grietas y embudos recubiertos de rígida peluche. Ramas espinosas enrollaban las altas peñas que penetraban en el bajo cielo. Un cráter de piedra rodeaba el transportador. Bogdán tenía razón, las rocas recordaban sorprendentemente viejos dientes.

El zarandeo se hacía imposible de aguantar. Yurkovskiy de pronto, empezó a quejarse, sacudió la cabeza, se mordió la lengua. Bikov tocó el hombro a Ermakov:

-Habrá que pararse, Anatoliy Borisovich, en este terreno podemos destrozar fácilmente los bajos del "Chico".

Ermakov asintió con la cabeza. Llevó la máquina hasta el pilar más cercano y desconectó el motor.

-Es necesario explorar el camino -dijo Bikov agachándose hacia la escotilla mirilla-. Quizás sea mejor volver atrás y dar un rodeo.

-¡No! -cortó Ermakov-. La zona rocosa se extiende hasta muy lejos. No tenemos tiempo.

-Es necesario hacer pedazos las rocas. Algunas minas y todo solucionado -propuso Spitzin.

Ermakov pensó, luego se levantó resuelto.

-Realizaremos una exploración. Los cuatro. El conductor se quedará.

-¡A explorar, a explorar! -se puso a cantar Daugé alegremente agitando el martillo de geólogo.

-Dejen los martillos -ordenó Ermakov-. Lleven sólo las armas.

-Anatoliy Borisovich, pero si ni una sola vez...

-No hay tiempo. ¡Yurkovskiy, Spitzin, rápido! Bikov, no se aleje del transportador. Incluso si oye disparos. ¿Todos listos? Vamos.

Salieron todos al exterior. Bikov se sentó en la coraza, sobre la torrecilla de mando que sobresalía un poco del cuerpo del "Chico" y miró cómo se alejaban por diferentes caminos. Yurkovskiy y Bogdán, se fueron hacia la derecha, Ermakov y Daugé hacia adelante. Durante algún tiempo oyó aún la voz de Yurkovskiy que aseguraba que allí había el mejor vedado geológico del mundo, luego todo se silenció. Bikov quedó solo.

Las nubes corrían por el cielo purpúreo, el viento bramaba en las alturas entre los negros peñascos, varias veces resonaron chasquidos entrecortados que a Bikov le parecían disparos de señales y se levantaba para observar. Luego comprendió que era el viento que hacía chocar cantos rodados unos contra otros; sin embargo entró en el transportador, cogió el automático y se lo colgó en la espalda. El suelo se conmovía con pesados golpes. ¡Un lugar sorprendentemente lúgubre! Delante y detrás sombrías columnas desnudas como las de un enorme edificio derruido. Bikov fantaseó: en tiempos remotos había allí un inmenso palacio. En él no había habitaciones ni salas, únicamente magníficas columnas de piedra negra. Entre las columnas

paseaban con dignidad personas vestidas de blanco níveo -reposados sabios barbudos, hermosas mujeres, guerreros con casco de bronce-. Igual que en el dibujo que alguna vez pudo observar en una novela histórica sobre la Atlántida... Luego se desencadenó la borrasca negra, destruyó la bóveda, cayó y se hundió entre las columnas. Todo pereció, y entre los desiertos quedó solamente este bosque de silenciosas columnas negras...

Bikov se levantó de repente y cogió el automático. Le pareció que detrás de las columnas más cercanas se había movido una figura de enormes proporciones y que se había escondido para observarle. No, se trataba sencillamente de un bloque de piedra. Estos bloques sorprendían con sus formas caprichosas. Tranquilizado, examinó los más cercanos buscando formas conocidas. He aquí un león durmiendo; una fisonomía sonriente con un gorro en la cabeza; un gigantesco sapo; algo incomprensible con cuernos y ojos salientes... El laberinto de piedras vivía su vida inmutable. Sigilosamente, de manera que no se notara, respiraban con ligeros temblores de sus costados, los helados monstruos, y miraban furtivamente por debajo de sus pesados párpados cerrados a los forasteros de otros mundos. Tigres, lagartos, dragones, todos los pétreos habitantes del bosque de Venus.

Bikov pensó que sin embargo, este país era muy pobre de vida. En los desiertos de la Tierra se pueden ver serpientes, escorpiones, arañas-falanges; en los límites del desierto, la saiga... ¿Pero aquí? Es verdad, en los pantanos había mucha vida, demasiado incluso, pero en las montañas y desiertos sólo rígidas espinas que crecen directamente de las rocas... Cuando el "Chico" salía del círculo de las montañas cerca del pantano, a Bikov ya le pareció ver una especie de sombra que se deslizaba cerca del pantano a lo largo de la pared y se había escondido tras las espinosas malezas, pero esto fue seguramente un efecto óptico... Son lugares perdidos...

Bikov recordó la verde alfombra de la hierba primaveral, las inclinadas ramas de las mimosas, las blancas casitas de los suburbios, el murmullo del agua en la acequia... Suspiró tristemente: Tierra, Tierra...

A lo lejos, tras una roca, saltó una negra figura ¡Regresan! Bikov se levantó para ver mejor. Alguien venía sin prisa agitando los brazos para mantener el equilibrio. Tropezó, casi se cayó, en los auriculares de Bikov se oyó el leve crujir de una voz. ¡Yurkovskiy! Es endemoniadamente agradable ver a una persona en este cementerio de piedras. Sigue sin prisas y su voz es enojada, por lo visto no hay camino... Mal van las cosas, será necesario destrozar las rocas... mucho tiempo perdido... Bikov sonrió sin querer: ¡pero cómo se balancea! El geólogo avanzó una pierna de manera absurda, se dobló y resbaló. Los auriculares transmitieron una explosión de indignación. Alexey sonreía... ¡Era agradable, extraordinariamente agradable ver aquí a una persona! Yurkovskiy al fin y al cabo no era un mal chico y verdaderamente no era en absoluto un "gallito". Sólo que le gusta buscar querella y en general... es un poeta. Bikov no entendía mucho de versos y era escéptico a todo lo romántico.

Yurkovskiy llegó resoplando. Se sacó el automático, lo tiró asqueado y se sentó en una piedra. Bikov le preguntó después de un momento:

-¿Hay camino?

Yurkovskiy agitó la mano en señal de desesperación:

-Cantos rodados enormes, lleno de agujeros, que el diablo los lleve. De la arena sobresalen restos de peñas de metro o metro y medio con aristas afiladas como navajas, y allí -indicó con el brazo hacia donde había ido- a

unos doscientos metros, está completamente sembrado de esos dientes de Venus, es imposible que pase ni una persona. En pocas palabras, estamos en un callejón sin salida. No tendrá más remedio, señor conductor, que dar vuelta al carro blindado. Y aún hubo buenas cabezas que proponían llevar en el "Jius" un helicóptero. ¡Qué originales! Aquí se hubiera convertido en astillas en tres segundos...

-Puede ser que Ermakov con Daugé encuentren camino...

-Es posible, pero lo dudo; habrá que buscar la manera de dar un rodeo.

Yurkovskiy subió a la coraza donde estaba Bikov, estiró las piernas y golpeó con los tacones.

-¡Y la Golconda deja sentirse! ¿Lo nota? Maravilloso país de enigmas y misterios... ¡Una naturaleza salvaje, primitiva! De aire no profanado por la respiración del hombre y espacios impracticables inmaculados. ¿No es así?

Bikov musitó algo vago. La manera de hablar de Yurkovskiy le irritaba. Y su suntuoso "romanticismo" le parecía absurdo, teatral. Él, Bikov, creía que el "Jius" abría el camino para aquellos que vendrían detrás, que terminaría con "los espacios impracticables aún no hollados", aquellos que cambiarían el clima, construirían magníficas ciudades...

-He aquí otro enigma... -Yurkovskiy extendió el brazo. En las cimas de los peñascos surgieron y se extendieron por el cielo las franjas liliáceas tornasoladas que antes había distinguido Bikov. Éste se levantó súbitamente.

-¡Ah! ¡Usted también las ve!

-¿Qué significa "también"? -se extrañó Yurkovskiy-. Es difícil no verlas...

Las franjas poco a poco se fueron apagando como si se disolvieran en la luz purpúrea.

A lo lejos aparecieron dos figuras más, subieron a una roca, una de ellas agitó el brazo. Bikov también lo agitó en contestación.

-Son Ermakov y Daugé. ¿Y dónde está Bogdán? ¿Ustedes dos se separaron?

-Sí, por lo visto nos dispersamos -contestó Yurkovskiy sin prestar atención mientras observaba a los que se acercaban-. Aquí es fácil dispersarse, con las piedras a diez pasos no se ve nada, y yo regresé por otro camino. ¿Hace mucho que salió?

-¿Cómo que salió? Salieron juntos con usted...

-¿Qué? -preguntó Yurkovskiy, que evidentemente no había oído bien sus palabras.

Bikov guardó silencio mientras reflexionaba. ¿Qué le pasa, se está guaseando acaso? ¡Será estrafalario!

-Algo le pasó, el balón de oxígeno perdía. No aguantaba la hermeticidad...

-¡Qué dice! -Bikov sintió una extraña agitación. No comprendía a Yurkovskiy.

Aquél, por lo visto, también se extrañaba.

-A Bogdán le sucedió algo con el balón de oxígeno. Él me dijo que no le esperara y volvió al "Chico" para cambiarlo... ¿De todas maneras... usted no se ha separado del transportador?

-¿Bogdán volvió al "Chico"?

-Volvió a coger un nuevo balón...

-Bogdán no regresó al "Chico" -pronunció Bikov con dificultad, mientras sentía en todo su cuerpo un frío de angustia.

-¿No regresó?

Los dos se levantaron bruscamente y se quedaron mirándose sin tener plena conciencia del gran infortunio que se avecinaba. Bikov no veía el rostro de Yurkovskiy y sólo de pronto dejó de oír su respiración.

-Con cuidado, con cuidado, Anatoliy Borisovich... ¡Así!... -se oyó la voz de Daugé.

Daugé y Ermakov estaban cerca. El geólogo llevaba colgados del cuello los dos automáticos y sostenía al comandante. Ermakov iba despacio, cojeando de la pierna derecha. Cuando faltaban algunos metros para llegar pronunció a través de los dientes apretados:

-Prepárese, conductor. Por allí se puede pasar. ¡Todos a la máquina!

Inesperadamente Yurkovskiy saltó a tierra, recogió el automático y, sin decir palabra, salió disparado resbalando y tropezando con los trozos de piedras. Bikov salió tras él.

-¡Daugé! -rugió Bikov con una voz que aquél dio un salto y se quedó parado-. ¡Dale un automático al comandante y síguenos, corre!... Anatoliy Borisovich, seguramente a Bogdán le ha sucedido algo. ¿Da su permiso?

-¡Vayan! -gritó Ermakov.

Daugé ya corría delante enredándose en las ramas espinosas. Bikov corrió tras él. El suelo resbaladizo formado por gorda pedriza mezclada con guijos, polvo de arena y polvo, salía despedido de debajo los pies, se erizaba con sus agudos pedruscos. Bikov enseguida se cubrió de sudor. "Deprisa, deprisa" -golpeaba en las sienes-. El pensamiento trabajaba rápido, exacto. O Bogdán ha sido víctima de una agresión, o resbaló, se hirió y perdió el conocimiento. ("Entonces lo hallaremos, tenemos que hallarle...") O se perdió. ("¿Pero entonces por qué no dispara, no llama?"). Se oye el zurriago de una ráfaga de automático. ¡Bogdán!... No, es Yurkovskiy. Bien hecho, subió al canto rodado, aquel que parece un sapo y dispara al bajo cielo. Cesó, escucha... No, no hay contestación... Las peñas responden con su eco y el viento aúlla entre las cimas de las puntiagudas peñas.

Bikov estaba sentado apoyando la espalda en el montón de fardos, masticaba despacio jamón prensado y bebía con fruición jugo de frutas. Daugé en sus sueños respiraba pesadamente. Se tumbó allí donde estaba sentado, directamente en el suelo. Su oscuro rostro era aún más negro, sus peludas mejillas se habían hundido. De cuando en cuando musitaba algo incoherente en lituano moviendo los labios convulsivamente. Inclinado sobre la radio se hallaba inmóvil Ermakov. Sus ojos estaban cerrados, sus dedos blancos y delgados se movían suavemente sobre el aparato. Estaba sondeando el éter intentando comunicarse con el "Jius". Antes esto lo hacía Bogdán... Encima de la cabeza, en la coraza, suenan pasos cansinos. Es Yurkovskiy.

El geólogo se considera culpable de la desgracia ocurrida a Bogdán. Daugé y Bikov intentaron convencerle de lo contrario sin resultado.

-Yo no debía dejarlo ir solo -repetía mirando con ojos vacíos.

Pobre Bogdán... Pobre Yurkovskiy...

Doce horas estuvieron errando por el espeso laberinto de piedras. El apagado eco respondía a sus disparos, Bogdán no respondía. Encontraron vainas disparadas allí donde ellos habían estado ya antes. Huellas semiborradas de pies, de sus propios pies. Bogdán no contestaba... Casi no se hablaban, sólo en algunas ocasiones, cuando Daugé o Yurkovskiy intentaban separarse del pequeño grupo, Bikov les ordenaba volver con una voz extraña para ellos y para él mismo. Varias veces creyeron oír disparos

desde algún lugar lejano, se dirigían precipitadamente hacia allá disparando durante la marcha, y siempre resultaba que se habían confundido. El sudor les cegaba, las piernas temblorosas se les doblaban. Cada vez más a menudo tropezaban y caían, y a medida que esto sucedía les era más difícil levantarse. Finalmente, Yurkovskiy se cayó y Daugé intentando levantarlo se tumbó él mismo. Bikov llegó hasta ellos y se sentó en el pedregal doblando las piernas con dificultad, como si fueran de madera. Durante algún tiempo estuvo observando cómo Yurkovskiy intentaba levantarse sin casi poder mover los brazos, sin subir la pesada cabeza, luego se decidió a proponer:

-Vamos al "Chico"... Es necesario descansar un poco.

-¡No-o-o! -gritó furibundo Yurkovskiy con voz ronca.

Pero a pesar de todo volvieron atrás llevando Bikov los tres automáticos y sosteniendo a Yurkovskiy del brazo. Daugé iba delante tambaleándose, sin escoger camino, y cuando él se paraba apoyándose en alguna roca, Bikov llegaba por detrás y le empujaba. El geólogo seguía adelante a tropezones. Parecía que no veía debido al cansancio, pero fue precisamente él quien vio primero una ancha y negra hendidura, y en el borde de ésta el resplandeciente automático de Bogdán. Daugé cayó de rodillas mascullando algo incomprensible y señalando con el débil brazo hacia el abismo...

Cuando el "Chico", pasando con dificultad a través de las rocas, se deslizó hasta la grieta, Bikov se ató con un cable de acero y descendió hasta el fondo. Oía como desde arriba Yurkovskiy llamaba con voz ronca: "¡Bogdán! ¡Bogdán!...". En el fondo de la hendidura Bikov vio a la luz de la linterna montones de piedras, arena, restos de ramas espinosas, pedriza... Vagó por el fondo media hora, palpaba cada piedra, examinó cada grieta... Pero Bogdán no estaba. Tuvo aún bastantes fuerzas para subir de la grieta y montar en la máquina. Allí se dejó caer y se durmió...

Bikov terminó de beber el jugo, recogió las migas y las hecho en el tubo vertedero de basura. Ermakov no se movía. Daugé de pronto se levantó y abriendo mucho sus turbios ojos se arrojó hacia él:

-¡Bogdán! ¡Te han encontrado, querido! -su voz enseguida se apagó, quedó confuso, se sentó frotándose la cara con las dos manos. Después de un corto silencio musitó-: Perdón, Anatoliy Borisovich... Me había parecido... -y empezó a ponerse la escafandra con manos trémulas.

Ermakov le miro un instante y se volvió de espaldas.

-Probaremos otra vez, Anatoliy Borisovich -dijo Bikov con indecisión.

-Sí -musitó Ermakov.

Pasaron cuarenta y ocho horas más de tensión, de esperanzas y amarguras. La búsqueda fue vana.

¡Nada! Ni una sola huella. En un radio de un kilómetro alrededor los astronautas examinaron cada grieta. Descendieron cuatro veces a la hendidura en que habían encontrado el automático. No podían hacer más y Yurkovskiy rugía con rabia impotente apretando sus grandes manos. Si Bogdán hubiera muerto delante de ellos, en alguna escaramuza o por desprendimiento de las rocas, si al menos hubieran podido encontrar su cuerpo, hubiera sido para ellos más fácil, menos doloroso.

Ermakov callaba. Cada vez, cuando los camaradas salían a la búsqueda, él salía también al exterior arrastrando su pierna dislocada y se sentaba cerca del transportador horas y horas con el automático sobre las rodillas esperando alguna señal. Mientras los otros descansaban rendidos por las largas marchas, él hacía guardia en el exterior o intentaba comunicarse con el "Jius". Ermakov esperaba y al mismo tiempo temía poder conversar con el

lejano observador, pero cuando al fin la alegre voz de Krutikov resonó a través del altavoz, interrumpida por el irritante chirrido de los parásitos, el comandante se puso a hablar en tono tranquilo, ligeramente burlón. Dijo que el objetivo estaba cerca, que todo estaba en orden, que estaban animados. Se habían retrasado algo entre los peñascos debido al mal camino, pero esto no tenía importancia. Todos le saludaban. Escuchando esta conversación, todos callaban con aprobación; de momento Mijail no tenía por qué ser informado de la desaparición de Bogdán. Ya era bastante triste su vida en la soledad.

Este día Yurkovskiy llevó a cabo su último intento de descubrir el secreto de la desaparición del piloto. Excelente escalador, se las ingenió para encaramarse a la cima de uno de los más altos peñascos a unos cien metros del "Chico". La enorme columna negra de unos treinta metros de altura tenía una grieta que la partía en dos y, apoyándose en los bordes de esta grieta, el geólogo, con destreza inverosímil, había trepado por ella para examinar los alrededores.

Bikov y el abatido Daugé aguardaban pacientemente al pie de la mole. Luego, cuando Yurkovskiy descendió y descansaba apoyándose con la espalda en la lisa mole, aguardaron también pacientes para oír lo que les diría.

Pero Yurkovskiy dijo únicamente:

-La Golconda está cerca...

Ermakov los aguardaba cerca del "Chico", les dejó pasar a todos, subió y cuando todos se habían sacado las escafandras, dijo muy bajito:

-Salimos dentro de una hora.

Bikov no se extrañó, esperaba estas palabras. Aunque el balón de oxígeno de Spitzin hubiera estado en buenas condiciones, sus reservas de oxígeno debían haberse terminado hacía mucho, y lo que podía haber aspirado de la atmósfera de Venus a través del filtro, habría tan sólo podido prolongar la agonía unas treinta-cuarenta horas. Bogdán Spitzin había muerto.

Pero cuando Ermakov anunció la marcha Yurkovskiy se estrechó las manos y Daugé elevó el oscuro rostro de cansados y hundidos ojos.

-No tenemos tiempo. Considero que quedarse aquí más tiempo es imposible... e inútil.

Yurkovskiy se levantó tambaleándose:

-¡Anatoliy Borisovich!...

Ermakov callaba. Yurkovskiy moviendo los labios en silencio apretó contra su pecho las manos temblorosas. Daugé bajó la cabeza. El silencio se hizo interminable y Bikov no pudo resistir más. Se levantó y fue hacia el tablero de mandos. Y entonces sonó con esfuerzo la voz de Yurkovskiy:

-¡Yo no me marcharé de aquí!

Su mirada era vaga, en sus blancas mejillas aparecieron manchas rojas.

-Él está aquí, en algún lugar cerca de nosotros... puede ser que él aún... Yo no me iré... -la voz le falló-, ¡Anatoliy Borisovich!

Ermakov razonó con tono suave, persuasivo:

-Vladimir Sergeievich, tenemos que irnos. Bogdán ha muerto. No tiene oxígeno. Nosotros tenemos que cumplir nuestra misión. No tenemos derecho... ¿Usted cree que las primeras expediciones a la Antártida fueron fáciles? ¿Y Barentz, Sedov, Scott, Amundsen?... ¿Y nuestros bisabuelos en Stalingrado?... La muerte de cualquiera de nosotros no debe detener la ofensiva...

Nunca Ermakov había pronunciado una arenga tan larga.

Yurkovskiy apoyándose en la pared se acercó a Ermakov:

-¡A mí me importa un bledo todo esto!... ¡No me importa la Golconda! ¡Esto es una infamia, camarada Ermakov! ¡Yo no me voy! ¡Al diablo! Yo me quedo solo...

Bikov vio como el rostro de Ermakov se ensombrecía. El comandante de la astronave y jefe de la expedición no movió ni un dedo, pero de su voz desaparecieron las notas amistosas:

-¡Camarada Yurkovskiy ponga fin a su histerismo, sobrepóngase! ¡Ordeno que se pongan las escafandras y se preparen para la marcha!

Bruscamente dio media vuelta y se sentó tras el tablero de mandos. Yurkovskiy abatido cayó en el asiento. Sus hombros se estremecían. Daba pena y miedo.

-¡Es necesario Vladimir, es necesario! -Daugé estaba encima de él asido de las oscilantes paredes. Su rostro color terroso estaba contraído. La mirada apagada. Y su voz muerta, extraña, repetía-: Es necesario Vladimir, es necesario... ¡Esto es inevitable! ¡Es una batalla!

EN LAS ORILLAS DEL MAR DEL HUMO

-Salgamos aquí.

-A la orden, Anatoliy Borisovich. Déjeme ayudarle... Así... loannovich, presta apoyo...

Bikov miró a través de la escotilla y cerró los ojos instintivamente. Subió a la coraza y tendió la mano a Ermakov. Tras el comandante salió Daugé sombrío, y sólo Yurkovskiy se quedó acostado en el transportador vuelto de cara a la pared.

¡He allí la Golconda!... A un kilómetro del "Chico" se elevaba formando remolinos sobre la tierra un manto gris de humo y polvo que se extendía a derecha e izquierda hasta el mismo horizonte. El manto se removía, hervía y se agitaba con enormes ondulaciones. Y a lo lejos cubriendo medio cielo se elevaba una gigantesca montaña negra como el carbón iluminada por deslumbrantes llamaradas multicolores. Su cima se sumergía en las corrientes de nubes purpúreas. Un estruendo ensordecedor llegaba desde las entrañas de este monstruoso caldero eternamente agitado, y el suelo se estremecía debajo de los pies como si estuviera vivo. Bikov, mordiéndose el labio, se apresuró a desconectarse del mundo exterior.

Bu-bu-bu-bu... Del manto de remolinos salió disparado un globo de fuego y se hizo pedazos con un chasquido ensordecedor.

-¡Bonito! -exclamó Daugé con admiración-. Voy a llamar a Vladimir...

-No le molesten -musitó entre dientes Ermakov.

Bikov no podía apartar la vista de la inconcebible enorme montaña negra en el horizonte. Al fin comprendió: tenía ante sí una columna de humo. Era difícil creer que esta sombría erección se componía de vapor, gases candentes y partículas de polvo. Sólo observando con atención se podía distinguir el casi imperceptible movimiento lento de las lisas paredes hacia arriba, hacia abajo. Hubo un instante en que dudó de sus sentidos. Una inmensa chimenea como empotrada en el cuerpo del planeta aspiraba miles de toneladas de arena, polvo y pedruscos lanzando todo esto a la atmósfera. Allí, por las laderas de la negra "montaña" volaban hacia el cielo con endiablada velocidad nubes candentes de piedras desmenuzadas.

-¿Cómo vamos a seguir, Anatoliy Borisovich? ¿Cuál será la ruta?

Ermakov, sentado en la torrecilla, examinaba la Golconda a través de los prismáticos.

-Esto lo dirán los geólogos. Seguramente iremos a lo largo de los límites de la Golconda para recoger materiales... Al mismo tiempo podremos componer el mapa... Y buscar un lugar para el cohetódromo.

De la escotilla salieron los geólogos. Daugé agitaba los brazos con excitación:

-¡Pero tú mira, Vladimir! ¡Pero si esto es una catástrofe geológica! ¡Un cataclismo! ¡Pellízcame! ¡Esto es endemoniadamente estupendo!...

Yurkovskiy se sentó indolente al lado del comandante. Se notaba que a él le daba igual. Daugé saltó al suelo, su escafandra se inclinó. Estuvo cosa de un minuto observando, luego metió las manos enguantadas en la gruesa capa de negro polvo y, cogiendo un puñado lo llevó hasta la misma escafandra de Yurkovskiy:

-¡Arenas resinosas! ¡Mira!... Anatoliy Borisovich, empezaremos aquí mismo... ¡O no!

Él de nuevo se encaramó a la coraza:

-¡No, iremos más allá! -e indicó con el guante manchado hacia el manto de humos-. ¡Esto es un tesoro! ¿Ustedes comprenden? ¡Qué vale el oro al lado de esto! ¡Son unos yacimientos fantásticos! ¡Vayamos allá, adelante!

-Es peligroso, Ioannovich -indicó Bikov-. El diablo sabe lo que hay allí...

-¿Peligroso? -gritaba Daugé-. ¿Y a qué hemos venido? ¡Original! ¿Y cómo trabajarán los otros, después de nosotros?... ¡Peligroso! La exploración siempre es peligrosa...

-Arriesgarse... -empezó Bikov y se atragantó.

A un kilómetro y medio del "Chico" se elevó una columna de humo gris con una viva llama blanca. Subió teniendo como fondo la montaña negra, llenándose de una luz cegadora y ensanchándose en su cúpula con un velloso ovillo azulado. Y de nuevo un estampido fue claramente notado entre el rítmico aullido. El "Chico" se balanceó. Bikov perdió la estabilidad, se agarró del brazo de Daugé y al caer tuvo tiempo de ver cómo el ovillo se separaba de la columna de humo, subió hasta el cielo y de nuevo se sumergió en el abismo de remolinos.

-¿Has visto? -gritó Bikov intentando levantarse-. Esto no es sencillamente peligroso...

-¡Obligatoriamente! -Daugé agitó los puños-. ¡Obligatoriamente tenemos que llegar allí! ¡Pase lo que pase!

Así empezó el trabajo "diario" de la expedición.

Ermakov se negó rotundamente a realizar lo que pedía Daugé: el "Chico" pasó lejos del límite de la pared de humo. -"Hasta que no esté instalado el cohetódromo con los radiofaros no lo permitiré". -Dijo el comandante a Daugé en contestación a las continuas peticiones del mismo-. "No permitiré arriesgar a la máquina y a los hombres. No hemos cumplido aún ni una de nuestras tareas. Limítense a las exploraciones geológicas en las proximidades de la Golconda y busquen un lugar para el campo de descenso. Cuando el cohetódromo esté preparado y el "Jius" pueda trasladarse aquí, entonces hablaremos. Ésto es todo".

Cada dos-tres kilómetros paraban y bajaban los exploradores. Ermakov se quedaba en la máquina y los demás se dirigían al trabajo. Daugé y Yurkovskiy iban delante, recogían muestras del suelo, examinaban el lugar, y colocaban aparatos geofísicos que Bikov traía consigo y que eran recogidos

a la vuelta. Bikov iba cargado casi siempre y seguía detrás de ellos aburriéndose soberanamente y maldiciendo a los geólogos que lo cargaban con sus "trastos" pesadísimos. Los paquetes y containers con las muestras también tenía que cargarlos el pobre conductor. Por si fuera poco los geólogos hablaban únicamente entre sí durante las exploraciones, dirigiéndose a Bikov tan sólo de modo imperativo.

Cada uno tenía su automático. A los geólogos les estorbaba, y Daugé en una ocasión intentó dárselo a Bikov. Pero éste protestó. Cada cual debía ir armado. Si él debe llevar dos automáticos además, en caso de necesidad no podrá defenderse y serán dos los que quedarán desarmados. Es posible que estorben a los geólogos, pero qué se le va a hacer. ¿Es pesado? ¿Entonces para qué vinimos aquí? -"¡Alexey, querido amigo!" -intentaba convencerle loannovich-. "¿Pero quién nos va a atacar aquí? ¿Es que no lo comprendes? ¡Lo que tú quieres es eludir la responsabilidad!... ¡Abre los ojos, pero si todo a nuestro alrededor está muerto! ¡Con este nivel de radiación no puede existir ninguna clase de vida animal, a no ser, como tú, un cabeza dura!...".

Bikov no cedía. Por fin Daugé perdió el control y con el mayor sarcasmo quiso saber lo que Bikov haría si a pesar de todo, él, Daugé, se negaba a arrastrar consigo este "pedazo de hierro".

Bikov se quedó mirándole sonriente con los ojos entornados y el labio inferior caído en pose desdeñosa. Daugé sólo escupió enojado.

El bosque de peñas puntiagudas -"Dientes de Venus"- colindaba casi con el "Mar del Humo", como había bautizado Daugé al manto gris que envolvía el cráter de la cuenca de la Golconda Uránica. Allí a menudo se tropezaban con rocas en grupos o solitarias, el suelo estaba surcado de embudos, hendiduras de grietas y cubierto de montones de cantos rodados. Era imposible desbrozar este lugar para un buen cohetódromo. La expedición contaba con diez bombas atómicas y unas veinte granadas pero no era suficiente. Serían necesarios todo un ejército de trabajadores con medios mecánicos y explosivos para poder atacar con éxito las inmediaciones de la Golconda. Algún día construirán aquí un gigantesco cohetódromo bien equipado y combinados subterráneos para la elaboración del combustible nuclear, anchísimas autopistas, pero mientras... Mientras tanto hay que buscar en las cercanías una superficie lo bastante llana para que pueda adaptarse para recibir las primeras naves terrestres. Por ahora no habían logrado hallar un espacio adaptable con sus medios. Después de una de las cortas reuniones Ermakov manifestó:

-A los geólogos les urge sumergirse en el Mar del Humo. Tienen razón, quizá el enigma de la Golconda se encierra precisamente allí. Pero nosotros somos los primeros que hemos podido llegar aquí. Nuestra tarea es de exploración. Llevar a la Tierra una pequeña colección de muestras de minerales y de plantas. Valorar la Golconda y demostrar la rentabilidad de su explotación. Procurar establecer en un resumen de orientación el carácter de la corteza de venus. Les ruego que comprendan esto bien. Por lo demás en la Tierra ustedes lo comprendían... Está claro: "la fiebre del oro"... Pero hay aún otra tarea, el cohetódromo, aunque sea primitivo. Esto es muy importante. No nos marcharemos de aquí sin cumplirlo, pase lo que pase. La falta de agua nos obliga a reducir el plazo. Si dentro de diez días terrestres no hallamos en nuestro camino un lugar para el campo de descenso yo llevaré al "Chico" al otro lado de la cordillera de peñascos y lo basaremos allí.

Sí, el agua reducía los plazos. El gasto de ella en la desactivización resultó enorme e imprevisto. Cada vez que regresaban al transportador los exploradores debían lavarse cuidadosamente en la cámara estanque. El finísimo polvo radiactivo se metía en todas partes, se empotraba en los pliegues de los trajes de silicato y, para desembarazarse de él necesitaban pasarse un cuarto de hora bajo el potente chorro de la ducha desactivante. Ermakov comprobaba personalmente con el radiómetro la limpieza de los trajes, y más de una vez los hizo volver a la ducha. Disminuían rápidamente las reservas del líquido desactivante. Los filtros, de insuperable calidad y los absorbentes de conversión de iones de poco servían. Bikov probó decenas de combinaciones de absorbentes, pero ni una dio los resultados apetecidos. El líquido desactivador quedaba activo después de la limpieza y no había más remedio que tirarlo. Por lo visto el resinoso polvo de la Golconda contenía algunos radiocoloides que no cedían a la acción de los procesos conocidos de conversión de iones. El depósito de líquido desactivizador, calculado para cuarenta días de trabajo se vaciaba rápidamente. Le llegaba el turno al agua de beber de las bolsas de nylon...

Continuaban avanzando al oeste dejando a la derecha las ondulantes olas del Mar del Humo. El suelo se estremecía a menudo por lejanas sacudidas. Rachas de viento traían nubes de grises, neblinas de polvo y vapores radiactivos. En el horizonte, subiendo hasta el purpúreo cielo, se elevaba aullando amenazadora la monstruosa columna de humo suspendida sobre el cráter de la enfurecida caldera de uranio. Allí cada segundo se formaban transuránidos; surgían en diminutos nidos en los que empezaba un impetuoso proceso en cadena y explotaba una pequeña bomba atómica de un equivalente en trinitrotolueno de algunas decenas de toneladas. A través de los prismáticos la colosal nube parecía transparentarse en centenares de pequeñas explosiones. La caldera natural de uranio de centenares de kilómetros de diámetro hervía y borboteaba.

-Es un lugar interesante -dijo Daugé-. Es difícil imaginarse lo que sucedería si allí no existiera enorme cantidad de combinaciones que absorben los neutrones. ¡Una bomba atómica con un peso de cien millones de toneladas en continua acción!

Era un lugar efectivamente sobrecogedor. En la pared de humo se encendían algunas veces misteriosos rasgos de luz lila con impulsos deslumbrantes.

En una ocasión se desprendió de la pared una negrísima nube y se deslizó por la llanura directamente hacia el transportador. Saltando a la escotilla Bikov pudo observar cómo, encima de la Golconda, se encendió un deslumbrante resplandor azul. Ermakov puso en marcha el transportador y se alejó, pero la nube lo alcanzó. Tamborilearon por la coraza fuertes golpes de piedras y arena que llevaba la nube. La saeta del termómetro pasó de los cuatrocientos grados. Por la pantalla empezaron a saltar, al igual que entonces, en el desierto, lanosas bolas de los rayos esferoidales, las imágenes se deformaron. Luego la pantalla se apagó. Ermakov paró la máquina y todos se quedaron inmóviles durante algún tiempo prestando oído a los ruidos, al chirrido de los contadores de radiación, a los latidos de sus propios corazones. La nube pasó. Subidos a la plataforma del "Chico", vieron cómo se deslizaba en el horizonte hacia la cordillera de montañas.

-Así nace la borrasca negra -dijo Yurkovskiy siguiéndola con la mirada.

La Golconda respiraba. Algunas veces alcanzaban al "Chico" invisibles torbellinos de irradiaciones. Se encendían las lámparas de los indicadores, el

tic-tac de los contadores se fundía en un chirrido. Por suerte, estas borrascas pasaban rápidas y se originaban poco a menudo. Se tomaban toda clase de precauciones. Fue reforzada la defensa en los trajes especiales. Ermakov inyectaba cada día a toda la tripulación "aradiatin", un preparado que detenía el desarrollo de la enfermedad provocada por las radiaciones. Los geólogos trabajaban protegiéndose con pesados escudos impenetrables para las radiaciones. Y a pesar de todo, el peligro de la enfermedad amenazaba a la tripulación del "Chico". Se manifestó la anemia, nadie tenía apetito. Se sentían indolentes e irritables. Ermakov callaba y continuaba dirigiendo al "Chico" a lo largo de la ribera del Mar del Humo.

Desde que habían llegado aquí, Bikov había notado un detalle que le había parecido extraño. Cada veinticuatro horas, exactamente a las veinte en punto por el reloj de la astronave (entre las eternas brumas purpúreas de Venus los cosmonautas se servían del cálculo terrestre del tiempo), Ermakov subía arrastrando su pierna enferma a la torrecilla de mando y girando el telémetro gran angular hacia el sur miraba atentamente durante un rato hacia el lado de los desiertos, como si esperara alguna señal. Bikov no pudo entender lo que esperaba Ermakov, pero no se decidió a preguntarlo.

Mientras tanto la exploración geológica daba magníficos resultados. La Golconda era en verdad un país de infinitas e inagotables riquezas. Uranio, torio, radio... Elementos transuránidos -plutonio, californio, americio, curio- en la producción de los cuales en condiciones terrestres se gastaban enormes cantidades de energía y recursos materiales, materias obtenidas con ayuda de complicadísimas instalaciones y en cantidades ínfimas, aquí yacían directamente bajo los pies. Sin grandes gastos se podían obtener aquí en cantidades industriales, por toneladas. Daugé vociferaba de entusiasmo, e incluso Yurkovskiy, que en los últimos días estaba siempre sombrío, cantaba durante el trabajo que les llevaba de descubrimiento en descubrimiento. Ellos significaban extraordinarios progresos en energética, en la técnica, en la industria y en medicina. La Tierra cubierta de bosques eternos en verdor desde un polo al otro, iluminada por miríadas de luces, con habitantes sanos, fuertes y sin enfermedades; abundancia, magníficas ciudades, potentes centrales eléctricas, una vida clara y feliz; todo esto pasaba por la mente de la tripulación del "Jius". Y esta vida debía recibir una potente ayuda desde aquí con los negros arenales resinosos de la Golconda. Bajo el lúgubre cielo purpúreo, en los sombríos desiertos infinitos, este pequeño grupo de hombres iba a través de penalidades, dolores y pérdidas hacia una gran victoria. Para obtener esto era necesario también arriesgar mucho.

A Daugé le empezaron a caer los cabellos. Después de dormir, cuando se peinaba le quedaban en el peine negros mechones. El geólogo perdía peso y se debilitaba pero en sus ojos ardía constantemente el fuego de la porfía. Su temperatura se elevó a 39.

-¿Es gripe? ¡Esto sí que es bueno, constiparse sin salir del traje especial! -se extrañaba Ioannovich mientras miraba el termómetro-. ¡Es una temperatura gripal! ¿No es así, Anatoliy Borisovich?

Ermakov se limitaba a mover la cabeza. Él mismo se sentía mal, le dolía la pierna.

Esto era doloroso e incómodo. Yurkovskiy tenía todo el cuerpo lleno de granos, se hizo más y más reservado.

Bikov se sentía mejor que los otros, pero empezó a notar que en sus ojos algo sucedía. Veía peor y la miopía progresaba rápidamente. Ermakov lo

examinó, puso en sus ojos unas gotas de un líquido aceitoso y le prescribió una dieta especial. Desde aquel día el comandante le inyectaba una doble dosis de "aradiatin".

A pesar de la radiactividad y la temperatura que alcanzaba los cien grados, el lugar por lo visto era habitable. Durante una de las exploraciones Bikov se retrasó un poco de los geólogos mientras observaba unas incrustaciones de un hermoso metal argentífero en las rugosidades de unas rocas agrietadas, cuando oyó unos gritos.

Sacando el seguro del automático se precipitó hacia allí palpando en la marcha las granadas del cinto. A su encuentro venían los geólogos. Yurkovskiy se volvía continuamente agitando el cañón del automático. Daugé lo arrastraba cogiéndolo del cinturón. Unos segundos después se encontraban junto a Bikov y Daugé relataba confusamente mientras a cada instante volvía también la cabeza para mirar:

-¡Que inmundicia! ¡Un reptil horrible!... ¿Lo viste Vladimir?... Comprendes Alexey, desde la misma peña alargó su cuello con su pico-boca abierto... ¡Tenía unos cinco metros! Yo cogía el automático... ¿Lo viste Vladimir?

-Yo no he visto nada -dijo Yurkovskiy sombrío-. Tú empezaste a chillar, diste una ráfaga y te lanzaste a correr arrastrándome a mí... Yo nada vi...

Estuvieron algún tiempo parados observando en silencio las negras peñas, luego Daugé empezó de nuevo a contar cómo iban ellos recogiendo materiales, cómo él, Daugé, se inclinó para levantar "una interesante piedrecita" y de pronto vio en la arena una larga sombra sinuosa. Subió la cabeza y sólo pudo percibir como encima de la cabeza de Yurkovskiy, que estaba a su lado, salía de la misma roca un cuello largo y flexible de un animal desconocido parecido a un reptil, con una gran bocaza y sin ojos. Él, con un movimiento mecánico, elevó el automático y abrió fuego, y cuando, debido a las quemaduras de las balas, el monstruo saltó casi más alto que la misma peña, cogió a Yurkovskiy y echó a correr arrastrándole.

-A mí lo que más me sorprende es que ese reptil saliera de la misma roca -añadió él cuando ya se serenó un poco.

-¡Te lo ha parecido! -Yurkovskiy hizo un movimiento con el brazo-. Sencillamente sería que estaría reposando debajo de la roca, luego vio que intentabas pisarlo. Y decidió... asustarte...

-¡Sí, sí, bromitas! -se enfadó Daugé-. Vayamos mejor a ver lo que era esto... ¿Tienes una granada, Alexey?

-Tengo granadas, pero me parece que no vale la pena volver...

-¿Por qué no vale la pena? ¿No podremos los tres contra aquello? Y además, estoy seguro de que lo maté. No es así, Vladimir.

Yurkovskiy estaba indeciso. Bikov razonó:

-¡No vale la pena, camaradas! No me gustan estas peñas. Mejor volvamos aquí con el "Chico"...

-Vamos -dijo de pronto Yurkovskiy-. Si tú la has matado tiene que ser interesante. Nuestros biólogos van a regocijarse. Y Bikov, si quiere, puede regresar a su tanque.

Bikov quiso observar que el que mandaba allí era él, pero decidió no discutir: podía ser que verdaderamente fuera un hallazgo de interés para la ciencia.

Avanzaron con grandes precauciones mirando a los lados y en grupo compacto. Bikov tenía una granada preparada.

-Aquí -dijo Daugé.

Avanzó hasta el pie de la peña, golpeó la roca sin razón aparente, se agachó, recogió del suelo una piedrecita y la metió en la bolsa.

-¡Por lo que veo, fallaste amigo! -pronunció Yurkovskiy con malicia-. Vamos a casa, es hora de comer...

Bikov examinó el lugar: peñas, cantos rodados, arena, pedriza. En la peña, a la altura de tres-cuatro metros, se veían las huellas de las balas en zig-zag. Muy grande sería el reptil, se comprendía que Daugé huyera de aquel modo.

-¡Sí, fallé la puntería! -pronunció Ioannovich con un suspiro-. ¡Lástima! Hubiera sido una buena pieza para nuestro museo...

Durante el camino de regreso Yurkovskiy estuvo gastando bromas a Daugé llamándole "vencedor de dragones", y durante la comida todos hablaron mucho, por primera vez en muchos días había vuelto la alegría al grupo. Escuchando como reía, alegre, Daugé, Bikov pensó que no hay mal que por bien no venga. El incidente parece que había descargado la pesada atmósfera. Sin embargo Ermakov no dejó de señalar que la conducta del grupo durante los últimos acontecimientos había sido imprudente. Mirando fijamente a Yurkovskiy, el comandante subrayó (en su tono más suave), que toda la responsabilidad de la seguridad de los componentes de la expedición ocupados en trabajos fuera del "Chico", pesaba sobre Bikov. En respuesta Daugé respondió sonriendo abiertamente: ¡Comprendido!, y Yurkovskiy se enfurruñó.

Una hora después, cuando Bikov llevaba el transportador rodeando con precaución las enormes moles de cantos rodados y Ermakov estaba absorto en sus apuntes, Daugé de improviso dijo a media voz:

-¡Mira aquí, Vladimir! ¡Esto sí que es un hallazgo!

-¡S-sí, loannovich! -pronunció Yurkovskiy con admiración después de una breve pausa-. ¡Esto es sensacional! ¿Dónde la encontraste?

-Bajo aquella peña en la que había el dragón. Mira, una piedrecita que parece sencilla, pero a mí enseguida me llamó la atención su forma.

-Un trilobite... ¡Exactamente como un trilobite! ¡Los nuestros se volverán locos allí en la Tierra!

-Bueno, seamos exactos: no es verdaderamente un trilobite -empezó a explicar Daugé-, a simple vista se ve la diferencia, aunque no soy un especialista. ¡Pero es muy parecido! Y además el hecho de la existencia de fósiles en Venus... Que yo sepa, nunca y en ningún otro planeta se han encontrado fósiles.

El extraño hallazgo corrió de mano en mano. Era una piedrecita gris en la cual había grabada una figura -un animal de forma oblonga con una gran cabeza e infinidad de patas contraídas. Daugé explicó que este animalito de muchas patas había estado en el suelo muchos millones de años y se había fosilizado, y que en la Tierra se encontraban a menudo seres fosilizados muy parecidos a éste. Se llaman trilobites. Centenares de millones de años atrás estos pequeños seres habitaban los océanos.

-¡Enigmas, enigmas! -continuó con brillo en los ojos-. La Golconda es el gran enigma; "Los dientes de Venus", enigma; las nubes rojas, otro enigma; el pantano donde esta el "Jius"; las borrascas negras; los resplandores luminosos sobre la Golconda... Ahora este trilobite... ¿Es posible que hubiera existido aquí el mar?...

-Tu dragón, el "Ofidio Daugé" -añadió Yurkovskiy.

-El enigma de Tajmasib -recordó Ermakov.

-Enigmas, enigmas...

Bikov no dijo nada pero pensó en Bogdán. Y debió de ser así, todos pensaron en él, pues el humor alegre se trunco y la conversación cesó de pronto.

Pasaron dos días más. El "Chico" iba deprisa hacia el oeste en busca de un lugar propicio para el campo de descanso. Y de nuevo se dieron a conocer los seres misteriosos que habitaban aquellos lugares. Daugé, que era el primero en salir por la escotilla en una de las paradas, se volvió atrás con un alarido al ver una gigantesca serpiente que salía de debajo de las orugas del "Chico". Bikov empezó a dar vueltas con el transportador abriendo un gran hoyo en la arena con las orugas en el lugar que creyó se hallaba el monstruo, pero éste había podido escapar pues no encontraron rastro alguno.

Ermakov ordenó a Bikov doblar las precauciones y éste ahora no se alejaba ni un paso de los geólogos. Llevaba consigo cuatro granadas y el automático siempre dispuesto para disparar en cualquier momento. Pero pasaban los días, los "dragones" no aparecían y la tensión bajó gradualmente.

Bikov notó que los geólogos estaban más tranquilos, más alegres. Algunas veces durante el trabajo empezaron incluso a jugar como chiquillos, luchaban, se reían de Bikov sin malicia haciendo ver que pensaban ir en secreto, sin que Ermakov se enterara, hasta el Mar del Humo. Bikov se enojaba e incluso les chillaba, aunque en su interior sentía una gran alegría. Por primera vez después de la pérdida de Bogdán, todo volvía a la normalidad.

En los "atardeceres", durante la cena después de la jornada de trabajo de diez horas, Yurkovskiy y Daugé se enfrascaban hablando de sus proyectos de expedición al cráter de la Golconda, discutían sobre el origen del mismo, luego saltaban de pronto a los problemas de nuevas investigaciones interplanetarias. Yurkovskiy juraba poniendo sus puños en el pecho, que cuando todo hubiera terminado con la Golconda obtendría el equipamiento de una expedición al terrible Júpiter donde pereció Paul Dengée. Daugé respondía irritado que Júpiter era sólo un gigantesco globo de hidrógeno y que un geólogo nada tenía que hacer en él, que en general el hombre no estaba aún en condiciones de poder habérselas con Júpiter, aún con el cohete fotónico, y que precisamente en estos casos los chinos decían en la antigüedad: "Cuando el rinoceronte mira a la luna, gasta en vano las flores de su bazo". Yurkovskiy resoplaba despectivamente y empezaba a demostrar doblando los dedos que: "En primer lugar... En segundo lugar...".

Bikov les escuchaba somnoliento con satisfacción, deleitándose con la sensación de amistad y bienestar. Todos eran otra vez buenos camaradas, cada uno estaba repleto de energía e ilusiones y el éxito de la expedición le parecía seguro y cercano.

Inesperadamente otro suceso lo cambió todo de nuevo.

En una ocasión Bikov y Daugé salieron de exploración. Yurkovskiy se quedó para clasificar los materiales y escribir el borrador del informe del estudio preliminar de las riquezas geológicas de la región de la Golconda.

Bikov aceptó sin gran entusiasmo en salir los dos solos. Un encuentro con los dragones en estas condiciones no le hacía mucha gracia.

Los amigos anduvieron unas dos horas sin que sucediera nada extraordinario. Cuando empezaron el camino de regreso, Bikov, que había aguantado todo este tiempo sin quejarse el tono de superioridad de Daugé y

todo el peso de los containeres junto con el martilleo de sus caderas por las pesadas granadas colgadas del cinto, se sintió mal.

Soportando el dolor de cabeza que le atormentaba seguía los largos pasos de Daugé intentando inútilmente colocar sobre sus espaldas más cómodamente el enorme peso. ("¿Va a durar mucho esto de llenar el transportador con sus piedras? Pronto no habrá sitio ni para dormir..."). Le escocían los ojos. A su alrededor danzaban fastidiosas hasta dolerle las muelas, las peñas, los cantos rodados, el manto de humo al norte... "Seguramente estoy enfermando", -pensó. Tenía unos grandes deseos de tumbarse en el suelo y cerrar los ojos. Bu-bu-bu, sonaba la Golconda con su ruido acostumbrado, soporífero.

-¡Otra vez! -la voz de Daugé le obligó a despertarse-. ¡No me gustan estas formaciones!

Estaban en el borde de un amplio embudo. En su profundidad se destacaba un negro agujero de insondable profundidad y de él partían hacia los lados estrechas grietas.

-Mira como se fundieron los bordes -decía Daugé-. ¡Enorme temperatura! ¡Miles de grados!

-¿Una explosión subterránea? -preguntó Bikov con indolencia, sintiendo como se le trababa la lengua. ("Mal va la cosa... Es necesario ir aprisa a casa, dormir...").

-Una explosión atómica subterránea... -Daugé añadió algo en lituano-. No me gustan nada estas formaciones. No me gusta el color del suelo.

Todo alrededor estaba cubierto de una especie de pátina roja.

-Aquí todo es rojo, Rojo y Negro... -Bikov recordó a Bogdán-. Vamos Daugé. Estoy muy cansado.

Dieron algunos pasos y de pronto Daugé empezó a chillar ferozmente. Bikov volvió en sí y comenzó a dar vueltas en el sitio mientras preguntaba:

-¿Qué es? ¿Dónde?...

-¡Una granada! ¡Una granada, Alexey! -chillaba Daugé empujándolo en el hombro.

-¡Rápido, rápido!

Bikov sacó una granada sin comprender aún dónde arrojarla. Y Daugé sacó el automático y empezó a disparar.

Alrededor había las mismas rocas de siempre y Bikov veía como las balas se hendían y dejaban largos rasguños negros en las agrietadas piedras.

-¡Un dragón! -chillaba Daugé-. ¡Una granada!

Él continuaba apretando el gatillo, disparando su automático hacia un objetivo invisible a unos diez metros de distancia.

Bikov no vio nada.

-Daugé -murmuró-. loannovich, querido... ¿Qué te pasa? -Daugé bajó por fin el automático.

-Se ha ido -dijo con voz extraña-. Se ha ido... ¿Porqué no le tiraste una granada?...

Bikov miró a su alrededor por última vez. Hubiera querido ver algo, aunque fuera tan sólo algo sospechoso, pero no había nada y volvió a ponerse la granada en el cinto.

-loannovich, vamos... Vamos, querido... -Despacio siguieron su camino. Daugé se tambaleaba visiblemente y hablaba mezclando palabras rusas y lituanas. Cerca del "Chico" les aguardaban ya los camaradas.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Ermakov.

-Son unos animales absurdos -empezó Daugé de modo confuso-. Fieras enormes... negras, de unos diez metros de largo... la piel brillante, como mojada... ¿Por qué no le lanzaste la granada, Alexey?

Lo ayudaron a subir, a sacarse la escafandra. El rostro del geólogo estaba mojado de sudor, su mirada era vaga.

-¿Y por qué son transparentes? -pronunció abatido y cayó de cara encima de la almohada.

Lo acomodaron lo mejor que pudieron y se hundió instantáneamente en un profundo sueño. Ermakov escuchó el informe de Bikov y se quedó en silencio largo rato, luego preguntó:

-¿Usted, Alexey Petrovich, está completamente seguro de que no había ningún dragón?

-No había ningún dragón -respondió Bikov con firmeza.

-Malo... -musitó Yurkovskiy mordiéndose el labio.

Ermakov anduvo cojeando por la cabina, cogió el cajón con las medicinas y aparatos y se sentó cerca del enfermo. Yurkovskiy se puso a su lado. Se oyeron unos extraños sonidos parecidos a un ligero chirrido, olió a ozono, luego un largo gemido de Daugé.

-Ya está, ya está -dijo Yurkovskiy con dulzura. Ermakov se levantó.

-Muy mal -pronunció-. Daugé está enfermo, y... -Yurkovskiy levantó la cabeza en espera de que terminase la frase.

-...yo recuerdo a Tajmasib -dijo Ermakov en voz sorda-. Sus síntomas son iguales. Parecen alucinaciones...

Cuando el "Chico" se puso en marcha Daugé despertó, se sentó, se arregló el cabello con la mano y preguntó tranquilo:

-¿Parece que andamos?

Bikov que dormitaba a su lado se alzó. Ioannovich le miró sonriendo:

-¡Duerme, Alexey, duerme! Perdona que te haya despertado...

Yurkovskiy se quedó parado y desde su mesa giró hacia ellos su rostro admirado. Ermakov paró el transportador, frotó con las palmas de las manos sus mejillas y pronunció con alivio:

-Parece que todo pasó...

CUMPLEAÑOS

Bikov intentó secarse la frente y retiró la mano con enojo. ¡Siempre te olvidas de este casco! Algunas veces se te va la mano a la nuca, para rascarse en minutos difíciles, o distraídamente intentas llevar un pedazo de chocolate a la boca y te encuentras con la lisa barrera transparente. Antes, cuando meditaba tenía la costumbre de tirar de su labio inferior, fue necesario desacostumbrarse. Daugé lo notó y no tardó en darle una pequeña conferencia sobre el tema: "Importancia de los trajes astronáuticos espaciales para liberación a la humanidad de las malas costumbres".

Era el segundo día que el bajo cielo dejaba caer copos de negro polvo. La nieve negra formaba remolinos en las ráfagas del débil viento, cubriendo toda la llanura en cuyo centro descansaba el "Chico". Bikov echó una mirada. ¡Habían tenido suerte! Ante ellos se extendía un magnífico cohetódromo natural de unos dos mil kilómetros cuadrados, bastante igualado, si no se tenían en cuenta unas decenas de peñas que se erguían de las arenas resinosas. Al sur, del lado de los desiertos, la llanura era bordeada por el semicírculo de los dientes de Venus; a lo lejos, en el norte

tras el manto del Mar de Humo, retumbaba la Golconda. Hasta ella había unos cuarenta kilómetros, no era demasiado lejos ni demasiado cerca. El suelo resultó ser radiactivo precisamente en la medida necesaria para aumentar las baterías de selenio-cerio, fuente de energía para los radiofaros. Éstos había que fijarlos en las cimas de un enorme triángulo, que a ser posible debía tener iguales lados en los límites del campo de descenso. Pero primeramente había que destruir las peñas que estorbaban. Ellas se elevaban precisamente en dos grupos casi en el mismo centro del futuro cohetódromo. Era una tarea para la cual les bastaban medios y fuerzas. Bikov con ayuda de los geólogos colocó dos minas en el centro del grupo de peñas del norte. La explosión debía arrancarlas del suelo y convertirlas en polvo. El otro grupo -el del sur- constituido por seis peñascos, decidieron volarlo "desde arriba". La mina se coloca en la cima de una de ellas y la explosión las destruye a todas, las hace penetrar en el suelo, como decía Daugé.

-¿En qué onda hay que sintonizarla? -gritó Yurkovskiy. Estaba sentado en la cima de una de las peñas predestinadas a desaparecer y en donde acababa de subir, no sin esfuerzo, la pesada mina.

-¡Índice ocho! -respondió Bikov mirando hacia arriba.

-¡Ah... comprendido...! -la silueta de Yurkovskiy se movió en el fondo de las rojas nubes en las corrientes de negros torbellinos-. ¡Ya está! ¿Esto es todo?

-¡Descienda! -gritó Bikov.

-Será interesante ver la cara que pones si las peñas resisten -bromeó Daugé sentándose junto a Bikov en la torrecilla del transportador.

-No sufras... no resistirán -respondió éste distraído, mientras observaba con temor los movimientos de Yurkovskiy que se deslizaba por la lisa pared vertical-. ¿Pero por qué demonios desciende sin la cuerda? Pero si hay el cable... ¡Qué va! No puede hacer nada sin sus trucos... ¿Pero qué le pasa, ni arriba ni abajo?

Yurkovskiy parecía que se había enganchado a la piedra a la altura de seis-siete metros de la tierra. Parecía inmóvil, y sólo su forzada pose y la ronca y entrecortada respiración transmitían su enorme esfuerzo.

Daugé se levantó inquieto:

-¿Vladimir, qué te sucede?...

Yurkovskiy no contestó y de pronto cayó como una piedra que se hubiera desprendido. Bikov hizo un movimiento como si cayera e involuntariamente cerró los ojos, y cuando los abrió de nuevo, vio que el geólogo estaba colgando unos tres metros más abajo, agarrado a un saliente invisible de la roca.

-¡Vladimir!... -Ioannovich saltó al suelo y corrió hacia la peña.

-¡Tranquilo, Daugé! -la voz de Yurkovskiy sólo era ligeramente entrecortada por el esfuerzo-. ¿Cuánto queda hasta el suelo?

-¡Unos cuatro metros!... -gimió Daugé-. ¡Te romperás la crisma, granuja!...

-¡Apártate! -gritó Yurkovskiy y se soltó.

Cayó admirablemente, observando todas las reglas, saltó elásticamente y se dejó caer de lado. Bikov corrió hacia él pero el intrépido geólogo estaba ya sentado en la tierra. Entonces Bikov recuperó el habla.

-¿Qué clase de gamberradas son éstas, camarada Yurkovskiy? -rugió Bikov-. ¿Cómo ha podido arriesgarse de esta manera? ¡Vaya inmediatamente al comandante e infórmele de su hazaña...!

-¡Pero Alexey Petrovich!... -Yurkovskiy se levantó con agilidad, se sacudió el polvo, comprobando que todo estuviera en orden; su voz era sumisa-. ¡Cuatro metros, pero si esto no es nada! Juzgue usted mismo...

Pero Bikov estaba enfurecido:

-¡Usted podía descender por la cuerda perfectamente! ¡Se ha portado como un chiquillo! ¡Ha encontrado momento oportuno para el deporte!... ¡Que el diablo lo entienda!...

-¡Déjalo ya, Alexey! -Daugé abrazó amigablemente a Yurkovskiy-. ¡Claro que es un chiquillo! Pero qué se puede hacer con él... ¡Es un atrevido!...

-¡Atrevido!... Que se hubiera roto el cuello, y ocúpate aquí de él...

-Soy culpable, Alexey Petrovich, lo reconozco -dijo de pronto Yurkovskiy, y Bikov enseguida se enfrió.

-Informe al comandante de su falta -masculló Bikov y se separó para liar la cuerda.

Los geólogos se pusieron a ayudarle.

-Da lástima volarla -dijo Daugé señalando a la peña envuelta por la neblina, cuando al terminar el trabajo se reunieron en la abierta escotilla-. Es una barbarie destruir el monumento de la gran hazaña de usted, Yurkovskiy...

Y golpeó tan fuerte la espalda del amigo que penetraba por la escotilla, que aquél desapareció en la cámara estanque.

Ermakov llevó el transportador hacia el sur y no lo paró hasta llegar a los límites de los dientes de Venus. Las predestinadas a desaparecer no se veían.

-¿Empezamos, Anatoliy Borisovich? -preguntó Bikov.

-Ya...

Bikov puso la mano en el conmutador de radiodistancia, lo apretó. La pantalla se iluminó con viva luz blanca, luego enseguida oscureció. A lo lejos se levantaron, balanceadas pesadamente por el viento, tres columnas de llameante humo rojo que fueron desarrollándose hasta formar nubes en forma de hongo. Cubriendo el lejano rumor de la Golconda, llegó un fuerte tronido, pasó por encima del "Chico" y retumbando se fue alejando.

Aquel mismo día cesó de caer la negra nieve y de pronto se hizo una oscuridad impresionante. Inesperadamente se apagaron las nubes purpúreas. Los campos de arena resinosa de los alrededores se hicieron débilmente fosforescentes, de las grietas se elevaba y flotaba en el viento un humillo azulado luminoso.

Empezó el trabajo de colocación de los radiofaros. Trabajaban en la oscuridad iluminándose por medio de linternas fijadas en las escafandras o a la luz de los proyectores del "Chico". Montar y fijar los radiofaros no era difícil -el entrenar en el Séptimo polígono había servido de mucho-, pero el tendido de las enormes sábanas de elementos de selenio-cerio requería mucho tiempo. En total había que desempacar, sacar del transportador, extender y llenar por encima de arena centenares de metros cuadrados de esta tela elástica. El trabajo era aburrido y agotador. Al final de la jornada estaban cansadísimos y se echaban a dormir tomándose a la fuerza una taza de caldo con pan.

Trabajaban los geólogos y Bikov. Ermakov casi no podía moverse y se pasaba muchas horas sentado en el transportador comunicándose con el "Jius" e intentando ajustar la instalación de los radiofaros; llevaba el diario, anotaba los registros del laboratorio automático, trabajaba en el mapa de los alrededores de la Golconda marcando con exactitud los sombreados y los

signos convencionales en colores; apretando sus labios grises, palpaba las vacías bolsas de agua y calculaba algo ensimismado, cerrando sus enrojecidos párpados. Como siempre cada veinticuatro horas, cinco minutos antes de las veinte en punto, apagaba las luces del transportador, subía a la torrecilla de mando, fijaba su mirada en los oculares del telémetro y durante largo rato observaba hacia el sur. Cuando terminaba el tendido de la "manta" alrededor del siguiente radiofaro con ayuda de Bikov salía al exterior, comprobaba los aparatos y él mismo los ponía en funcionamiento.

La comunicación con el "Jius" en algunas ocasiones era magnífica: otro de los caprichos de la atmósfera de Venus. Durante estos períodos Ermakov hablaba con Mijail Antonovich cada tres o cuatro horas. Krutikov preguntaba, mandaba saludos. Él decía que se sentía muy bien, que todo estaba en orden, pero en su voz se notaba tanta nostalgia que a Bikov le trastornaba. Y el observador aún no sabía nada sobre Bogdán...

Y a pesar de todo estos minutos eran excelentes, los mejores. Estar sentado o echado sobre los fardos, relajado todo el cuerpo entumecido y escuchar -como se escucha una música- la lejana, enronquecida voz del amigo. Y pensar que queda muy poco, que el buen Mijail Antonovich está vivo, goza de buena salud, y que el "Jius" muy pronto vendrá aquí, al nuevo cohetódromo para recogerlos y llevárselos.

La salud de la tripulación empezó de nuevo a flaquear. Todos procuraban disimular su indisposición, pero no siempre lo conseguían. Bikov, al despertarse por las noches por el dolor en los ojos, veía a menudo a Ermakov, descalzo, como observaba el hinchado tobillo y se quejaba quedamente con los dientes apretados. Yurkovskiy en secreto vendaba sus furúnculos en brazos y piernas. Daugé era el que estaba peor. Parecía completamente sano, pero una enfermedad incomprensible le iba royendo. El geólogo había adelgazado, la alta temperatura se sostenía con insistencia. Ermakov hacía lo que podía, le daba calmantes, utilizó la electroterapia, pero todo esto ayudaba poco. La enfermedad no cesaba, provocando a veces ataques de extraños desvaríos en los que el geólogo salía corriendo y vociferando apartándose de imaginarios dragones. Aquello era horroroso y nadie sabía qué hacer. En esos momentos, él no reconocía a nadie y al volver en sí no recordaba lo que le había sucedido...

La colocación del segundo radiofaro se estaba terminando. Quedaban contadas horas de trabajo, cuando Bikov agotado por los esfuerzos realizados, fue al transportador a secarse el sudor y descansar un poco. Los geólogos quedaron en el exterior colocando los últimos kilogramos de "manta". Cerca de la radio estaba Ermakov con rostro ceñudo, disgustado. Bikov esperó unos minutos y preguntó con prudencia:

-¿Serias averías?

Ermakov se estremeció y se volvió.

-¡Ah!, está usted aquí, Alexey Petrovich!... Sí, una pausa en las comunicaciones. Inesperada y... bastante extraña...

Se levantó secándose las manos con una esponja, Bikov le miraba expectante.

-Estaba conversando con Mijail... y... -el comandante vacilaba-, y de pronto se cortó la comunicación.

-¿Habrá sucedido algo en los aparatos?

-No, los aparatos están perfectamente. Es evidente que no tenemos suerte. Hasta suceder esto la comunicación era extraordinariamente buena.

Algo en el tono del comandante le pareció a Bikov anormal. Estuvieron algún tiempo mirándose en silencio, luego Ermakov preguntó:

-¿Falta aún mucho?

-No. Unas dos horas de trabajo. No más...

-Bien -el comandante miró su reloj de pulsera y preguntó sin darle importancia-: ¿No ha observado alguna vez destellos hacia el sur?

-¿Al sur? ¿En la dirección del "Jius"? No, Anatoliy Borisovich. Pero si en el sur, en la región de los pantanos nunca hay relámpagos. Al menos hasta ahora no los ha habido.

-Sí, sí, tiene usted razón... -Ermakov hablaba ya en tono tranquilo-. Acabemos pronto y a descansar. Queda ya muy poco.

Bikov se encasquetó de nuevo la escafandra y se levantó. De pronto se encontró descansado y animado. Al salir se paró:

-Pronto volveré, Anatoliy Borisovich, le ayudaré a salir. -Ermakov levantó la cabeza, de nuevo miró el reloj y dijo incomprensiblemente:

-Es necesario observar el horizonte, Alexey Petrovich.

-¿El horizonte?

-Sí, hacia el sur, en dirección a los pantanos...

-B-bien...

Al despertarse por la noche, Bikov vio que Ermakov estaba sentado al lado de la radio. No había comunicación. El "Jius" había enmudecido...

El tercero y último faro fue colocado muy rápido, en menos de diez horas. Ermakov comprobó el esquema de conexiones y puso la instalación en marcha.

La tarea estaba cumplida. Se marchará el "Chico", partirá el "Jius" hacia la Tierra. Muchas, muchas veces se iluminará el negro cielo con luz purpúrea, llegarán y partirán decenas de astronaves y tres torrecillas no muy altas pero fuertes mandarán al éter sus señales de llamada: "¡Aquí está la plataforma de descenso, aquí está la Golconda, aquí está vuestro objetivo, nómadas de los secos océanos del Cosmos!".

-Bien... El cohetódromo "Golconda Uránica, número uno" está listo para recibir las primeras astronaves -dijo en voz alta, sonora, Ermakov-. Son las diecisiete cuarenta y cinco del dieciséis de septiembre del año 19..

Todos guardaban silencio. Ermakov elevó el brazo y proclamó solemnemente, con voz clara y alta:

-¡Nosotros, la tripulación de la astronave soviética "Jius", en nombre de la Unión de Repúblicas Comunistas Soviéticas declaramos que la Golconda Uránica con todos sus tesoros son propiedad de toda la humanidad!

Bikov se acercó al faro y fijó en el poste un ancho paño. El viento lo desplegó y apareció una bandera roja que en el crepúsculo purpúreo parecía negra, con una estrella dorada y el antiguo emblema -el martillo y la hoz- la bandera de la Patria.

-¡Hurra! -gritó Yurkovskiy y Daugé empezó a aplaudir. Con esto terminó la ceremonia solemne.

De vuelta al transportador, Ermakov enseguida se puso en el receptor, Yurkovskiy se sacó la escafandra, se estiró y bostezando se tumbó en su cama.

-¿Bien, loannovich, con qué vas a invitarnos? -preguntó.

Y entonces Bikov recordó: hoy era el cumpleaños de Daugé. Cuando aún estaban instalando el primer faro él había hablado de esto y había invitado

solemnemente a "celebrar esta fiesta significativa por medio de la correspondiente engullición de bocadillos y bebidas y con la solemne pronunciación de discursos". Había hecho la invitación en verso:

A la fiesta en mi honor dada,
Yo le ruego que usted asista
Ruego también, de pasada,
Que se lave y que se vista.

Bikov sonrió alegre y preguntó:

-¿Dónde están los manjares prometidos?

Daugé empezó a buscar en su saco, extrajo una botella cuidadosamente envuelta, dos latas de conserva de pescado y un grueso trozo de tocino ahumado. Todos estos manjares no entraban en la ración habitual de los cosmonautas. Daugé se las había compuesto para traerlos de contrabando. Bikov puso unas servilletas, sacó del pequeño armario bufete unos vasos, tenedores y pan. Yurkovskiy se acercó a la improvisada mesa del improvisado festín. El interior del auto-tanque enseguida tomó un aspecto festivo. Todo era extraordinario. Daugé desenvolvió la botella, la puso en el centro de las servilletas y se frotó las manos con ansia. Bikov tuvo la idea de ponerse la corbata encima del traje especial, lo que alegró a Daugé extraordinariamente. Mientras duraba esta preparación tan prometedora, Ermakov permaneció cerca del aparato sin sacarse la escafandra. Después de terminar sus cálculos empezó a llamar al "Jius". Pero el éter callaba. El altavoz silbaba, aullaba. Mijail Antonovich no contestaba. Ermakov desconectó el aparato, cansado se quitó la escafandra y la colgó cuidadosamente en la pared. Bikov notó con asombro que el rostro del comandante había oscurecido y era severo. Ermakov estaba muy preocupado por algo. ¿Preocupado ahora, cuando se había recorrido ya tan pesado y difícil camino, cuando restaba tan sólo dar la orden a Krutikov y esperar la llegada del "Jius" al nuevo cohetódromo? Asombroso... Bikov se palpó el labio inferior.

-Camaradas, propongo que descansen todos y... -Ermakov se calló, mirando admirado a los alegres amigos; levantó las cejas-. ¿Qué es lo que están organizando?

-Una fiesta en mi honor... -empezó Daugé con voz apagada. La expresión de la cara del comandante le había sorprendido.

-¡Anatoliy Borisovich! -exclamó alegre Yurkovskiy abriendo la botella-. Beberemos un traguito y charlaremos.

Ermakov fijó su mirada en él, en el turbado Daugé, en el bravo Bikov (éste se apresuró a tapar la corbata con la mano). Y sus ojos se hicieron bondadosos.

-Venga -dijo y dobló el mapa que estaba extendido en la mesita cerca de la radio.

Se sentaron alrededor de las servilletas.

-¿Habrá brindis? -preguntó Ermakov tomando de la mano de Yurkovskiy el vaso.

-Obligatoriamente -contestó aquél y pronunció solemnemente-. Hoy celebramos un acontecimiento doble. Hoy ha nacido el gran G. I. Daugé y el pequeño cohetódromo "Golconda Uránica". A los dos les espera un gran futuro, los dos son caros a nuestros corazones. ¡Qué vivan, que crezcan y se multipliquen! ¡Hurra-hurra-hurra!

Tras la pared silbaba el caldeado viento, la negra arena se había acumulado alrededor del "Chico". La extraña noche negra envolvía por todos lados el pequeño y cómodo rinconcito de vida y luz.

-Es bueno este "roll-mops" -dijo Yurkovskiy concentrado en enrollar en el tenedor el apetitoso pescado-. Me encanta el "roll-mops"...

-Perdonen -cortó Ermakov. Se levantó y conectó el receptor.

El local enseguida se lleno de silbidos y crujidos. Los geólogos se miraron.

-¿No hay comunicación? -preguntó Daugé alarmado.

-Es el segundo día que no la hay -respondió en voz baja Bikov mirando de reojo al comandante.

Ermakov giró el mando del receptor, los crujidos cesaron inmediatamente.

-Vamos a regresar al "Jius"... -consultó su reloj-, dentro de una hora. Si no hay novedades, claro está...

Los cosmonautas se miraron unos a otros estupefactos.

-Permítame -Yurkovskiy frunció el ceño-. ¿Y el Mar del Humo?

-¿Pero es que no vamos a ir al Mar del Humo? -preguntó Daugé con asombro.

El comandante guardaba silencio.

-Además... Mijail Antonovich, tal y como acordamos, debe traer el "Jius" aquí. El cohetódromo está listo para recibirlo... Mijail espera su orden...

-No hay comunicación... -dijo Ermakov con voz apagada.

-¡Gran cosa! -Yurkovskiy se encogió de hombros-. Esto ya sucedió antes. Esperaremos...

-y... durante este tiempo exploraremos el Mar del Humo -ensartó Daugé-. Esto se llama combinar lo útil con...

Ermakov movió la cabeza:

-No, regresaremos al "Jius".

Dijo esto con voz suave y en ella sonaron notas completamente nuevas: Parecía que el comandante rogaba.

-La comunicación puede reanudarse, o quizá no. Nosotros no debemos aguardar. Estamos obligados a regresar inmediatamente al "Jius". Nos queda agua para menos de cuatro días. Desde mañana reduciré la ración. -Yurkovskiy saltó:

-¿Marchar? ¿Cuando solamente hemos realizado la mitad de la tarea? ¿Contentarse con miserables migajas estando a dos pasos de este pozo de secretos y enigmas? Nos han confiado una empresa de gran responsabilidad...

Bikov comprendió que la conversación era decisiva. Había empezado ya más de una vez, ya que los geólogos hacía tiempo que insistían audazmente en la profunda exploración del Mar del Humo. Pero Ermakov o guardaba silencio, o sus respuestas eran tan vagas que los geólogos, no pudiendo contravenir la disciplina de campaña, empezaban a ahogarse de cólera sin poder sacar nada en claro.

Verdad es que Bikov no esperaba que el diálogo decisivo tendría lugar precisamente ahora, cuando se habían reunido para pasar unas horas de alegre camaradería. La fiesta se había estropeado por completo. Había una sola solución: someterse y escuchar... Y hablar en caso de necesidad. Y de que sería necesario, estaba convencido: no había más que ver esos rostros pálidos y demacrados. Cada uno estaba lleno de resolución y convencido de su razón... Ermakov interrumpió a Yurkovskiy:

-¿Cree usted que son suficientemente completos los datos sobre la geología de los alrededores de la Golconda?

-¿En sus lejanas inmediaciones?... -Yurkovskiy cerró los ojos.

-Sí, supongamos que en las lejanas.

-Los datos son relativamente completos -pronunció Daugé con cautela-, pero...

-Ustedes han terminado en el primer acercamiento el estudio de la composición cuantitativa y cualitativa de los minerales útiles en los alrededores de la Golconda Uránica. -Ahora Ermakov hablaba en voz alta y áspera-. Ustedes demostraron la utilidad en la explotación de los mismos. Han reunido un profundo material sobre las condiciones naturales de la región. Han determinado el régimen de radiactividad. Han levantado el mapa del lugar, geográfico y topográfico. Han efectuado una exploración geofísica de las entrañas de Venus en esta región...

-Pero los datos son imprecisos y totalmente insuficientes --interrumpió Yurkovskiy-. Teniendo posibilidades para lograr datos mucho más exactos...

-¡Nosotros no tenemos esta posibilidad! -vociferaba Ermakov.

-¿Cómo que no la tenemos?

-Ya lo he dicho. Puedo repetirlo. Tenemos agua para cuatro días. Estamos incomunicados. La situación del "Jius" en el pantano no está fuera de riesgos. La marcha al Mar del Humo en nuestras condiciones sería una aventura. Cualquier avería seria del transportador puede llevar al fracaso a toda la empresa. Además...

-¿A qué viene esto de aventura, cuando se trata de una tarea dada por el Gobierno? -Yurkovskiy se levantó bruscamente-. Se nos encomendó una misión de responsabilidad y nosotros la cumplimos a medias. ¡Esto es vergonzoso! ¡Cuándo van a poder volver aquí...!

-Si nosotros regresamos volverán muy pronto, pero si nos quedamos aquí, nunca... ¡O dentro de veinte años! Yo no estoy dispuesto a arriesgar los resultados de la expedición.

-¡Riesgo! ¡Otra vez el riesgo! -se enfureció Yurkovskiy-. ¡Yo no temo el peligro! ¡Diga usted lo que quiera, Anatoliy Borisovich, pero usted no puede hacernos cobardes! -Ermakov se estremeció involuntariamente: estas eran sus propias palabras-. ¡La tarea principal de la expedición no se cumplirá!

-No es verdad -Bikov se inmiscuyó en la discusión.

Inesperadamente recordó la conversación con Ermakov al comienzo del vuelo y enseguida comprendió las causas que obligaban al comandante a ser prudente. Los geólogos, acostumbrados a que generalmente no interviniera en las discusiones sobre estos temas, se quedaron mirándolo. Sólo Ermakov no se movió.

Bikov continuó:

-La tarea principal de la expedición no es ésta. Ustedes recuerdan mal la orden del Comité. La prueba del "Jius" es la tarea principal.

-Alexey Petrovich tiene razón. Nuestra tarea primordial es la de demostrar que únicamente unas naves del tipo del "Jius" pueden solucionar el problema de la conquista de Venus y del espacio. ¡Demostrar esto! Y además llevar a la Tierra los resultados de una exploración preliminar. Nosotros lo hemos conseguido. Se ha creado el cohetódromo. Resta lo principal: regresar.

-El desventurado Daugé que celebraba su día onomástico se puso a masticar con repugnancia su "roll-mops". Se notaba que estaba cediendo.

Yurkovskiy exclamó con amargura:

-¡Dejar a medio camino una empresa así!

-Mejor, es enemigo de bueno, Vladimir Sergeievich. Y además, nosotros hemos cumplido nuestro programa...

-Usted no es especialista -dijo Yurkovskiy con impertinencia.

-¡Yo soy comandante! -Ermakov pronunció conteniéndose-: Yo respondo del éxito o del fracaso de toda la operación. Yo puedo sencillamente ordenar, pero preferí escuchar sus argumentos y... considero que no son convincentes. Dejemos ya esto... Además, si Mijail dentro de esta hora logra comunicarse con nosotros y trae al "Jius", yo les daré aún dos o tres días.

La fiesta se había echado a perder, eso era indudable. Los geólogos se sentaron uno junto a otro y bajaron las cabezas. Ermakov se ocupó de nuevo del receptor. El altavoz aullaba y graznaba forzadamente. Pasaban los minutos. La comunicación no se restablecía. La olvidada botella estaba solitaria entre las blancas servilletas.

"Cr-ra, cr-ra, ti-iu-u, fiui-i..." -sonaba el receptor. Los indicadores de la pared enrojecieron poco a poco. Empezaron a sonar los contadores de radiación.

-Venus te saluda, Ioannovich -comunicó Yurkovskiy con voz cascada.

-¡Ah, Dios mío, Dios mío!... -pronunció Daugé con indescriptible tristeza y empezó a blasfemar en lituano a media voz.

"Fiui-i-i-u-u" -sonaba el altavoz.

¿Oyes el triste susurro del cabestrante?
¿No lo oyes? Bueno, no importa...
Salen del puerto los hijos de la Niebla.
Se van. ¿Para mucho? ¿Hacia qué parte?

Cantó de pronto Yurkovskiy con el motivo de la conocida canción lírica.

-¡Ah, esto es algo nuevo! -se reanimó Daugé-. ¿Y cómo sigue?

-¿Me vas a acompañar? -preguntó Yurkovskiy un poco turbado.

-¡Claro! ¡Venga!

Yurkovskiy repitió y Daugé con voz horrible siguió:

Salen del puerto los hijos de la Niebla.
Se van. ¿Para mucho? ¿Hacia qué parte?
Oyes cómo la golondrina llora y solloza,
Al surcar la plomiza marejada,
Se ocultan los rígidos palos negros
Tras la gris cortina de llovizna...
En el viento matutino, en el mar pluvioso,
Donde se agita la blanca espuma,
Tranquilas gentes con mirada vaga
Despiden sus naves.
Les esperan horas inquietas en el timón,
De resaca en desconocidas peñas,
Y el estruendo furioso de la oleada
Y de los arrecifes los hambrientos dientes,
Y noches calurosas y húmedas redes,
Y el rumor de las secas velas,
Y el acariciador beso del templado viento
De los lejanos ribereños bosques.
Les esperan las costas de los cuatro océanos,
Allí se rizan aguas extrañas...

Salen del puerto los Hijos de la Niebla...
No volverán pronto...
¿Cuándo será?

-"No volverán pronto... ¿Cuándo será?" -repitió Daugé pensativo-. Bravo Vladimir. muy bien...

Llenaron los vasos y bebieron. Yurkovskiy, desanimado, inclinó la hermosa cabeza un poco canosa sobre sus manos. Ermakov, pensativo, comprobaba a menudo su reloj. Bikov se sintió completamente triste, echó la cabeza atrás en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Le venían a la memoria queridas y tremendamente lejanas imágenes: un cielo azul profundo, una cálida brisa suave y acariciante, blancas nubéculas reflejadas en el oscuro, trémulo charco... la Tierra...

Ermakov se levantó. Completamente tranquilo, sin apartar la vista de la esfera de su reloj, dijo:

-Discúlpenme, tengo que apagar la luz. Es necesario examinar los alrededores. Ayúdame, Alexey Petrovich.

Subieron a la torrecilla de mando. Ermakov apagó la luz, giró el telémetro hacia el sur y se pegó a los oculares. Bikov se inclinó hacia el segundo telémetro. Ante sus ojos en el círculo negro-plomizo dibujado con rasgos fosforescentes se encendieron de pronto una tras otra dos luminosas estrellitas rojo-purpúreas a poca altura sobre la negra raya del horizonte.

-El cálculo -inesperadamente y con voz ronca pronuncio en su oído Ermakov-. ¡El cálculo, Bikov! No duerma, demonio...

Sin pensar, maquinal y rápidamente Bikov fijó la dirección de los extraños fulgores. Las rojas estrellitas palidecieron y se apagaron. Ermakov encendió la luz de la torrecilla y febrilmente empezó a calcular.

-¿Cuánto le da? -preguntó rápido.

-Altura: diez grados, ocho minutos; acimut: treinta grados, veintisiete minutos... Pero qué...

-Cállese, Alexey Petrovich... -Ermakov se anotó las cifras en el cuaderno-. Cállese, esto después... -Bikov se palpó el labio inferior.

-¡Luz! -gritó de pronto Yurkovskiy-. ¡Enciendan la luz! ¡Daugé se siente otra vez mal!...

LA ÚLTIMA PALABRA DE LA GOLCONDA

El "Chico" no iba veloz. Por la pantalla se deslizaban los contornos de las peñas muy juntas, del caos de piedras. Los reflejos del lejano resplandor de la Golconda danzaban en las espaldas agrietadas de los enormes cantos rodados.

Incluso en este camino el "Chico" hubiera podido desarrollar el doble de velocidad, pero cada vez que el transportador era sacudido por un bache Yurkovskiy se quejaba en la profundidad de la cabina sin despertarse y el conductor apretaba los dientes como si a él mismo le quemara el cuerpo cubierto de granos.

A través del cadencioso ruido del motor se oían los apagados silbidos del receptor; el comandante no lo desconectaba ahora ni un solo minuto. Tras la mesa plegable estudiaba unos papeles. Los baches le debían molestar pero él callaba.

¡Qué extraño era todo esto y qué poco se asemejaba con el cuadro que tantas veces se había imaginado Bikov! ¡La exploración terminada, el cohetódromo construido, desciende solemnemente en la llanura el "Jius", un magnífico, notable encuentro, cómodos camarotes, el buen Mijail Antonovich y... al fin a casa! Y en lugar de eso: unos extraños fulgores en el sur, una loca carrera por estas tierras revueltas y el rostro frío, tenso, del comandante. Nunca Bikov le había visto así... Bien, se comprendía que era arriesgado esperar el restablecimiento de la comunicación con el "Jius" teniendo a bordo a Daugé enfermo de gravedad y con reservas de agua para tres-cuatro días. Era comprensible que Ermakov hubiera decidido regresar al "Jius". ¿Pero por qué tanta prisa? ¿Por qué había dado tanta importancia a los destellos en el sur? Estaba claro que él los esperaba. ¿Quizás sea Mijail? Será posible...

-Alexey Petrovich, debo hablar con usted -dijo Ermakov en voz baja.

Sin volverse, absorbido por el camino, Bikov contestó:

-Le escucho, Anatoliy Borisovich.

-Pare la máquina.

Ermakov estaba sin escafandra sentado tras la mesa plegable. Una luz azul suave caía sobre el mapa, sobre los delgados dedos blancos del comandante.

-Escúcheme con atención, Bikov. Esto es muy importante. ¿Recuerda los dos destellos en el sur?

-Sí.

-He determinado sus coordenadas suponiendo que esto eran cohetes de señales...

-¡El "Jius"!

-No lo sé. Mire...

Era un mapa de la región explorada. Bikov vio el casi regular círculo del enorme pantano, el cráter de barro mineral, y una cruz en el mismo, el lugar de descenso del "Jius". El camino del "Chico" a través del desierto y la cadena de peñas en dirección al cohetódromo "Golconda-1" estaban trazados con un precioso puntuado. Saltaba a la vista la mancha negra de la Golconda rodeada del círculo gris-claro del Mar del Humo.

Ermakov señaló con la punta del lápiz un pequeño círculo un poco más al sur-este del pantano:

-Este punto. Verá que está a un lado del pantano... Precisamente desde allí fueron lanzados los cohetes, suponiendo que fueran cohetes. La exactitud de apreciación será de unos cinco-siete kilómetros.

-¿Pero cómo y por qué se trasladó allí el "Jius"?

-Yo no dije que fuera el "Jius". Pero...

-¿Qué?

Ermakov se inclinó y acarició con la mano la pierna enferma.

-Mire, Bikov. Ahora vamos hacia el lugar de descenso del "Jius". Al pantano. Los cohetes podrían haber sido disparados por cualquier otra expedición que sabe que nos encontramos en esta región. Es posible que sea sencillamente un cohete de carga autodirigido con provisiones. O puede que no sea nada. Pudimos ver explosiones atmosféricas... Sin embargo coinciden con nuestras señales convenidas.

-¿A las veinte en punto? -preguntó Bikov.

-Éstas fueron a las veinte y doce minutos -precisó Ermakov.

-¿Y Mijail debía en caso... debía señalizar a las veinte en punto?

-Sí.

Bikov sintió claramente en su pecho el frío de un mal presentimiento.

-Se cortó la comunicación de un modo muy extraño -continuó Ermakov como si pensara en voz alta-. El altavoz empezó a silbar y casi cesó de oírse la voz de Krutikov. Pero me pareció que él me llamaba como... agitado. Demasiado agitado... Luego se hizo el silencio. Y ya van tres días que calla.

Se acercó al oído de Bikov. Un instante sus ojos resplandecieron en la semioscuridad de la cabina, como los de un gato.

-Sea como sea, un mapa se lo doy a usted. Guárdelo y llévelo siempre encima. El segundo quedará conmigo, lo pongo aquí, en la mesita. Pase lo que pase, diríjase al pantano. No busque un nuevo camino. No tenemos por qué perder tiempo. Diríjase hacia el "Jius". Y únicamente en el caso de que el "Jius" no estuviera en el pantano...

Bikov retuvo la respiración.

-Sin embargo, tengo confianza en lo mejor -concluyó Ermakov con tal tono que Bikov comprendió: el comandante casi no confiaba en lo mejor.

Callaron durante unos segundos.

-Esto es todo lo que quería decirle. ¡Diríjase al pantano! -Ermakov tosió y se volvió al receptor.

El "Chico", aplastando con su peso las piedras que tenía debajo se puso de nuevo en marcha. Bikov ya no prestaba atención a los gemidos de Yurkovskiy. La saeta del cuentakilómetros sobrepasó los treinta. El transportador cogía velocidad.

"Jius" -pensaba Bikov-. "Mijail Antonovich... ¿Será posible que haya sucedido algo malo? ¿Es posible que la astronave haya sucumbido?".

Los ojos, empezaron a dolerle. Bikov sacó la mano izquierda del teclado y con precaución frotó los hinchados párpados.

-¿Duelen? -preguntó Ermakov.

-Sí. Molestan...

Ermakov se sentó a su lado, miró el cuentakilómetros. Cuarenta y cinco kilómetros por hora. Poco. El transportador dio un salto, chafando las piedras, las orugas rechinaron. "¡Oh, demonios!", gimió Yurkovskiy. La saeta vibraba ya cerca de los setenta...

El "Chico" estaba ya cerca de la cadena de peñascos cuando Bikov observó delante en el camino el movimiento de unas manchas y franjas rojas con un centelleante vapor encima de ellas de color liliáceo. Un extraordinario torrente de fuego obstaculizaba la marcha del "Chico" cerrándole el camino. Bikov paró el transportador y en voz baja llamó a Ermakov. Durante algún tiempo estuvieron los dos observando en silencio el extraño fenómeno apoyados en la escotilla mirilla.

-¿Intentamos pasar? -preguntó finalmente Bikov. Ermakov cabeceó con incertidumbre:

-No... No vale la pena. Es mejor probar de pasar por al lado.

-¿Qué puede ser eso?

-No lo sé... Acérquese un poco más.

El "Chico" se arrastró despacio unos doscientos metros y se paró. En el negro suelo centelleaban con luz roja-viva unas franjas sinuosas. A lo lejos, tras el manto de vapores lilas éstas se unían en una compacta mancha carmesí. Parecía que se derramaba desde algún lugar, cubriendo el desierto, lava candente. Bikov notó que despacio, casi imperceptiblemente, la roja masa se acercaba hacia un enorme, negro canto rodado. Al pie de él se elevaba, se hinchaba, subiendo a la roca...

-Se mueve -musitó Ermakov.

La roca desapareció bajo la roja masa en movimiento.

-¿Qué demonio será esto?

-Salgamos a verlo -propuso Ermakov en tono decidido. Rápido se levantó y con una mueca de dolor cayó otra vez en la butaca-. No, yo no puedo... Despierte a los geólogos, Alexey Petrovich.

No salieron enseguida del transportador. Algo siniestro parecía flotar en aquella masa luminosa rojo-carmesí. Incluso Yurkovskiy calló cuando Bikov propuso prudente:

-Podemos acercarnos y examinarlo con los manipuladores...

-Sí -aceptó Daugé dudoso-. Creo que esto no es lava...

Ermakov se encogió y palpó su pierna frunciendo el ceño.

-Sean prudentes. Al más mínimo peligro regresen al transportador. Siempre tendrán tiempo de escapar. Esto se mueve muy despacio.

Ante la puertecilla de la cámara estanque Bikov volvió la vista. Ermakov, encorvado, estaba sentado ante el tablero de mandos mirando fijamente las franjas purpúreas tras la escotilla mirilla. No se había puesto el traje especial y Bikov vio a la luz rosada de la pantalla sus puños apretados.

La temblorosa masa se movía hacia los lados cerrando al transportador en un enorme semicírculo. Los largos brazos avanzaban como tentando el suelo. Una centelleante niebla liliácea flotaba sobre toda esta alfombra roja en movimiento. En los auriculares zumbaba la lejana Golconda y aquí se formaba un murmullo regular rechinante: el purpúreo torrente arrastraba consigo piedras y trozos de roca.

-Es extraordinariamente parecido a un ser vivo -murmuró Daugé.

-No digas tonterías, loannovich... -dijo Yurkovskiy.

-Es un ser vivo, mira los tentáculos: buscan camino entre las peñas...

-No buscan nada...

Daugé se agachó, cogió una piedra y exclamando: "¡paraos a ver, pase lo que pase!", la arrojó en la roja masa. Bikov, que no había podido detenerle, se encogió preparándose para cualquier eventualidad. Pero nada sucedió. La piedra cayó en la roja superficie, saltó, corrió un poco y se paró, ennegreciendo. A su alrededor se elevaron pequeños hilos de humo rosado. Luego la piedra desapareció como si se hubiese fundido, la roja masa la había absorbido.

-La temperatura es normal -comunicó Yurkovskiy mirando su termómetro de mano: cincuenta y cuatro con tres décimas. Para estos lugares es completamente normal. No es lava.

Llegaron muy cerca. La cortina de niebla liliácea se elevaba ante ellos; unos pasos más y habrían pisado la extraordinaria alfombra carmesí.

-No vale la pena ir más allá -dijo Bikov- en mi escafandra el contador de radiaciones se vuelve loco.

-S-sí -pronunció Daugé parándose-. La radiación va en aumento. Esto irradia, Vladimir...

-Ya veo -masculló Yurkovskiy poniéndose en cuclillas y mirando con atención el borde del torrente purpúreo.

El suelo estaba cubierto por una espesa película luminosa, muy sólida a simple vista, y esponjosa. Ésta se arrastraba despacio por el suelo, se elevaba en algunos lugares arrancando piedras de la arena.

-Su espesor es de unos quince centímetros -calculó Yurkovskiy, mientras observaba cómo la película se encaramaba en un canto agudo de la piedra-.

¡Esto no es ningún ser vivo, loannovich! Es completamente insensible a las excitaciones externas.

-¡Qué extravagante! -Daugé se encogió de hombros-. La esponja también es completamente insensible a los estímulos externos... Esto seguramente será una colonia de microorganismos.

-¿Microorganismos... con este nivel de radiación.? -Yurkovskiy parecía que pensaba en voz alta-. A pesar de que los seres vivos pueden adaptarse a cualquier condición. Y si además esto también irradia... En esto tienes razón, loannovich. Pero cómo lo vas a demostrar... Cojamos una prueba, en casa la estudiaremos.

-¿O sea que ustedes creen que podemos atravesar este rojo campo con el "Chico"? -preguntó Bikov. Los geólogos callaron; luego Daugé dijo:

-Yo diría que sí. En todo caso no es lava.

-Entonces vayamos al transportador. Ermakov nos espera.

-Un momento, Alexey. Tenemos que coger una prueba de esto.

El transportador estaba a unos cien metros de distancia brillando en la luz roja. Se veía el agujero negro de la abierta escotilla. La película carmesí parecía envolver el tanque. A lo lejos en la oscuridad ya se veían sus franjas cubiertas por el vapor liliáceo. Apresaba al "Chico" por tres lados, Bikov se puso nervioso.

-¡Vamos, deprisa camaradas! -dijo-. No me gusta nada la manera de actuar de este interesantísimo fenómeno.

-Voy corriendo a buscar un conteiner, esperen un minuto... -gritó Daugé y se dirigió al "Chico" con trote inseguro.

Bikov le siguió con la mirada y, volviéndose hacia Yurkovskiy, vio cómo éste intentaba cortar un trozo de la película con el cuchillo.

-No lo haga, Vladimir Sergeievich. ¿Para qué? Lo cogeremos con el manipulador.

Yurkovskiy jadeaba enojado forcejeando con la hoja de la daga. El cuchillo penetraba fácilmente en la elástica masa, pero ésta enseguida se juntaba. El geólogo exasperado cortaba, rompía y despedazaba la consistente y temblorosa gelatina. Finalmente le fue posible separar un grueso pedazo rojo. Empezó a salir copiosamente un denso gas luminoso. Yurkovskiy se levantó y apartó el trozo más allá con el pie. En la negra arena se iluminó vivamente una mancha roja. Oyeron un ruido detrás. Se volvieron y vieron a Daugé que había caído del "Chico". Estaba sentado en el suelo en absurda pose.

-¿Qué le ha pasado?... -pronunció con enojo Yurkovskiy.

Daugé, rápido, se levantó, y agachado empezó a escudriñar entre sus piernas, buscaba algo. Bikov vio como los tentáculos de fuego rodeaban ya al transportador, unidos a unos trescientos metros de él. Habían formado un círculo casi perfecto.

"Círculo... -pensó de pronto Bikov-. El círculo de fuego... ¿Dónde oí yo algo sobre el círculo?".

Daugé ya venía arrastrando por el suelo una correa con el depósito container metálico para las muestras radiactivas. Bajo el brazo llevaba un pesado escudo.

-¡Qué demonio! -exclamó Yurkovskiy extrañado.

Bikov miró a sus pies y vio que el pedazo de película cortado se había corrido formando una estrella con unos largos y delgados apéndices que iban en dirección a la roja alfombra. Y de pronto se acordó: "¡El círculo rojo! ¡Cuidado con el círculo rojo! El enigma de Tajmasib...".

En aquel instante el suelo se estremeció. Bikov perdió el equilibrio y por poco se cae. Vio como caía Daugé tirando todo lo que llevaba en las manos y como Yurkovskiy, al intentar levantarse, se puso de cuatro patas.

En el negro cielo estalló un deslumbrante relámpago blanco-azulado. Bajo los pies sonó un estampido ensordecedor.

-¡Ah-a-a! -se oyó débilmente el chillido de Yurkovskiy entre el terrible estrépito.

Bikov, mientras se agarraba convulsivamente en el desnivelado suelo, vio cómo se abría la tierra cerca del "Chico" y se elevaba una columna de fuego. A la luz de las llamas vio cómo rodaban desesperadamente las orugas del transportador encabritado, cómo se levantó y cayó de nuevo boca abajo Daugé. Un calor irresistible envolvió a Bikov. Casi perdiendo el conocimiento se levantó Bikov aguantando el equilibrio con dificultad, dio algunos pasos inseguros hacia el ladeado transportador y de nuevo cayó, el suelo había fallado bajo sus pies. Él estruendo cesó. A través del sudor que bañaba sus ojos Bikov vio cómo poco a poco la temblorosa y agrietada tierra se iluminaba en colores que iban del rojo-opaco al rojo-ceniza, como se hundía en la arena fundida el transportador caldeado hasta el rojo.

-¡Ah-a-a! -chillaba detrás Yurkovskiy.

Apretando los dientes, sobreponiéndose a la debilidad que le invadía, Bikov se obligó a sí mismo a arrastrarse hasta él. Vio las manos negras, como quemadas, tendidas hacia él. Y encontró en sí fuerzas suficientes para agarrarse a ellas, apoyarse en la tierra y empujar al geólogo lejos de la ciénaga carmesí.

Luego perdió el conocimiento, pero por lo visto por poco tiempo, ya que al volver en sí descubrió que Yurkovskiy estaba tendido a su lado doblando torpemente las manos. Vio que el suelo candente alrededor del "Chico" aún no había tenido tiempo de oscurecer, que el transportador estaba bastante inclinado y profundamente empotrado en la fundida arena, y que la coraza plástica humeaba volviéndose gris y oscureciendo rápidamente.

Los rasgos azul-blanquecinos del cielo se habían apagado. En los oídos sentía un ininterrumpido y agudo sonido y Bikov tardó en comprender que aquello era el contador de radiación. "Decenas, centenas de röentgen", pasó por su mente. Se puso de pie, cogió al inmóvil Yurkovskiy y lo llevó hacia el "Chico", lejos de la película hirviente. A unos cuarenta pasos tropezó con Daugé. loannovich yacía de espaldas, aferrado con sus retorcidos dedos a la tela del traje especial en el pecho. Dejando a Yurkovskiy, Bikov se agachó hacia el amigo. Daugé estaba sin sentido, respiraba con dificultad. Toda la parte inferior de su traje especial colgaba en harapos. Alexey apresuradamente, con mano temblorosa, abrió la llave del oxígeno, sacó la correa del automático y apretó fuertemente alrededor de la cintura al cuerpo inmóvil para que cesara la entrada del caldeado aire exterior pobre en oxígeno y saturado de polvo radiactivo. Daugé gimió y con un sollozo aspiró ávidamente el gas vivificante. Yurkovskiy despertó solo. Al volver en sí se estremeció, con un rápido movimiento se levantó, se sentó. Daugé continuaba respirando con dificultad.

-El "Chico"... Anatoliy Borisovich... -murmuró Yurkovskiy-. Rápido...

Bikov le ayudó a levantarse y los dos balanceándose se dirigieron hacia la enorme mole del transportador que estaba enfriándose a un centenar de metros de donde estaban ellos. Traspasaron una ancha grieta, se pusieron a correr. Yurkovskiy se encaramó el primero a la escotilla pero se cayó.

Bikov lo empujó y subió.

La escotilla se había deformado por el calor, era ovalada. El blindaje estaba aún caliente, el calor penetraba a través del traje especial quemando irresistiblemente. En la oscura cámara estanque Bikov en vano buscó el interruptor de la luz, y al no hallarlo encendió la linterna de su escafandra. La compuerta de la cámara no se podía abrir.

-¡Anatoliy Borisovich! ¡Camarada Ermakov! -llamó con desesperación y de pronto comprendió: era inútil. El comandante había muerto.

La temperatura de la explosión había sido muy alta, todo se había fundido. El "Chico" estuvo algún tiempo calentado al rojo vivo y Ermakov estaba sin escafandra cuando ellos salieron. Allí, en el interior del transportador, todo se había quemado. Todo, también el comandante... Era el fin...

-¡La compuerta, la compuerta, deprisa, qué diablos! -Yurkovskiy subió trabajosamente a la cámara estanque y se abalanzó a la compuerta, empujó.

Empujó con todo su cuerpo y Bikov se unió a él. ¡Inútilmente! Yurkovskiy empezó a golpear rabiosamente con los puños.

-Hay que cortar... -pronunció Bikov con voz ronca.

-¿Con qué, Alexey? ¡Vamos a la escotilla de reserva, vamos!...

Bikov saltó al exterior. La escotilla de reserva se hallaba en la parte posterior del transportador. Pero al dar la vuelta al tanque comprendió que todo había terminado. El "Chico" estaba hundido en el suelo reblandecido por la enorme temperatura y se había fundido con él. La escotilla estaba debajo del nivel de la dura corteza recocida, y era completamente imposible llegar a ella. El "Chico" se había convertido en una fortaleza muerta inaccesible para los que habían quedado con vida. Ermakov estaba separado del mundo y había muerto. ¡Muerto! ¡El comandante muerto!

Bikov se dejó caer anonadado en la ardiente tierra mutilada y se llevó las manos a la cara. Sus dedos tropezaron con la lisa superficie de la escafandra...

A loannovich lo llevaron cerca del "Chico" y lo instalaron lo más cómodamente posible. Antes de esto, Bikov tuvo que perder algunos minutos en hacer volver en sí a Yurkovskiy. El geólogo iba alrededor del transportador sin oír nada, no contestaba ni veía a nadie. Bikov lo cogió por los hombros, le sacudió y entonces aquél se recobró y le siguió dócilmente.

Daugé aún no había recobrado el conocimiento. No tenían medicamentos ni vendajes. No había con qué cubrir las piernas quemadas del compañero. No se podía tan siquiera subirle la escafandra y darle de beber, ya que la temperatura del aire después de la explosión era aún demasiado alta, más de 80 grados. Yurkovskiy y Alexey acostaron a loannovich, buscaron en sus mochilas y envolvieron las heridas con trapos. Intentaron hacerle la respiración artificial sin saber por qué y con los harapos del traje protegieron la desnuda carne del viento abrasador. Bikov comprobaba el termómetro pero la temperatura descendía muy despacio.

-Morirá -murmuró Yurkovskiy-. Quemaduras de segundo grado. Mal...

-¡Cállate! -aulló Bikov encolerizado.

-¡Alexey! Se arrastra -murmuró Yurkovskiy como delirando-. Mira, se acerca...

-¿Qué? -Bikov miró y enseguida comprendió.

Alrededor del "Chico", despacio pero insistente, iba cerrándose el círculo de la película roja. La purpúrea masa iba acercándose, avanzaba por todos lados hacia el centro de la horrible explosión subterránea que había

quemado al "Chico" y donde ahora se amontonaban bloques de fundidas piedras revueltas. Sobre el negro y profundo embudo se elevaba una columna de humo.

-Nos cercará -continuaba Yurkovskiy-. Nos aplastará... Hay que huir.

-¿Hacia dónde? -Bikov miró en derredor hasta el horizonte: por todos lados se deslizaba el manto carmesí.

Yurkovskiy se levantó con dificultad, se agachó hacia Daugé y lo cogió cuidadosamente por debajo de los hombros:

-Ayúdame, Alexey... Nos encerraremos en el "Chico". Quizá resistamos hasta que todo esto se desvanezca...

Ioannovich gimió lastimeramente mientras lo subían a través de la estrecha escotilla. En la cámara estanque hacía aún mucho calor, mucho más que en el exterior.

-¡Dios mío! -pronunció con desesperación Alexey Petrovich, mirando el termómetro-. ¡Noventa!

Se tumbó en el caldeado suelo y puso a Daugé encima de él. Yurkovskiy se apresuró a cerrar la escotilla. No había manera: el agujero de la escotilla y la tapa habían perdido su forma inicial. Afianzó como pudo el pesado trozo de candente blindaje de plástico y observó por la rendija:

-Ahora subirá al tanque... No rodea los obstáculos, los pasa cubriéndolos... Veremos.

Se separó de la rendija y se sentó en algún lugar en la oscuridad. Bikov callaba atento a los ruidos del exterior, a los estertores de Daugé y sintiendo como un insoportable calor le quemaba la espalda. Estaban condenados. El "Chico" había sucumbido, no había comida, oxígeno, agua... Daugé estaba mal, muy mal. ¿Qué hacer por él? Algo, aunque sea inútil, lo que sea, cuando no hay más...

El "Chico" se estremeció, la luz roja que penetraba a través de la rendija de la escotilla se hizo más viva. Se oyó un crujido, la película roja penetraba en el mutilado transportador...

Media hora después la temperatura bajó hasta sesenta grados y Bikov sacando con cuidado la lisa escafandra de la cabeza de Daugé, vertió en la boca semiabierta de éste un trago de jugo de naranja. Ioannovich se atragantó y abrió los ojos llenos de sufrimiento. Bikov le acarició la mejilla sin afeitar y de nuevo le puso la escafandra.

-¿Dónde estamos?

-En el "Chico", loannovich, amigo... Estás herido.

-Cómo me duele... Las piernas... ¿Qué sucedió, por qué está oscuro? ¿Por qué estamos parados?...

-Hubo una explosión, Ioannovich -respondió Yurkovskiy y calló: no se sintió con fuerzas para explicarle todo.

-Sí... una explosión... Recuerdo. Me tiró al suelo y abrasó... ¿Vladimir, comprendes lo que es esto?... Bajo la tierra explotó una caldera atómica... Recuerdas, nosotros... discutimos... sobre esto... No tuvimos suerte... Precisamente debajo de nosotros...

Daugé respiraba fatigosamente. Alexey Petrovich abrió completamente la llave de oxígeno.

-Bien, bien... Más... -respiraba profundamente, con ansia-. ¿Dónde está Ermakov? ¿Por qué calláis? ¡Alexey! ¿Qué ha sucedido?...

-El "Chico" ha sucumbido, loannovich... -Yurkovskiy calló, luego despacio acabó de decirlo todo-: Ermakov ha muerto...

Daugé sollozó y de nuevo perdió el conocimiento. El "Chico" se estremecía, algo crujía en la coraza, las rendijas de la escotilla mal cerrada iluminaban con luz roja. Yurkovskiy de pronto se puso a hablar en voz queda:

-¡Ioannovich, Ioannovich, despierta... Saldremos de aquí... Te llevaremos en nuestros brazos... Ioannovich!

Daugé se estremeció, en su desvarío llamaba a Masha, lloraba.

Bikov cogió en sus brazos su cabeza sin fuerzas y la apretó contra sí.

-¿Ha muerto? -preguntó Yurkovskiy con voz extraña. Bikov rechinó los dientes:

-No, Daugé no ha muerto. Nosotros lo llevaremos. ¿Has comprendido? Mientras vivamos...

-Lo llevaremos...

Yurkovskiy se acercó a la escotilla y pronunció muy quedo:

-Seis años juntos... La Luna, los desiertos marcianos... Seis años...

Abrió la escotilla con un movimiento brusco, con inesperada fuerza. Noche, reinaba una oscuridad absoluta... Lejos, muy lejos retumbaba la Golconda Uránica elevando encima del horizonte su luz humeante con fulgores de fugaces destellos...

CIENTO CINCUENTA MIL PASOS

Habían quedado tres.

Daugé no volvía en sí. Bikov y Yurkovskiy lo sacaron con dificultad al exterior y durante algún tiempo se quedaron inmóviles sin poder abandonar aquel monstruoso lugar. La tierra temblaba como de costumbre. La película roja había desaparecido. Aún tuvieron tiempo de ver los restos de la alfombra roja encima del embudo en el lugar de la explosión, a unos veinte metros del "Chico": la película penetraba con avidez en el insondable agujero, apagándose poco a poco la aureola liliácea. Oscureció más aún. Bikov había levantado el automático para el último saludo, pero lo bajó cambiando de parecer. Quedaba sólo un cargador -sesenta cartuchos-, y delante cien kilómetros de camino por el desierto arenoso, por la garganta, por el pantano... Cien kilómetros, cien mil metros, ciento cincuenta mil pasos, y cada uno de ellos amenazando con lo inesperado.

-¡El saludo! -exigió con voz ronca Yurkovskiy y Bikov cogiendo de nuevo el automático disparó una corta ráfaga... De recortes de la tela de selenio-cerio hallados en la cámara estanque construyeron una especie de camilla; pusieron en ella a Daugé. Buena tela, fuerte; aún sobró para envolver a Ioannovich desde los pies hasta el cuello.

Ahora andaban encorvados bajo el pesado viento en la más completa oscuridad iluminados de vez en cuando por fríos destellos azules. En estos momentos Bikov veía ante sí la escafandra de Daugé en la camilla y la negra espalda vacilante de Yurkovskiy, más allá, arenas muertas, bajas, pesadas nubes con luminosas franjas de luz. El relámpago se apagaba y de nuevo la oscuridad, la arena pegajosa bajo los pies, el aullido del viento en los auriculares...

No hablaban entre sí. Se hacía difícil la respiración ya que ahorraban el oxígeno líquido y respiraban el aire exterior a través del filtro. Este aire era caldeado y muy pobre en oxígeno, les hacía bostezar convulsivamente y abrir con avidez la boca seca...

¡Sed! Parece como si la garganta estuviera llena de arena y polvo, la lengua, como una pesada piedra seca que se remueve en la boca. Y aquí mismo, cerca de la boca -sólo hace falta avanzar un poco los labios- está el fresco jugo de limón... ácido, fragante... Sólo hay que inclinar un poco la cabeza... tomar en los labios resecos la fresca boquilla... aspirar... Bikov siente incluso cómo sus dientes aprietan la pulida superficie de ebonita... Un poco... Un trago, sólo un trago... Mojar la lengua...

¡No es posible! Hay que hacer ciento cincuenta mil pasos. Quedan aún no menos de cien mil... y loannovich... Bikov se humedece los labios con la lengua.

¿Pero al fin y al cabo, para qué todo esto? Seguir andando, atormentarse... La tarea está cumplida. Lejos, a sus espaldas, el resplandor de la Golconda se refleja en el pulido acero de las torrecillas de los faros. Pronto, quizá muy pronto, descenderán nuevas astronaves y gentes animosas, alegres, empezarán el verdadero asalto. Fuertes, sanos, y beberán mucho jugo fresco de limón. Y la Golconda cederá. Eso ya no depende de dos sombras extenuadas... ¿Qué les impide dejarse caer, calmar su sed con el fresco líquido y dormirse en la arena?

Es así... Sería bueno echarse, estirar las agotadas piernas, beber y dormirse. Que el negro viento los cubra con un montículo de negra arena... Y para empezar tirar el automático. ¡Al diablo con él! ¿Para qué sirve aquí en estas muertas arenas? Hace mucho que ha muerto todo: está claro que lo mejor es acostarse, beber hasta saciarse -¡hay aún más de medio litro de jugo en el termo!- y esperar que la arena le cubra a uno.

¿Pero y el pantano? Allí son necesarias las armas. Allí está el "Jius" con Mijail Antonovich. Esperará, estará sufriendo sin dormir, horas y horas ante la radio. No se irá sin ellos, no se marchará hasta tener alguna noticia... puede ser que él mismo salga a buscarles infringiendo las instrucciones. Él no sabe que aquí no se puede vivir sin una gran cantidad, enorme cantidad de fresco líquido...

Y todos, todo el lejano planeta. Estaría muy mal si ellos se acostaran aquí y se durmieran... Se puede llegar, se puede, se puede... "¡No queremos, pero es necesario!" -como decía loannovich.

...Llevan andando ya más de un día por esta arena en la que se hunden los pies y el viento sopla con tal fuerza que es difícil sostenerse. Y en estos dos últimos días han comido sólo una vez. Y bebieron también una vez. Yurkovskiy se cae y deja caer a Daugé. Bikov intenta ayudarle. "Al diablo!" -exclama con voz ronca el geólogo. ¿Cómo que "al diablo", si ellos no pueden no llegar? Si quedan tan sólo cien mil pasos... o poco más... Bikov se sienta a su lado y espera. ¡Pero no se puede esperar! El tiempo es agua, y el agua es vida. Bikov empuja a Yurkovskiy. Este muge.

-¡Vamos, vamos, Vladimir Sergievich! ¡Falta poco!

Yurkovskiy muge y no se mueve. Entonces Bikov se inclina hacia él, a tientas encuentra la llave del oxígeno y la abre durante unos segundos. Yurkovskiy respira con avidez, luego despacio, balanceándose, se levanta. Bikov le ayuda...

Llevan ya cuatro días de marcha. El primer día transcurrió en el desierto y Yurkovskiy cayó por primera vez y no quería levantarse. Bikov le dio oxígeno. El segundo día... ¿el segundo día? Ah, fue cuando por poco se hunde en aquel embudo con arenas movedizas. Allí descansaron mucho, casi una

hora, y bebieron jugo. Y Ioannovich parecía que respiraba mejor aunque no había vuelto en sí... Fue un buen día... ¿Y el tercero? Sí, cuando los brazos se les adormecieron, se les quedaron paralizados, insensibles. No podían llevar la camilla. Daugé se hizo tres veces, cinco veces más pesado... Hicieron unos lazos y se colgaron la camilla del cuello. Luego cuando dormían a su alrededor se formó todo un círculo de arena. Y hoy cuando iniciaron la marcha la arena también se había amontonado. A Yurkovskiy y a Daugé fue necesario sacarlos de la arena... ¡Correcto: tres días! Y al día hacen un promedio de treinta mil pasos. Bikov tiene un contador de pasos. Han recorrido cien mil pasos. Por consiguiente quedan sólo cincuenta mil.

Hoy examinaron las quemaduras de Daugé; la piel había caído, llagas sangrantes... Bikov le venda las piernas como puede. Luego saca de la mochila de Yurkovskiy los termos de Daugé. Le parece que Yurkovskiy bebió dos veces furtivamente.

Bikov carga con todo. Yurkovskiy cayó de nuevo; un azul relámpago deja caer su temblorosa luz sobre el negro cuerpo extendido en el suelo.

-¡Levántate!

-No...

-¡Levanta te digo!

-No puedo...

-¡Levanta! ¡Te voy a matar! -chilla Bikov con gran esfuerzo.

-¡Déjanos, déjanos a los dos! -dice Yurkovskiy con rabia-. Vete solo.

Pero se levanta a pesar de todo.

En un descanso Bikov se durmió dejando a Yurkovskiy de guardia. Durante el cuarto día habían recorrido no más de doce mil pasos, y mientras dormía Bikov, Yurkovskiy se quitó los termos con los restos del chocolate líquido y limonada, el balón de oxígeno, puso todo esto en la casi vacía mochila cerca de la camilla y se deslizó en la noche para morir en los arenales. Bikov se despertó a tiempo. Halló al geólogo en el preciso momento en que éste, sintiendo que no tenía más fuerzas para alejarse intentaba sin poder lograrlo, sacarse la escafandra. Bikov se cargó a Yurkovskiy en el hombro -ninguno de los dos dijo una palabra-, lo llevó al lugar de descanso, le ayudó a fijarse la escafandra y los balones y luego dijo:

-Quiero dormir, estoy muy cansado. Dame palabra de que durante mi sueño no te fugarás... -Yurkovskiy callaba.

-Tengo mucho sueño, mucho... Tú no me dejas dormir, Vladimir...

Yurkovskiy porfiaba en su silencio, sólo resoplaba en el micrófono.

-¡Déjame dormir, Vladimir!... Hablaremos de todo cuando despierte. Te lo ruego...

-Bueno -dijo de pronto Yurkovskiy-. Duerme, Alexey, todo en orden.

Bikov quería decirle algo para animarle pero no pudo: se durmió.

El cielo estaba de nuevo cubierto de nubes purpúreas. Soplaba un fuerte viento del norte que ayudaba la marcha. Las nubes vinieron del lado de la Golconda mientras Bikov dormía. En el horizonte danzan las sombras sinuosas de los torbellinos. Todo igual...

Cada vez, al despertar después de un sueño atormentador, Bikov sentía un odio feroz hacia Yurkovskiy. El geólogo no podía ya llevar la camilla. Continuamente se desplomaba y dejaba caer a Daugé. Otra vez había intentado marcharse. ¡Pero no se puede perder a Yurkovskiy! Con él se perderían preciosos conocimientos: los del hombre que había estudiado los

accesos a la Golconda. Él debe llegar. Este audaz, "presuntuoso" poeta, dará a la humanidad la Golconda, las fabulosas llanuras de arena, esta arena más valiosa que el oro, que el platino...

Bikov se pone en pie con dificultad. Abre la válvula del oxigeno; aspirando con avidez cuenta precipitadamente hasta diez. Esta porción es necesaria, de otra manera las piernas no andan. Despacio se deja caer de rodillas y, gimiendo, pone en su hombro el flácido cuerpo de Daugé. Yurkovskiy se queda sentado en la arena:

-Bikov, esto no puede seguir así... -Su voz es ronca pero tranquila-. Yo no estoy conforme...

Bikov querría partirle la cara, pero no tiene fuerzas y Por eso grita con severidad:

-¡Menos hablar!... ¡Arriba!

-Déjenos. ¿Para qué atormentarse? Y usted perecerá, y...

-¡A ti que te importa! ¡Levántate! ¡Adelante! Yurkovskiy está indeciso.

-¿Qué quieres? ¿Quieres que te den la corona de héroe?... ¿De mártir? ¡Mientes! ¡Te voy a empujar adelante hasta que yo me desplome! ¡Y si yo me quedo, seguirás adelante! ¿Has comprendido.? ¡Arriba!

Y Yurkovskiy se levanta. ¡Buen chico! Aunque con caprichos... Después del quinto kilómetro Bikov deja de odiarle, y después del décimo empieza a quererlo como a un hermano. Calla el maldito, ni una sola palabra, ni una queja; y le caen los cabellos, tiene la piel agrietada y la cara más negra que este desierto. Se tambalea... ¡Amigo querido, llegaremos, seguro que llegaremos! Mira, hemos andado diez kilómetros más. ¡Adelante, adelante!... Otro paso, dos, tres...

Yurkovskiy farfulla:

-Escucha Alexey... En el caso de que a pesar de todo yo no pueda llegar... Sobre el enigma de Tajmasib, el círculo rojo... Yo creo, estoy seguro... Son bacterias. Otra vida... vida inorgánica. Viven de las radiaciones. Absorben las irradiaciones radiactivas y viven de su energía... ¿Oyes Bikov?

-Sí, sí, "Bacterias e irradiaciones...".

-Se acumulan alrededor del lugar donde debe originarse una explosión atómica. Se reúnen formando un círculo... El círculo rojo... y esperan. Ellas presienten la explosión... ¿Oyes? Yo casi estoy seguro,..

Sí, Bikov le oye. Marchan a lo largo de la barrera de montañas y lo oye todo. ¿Dónde está por fin la garganta? Debe estar cerca de aquí... Agua...

-Transmite a todos que eviten el círculo rojo. Donde esté el círculo rojo, allí habrá una explosión subterránea. ¿Lo transmitirás? ¿Oyes?

-Sí, sí. ¡Tú mismo lo dirás!... Un paso, dos, diez... quince...

El sexto día llegaron a la garganta. La entrada no la encontraron enseguida. Bikov dejó a Daugé y Yurkovskiy cerca de la pared de piedra y vagó mucho tiempo en busca de ella. La negra abertura estaba obstruida por pinchos y ofrecía un aspecto siniestro a la luz del rojo cielo. Volvió donde estaban Yurkovskiy y Daugé, cargó con éste y marchó hasta la entrada del desfiladero. Se adentró unos pasos en él y perdió el conocimiento. En su desvanecimiento oyó confusamente como Yurkovskiy chillaba con voz ronca:

-¡Infame! ¡Volveremos... Vendremos aquí! ¡Pagarás las muertes, los sufrimientos!... ¡Maldito Planeta!... ¡Trabajarás para nosotros, para la Tierra, darás luz, vida... Te encadenaremos con acero, con hormigón! ¡Trabajarás!

No, ya no pueden andar. Pero pueden arrastrarse. Arrastrarse a cuatro patas y arrastrar a Daugé. Esto es mucho más fácil que llevarlo en la espalda. Yurkovskiy también se arrastra...

Bikov se para, enciende la linterna y mira. Yurkovskiy está allí, tumbado detrás del cuerpo inmóvil de Ioannovich observa a través de la opaca superficie de su escafandra. Van atados con una correa de la mochila. Hay que estar alerta: una vez se desató y Bikov se alejó un buen trecho. Tuvo que regresar y buscarle. Parece que se ha quedado ciego. Pero cuando va atado a la correa no se separa...

Aquí se ven las huellas del "Chico". En el desfiladero de nuevo ha crecido la maleza pero se puede pasar. Quedan sólo unos miles de pasos...

Bikov se sienta poniendo bajo suyo las piernas adormecidas. La piel de las rodillas está completamente triturada pero no siente dolor.

-Allí está nuestro pantano, Vladimir. ¡Queda muy poco! ¡Venga!

-¡Venga! -responde Yurkovskiy.

-¿Adelante entonces? -pregunta Bikov.

-¡Adelante! -contesta Yurkovskiy.

...En el pantano se movía en la luminosa niebla la monstruosa vegetación blanquecina. Tenían que abrirse camino entre sus gordos troncos viscosos. Antes del último y definitivo trecho se permitieron un largo descanso. Bikov sacó el precioso y deseado termo de Daugé: la última esperanza y sostén. En el termo había casi dos litros de jugo de naranja y Yurkovskiy sonrió en silencio cuando el negro balón se iluminó a la luz de la linterna. Bikov permitió a Yurkovskiy y a sí mismo beber hasta cinco sorbos de vida y vertió en la seca boca de Daugé todo un vaso. Luego durmieron por turnos tres horas y bebieron otros cinco sorbos...

Se adentraron en el pantano. Bikov con Daugé en sus espaldas se hundió en la ciénaga y Yurkovskiy a duras penas los sacó. Y lo más extraordinario fue que enseguida hallaron el lugar donde un mes atrás había descendido el "Jius".

Pero... el "Jius" no estaba...

«"JIUS" VERSUS VENUS»

Más que todo en el mundo le gustaba a Mijail Antonovich sentarse en el jardín de su casa de campo en el Altai, donde debajo de un gran aliso de frondosa cúpula había instalada especialmente para él, una mesita, y rodeado de libros trabajar sin prisas, con gusto, metódicamente. A él le interesaban algunas cuestiones de navegación cósmica teórica y desde hacía mucho tiempo acariciaba la ilusión de escribir un libro no muy grande, pero rico en contenido, que sistematizara todos los principales progresos de los últimos veinte años.

Su especialidad eran las matemáticas, había terminado la facultad matemático-mecánica en la Universidad de Leningrado y el primer tiempo trabajó en el Instituto de cosmonavegación. Amaba mucho su trabajo, le proporcionaba una gran satisfacción observar cómo de su pluma surgían líneas casi siempre muy complicadas, pero por regla general bellas, elegantes fórmulas llenas de profundo sentido. Era un trabajador perfecto, raramente se equivocaba.

Sin darse cuenta él mismo fue apasionándose por los problemas matemáticos de la dirección automática de los cohetes de impulsión

atómicos entonces nuevos. Y esto determinó su futuro destino. El enérgico Krayujin lo atrajo a la esfera de sus amplias actividades, le obligó a cursar la escuela de observadores pilotos interplanetarios y lo envió entre los primeros en vuelos de prueba a la zona de asteroides. Esto sucedió unos quince años antes.

Mijail Antonovich estuvo en la Luna y Marte, llegando a ser un magnífico piloto observador. Tuvo infinidad de aventuras, vio tales cosas que no podía ni haberlas soñado como colaborador científico del Instituto de Cosmonavegación trabajando en el dominio de las matemáticas aplicadas. Pero a pesar de todo él amaba sentarse a la sombra del frondoso árbol, escudriñar en los gruesos tomos de rugosas tapas, llenar las blancas hojas con elegantes líneas de criptografía matemática y escuchar inconscientemente el susurro de las hojas encima de su cabeza, cuando el deslumbrante sol colgaba inmóvil en el nítido azul del cielo. Aquel cielo despejado, limpio, azul... ¡Admirable!

Después de despedirse de los camaradas, Krutikov estuvo aún mucho tiempo en la cámara estanque con los codos apoyados en el borde de la abierta escotilla observando cómo se iban apagando en la neblina las luces del "Chico" que se alejaba en la jungla pantanosa. Las luces desaparecieron y todo de pronto se hizo más oscuro, el piloto observador del "Jius" se había quedado solo.

Pasaron los días y sobre el pantano amaneció con débil reflejo la luz de un nuevo día. Las tinieblas se hicieron rosadas. Pero como siempre por doquier dominaba la niebla blancuzca del pantano. Una niebla viscosa, compacta, que en suaves, silenciosas olas se elevaba sobre la agitada superficie del cráter de barro mineral, flotaba como pesado manto sobre la astronave, y con espesas columnas envolvía las blancuzcas osamentas de gigantescos vegetales -descoloridos hongos, vacilantes y temblorosas droseras y algunas otras plantas sin color-, desconocidas, retorcidas caprichosamente, deformadas. Sus ramas aparecían en las rojizas tinieblas y de pronto se esfumaban, dando la impresión de que, como en sueños, flotaban, flotaban y no podían alejarse y desaparecer. Algunas veces caían algunas gotas de lluvia templada, la bruma se hacía más espesa y el glú-glú rezongón de los calientes manantiales era ahogado por el rumor monótono de las gotas al caer.

Mijail Antonovich examinó toda la nave, cambió algunos aparatos que se habían averiado durante el descenso y limpió concienzudamente todos los camarotes. De debajo de la almohada de Daugé cayeron todo un paquete de hojas azul celeste atadas con una cinta roja -cartas escritas a máquina-. Eran cartas de Masha Sergeievna. Las envolvió cuidadosamente y guardó en la mesita. En el camarote de Yurkovskiy halló tirado un grueso cuaderno de tapas negras de piel. Mijail Antonovich lo reconoció; allí Vladimir escribía sus versos desde hacía ya varios años. Sus páginas estaban llenas de abigarradas imágenes de fragatas de arrogantes perfiles con uniformes proas encorvadas. Sus últimos versos empezaban así:

¡Querida! ¡Compañera de mi gris otoño!

¿No me olvidaste? ¿Me recuerdas? ¿Me esperas?

Y a pesar de que las cuatro estrofas (en el mismo sentido) estaban tachadas y provistas de un categórico comentario del mismo autor (la expresión más correcta de este comentario era "porquería" "humillante"), Mijail Antonovich suspiró, se sentó en un ángulo de la cama, leyó unas cuantas líneas y se metió el cuaderno en el bolsillo del buzo de trabajo para

leerlo antes de dormir. Yurkovskiy nunca hizo secreto de sus versos, sobre todo para los amigos íntimos.

Los primeros días la comunicación iba mal, el receptor callaba y Krutikov se pasaba horas en vano ante el micrófono girando la manecilla del variómetro musitando con esperanza:

-"Chico", "Chico"... ¡Aquí "Jius"! Respondan. ¿Por qué no responden? ¡"Chico", "Chico", yo soy “Jius"! Les escucho...

El "Chico" no respondía, pero el éter en una ocasión llevó hasta el "Jius" unas señales misteriosas: tres puntos guión punto, tres puntos guión punto... El emocionado observador intentó inútilmente comunicarse con el desconocido que pedía socorro, y sólo después de unos días al comunicarse con Ermakov éste le explicó que se trataba de las señales del difunto Bondepadjay.

Cuando por fin a través de los ruidos, silbidos y crujidos del éter sonó en el altavoz la voz tranquila, precisa de Ermakov, Mijail Antonovich estaba jubiloso como un niño. Desde esté momento la comunicación se estableció. El comandante le comunicó que todo iba bien. El objetivo se había conseguido. La Golconda se resistía con toda clase de medios infernales, pero a pesar de todo la exploración se llevaba a cabo con éxito. Los geólogos trabajaban todo el día, habían acumulado mucho material, Spitzin y Bikov ayudaban en lo que podían.

-Bien, bien... -decía Mijail Antonovich, asintiendo radiante con la cabeza-. ¡Saludos, Anatoliy Borisovich, transmítales mis saludos!

La tripulación del "Chico" está ahora tan atareada con sus exploraciones que lo más posible es que hablara con él el mismo Ermakov. Este se lesionó ligeramente una pierna y no puede por esto tomar parte en los trabajos en el exterior.

-¡Ay-ay! -se inquietaba Mijail Antonovich-. ¿Cómo ha sido esto? ¡Qué imprudente!...

Algunas veces hablaba con el piloto observador Bikov. Según sus palabras, Bogdán en sus guardias no lograba comunicarse con el "Jius". ¡Qué mala suerte! Mijail Antonovich se aflija, pedía que sobre todo le transmitieran sus saludos: él quería mucho a Bogdán Spitzin, más que a ninguno. ¡Viejos amigos! ¡Quince años, no era broma!

Pero frecuentemente el éter callaba, sólo chasqueaban las descargas eléctricas de la agitada atmósfera. La tristeza y soledad le deprimían. Es muy penoso cuando no hay con quién hablar, reírse, discutir. Incluso el comer solo entristece, se pierde el apetito. Mijail Antonovich intentó trabajar pero no pudo escribir ni una línea. Intentó leer. Primeramente esto le distraía, en la biblioteca del "Jius" había infinidad de libros nuevos y él raramente había podido leer literatura durante los últimos años: el trabajo le ocupaba todo el tiempo, incluso el tiempo libre. Pero esta afición duró poco: le estorbaban sus cavilaciones sobre los amigos, sobre su familia...

El aburrimiento le hizo salir al exterior. En una ocasión, y violando la orden terminante del comandante, cogió el automático y salió a los remolinos de niebla. Más de una hora estuvo vagando por la jungla equisetácea mirando a todos lados con miedo a cada respiro de la ciénaga, recogió en un conteiner algunas muestras interesantes de la flora del lugar y llenó un bote del repugnante limo. Luego perdió todo esto cuando al hundirse en la ciénaga intentaba salir agarrándose de las resbaladizas y débiles ramas de las gigantescas plantas. Saliendo a duras penas y perdiendo el automático, desarmado, buscó desesperadamente durante

mucho tiempo entre la rojiza niebla la perdida nave. Después de esto juró no dejar más su refugio, limitándose a lo que podía ver y escuchar desde el umbral del "Jius". Y a decir verdad no estuvo falto de nuevas impresiones...

Un día, algo pesado y de piel brillante, que respiraba con dificultad y roncamente, salió arrastrándose del limo y se quedó mirando a! pasmado piloto con sus abyectos ojos cataratosos. Al recobrarse, Mijail Antonovich tomó el arma, pero el extraño huésped ya había desaparecido tragado por la niebla. Enormes limácidos lilas se arrastraban por la coraza de la astronave, caían pesadamente y se hundían en. el limo. Algunas veces flotaban encima de la cabeza en la rojiza bruma unas enormes sombras. Plantas carnívoras desgarraban a pedazos unas gigantescas orugas que palpitaban desesperadamente; alguien chillaba en la oscuridad con voz ronca, metálica; entre la niebla flotaban una hilera de ovillos pelumbrosos enzarzados entre sí, se movían los temblorosos hilos viscosos y la larga hilera parecía interminable. Mijail Antonovich cerraba la escotilla y se iba a dormir sin poder ver la cola del monstruo. En una ocasión, mientras dormitaba cerca de los aparatos de radio, la astronave se movió ligeramente, él se despertó y salió a la escotilla para mirar. Cerca de la nave negreaba un ancho agujero que rápidamente se llenaba de turbio líquido: algún monstruo había pasado cerca rozando la nave.

-Es bueno que vuestra Golconda no se parece a estos pantanos -decía Mijail Antonovich a Ermakov.

Éste sólo tosía en respuesta.

Un día se desencadenó una tormenta. La niebla se iluminó con tembloroso resplandor verdoso, el estallido de los truenos se convirtió en un continuo estruendo, entre los abatidos tallos empezaron a saltar azules bolas de rayos esferoides formando corrientes de fuego, la temperatura empezó a caldearse y de pronto todo giró en un fuerte torbellino. El "Jius" se balanceó. Mijail Antonovich, aferrado al borde de la escotilla, vio con asombro cómo el termómetro subía precipitadamente sobrepasando los doscientos grados. Una ola de limo golpeó la nave lanzando lejos de la escotilla al piloto. Revolviéndose en el espeso líquido tardó mucho tiempo en poderse levantar resbalando con los pies en el fango, y cuando al fin pudo penetrar en la nave no tenía fuerzas suficientes para cerrar la escotilla. Después del tercer o cuarto intento la pesada tapa lo derribó por el empuje del viento y perdió el conocimiento. Volvió en sí a la media hora. El huracán había calmado, la cámara estanque estaba llena de limo y alrededor del "Jius" había montones de algas putrefactas.

Al día siguiente, Ermakov le comunicó la enfermedad de Daugé. La noticia conmovió al piloto observador. A él le pareció que éste era el primer golpe, un grave augurio. Llegaba la racha de desventuras. Venus se armaba contra los osados seres de la Tierra. Mijail Antonovich se pasó varias horas tumbado en la cama mirando al techo. Recordaba las enigmáticas palabras de Tajmasib. Sentía escalofríos. El termómetro marcó 39, la misma temperatura de Daugé. ¿Qué era esto? Quizás la enfermedad ya se oculta en él, aguarda el momento propicio... Los camaradas regresarán y encontrarán la astronave vacía, él muerto y no podrán entrar. Era necesario, por si acaso, dejar abierta la escotilla exterior... Sí, pero...

Mijail Antonovich suspiraba, chupaba su pipa vacía. Luego, por primera vez, fue al camarote arsenal y revisó los cohetes de señales. Dos cigarros de acero de medio metro, cubiertos de una espesa capa de grasa, los artefactos para el lanzamiento: -unos pesados trípodes con una barra. Hay que montar

el cohete en esta barra, conectar un pequeño aparato cerca del estabilizador- y el cohete está preparado para su lanzamiento. Y aquí el mecanismo de distancia... No será difícil hacer todo esto. El piloto observador intentó levantar el cohete, hizo un esfuerzo; sí, no eran muy pesados, lo podrá hacer sólo... Si empezaba a tener fuertes ataques y seguía con vida del primero, tendría que lanzar los cohetes. A las veinte en punto por el reloj del "Jius", como habían quedado con Ermakov. Luego abriría la escotilla exterior y a esperar. Montó los trípodes; sudando enfundó en ellos los cohetes, estuvo admirándoles y parece que se quedó más tranquilo.

El "Chico" estaba terminando su trabajo. Estaban terminando de instalar los radiofaros en el nuevo cohetódromo. Pronto elevará el "Jius", seguirá las señales... ¡Muy pronto se encontrará con sus amigos! Luego el camino de regreso hasta el "Tziolkovskiy" y ¡nuevo encuentro! ¡Y regreso a la Tierra, con otro encuentro, el más alegre!

Mijail Antonovich recuerda su primer regreso del espacio. Flores, música, toda una muchedumbre, y entre tanta gente, Zoya. Muy jovencita aún y ya asistente mayor en el laboratorio de Krayujin. "La asistente terrible" -bromeaba Mijail Antonovich-, la importunaba diciéndole: "¿Si tú eres la mayor, cómo serán las menores?". Buenos tiempos aquellos, los de pleno desarrollo de los cohetes de impulsión atómica en la que sobresalieron algunos como Krayujin, Privalor, Sokolovskiy... Los tiempos en que el viejo Shrayber en Novosibirsk desarrolló la idea del "reverbero absoluto" -una gran idea-. ¡Pero cómo fue recibida! Le llamaban "viejo loco", "alquimista-oscurantista", "idealista". Por los rincones se susurraba: "Ji-ji... ¿El reverbero absoluto no es algo así como querer vaciar el mar con una cuchara?" "¡Son unos estúpidos, para no decir algo peor! -dijo entonces el enfurecido Krayujin de ellos-. La batalla fue horrible. Y he aquí el resultado del "reverbero absoluto": ¡"Jius" versus Venus! (Mijail Antonovich agotó con estas palabras sus conocimientos de latín y animoso se frotó las manos). ¡"Jius" versus Venus! ¡Por ahora no va mal si todo sigue así...

Al duodécimo día después de la partida del "Chico" Krutikov se sintió mal. Se impuso a sí mismo levantarse y apoyándose en los pasamanos del corredor pasó a la sala de mandos, se sentó cerca del radiotransmisor. El "Chico" no contestaba.

-Necesito dar un paseo, airearme -pronunció en voz alta Mijail Antonovich-. Estoy enfermo, debo airearme.

Con paso inseguro traspasó el corredor y se paró ante el camarote donde se guardaban los trajes especiales. Miró a su alrededor: con luz suave iluminaban las esferas mate de las lámparas, en las pesadas paredes metálicas se veían aún en algunos lugares manchas parduzcas: huellas del moho que tres semanas atrás había penetrado en la astronave. Mijail Antonovich de pronto sintió casi físicamente el silencio deprimente agazapado en los vacíos corredores y camarotes, el silencio de la espera, el silencio de la soledad...

-Arriba, arriba, a airearse... -murmuraba el piloto mientras se embozaba el traje.

Con dificultad llegó hasta la cámara estanque superior. La escafandra le pesaba en los hombros más de los normal, abrió con gran esfuerzo la escotilla.

No había niebla. Reinaba una profunda oscuridad y alrededor, hasta donde abarcaba la vista, se extendía la llanura débilmente iluminada.

Separó los viscosos tallos de las algas que rodeaban la nave, las arrancó con rabia...

-Vacío... -susurró el piloto.

Súbitamente vio un resplandor purpúreo en el horizonte. Se acercaba, crecía, devoraba las negras tinieblas. Mijail Antonovich lanzó un grito al observar que tenía ante sí un desierto de arena. En el centro de este desierto se elevaba un gigantesco torbellino completamente inmóvil, amenazador. La visión flotó ante el estupefacto piloto, luego vaciló, se estremeció y desapareció instantáneamente. Sólo a lo lejos, en las espaldas de las montañas que se habían tornado purpúreas, se encendió y apagó una mancha de luz...

...De nuevo se encendió el resplandor sobre el pantano, Mijail Antonovich retrocedió. Ahora se levantaba entre la iluminada niebla la silueta de una gigantesca montaña cuya cima brillaba con una deslumbrante pátina blanco-plateada. "¿Nieve? ¿A cien grados?" En su base se elevaban inmóviles árboles rojizos de insólitas copas planas. Muchos, muchísimos árboles, todo un bosque... Las vertientes de la montaña estaban cubiertas de ellos. Hermoso...

El piloto cerró los ojos y de nuevo los abrió. Oscuridad.

Nada. "¿Espejismo?... -pensó-. ¿Espejismo o alucinación?...".

Mijail Antonovich no recordaba cómo había bajado a las habitaciones interiores. Su cabeza estaba más despejada. "¿Espejismo o alucinación?" Cogió la máquina cinematográfica y volvió a la cámara estanque superior. La extraña visión se agitaba de nuevo ante la escotilla y él grabó varias decenas de metros de película.

La reveló inmediatamente. En los cuadros del film de gran sensibilidad se dibujaban precisas las copas de los árboles, la montaña... Sí, recordó: los espejismos de los desiertos terrestres también se pueden fotografiar. Esto significa que en este planeta no hay únicamente abominables pantanos y negros desiertos.

Un agudo zumbido le hizo estremecer: ¡Los camaradas! Corrió al transmisor. La precisa voz de Ermakov, como siempre, le obligó a animarse. Será mejor callar sobre todas estas preocupaciones. Es espejismo; pero hoy al levantarse se sintió indispuesto. ¿Quién sabe qué enfermedad es ésta?... ¿Quizás a pesar de todo, fuera mejor prevenir a Ermakov, pedirle consejo? Pero no le dijo nada. Se pusieron a hablar sobre Bogdán: de nuevo no puede hablar con él. ¡Qué mala suerte! Sin embargo, se acerca el fin... ¿El plan de su futura actuación?... Lo mejor...

En aquel preciso momento se estremeció el suelo bajo los pies del piloto y cedió, se oyó un fino sonido silbante. Parece que Mijail Antonovich dio un grito, ya que Ermakov preguntó qué había dicho. El altavoz empezó a silbar, enronqueció, se hizo un barullo de ruidos... Krutikov... Krutikov intentó levantarse de la butaca, pero un segundo golpe lo derribó. Al caer se agarró del borde del aparato de radio, lo arrastró tras él; algo tintineó, se derribó y rompió... ¡Un terremoto! El piloto se puso en pie y llamó por el micrófono a Ermakov. En respuesta oyó un ruido ronco, un silbido... Las paredes temblaron, se ladearon... Agitando los brazos el piloto cayó de nuevo pesadamente en el suelo y se deslizó hasta que su espalda chocó con el frío metal del tablero de mandos.

Desde que la astronave en su descenso se había hundido profundamente con sus aros reactores en el viscoso suelo fangoso, ininterrumpidamente se

aplastaban las elásticas capas de limo impregnadas de agua bajo el peso de la enorme masa de acero. El limo retrocedía milésima a milésima, centímetro a centímetro hasta que al fin ya no resistió. Y ahora la enorme mole se hundía pesadamente en el insondable cráter de barro... Los camaradas al llegar van a buscarle en vano. Descubrirán tan sólo la negra superficie pelada en el lugar donde estaba la nave... Perecerán privados de todo: agua, oxígeno, alimentos. Y lo que es más importante, carecerán de medios para hacer señales... No podrán pedir ayuda al "Tziolkovskiy".

Mijail Antonovich se agarró del extremo del tablero de mandos intentando ponerse de pie. La astronave estaba inclinada, empezó a tumbarse... Dentro de algunos segundos será tarde. Si da la vuelta con las toberas hacia arriba... ¡Esto sería la muerte! Mijail Antonovich pudo por fin llegar a los mandos y puso las manos en las palancas... Se encendieron las lamparitas de control...

Y se estremeció el pantano. Se agitó toda la jungla blancuzca. Nubes de azulado vapor surgieron del negro agujero en la ciénaga cubierta del hirviente fango líquido... Rodeado de un deslumbrante resplandor, con ruido subterráneo y un aullido ensordecedor apareció a la superficie del pantano el "Jius", quedó suspendido unas décimas de segundo sobre la hirviente masa y se elevó hacia el negro cielo dejando tras sí una amplia plazoleta de asfalto cubierto de innumerables grietas...

-...¡"Chico", "Chico", aquí "Jius"! ¡Les escucho! ¡Aquí "Jius"! ¡"Chico", "Chico"! ¡Aquí "Jius"! Les escucho. Paso a la recepción...

Esperó, escuchó los silbidos del éter y desconectó la radio. No contestan. Hace cinco días que no contestan. ¿Qué habrá sucedido? ¿Por qué no dan señales para pasar al nuevo cohetódromo? ¿Será posible que...?

El "Jius", rodeado de profundas tinieblas estaba apoyado en sus cinco columnas en un seguro suelo rocoso con una delgada capa de negra arena.

Mijail Antonovich había logrado asentarlo aun a pesar de su desmoralización. ¡Es una máquina admirable! Y el "Jius" estaba ahora en la más completa oscuridad, salvo e intacto, sin contar algunos aparatos de poca importancia y un completo de la instalación de radio, que seguramente rompió el mismo Krutikov al caer...

El "Jius" estaba a salvo. ¿Pero dónde? Esto no lo sabía el piloto observador. Sin embargo no tenía importancia.

Éste se pasó horas y días cerca de la radio llamando al "Chico", esperando la señal para volar al nuevo cohetódromo. Pero la señal no llegaba. ¿Qué sucederá si no llega? Si la comunicación no logra restablecerse el "Chico" irá al lugar del primer descenso. Buscarán al "Jius" y no lo hallarán en el pantano. Tienen poca agua... ¿Entonces por qué no dan la señal? ¿O es que ya la dieron?

Mijail Antonovich esforzaba su cerebro procurando vencer su traicionera debilidad. ¡Tranquilo! ¡Tranquilo, qué diablos! En cualquier situación siempre hay dos soluciones, como dice Daugé. La nave está intacta y a salvo, así que él está fuera de peligro... Sin embargo, no es esto... ¿Ir al pantano? ¿Dejar allí una señal? ¡Absurdo! Decenas de kilómetros de difícil camino y dejar el "Jius" a la ventura... ¿Y dónde está el pantano? ¿Hacia dónde ir?...

Se dio una palmada en la frente. ¿Cómo pudo haberse olvidado? Los dos cabetes a las veinte en punto de cualquier día, según el tiempo del "Jius" -esto es lo que dijo Ermakov-. Mijail Antonovich bajó a la cámara estanque inferior y abriendo la escotilla penetró en la oscuridad llena de un viscoso

viento. Lo más difícil fue bajar los cohetes. ¡Tienen que ser los dos, obligatoriamente los dos! Uno solo podría pasar desapercibido, así lo dijo entonces. Arrastró los cohetes a unos cien metros del "Jius"; rendido, tambaleándose los situó. Comprobó el tiempo por el reloj y conectó el mecanismo. Para evitar todo peligro tenía que regresar al "Jius", pero no pudo hallar la escalerita: el viento la había trasladado hacia un lado. A punto de perder el conocimiento, se tumbó detrás de una de las columnas de los reactores. No vio ni sintió cómo los dos cohetes uno tras otro salieron despedidos como un blanco relámpago hacia el cielo, y allí, alto sobre las nubes se encendieron dos globos de deslumbrante fuego...

...De vuelta a la astronave el piloto observador apenas si tuvo fuerzas suficientes para sacarse el traje especial, llegar a su camarote y caer en la cama. Estuvo tumbado semiinconsciente varias horas, luego se tomó una taza de caldo frío y subió a la sala de mandos. Y sólo allí notó que su reloj de pulsera atrasaba en doce minutos del gran cronómetro. Había lanzado los cohetes doce minutos después del tiempo establecido. Ermakov pudo notar los destellos y pudo no verlos... Pero el piloto observador ya no tenía fuerzas para pensar en las posibles consecuencias de su equivocación. Ahora sólo podía hacer una cosa: esperar. Mijail Antonovich dio un salto y se puso en pié. ¡Se necesita ser asno... no, se necesita estar muerto de miedo para no haber pensado en otra posibilidad, y sencilla! ¡Pero si puede conectar los localizadores goniométricos! Tarde o temprano Ermakov lo localizará y podrá hallar la astronave. ¡Muy sencillo!...

Con rapidez se abalanzó sobre el tablero de mandos de la instalación antimeteorítica. De sus labios salió un suspiro de alegría cuando se iluminó con luz gris la redonda pantalla...

Habían transcurrido cuatro días más.

-"Chico", "Chico", aquí "Jius"... Recojan mis señales de localización. Longitud de onda...

La atmósfera de Venus es caprichosa. No siempre retransmite los radioimpulsos del radar. Paciencia. Paciencia...

-¡Aquí "Jius", aquí "Jius"! Cojan mis señales de localización en la onda...

¿Qué habrán pensado en el "Tzikolovskiy" al ver los cohetes? Seguramente que ya se han puesto de luto. Majov estará preparando cohetes de salvamento y Krayujin, envejecido y sombrío, estará sentado en su gabinete: han sucumbido todos sus sueños, el objetivo de toda su vida: ¡ha perecido el "Jius"!

¡Pero no, el "Jius" no! ¡Es una máquina estupenda!...

Pasaban los días. El "Chico" no regresaba, no contestaba. Eso quería decir que iba mal. Eso significaba que esperaba inútilmente, sufría... ¡No! Él está obligado a esperar, no pueden no volver...

-¡"Chico", aquí "Jius"! Escucho. Aquí "Jius"... Reciban mis señales de radar...

El noveno día comprobó el automático del aparato de radar, el completo de alimentos en el traje especial, cogió el arma y descendió al duro suelo de piedra. Por el cielo corrían nubes purpúreas. La arena era allí roja y menuda. El viento silbaba en los auriculares, movía la seca maleza. Estos eran aquellos mismos árboles de copa plana... Muchos de ellos parecían quemados, a pesar de que se encontraban a más de medio kilómetro del "Jius".

Krutikov dio una ojeada alrededor, se arregló el automático en el cuello y salió adelante hacia la maleza. No podía esperar más. Sus amigos habían muerto, esto estaba claro, pero él no saldría de aquí hasta que no encontrara sus cuerpos...

Al entrar en el quemado bosquecillo tropezó casi enseguida con tres hombres. Uno, enorme, se arrastraba retorciéndose como un gusano agarrándose de las desigualdades del terreno y llevaba encima a un segundo envuelto en trapos sucios, inmóvil y desvalido. El tercero se arrastraba tras ellos. Alrededor de su cintura se veía atado un lazo corredizo con una correa que iba hasta el primero. Avanzaban directamente hacia el piloto observador pasmado de asombro. Y Mijail Antonovich, que inesperadamente había perdido la voz, ahogándose de horror y alegría, vio como aquel que se deslizaba como una culebra, el que iba delante, se pegaba con la cabeza, enfundada en la plateada escafandra, contra el tronco de un árbol, gemía y se arrastraba hacia un lado, hacia adelante con obstinación, con rabia...

Mijail Antonovich por fin dio un grito y se abalanzó hacia ellos. Entonces el que iba delante con extraordinaria rapidez se puso de rodillas y en sus manos brilló el automático.

-¿Quién? -roncó.

-¡Alexey! -gritó Mijail Antonovich y cayó de rodillas a su lado, se estrechó a él y sollozó de rabia y alegría...

Bajo su bota vio una hoja de papel manchado de polvo y fango, arrugado y con sus extremos rotos. Pero en él aún se podía distinguir el círculo negro de la Golconda, el pantano, y un pequeño círculo rojo al sureste del cráter de barro mineral. Si Mijail Antonovich hubiera sabido sus propias coordenadas, habría visto enseguida que el "Jius" estaba en ese círculo. Anatoliy Borisovich Ermakov, el comandante de la mejor astronave del mundo, raramente se equivocaba. Aquí se había equivocado sólo de algunos kilómetros...

Cuando Bikov terminó su relato Mijail Antonovich se puso a llorar:

-¡Camaradas! ¡Queridos míos! Bogdán, Ermakov... -grandes lágrimas corrían por sus mejillas y se enganchaban en su peludo rostro.

-No hay... que llorar -Pronunció Yurkovskiy con dificultad.

Estaba tumbado en un sillón próximo a un cerrado cianuro blanco-mate donde dormitaba desnudo loannovich nadando en una solución curativa, atormentado por los vendajes e inyecciones.

-No llores, Mijail -repitió Yurkovskiy-, mejor piensa en volver otra vez a la Golconda...

Bikov se sacó las gafas cuando un débil e insistente "tu-ut, tu-ut, tu-ut", llenó la sala.

-Los faros -susurró frunciendo el ceño-. ¡Nuestros radiofaros!

"Tu-ut, tu-ut, tu-ut..."

-¿Podrás tú ir por estas señales, Mijail? -susurró Yurkovskiy. Un inmenso, jubiloso orgullo brillaba en sus hundidos ojos.

-Claro... ¡Claro que sí! -El obeso piloto observador frotaba sus mejillas, pero las lágrimas continuaban cayendo, grandes y abundantes, sobre el tablero de mandos-. ¡No sólo yo, cualquier novato podría!... ¡Pero ponte las gafas, Alexey! -con voz de sufrimiento gritó él de pronto-. ¿Quieres volver a perder la vista?...

"Tu-ut, tu-ut, tu-ut", invadía el espacio. Sobre los desiertos, pantanos, sobre las nubes purpúreas, sobre las naves destrozadas, sobre el mutilado

"Chico", sobre la tumba desconocida de Bogdán, sobre el cráter eternamente rugiente de la Golconda...

-Hasta el "Tziolkovskiy" quedan unos mil quinientos kilómetros -dijo Mijail Antonovich cogiendo por fin el pañuelo.

-No llores ya, Mijail -dijo a media voz Yurkovskiy-. La tarea está cumplida... Nosotros... no podíamos hacer... más. Pero el camino ahora está abierto. Y nosotros volvimos. Bikov... yo... y loannovich.

Bikov se puso las gafas de nuevo. "Tu-ut, tu-ut, tu-ut", cantaban los lejanos faros.

EPÍLOGO

A Bikov Alexey Petrovich, vencedor de los desiertos de la Tierra, de Venus, y demás, ornamento del tercer curso de la Escuela Superior de Cosmonavegación del indigno planetícola Vladimir Yurkovskiy

¡SALUDOS!

¿No te parece hermano mío de cara roja que nuestro intercambio de correspondencia tiene un carácter algo convulsivo? En los dos años y medio (corrígeme si me equivoco) te he mandado cuatro cartas, en contestación a las cuales yo he recibido casi una. Y ésta está escrita en grandes rasgos en la mitad de una hoja de cuaderno escolar. La Historia conoce sólo un caso de correspondencia de tal intensidad, y es precisamente la que sostuvieron el zar Juan el Terrible con el príncipe prófugo Kurbskiy. La historia atestigua que estos grandes hombres se las ingeniaron para escribir en diecisiete años seis cartas entre los dos. Juan escribió dos, Kurbskiy, cuatro, después de lo cual murió, seguramente del esfuerzo. En nuestro tiempo los hombres son más fuertes y yo te escribo la quinta. Verdad es que para esto fueron necesarios grandes esfuerzos de voluntad y un cierto conjunto de circunstancias.

Ayer en la revisión médica del doctor Leontiev, poniendo el pliegue de su primera barbilla sobre la segunda, la segunda sobre las otras, y las otras en el pecho, notificó que me prohibía tomar parte en la tercera expedición alrededor de la Golconda y me prescribía hacer gimnasia curativa y comer suculentos (¡hay que ver!) bistecs. Dormir, sala de deportes, piscina, ducha de iones, biblioteca, y más adelante, veremos. Yo no discutí. Cualquier discusión con Leontiev terminó siempre con la contemplación de sus pliegues dirigidos hacia el techo y escuchar como réplica pensativo:

"Ejem... No hay manera de recordar... ¿Cuándo sale la próxima astronave hacia la Tierra?"

Así que hace una hora que despedí a la expedición y debido a la gran tristeza que siento he decidido estallar con la carta. En su tiempo tú me pediste que te contara cómo es esto. Recuerdo que por falta de tiempo yo te recomendé leer el periódico y ver los programas populares de televisión. Ahora tengo tiempo.

Dieciocho meses atrás, aproximadamente en aquellos días en que tú sudabas en los exámenes de ingreso, por orden de Krayujin, sin pomposos discursos ni música salieron de la base interplanetaria "Tziolkovskiy" tres cohetes fotónicos del tipo "Jius" y con intervalos de hora y media uno tras otro se sumergieron en el espejismo rosa de la atmósfera de Venus. La primera astronave iba con el Almirante de los Secos Océanos, Mijail

Antonovich Krutikov. El almirante, grueso y afeitado intachablemente, dirigía personalmente la maniobra. Sus ojos brillaban. La potente nave, arrojando llamas de color violeta, seguía las señales de los faros del cohetódromo de segunda clase Golconda Uránica. Por tres veces se desgarraron las pesadas nubes. Tres veces temblaron las arenas resinosas. Los gigantes de acero de cinco patas se posaron pesadamente uno al lado del otro hundidos en la pedriza con sus columnas reactores.

De ellos salieron gente con escafandras espectrolíticas, tanquetas automáticas, y excavadores agregados con cabinas herméticas. Las gentes se dividieron. Ocho personas en dos tanques todo terreno cargados con minas avanzaron hacia el este para destruir las peñas, ensanchar el cohetódromo e instalar faros complementarios. Desaparecieron en una negra niebla y muy pronto retumbó en el horizonte un sordo estruendo, se levantaron las velludas setas de las explosiones atómicas.

Veinte constructores a las órdenes de Viktor Gaydadimov (aquél que construyó el puerto "Gran Sirte" en Marte) se sentaron en sus extraños coches y sin prisas se dirigieron hacia el sur, en dirección a la cordillera de montañas para planear, esbozar y poner los fundamentos para la construcción del futuro puerto-ciudad. En esta misma dirección salieron dando saltos de cuatro kilómetro dos cohetemóviles con los astrobiólogos: los amantes de la flora y fauna rara tenían prisa para llegar al pantano caliente.

Los únicos que salimos formales y dignos fuimos nosotros, los geólogos. Éramos conscientes de nuestro valor. El jefe del grupo, Pavel Nikolaievich Lin, dio la orden y sentados en los todo-terreno nos dirigimos al norte, hacia las orillas del Mar del Humo, llevando en nuestra vanguardia todo un rebaño de robots polibrazos de dos piernas, de seis piernas y con marcha en orugas. Los robots, que reaccionaban ante los elementos activos formaban un abanico ante nosotros, olfateando el suelo durante la marcha, escogiendo muestras, anotando, calculando, recordando y, de vez en cuando comunicándonos los resultados de sus exploraciones. Actuaban metódicamente, con seguridad, y a nosotros nos parecía que sólo tendríamos que poner en nuestras maletas los descubrimientos ya hechos. Pero en el Mar del Humo tuvo lugar un encuentro que paró la marcha.

Los robots chocaron con campos de la maldita película carmesí que allí cubre literalmente miles de hectáreas de suelo. La radiación resultó demasiado fuerte para los programas de los robots y estos salieron precipitadamente del Mar de Humo como escaldados y se quedaron mucho tiempo parados moviendo como locos sus tentáculos. Fue necesario reorganizarlos en la marcha, después de lo cual volvieron heroicamente al ataque y trajeron tanta película roja que nosotros no sabíamos qué hacer con ella. A los astrobiólogos les regalamos diez toneladas de aquella porquería rojo-lila, A propósito: resultó que nuestra conjetura era exacta, verdaderamente eran colonias de microorganismos que utilizan la energía de la desintegración para sus procesos vitales. Se ha establecido que existe una indudable atracción de la película hacia los focos de explosiones subterráneas. Alguno de aquí cree poder utilizarla en calidad de indicador para prevenir el peligro. ¡Si lo hubiésemos sabido entonces!

Empezó el asalto a la Golconda. Roncaban los motores, la gente corría, las máquinas todo terreno levantaban nubes de polvo negro. En algunos lugares ya riñeron, alguien gritaba histéricamente advirtiendo que él no había volado hasta allí para jugar a los dados, el jefe médico Leontiev ya empezaba a

inyectar aradiatin y a preguntar irritado, cuándo saldría la primera astronave para la Tierra... Después de varias horas los "Jius" se fueron y volvieron con nuevos refuerzos; a continuación cayeron de las purpúreas nubes cohetes-automáticos de carga, llenos de materiales, instrumentos, alimentos, libros y ropas. Cada minuto que pasaba la mano del Hombre apretaba con más fuerza la negra garganta de la Golconda.

Y la Golconda caía. Rugía, borboteaba, amenazaba con sus nubes purpúreas y toda clase de fuegos pirotécnicos, pero ahora esto ya no asustaba a nadie, únicamente a los novatos. Ahora incluso las borrascas negras ya no son de temer; nuestros meteorólogos las destruyen en su engendramiento con bombas de hidrógeno. Allí donde nosotros extendimos las sábanas de selenio ahora se extiende un cohetódromo de primera clase. En él se reciben y expiden hasta cien naves al mes. A unos cincuenta kilómetros al sur, en el contrafuerte de la cordillera se ha construido una ciudad. A ella llevan ocho insuperables carreteras de masa de vidrio. En el centro de la ciudad se ha erigido a nuestro "Chico". Lo hallaron, lo recortaron del suelo, y así, junto con las piedras fundidas lo pusieron sobre un pedestal de plástico y metal. En su coraza se grabó una corta inscripción: "El primero". Es un monumento a Ermakov, Spitzin, Tajmasib y sus camaradas.

¡Sí, Alexey, la Golconda ha caído! ¡Pero qué la Golconda! Muy pronto todo Venus estará a los pies del vencedor. Se está estudiando el círculo de pantanos de aguas pesadas y los lagos alrededor de la Golconda (hasta ahora no se comprende de dónde toman las aguas; primeramente se creyó que estos lagos y pantanos estaban de alguna forma ligados a la Golconda, pero hace dos meses se descubrió un gran lago de agua pesada en el otro hemisferio de Venus, a varios miles de kilómetros de nosotros). Irgensen descendió en el polo sur. Allí se ha descubierto un nuevo país, inmensos bosques de árboles rojos, verdes lagos, insólitos animales; un verdadero parque vedado de extraña vida oculto bajo la cúpula de una furibunda atmósfera. Se está preparando una expedición al polo norte. Y si el casquete polar norte de Venus es parecido al del sur yo voy a perdonarle muchas cosas a este planeta. Y aquí nuestras expediciones penetran más y más lejos en las negras arenas al otro lado del Círculo de los Pantanos Calientes. Y yo, ya lo ves, debo tomar baños y tragar bistecs.

A propósito de bistecs: No hace mucho vi a Mijail Antonovich. Me contó que el director de la ESC le dio muy buenas referencias tuyas, igual piensa de ti el mismo Mijail. Ya sabes su manera de hablar: "¿Alexey? ¡De él saldrá un estupendo piloto observador, excelente, ya lo verás!". Estoy muy contento por ti, cara-roja.

He tenido que interrumpir tu carta y oír las quejas de mi vecino, el cibernético Sherbakóv. Tú, seguramente, sabes que al norte del cohetódromo se construye un grandioso combinado subterráneo para la elaboración del uranio y transuránidos. La gente trabaja allí en seis turnos. Los robots día y noche; son máquinas excepcionales, la última palabra de la cibernética práctica. Pero, como dicen los japoneses, los monos también caen del árbol. Acaba de venir a verme este Sherbakóv, enfurecido como un demonio, y me comunicó que una banda de estos "idiotas mecánicos" (son sus propias palabras) hoy por la noche habían robado todo un gran almacén de mineral tomándolo por lo visto por un yacimiento de extraordinaria riqueza. Los programas de los robots eran diferentes, así que por la mañana parte del botín se hallaba en los depósitos del cohetódromo, otra parte en la entrada

de la dirección geológica, y otra, aún no se sabe dónde estará. Continúa la búsqueda. Yo aplaqué a Sherbakóv como pude (por poco me muero por la tensión, procurando conservar un aspecto serio), y vuelvo a tu carta.

Sin embargo es hora ya de terminar. La pluma pide descanso y a mí me llaman para el tratamiento. Quiero sólo comunicarte que Mijail está ahora en comisión de servicios en Amaltea. Amaltea es el quinto satélite de Júpiter. Esto seguramente lo estudiaste en la escuela, pero lo olvidaste, naturalmente. Allí se están organizando cosas interesantes. Y, en general, sé que serás piloto observador; serás también capitán de una nave, te conozco. Pero "Aspira hoc sublime candens, quem invocant omnes lovem", o sea: "Mira este sublime brillo, que todos llaman Júpiter". ¡Te lo ruego insistentemente, mira! El siguiente gran asalto será allí.

Sí, Mijail me dijo que Daugé se había recuperado por completo y está importunando a Krayujin para que lo mande aquí. La causa, claro está, es noble, pero tú procura disuadirle cuando le encuentres. Que espere hasta que nosotros sembremos jardines aquí. Y, hablando seriamente, sencillamente tengo miedo que le reincidan las fiebres. ¡Pero a pesar de todo tengo unas ganas locas de veros, demonios malditos!

¡Adiós, rostro-rojo! Espero que no pasarán ya dos años antes de que me escribas.

Saludos a tu esposa y a tu hijito. Y besa, hermano, la mano a tu esposa.

Tuyo V. Yurkovskiy.

Venus, Puerto Golconda.

FIN